

JOHN BANVILLE

Los infinitos



Lectulandia

La familia Godley se ha reunido en Arden, su finca, en medio de una verde campiña, cerca de un antiguo lugar sagrado y de las vías del tren. Han venido porque el viejo Adam Godley, un respetado y exaltado matemático, se está muriendo. Le acompañan Ursula, su segunda esposa, madre de Adam y de su hermana Petra, y Helen, la mujer del joven Adam, bella como la homérica Helena. Y también están Ivy Blount, la última aristócrata del lugar, que ahora es la criada de la familia, y Duffy, un campesino que se ocupa de la poca ganadería de la finca. Y más tarde vendrán Roddy Wagstaff, un modernillo que corteja a la angustiada Petra. Y Benny Grace, quizá un colega de Adam Godley o el dios Pan, que junto a otras deidades es uno de los personajes de esta luminosa y numinosa historia sobre los mortales; y sobre la dolorosa inmortalidad de los dioses, que interfieren en las vidas de los hombres solo para intentar experimentar esa mortalidad que anhelan. Porque las últimas ecuaciones de Adam Godley constituyen la combinación que abrió el «cerrado aposento del tiempo», la condición necesaria de esta literaria convivencia de dioses y hombres.

Lectulandia

John Banville

Los infinitos

ePub r1.1

Titivillus 06.07.15

Título original: *The Infinities*
John Banville, 2009
Traducción: Benito Gómez Ibáñez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Entre las cosas que creamos para que les sirvieran de consuelo, el amanecer da buen resultado. Cuando la oscuridad se desmenuza en el aire como terso y blando hollín y la luz se extiende despacio por el Este todo el género humano, menos sus miembros más desdichados, vuelve a vivir. Los inmortales solemos disfrutar del espectáculo, esa diaria resurrección menor, reunidos en los parapetos de las nubes con la mirada puesta en ellos, nuestras queridas criaturas, mientras se remueven para recibir al nuevo día. Qué mutismo cae entonces sobre nosotros, el triste silencio de nuestra envidia. Muchos siguen durmiendo, desde luego, indiferentes al encantador artificio matutino de nuestra prima Aurora, pero siempre están los insomnes, los inquietos enfermos, los perdidamente enamorados dando vueltas en su cama solitaria, o simplemente los madrugadores, los ajetreados, con sus flexiones de piernas y sus duchas frías y sus maniáticas tacitas de negra ambrosía. Sí, todos los que presencian el alba la saludan con alegría, más o menos, salvo los condenados, por supuesto, para quienes la primera luz será la última sobre la tierra.

Ahí tenemos a uno, de pie frente a la ventana en casa de su padre, viendo cómo el temprano resplandor del día tiñe el cielo sobre la masa de árboles detrás de las vías del tren. No está condenado a muerte, todavía no, sino a una vida en la que cree no encajar bien. Está descalzo, y lleva un pijama que su madre le encontró anoche en algún sitio tras su llegada a la casa, de algodón raído, azul claro con franjas de un azul más intenso: ¿de quién es, de quién era? ¿Podría ser suyo, de tiempo atrás? En ese caso, sería de hace mucho, porque ya es mayor y le está pequeño, le aprieta en la sisa y el fondillo. Pero es lo que ocurre siempre en esta casa, todo oprime y roza y hace que se sienta como si fuera un niño otra vez. Eso le recuerda que cuando era pequeño su abuela lo vestía de punta en blanco en Navidad, y en su cumpleaños, o en cualquier otra celebración, dándole tirones por un lado y otro y aplastándole algún rizo rebelde con el dedo untado de saliva, y que él se sentía en evidencia, peor que desnudo, con aquellos ásperos pantalones cortos de los trajes de tweed del color de copos de avena y ya pasados de moda que la anciana le hacía llevar, las camisas blancas de cuello almidonado y, aún peor, las pajaritas postizas a cuadros que le procuraban un tenue y vengativo placer al tirar de ellas hasta el límite del elástico y soltarlas con un chasquido agradablemente sonoro cuando alguien pronunciaba un discurso o cantaba una canción o el cura alzaba la oblea de la comunión con el mismo gesto, pensaba siempre, que las enfermeras al mostrar en alto los números ganadores de la lotería para los hospitales. Así son las cosas: la vida, la vida bien abrochada, no le queda bien, forzándolo a ser demasiado crítico consigo mismo y con lo que sombríamente considera su inalterable pequeñez de espíritu.

Oye por algún sitio invisible el tenue y apagado tamborileo de cascos menudos; será el madrugador cartero montado en su poni, con su librea de Thurn und Taxis, su tricornio y su trompa enganchada al hombro.

El hombre de la ventana se llama Adam. Sin cumplir aún los treinta, es hijo de un padre ya entrado en años y por dos veces casado, «producto», tal como una vez le

oyó decir con una cínica carcajada, «de mi segunda coyunda». Admira distraídamente la sombra lívida que se adensa como fango bajo los árboles. Una especie de humo asciende por la hierba grisácea a la altura de los tobillos. Todo es diferente a esta hora. Un mirlo mañanero viene volando rápidamente de alguna parte y cruza en diagonal hacia otro sitio, sus lustrosas alas lanzando un destello a la sesgada luz, y con una punzada de inquietud piensa Adam en la lombriz tempranera. Imagina oír débilmente la aflautada nota pánica de la criatura de veloces alas.

Ahora va percibiendo poco a poco algo que no alcanza a reconocer, un temblor en el ambiente, como si el aire mismo trepidara. Se hace más intenso. Alarmado, da un paso atrás, hacia la protectora penumbra de la habitación. Oye claramente el sordo latir de su corazón. En el fondo sabe lo que está ocurriendo pero no llega a representárselo en la mente. Todo tiembla ahora. Algún pequeño mecanismo a su espalda dentro de la habitación —no mira, pero debe de ser un reloj— inicia en sus entrañas un urgente y plateado tintineo. Las tablas del piso crujen trémulamente. Entonces aparece la máquina a la izquierda, enorme, de cabeza roma, abriéndose paso ciegamente, circulando hasta detenerse con un estremecimiento frente a los árboles, jadeando entre nubes de vapor. Las luces siguen encendidas en los vagones; hacen que el amanecer retroceda un poco. Hay cabezas inclinadas, como de focas, sobre las alargadas ventanillas —¿duermen todos?—, y el revisor avanza por un pasillo con su herramienta para los billetes, apoyándose con una mano tras otra en el respaldo de los asientos como si estuviera escalando una empinada pendiente. El silencio circundante es amplio y parece un tanto ofendido. La locomotora suelta un irritado resoplido, como piafando. Por qué se detiene en ese sitio todas las mañanas es algo que no aciertan a decir los de la casa. No hay otra vivienda en kilómetros a la redonda, la línea está despejada en ambas direcciones, pero ahí es donde para. Su madre se ha quejado repetidamente a la compañía ferroviaria, y una vez incluso se decidió a escribir a alguien del gobierno, pero no recibió respuesta, a pesar del bien conocido nombre de su marido.

—Si hiciera mucho ruido al pasar —dirá ella en un tono de leve disgusto—, no me importaría: al fin y al cabo, tu padre tomó la sabia decisión de que nos instaláramos en una casa que está prácticamente en la vía del tren; pero cuando para me despierta.

Le vuelve un sueño que ha tenido por la noche, un fragmento. Avanzaba presuroso entre el polvo de una batalla inmemorial llevando algo en brazos, grande pero no pesado, una carga preciosa pero incómoda —¿qué sería?—, y a todo su alrededor la masa de guerreros bramando con el estrépito metálico de espadas y lanzas, el silbido de las flechas, el crujir y chirriar de las ruedas de las carretas. Un solar venerable, una guerra antigua.

Pensando en su madre, espera oír sus pasos arriba, porque sabe que está despierta. Aunque la casa es grande y laberíntica, los suelos se componen en su mayor parte de tablones encerados y los ruidos se propagan fácilmente y a gran distancia. No quiere

ver a su madre, ahora no. En realidad, siempre le resulta incómodo tratar con ella. No es que la odie ni que lo moleste, como sucede con tantos hijos de los mortales que parecen aborrecer o despreciar a sus madres —deberían tratar con nuestras frenéticas y vengativas progenitoras aquí, en el nebuloso Monte Olimpo—, solo que no piensa en ella como si fuera su madre. Es absurdamente joven, apenas veinte años mayor que él, y es como si se hiciera cada vez más joven, o en cualquier caso no más vieja, de modo que tiene la inquietante sensación de ir alcanzándola poco a poco. Ella también parece ser consciente de ese fenómeno, y no lo encuentra extraño en absoluto. En realidad, desde que él fue lo bastante mayor para percibir la juventud de su madre, ha advertido de tanto en tanto, o se lo imagina, cierta callada brusquedad en su actitud, como si estuviera impaciente por que él alcance una imposible mayoría con objeto de que, coetáneos al fin, puedan cogerse del brazo y dirigirse juntos a un futuro que sería..., ¿cómo? Para él, ya sin padre, o para ella, sin marido. Porque su padre se está muriendo. Por eso está él ahí, ridículo con ese pijama estrecho, contemplando el amanecer de este día de verano.

Atribulado por pensamientos de muerte y agonía, se obliga a fijar de nuevo la atención en el tren. Una de las cabezas de foca se ha vuelto y un niño pálido y de ojos enormes, con mala cara, lo está mirando a través de la brumosa extensión del jardín. La fijeza con que el niño observa la casa, la avidez de su escrutinio: ¿qué anda buscando, qué secreto conocimiento, qué revelación? El joven está convencido de que el niño lo ve, ahí de pie, aunque sin duda no puede ser: desde fuera la ventana es seguramente un espacio oscuro y vacío o, al contrario, cegadoramente encendido con el limpio y dorado resplandor de un sol que parecía tardar mucho en salir pero que ahora trepa con energía por el lado oriental del cielo. Aparte de esos ojos ávidamente inquisitivos los rasgos del niño son poco interesantes, o al menos los que alcanzan a distinguirse a esa distancia. Pero ¿qué es lo que está buscando, que le hace mirar así? Ahora la máquina reflexiona, da una especie de sacudida, arrancando un repetido estruendo metálico a los enganches de los vagones, y con un gruñido el brutal armatoste se pone en marcha, y mientras avanza, el sol ya alto va entrando sucesivamente por las ventanillas de los vagones, desquitándose de las luces aún encendidas, avergonzándolas con su irresistible y crudo fulgor. El niño, estirando el cuello, mira fijamente hasta el final.

Adam tiene frío, y las plantas de sus pies descalzos se adhieren desagradablemente a las heladas y pegajosas tablas del entarimado. Aún no se ha despertado del todo y se encuentra en ese estado entre el sueño y la vigilia en que todo parece irrealmente real. Al volverse de la ventana observa las primeras luces que caen en insólitos rincones, en ángulos extraños, y el canto de una estantería parece tan afilado como la hoja de una guillotina. Desde el fondo de la habitación el cristal convexo que cubre el reloj de la repisa de la chimenea, reflejando la luz de la ventana, le lanza una inexpresiva mirada monocular. Piensa de nuevo en el niño del tren y como tantas veces le sobrecoge el misterio de la otredad. ¿Cómo puede ser él

un yo y los demás otros yoes puesto que los demás también lo son en sí mismos? Es consciente, desde luego, de que no es ningún misterio sino una simple cuestión de perspectiva. La mirada, dice para sí, la mirada crea el horizonte. Es algo que ha oído decir muchas veces a su padre, copiando a alguien, supone. El niño del tren constituía para él una especie de horizonte y él era una especie de horizonte para el niño solo porque ambos creían encontrarse en el centro de algo —pensaban ser, en realidad, el centro mismo—, y esa es la sencilla solución del presunto misterio. Y sin embargo...

Avanza sin ruido por el entarimado —al pasar frente al atareado reloj de la chimenea oye una tenue y solitaria campanada de reproche—, abre la puerta que da al vestíbulo y se detiene bruscamente con un gemido de susto, el corazón reanudando su apagado clamor, como un perro alborotado agitando las patas para que lo dejen salir.

Enseguida ve que la silueta del vestíbulo no es más que su hermana. Está en cuclillas frente a una de las portezuelas sesgadas del panel blanco que cubre el hueco de la escalera.

—¡Por Dios santo! —exclama—. ¿Qué estás haciendo?

Ella vuelve hacia él su rostro de pálida miniatura y Adam ve otra vez en su imaginación la cara del niño asomada a la ventanilla del tren.

—Ratones —dice ella.

Él suspira. Su hermana está con una de sus manías.

—¡Por Dios santo! —repite él, cansinamente esta vez.

Ella vuelve a hurgar en el armario y él se cruza de brazos y se apoya con el hombro en la pared y la observa, sacudiendo la cabeza. Aunque solo tiene diecinueve años y muchos menos de edad mental, está habitada por una espantosa antigüedad. «Esa», solía decir oscuramente de ella la abuela Godley, «esa ha estado aquí antes». Le pregunta cómo sabe que hay ratones en el armario y ella ríe con displicencia.

—En el armario no, idiota —le replica con un estremecimiento de desdén en la nuca, lisa y oscura: ¡otra foca!—. En mi habitación.

Se levanta, limpiándose las manos en los escuálidos costados. No lo mira a la cara sino que, mordiéndose el labio, tuerce la cabeza y frunce el ceño; nunca mira a nadie a los ojos, si puede evitarlo.

—¿Qué es eso que llevas puesto? —pregunta él.

Otro pijama que no sienta bien, este de seda, de un azul desvaído, cayendo flojamente sobre su descarnado cuerpo, las mangas y las perneras ridículamente largas; las piernas de su hermana son largas, las suyas cortas, como subrayando algo tristemente cómico de los dos.

—Es de Pa —contesta ella, malhumorada.

Él suspira otra vez.

—Oh, Pete.

Pero ¿quién es él para hablar? ¿De quién es la vieja prenda que lleva él?

Petra es el nombre de su hermana, a quien él llama Pete. Es delgada y menuda, de rostro en forma de corazón y ojos angustiados. Durante mucho tiempo ha llevado la

cabeza rasurada pero ahora le está volviendo a crecer el pelo, una pelusilla entre pajiza y morena que le cubre el cráneo de manera uniforme y total. Sus manos son como las rosadas garras con que escarba un roedor. Los ratones, piensa su hermano, deben de considerarla un miembro de su especie.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta.

—¿Cómo sé qué? —Una voz quejumbrosa e irritable.

—Lo de los ratones.

—Los he visto. Corretean por el suelo a oscuras.

—A oscuras. Y tú los ves.

Ella parpadea despacio y traga saliva, como si estuviera a punto de llorar, pero solo es un tic, uno entre los muchos que padece.

—Déjame en paz —dice entre dientes.

Él es mucho más alto que ella.

De niña caminaba dormida y aparecía en lo alto de la escalera con los ojos vueltos sobre las órbitas y sus garras de ratón alzadas frente al pecho. Al recordarlo se le erizan a Adam los finos pelos de la nuca. Su chiflada hermana oyendo voces, viendo visiones.

Cierra la puerta del armario empujándola con el dedo gordo del pie. Ella hace un gesto hacia el hueco, levantando con una rígida sacudida el brazo izquierdo del costado para señalar infantilmente con el dedo y dejarlo caer de nuevo al costado.

—Creía que había cepos —dice, enfurruñada—. Antes ponían trampas ahí dentro.

Cuando hizo el movimiento con el brazo le llegó a él una vaharada de su olor, mustio y ceniciento, como el de la habitación de un inválido. No se baña mucho. Su madre dice que la tiene desesperada. Como si no los hubiera tenido así a todos, desde tiempo atrás, salvo a Pa, claro, que afirma que es su inspiración, su musa hecha carne, la cifra invariable en todas sus ecuaciones. Pero Pa afirma muchas cosas. O afirmaba: porque de Pa hay que hablar en tiempo pasado ya.

Aquí, en el pasillo, la luz sigue siendo tenue aunque el sol brilla chillonamente en las vidrieras de la puerta principal como si, piensa Adam, su hermana y él estuvieran confinados en el interior de la casa mientras fuera hay una alegre fiesta en plena animación. Con sus pijamas que tan ridículamente les sientan se quedan uno frente al otro en silencio, el joven alto y la muchacha menuda, sin saber qué hacer, ambos pensando inconscientemente en lo que les obliga a estar así: el hecho de su padre moribundo, cuya presencia dormida e insomne llena la casa como una niebla. En estos últimos días nadie se atreve a elevar la voz más allá de un murmullo, aunque los médicos insisten afablemente en que ya nada traspasa el umbral de la audición de Pa; pero ¿cómo pueden estar tan seguros, quisiera saber Adam, de dónde sacan tanta certeza? Su padre se encuentra ya en otra esfera, muy lejana desde luego, pero ¿no puede ser que le sigan llegando noticias de esta?

—¿Por qué te has levantado tan temprano? —inquire Petra en tono acusador—. Nunca madrugas tanto.

—En esta época del año —contesta Adam—, con las noches tan cortas..., no puedo dormir.

La respuesta se recibe en silencio, con resentimiento. Es ella quien tiene que ser la insomne. Esa condición suya, como la de gradual moribundo de su padre, es un influjo dominante que adensa la atmósfera de la casa como el aire en un globo.

—¿Viene hoy el Caballo Muerto? —pregunta él.

Ella se encoge de hombros con un gesto que parece un tic nervioso.

—Ha dicho que sí. Supongo que vendrá.

Con eso agotan el tema y guardan silencio de nuevo. Él siente esa enfermiza exasperación que tan a menudo le produce su hermana. Está en su postura habitual, medio girada, a la vez expectante y encogida, como deseando que la abracen y temiéndolo al mismo tiempo. De pequeña no tenía cosquillas y se apartaba de él con cara de pocos amigos pero luego volvía a acercarse, desmadejada, incapaz de resistirse, sus hombros estrechos y puntiagudos echados hacia delante como alas plegadas y la cabeza ladeada, como invitándolo pobremente a intentarlo de nuevo y hacerla chillar. Qué delgada era, qué flaca y huesuda, como un saco medio lleno de astillas, y eso sigue pareciendo. Ahora levanta una mano y se rasca vigorosamente el cráneo, haciendo un ruido como de papel de lija.

Adam se siente mareado, ingravido, le parece que flota unos centímetros sobre el suelo. Supone que se debe al flujo de oxígeno en el cerebro, o a su falta. Su hermana está en lo cierto, no tiene costumbre de andar levantado a esas horas —*todo es diferente*— en que el mundo parece una imitación de sí mismo, de ingeniosa factura aunque discrepante en pequeños pero esenciales detalles. Piensa en Helen, su mujer, que duerme arriba, en el cuarto que él ocupaba de niño. Acostado a su lado, rígido y despierto en la penumbra de antes de amanecer, ha sentido deseos de despertarla pero no se ha atrevido, tan profundo era su sueño. Podría subir ahora y tumbarse de nuevo en la estrecha cama y tenerla muy cerca, pero algo que puede ser timidez, una especie de miedo, incluso, se lo impide.

Qué suerte, a propósito, que ese joven marido no sepa lo que mi gallardo papá, la esencia divina en persona, estaba haciendo con su querida esposa en esa habitación no hace ni una hora en lo que ella imagina que es un sueño.

Hablando de padres: Adam no ha visto al suyo todavía. Cuando Helen y él llegaron anoche dijo que se irían derechos a la cama alegando lo cansados que estaban del viaje. Pensó que la visita al anciano habría resultado truculenta; se habría sentido como un ladrón de cadáveres evaluando a un nuevo espécimen, o un cazador de vampiros irrumpiendo en una cripta. Aunque no se lo ha dicho, piensa que su madre no debía haber insistido en sacar a su padre del hospital. Traerlo para que muera en casa es un atraso que la abuela Godley habría aprobado. Pero esta mañana lamenta no haber ido inmediatamente a ver, al menos un momento, a su derrumbado padre, y cada hora que pase le resultará más difícil decidirse a subir las escaleras hasta la habitación del enfermo. No sabe cómo comportarse ante lo que todo el

mundo, sin decirlo, considera el lecho de muerte de su padre. Nunca ha visto morir a nadie y espera no tener que hacerlo ahora.

Petra sigue rascándose, aunque cada vez con menos ímpetu, distraídamente, como un gato que va perdiendo poco a poco el interés por sus picores. Adam quisiera poder ayudarla, curarle aunque solo fuera una de sus irritadas e inflamadas espinillas. Pero tiene celos de ella, también, siempre los ha tenido, desde antes de que naciera, incluso, la usurpadora. Tiene de pronto un claro recuerdo de cuando estaba en la cuna, bien arropada con la toquilla, como una *infanta* momificada pero muy vivaracha. «¡Ajá, qué diablillo», decía la abuela Godley con una risa estridente, «ni que tuviera rabos de lagartija!».

—Venga —dice ahora a la muchacha en tono brusco—, vamos a desayunar.

Y los dos hermanos, esas criaturas perdidas, desaparecen arrastrando los pies entre las sombras.

También está en penumbra la Habitación Astral donde Adam Godley se afana en morir en el centro de una vasta quietud. Sí, él también se llama Adam, como su hijo. Por cierto, a propósito de los nombres y esas cosas, supongo que antes de seguir debo dar algunas explicaciones sobre mí mismo, esa voz que habla desde el vacío. Los hombres me han hecho diversamente guardián de la aurora, del crepúsculo y el viento, me han llamado Argifonte, el que clarea el cielo, y Logios, el de palabras dulces, me han calificado de embaucador, nombrándome patrón de jugadores y toda clase de charlatanes, me han designado guardián de las encrucijadas, protector de viajeros, me han conferido el grave título de Psicopompo, conductor de las almas liberadas de los hombres hasta el inframundo de Plutón. Porque soy Hermes, hijo del viejo Zeus y Maya la cavernícola.

No me digas, diréis.

Comprendo vuestro escepticismo. ¿Por qué en tiempos como estos iban los dioses a volver entre los hombres? Pero el hecho es que nunca os hemos abandonado; solo que vosotros habéis dejado de tenernos en cuenta. ¿Porque cómo íbamos a desaparecer, nosotros, que no podemos estar sino en todas partes? Simplemente dimos la impresión de que nos retirábamos, durante un decoroso intervalo, como diciendo que sabemos cuándo no se desea nuestra presencia. Así y todo, no podemos resistirnos a revelarnos a vosotros de cuando en cuando, movidos por nuestro incurable aburrimiento, la afición a las travesuras, o la persistente nostalgia que albergamos hacia ese tempestuoso mundo creado por nosotros; me refiero a este en particular, porque desde luego hay una infinidad de otros mundos que también creamos y debemos tener siempre a nuestro atento cuidado. Cuando en un día de verano un súbito vendaval se desata entre las copas de los árboles, o cuando una lluvia suave cae como el descenso de la gracia sobre el santo de un cuadro, es que alguno de nosotros pasa por allí; cuando la tierra cede y abre sus fauces para tragarse

ciudades enteras, cuando el mar se alza y engulle todo un archipiélago con sus palmeras y chozas y miles de ululantes nativos, tened la seguridad de que alguno de nosotros está seriamente enfadado.

¡Pero cuánta diligencia derrochamos en la creación de este desventurado lugar! A qué extremos llegamos, el esmero que pusimos para que todo fuera verosímil hasta el último detalle: introduciendo en las rocas los fósiles de extravagantes criaturas que nunca existieron, repartiendo falsa materia oscura por todo el universo, incluso instalando en el cosmos el más sutil de los murmullos para imitar la resonancia de la explosión inicial que supuestamente puso en marcha todo el tinglado. ¿Y con qué fin se empleó toda esa inventiva, ese trabajo, ese escrupuloso fingimiento: para qué fue? Para que los hombres de barro que Prometeo y Atenea fabricaron entre los dos pudieran creerse los señores de la creación. Nos hemos portado bien con vosotros, dándoos lo que creíais querer; sí, y fijaos lo que habéis hecho con ello.

Todo esto, claro está, lo expongo en el lenguaje del género humano, necesariamente. Si tuviera que hablar con mi propia voz, es decir, con la voz de una divinidad, os desconcertaría su sonido; en realidad, no me oiríais en absoluto, tan refinado es nuestro lenguaje celestial comparado con vuestros gruñidos apenas articulados. Mirad, la música de las esferas no nos dice nada. Y esos nombres — Zeus, Prometeo, Atenea la de ojos grises, incluso Hermes— solo son elaboraciones vuestras. Nos dirigimos unos a otros, por decirlo así, solo como aire, como luz, como algo semejante a ese matiz azul profundo y transparente que alcanzáis a ver en la más alta bóveda del empíreo. Y Cielo: ¿qué es eso? Para nosotros los inmortales no hay Cielo, ni Infierno, tampoco arriba ni abajo, solo el infinito, aquí, que es una especie de no-aquí. Pensad en eso.

En este último momento, en un abrir y cerrar de vuestros ojos, he dado tres vueltas a los puntos cardinales de la tierra. ¿Para qué tanta acrobacia aérea? Por diversión, y para mover un poco los talones. Y porque yo puedo y vosotros no. Ah, sí, nosotros también somos vengativos y mezquinos, igual que vosotros, cuando nos ponemos a ello.

Adam, este Adam, ha tenido un ataque. A propósito, hago una pausa para observar lo extrañamente inocuo, incluso bonito, que ese término resulta para algo tan desagradable y, en este caso, seguramente definitivo: como si distraídamente alguno de nosotros le hubiera puesto en la frente una mano demasiado pesada. Lo que es perfectamente posible, porque tenemos fama de desconocer nuestra propia fuerza. De todos modos, antes de sufrir el ataque de apoplejía, el viejo Adam ha estado sometido durante un tiempo, sin que nadie lo supiera, a un continuo reblandecimiento cerebral debido a una gradual extravasación sanguínea en la zona del lóbulo parietal —sí, sí, también poseo ciertos conocimientos técnicos en materia de medicina, para mitigar un poco el más escandaloso de mis atributos—, lo que en otras palabras significa que ya estaba en las últimas antes del catastrófico momento en que, entronizado por la mañana en el inevitable asiento —por decirlo de la manera más

delicada posible—, se agachó en exceso e hizo demasiados esfuerzos por extrudir una deposición tan dura como la caoba, y notó, verdaderamente sintió, que se le reventaba un vaso sanguíneo en el cerebro, y cayó redondo al suelo, la cara contra las baldosas y el descarnado trasero al aire, pasando al instante, con lo que en circunstancias más felices habría sido una deliciosa suavidad, a la vasta y abovedada antecámara de la muerte, donde sigue aguardando, en un estado de consciente pero incomunicada ataraxia, ante las puertas del olvido.

No está solo: como ha observado una de vuestras luminarias más oscuramente brillantes, el ser vivo no es más que una especie de los muertos, y bastante rara, además. Percibe la multitud de congéneres a su alrededor, inquietos y murmurantes en su estado de vivos en la muerte. Y yo también estoy aquí, desde luego. Cuando llegue el momento nos iremos juntos, él y yo, hacia lo que hay después, de lo cual no puedo hablar.

Su mujer ha entrado en la habitación, sin apenas ruido, como suele hacer últimamente. Tiene la creciente sensación de convertirse en un espectro, como si Adam en su última enfermedad le estuviera extrayendo del organismo algún fluido vital, refulgente, gota a gota. Al pasar cierra suavemente la puerta del dormitorio y permanece inmóvil un momento, dejando que sus ojos se acostumbren a la penumbra. Una gruesa espada de luz temprana atraviesa por una rendija las pesadas cortinas de la ventana central, quebrando su hoja contra los pies de la cama. La Habitación Astral es un detalle caprichoso añadido a la casa por el hombre que la construyó, el famoso excéntrico St. John Blount, un nido de águilas de madera emplazado en el extremo noroeste —¿o es el sudeste?— de la estructura principal, con ventanales en tres lados y coronado por un tejado cónico con una veleta metálica de un personaje con una capa corta al viento, un sombrero de ala redonda semejante a un budín y un báculo, que únicamente puede ser..., bueno, yo, supongo. Qué desconcertante. No esperaba encontrarme aquí, en este entorno, a esta altura, especialmente en la forma de una representación bidimensional de hojalata de un dios menor. Mi báculo debe servir también de pararrayos: eso ya es algo, supongo, relámpago, fuego y olor a azufre; seguro que anima las cosas.

Ursula reconoce con cierto remordimiento la calma que se siente aquí. El silencio en la habitación del enfermo tiene un carácter espeso, concentrado; es como la quietud que impera en lo más profundo de su ser, tranquilizando su corazón incluso en medio de tanto tumulto interior. Distingue ahora el contorno de su marido, supino en la enorme cama, pero aunque escucha conteniendo el aliento no alcanza a oírlo respirar. ¿Es que...? Ante el pensamiento sin formular algo se remueve en ella, un anhelo de algo que trata de negar pero no puede. Pero ¿por qué tendría que recriminárselo? Todo el mundo dice que el final será una bendita liberación. Esas son las palabras que emplean, una *bendita liberación*. Sí, reflexiona amargamente, una liberación: ¿para quién? Para todos salvo, tal vez, para el liberado. Porque ¿quién puede saber que ese Adam en alguna parte de su mente no pueda estar de algún modo

consciente y experimentando maravillas? Las personas que se encuentran sumidas en un letargo profundo parecen inconscientes pero pueden estar soñando las cosas más fantásticas. En cualquier caso, aunque no pueda oírlo sabe que no se ha muerto. Ese vínculo elástico que los une aún no se ha roto: ella sigue sintiendo el antiguo y vibrante tirón. Se halla muy lejos, pero piensa, está segura.

Cierra la rendija entre las cortinas y de inmediato la oscuridad se hace total, como si de pronto hubieran apagado el mundo. Avanzando a tientas en el ambiente sombrío y por tanto algo más denso, se encamina a la cama sin hacer ruido con las zapatillas. En los primeros tiempos de su convivencia él la llamaba su geisha, por su forma de andar a pasitos cortos y rápidos. Ella recuerda el quimono antiguo que le trajo al volver de uno de sus viajes —«¡Un quimono de Kioto para mi geisha!»—, de gruesa seda verde jade, una prenda tan exquisita que no se atrevió a llevar y guardó envuelta en papel fino en un cajón, de donde posteriormente desapareció sin saber cómo. La amenazó con llevárselo —¿lo habría hecho?—, diciéndole que se lo daría a una de sus chicas, a aquellas mujeres con las que ella imaginaba que andaba él, a escondidas. Luego la miró, echando la cabeza atrás, enseñando los dientes en una sonrisa feroz, animándola a que le descubriera el farol. Porque era un farol, lo de las chicas, no había ninguna, ella lo sabía, y él sabía que ella lo sabía. Era una forma de mentir que le divertía, dar cierta versión de la verdad en tono sarcástico, burlón, de modo que si lo contradecía habría parecido idiota perdida.

Sus ojos se están habituando cada vez más a la ciega penumbra. Ve más cosas de las que le gustaría. Increíble, entrar en esta habitación cada mañana y encontrarlo exactamente igual que lo ha dejado la noche anterior, la manta marcando suavemente su contorno, la sábana sin arrugas, la cresta de sedoso pelo —¡aún negro!— coronando serenamente la alta y pálida bóveda de su frente. Su barba también sigue siendo negra, la puntiaguda barba en forma de pala que le da un aspecto de santo ligeramente diabólico. Ha amado su piel, su palidez húmeda y fría, translúcida, que los años no han empañado. Odiaba, sabiendo cómo los odiaría él, los tubos de plástico ensartados en las ventanas de su nariz y sujetos con esparadrapo transparente. Hay otros tubos, más abajo, ocultos a la vista por la ropa de cama. Qué problema fue instalarlo aquí, el doctor Fortune inquieto y las enfermeras enfadadas. Pero ella había insistido, y con tanta determinación que sorprendió a todo el mundo, ella incluida. «Tiene que estar en casa», no dejaba de repetir, sin hacer caso de sus objeciones. «Si se va a morir, que se muera aquí». Odiaba la clínica campestre adonde lo habían llevado a toda prisa, una caricatura sacada de la tapa de una caja de bombones, grotescamente bonita, con hiedra y laberínticos rosales y un porche acristalado; no podía imaginarse que si Adam moría allí, además de su dolor tendría ella que soportar toda aquella insipidez. El viejo Fortune, que se parece a Albert Schweitzer y ha sido el médico de la familia desde la época de la abuela Godley, le apretó la mano y murmuró unas palabras tranquilizadoras entre los amarillentos flecos del bigote, pero las dos jóvenes enfermeras la miraron con los ojos entornados y se marcharon muy

indignadas, meneando el trasero con desaprobación profesional.

Ahora sus oídos ya se han acostumbrado a la acústica de la habitación y alcanza a oír la respiración del enfermo, el tenue murmullo de aire entrando por los pasajes de la garganta y el pecho. Al término de cada inspiración sobreviene un leve aleteo, como un impaciente movimiento de los dedos. Se da cuenta de por qué le resulta familiar ese sonido. Es la forma que tenía de suspirar cuando ella hacía algo que lo sacaba de quicio, justo con esa parpadeante agitación. Lo echa de menos, como si ya se hubiese muerto. Piensa que solo los que aún son jóvenes pueden experimentar el dolor que ella siente, desconocido y del todo sorprendente, capaz de cortar el aliento.

Algo pasa rozándola en el aire, menos que un movimiento, más que un pensamiento. Lo ha sentido antes en los últimos días. Sea lo que sea, está convencida de que no es propicio; da una impresión de arrogancia e indignado resentimiento, como si algo se empeñara en desalojarla a empujones de su posición. También hay otros fenómenos extraños, otras sensaciones inquietantes. Vislumbra siluetas que desaparecen cuando intenta centrar en ellas la mirada, como partículas luminosas en el ojo. Se despierta en plena noche con una sacudida, el corazón acelerado, como si hubiera habido un ruido tremendo, una explosión o un trueno, que la arranca del sueño pero del que no queda ni siquiera el eco. Cuando habla con alguien por teléfono está convencida de que hay una tercera persona en la línea, escuchando atentamente. Dejándose llevar por la imaginación se pregunta si ese enojado espectro no será el fantasma de la primera mujer de Adam, o el de su madre fallecida tiempo atrás, la abuela Godley, la vieja bruja, que vuelve a reclamar a su hijo y a llevárselo con ella al mundo de las sombras. ¿Lo veis?: piensan que los muertos rondan a su alrededor, cuando se trata simplemente, como su marido bien podría decirle, y lo ha intentado muchas veces, de que viven en mundos entrelazados y ellos mismos son duendes que pululan por el aire amalgamado. Aunque por lo que a ella respecta podría ser un encuentro con alguna de sus múltiples personalidades, que está pasando de otro plano a este completamente inadvertida.

O lo que nota quizá sea simplemente mi presencia siempre atenta, el zumbido de las delicadas alas de mi sombrero y mis talones que casi alcanza a oír. Pero yo pregunto: ¿soy arrogante? ¿Estoy resentido? Un poco, supongo. Ligeramente.

No le gusta su propio nombre. Adam logró contarle lo de Santa Úrsula de Dumnonia, martirizada en Colonia junto a sus once mil vírgenes —«Vaya día que debió ser, ¿eh?»—, le dijo en broma, enarcando una ceja, «*im alten Köln?*»—, aunque esa Úrsula ha sido recientemente eliminada del santoral, en un acceso de inquina antialemana, por uno de los pontífices ingleses de más mentalidad reformista. Cuando eran pequeños, los niños la llamaban La, y siguen haciéndolo. Adam es Pa y ella es La. Se pregunta si hay mala intención en el mantenimiento de esos sobrenombres. Teme no haber sido una buena madre. Hizo lo que pudo con Adam pero la pobre Petra fue demasiado para ella. Tener a Petra fue el comienzo de todos sus problemas.

Estuvo nueve meses enferma, vomitando todo el día e incapaz de retener nada en el cuerpo, hasta que al final no podía tragar ni su propia saliva; con un escalofrío recuerda a la enfermera cogiendo de sus trémulas manos el destellante cuenco de níquel lleno de baba y flotante espuma y vaciándolo en el lavabo. Entonces, por fin, el pececito que era su hija salió deslizándose de ella y yació jadeante sobre su pecho, tan cansada ya que nadie confiaba en que viviera. Pero sí vivió, y la llamaron Petra, otra piedra arrojada al ya entristecido corazón de Ursula.

Toca la mano de su marido inmóvil sobre la manta. Su tacto produce desasosiego, la piel quebradiza como papel parafinado y la textura pastosa; es como un paquete de carne picada blando y frío: no la mano que recuerda, tan fina y delicada. La presencia invisible vuelve a pasar a su lado, o a través de ella, más bien, y se siente insustancial, como si el fantasma fuera ella y no la otra. Los párpados de su marido se abren de pronto y tras un momento de agitada búsqueda sus ojos le encuentran la cara. Ella sonríe haciendo un esfuerzo y dice su nombre quedamente. Es difícil distinguir sus rasgos en la penumbra pero se resiste a encender la luz. El doctor Fortune le asegura que son sus amorosos cuidados lo único que mantiene con vida a su marido: ¿por qué la mira entonces con esa aparente furia?

Hoy tiene mal la cabeza, muy mal, debe tomar algo enseguida para tranquilizarse.

En la cocina la luz matinal tiene un brillo marcadamente metálico y el cuadrado de jardín lleno de sol que se ve por la ventana del fregadero resulta estridente e inverosímil, como una pintura primitiva de una escena de la selva. Adam y su hermana están sentados en un extremo de la larga mesa, inclinados sobre tazones de cereales. Cuando su madre aparece en lo alto de los tres peldaños de madera que comunican con el resto de la casa la notan más que la oyen —Rex, el viejo labrador, tumbado en su manta en el rincón, da unos lánguidos golpes con el rabo pero no hace esfuerzo alguno por levantarse— y dejan de comer y alzan la cabeza para mirarla. Ella vuelve a observar con un leve estremecimiento lo iguales que son, pese a la corpulencia de Adam y la pequeñez de Petra, ambos con la misma frente ancha y la barbilla afilada y los ojos entre cenicientos y azules tan claros que casi parecen incoloros. Como ella no tiene hermanos quizá la semejanza familiar le resulte un tanto inquietante, aun en su propia progenie. Los dos se parecen a ella, pues de su madre han heredado la frente amplia y el mentón puntiagudo y los ojos azul claro.

—¿Cómo está hoy? —pregunta su hijo.

Tiene la piel moteada por el sol y un aspecto tosco, reseco. Por algún motivo le parece de pronto casi intolerable su mirada clara y sincera.

—Más o menos igual —contesta, y Petra ríe, quién sabe por qué, haciendo un ruido desagradable.

Sí, a veces piensa que sus hijos no la consideran ni la quieren, como si en vez de su madre fuera una persona encargada de su íntimo cuidado, una tutora sin corazón,

digamos, o una madrastra amargada y resentida. Pero seguro que se equivoca. Son las criaturas que tras llevar en sus entrañas ha dado a luz y alimentado con su propio pecho, como ese pájaro mítico, el ave fénix..., ¿puede ser, o era otro? Recuerda cómo la ha mirado Adam ahora mismo, con ese fuego vengativo en los ojos.

—Parece tranquilo —añade.

Su hijo la observa mientras ella baja los escalones al otro extremo de la amplia estancia de alto techo. Parece que Adam tiene dificultad para reconocerla. Su madre tiene un aire distinto, parece estar en otra parte, vacilar en un umbral invisible que se abre bajo sus pies por dondequiera que pisa. Se ha vuelto borrosa, como envuelta en una fina capa de polvo. Debe de ser consecuencia de la desgracia que le ha ocurrido al viejo Adam; ha perdido el sentido de sí misma. Lleva un vestido de algodón parecido a un blusón y una holgada chaqueta de punto gris cuyo borde le cae por debajo de las caderas. Su pelo, del color de la hoja de un cuchillo, está peinado hacia atrás en dos alas aplastadas y sujeto en la nuca. Baja los escalones y avanza hasta detenerse frente a la mesa, tocando con aire ausente la gastada madera con la punta de los dedos de una mano, como probando su solidez.

—Os habéis levantado temprano —dice a los dos—. ¿Os ha despertado el tren?

Ninguno de los dos contesta.

—Va a venir Roddy —anuncia Petra, mirando a un lado con el ceño fruncido. Lo dice en tono malhumorado y agresivo, como anticipándose a algún comentario desdeñoso. Roddy Wagstaff, apodado el Caballo Muerto por Adam, es el novio de Petra, o así lo quiere el convencionalismo, aunque todo el mundo sabe que no es a ella sino a su famoso padre a quien Roddy viene a ver.

—¡Ah —murmura su madre, mientras un ceño apenado aparece en su ya fruncido rostro—, entonces tendremos que dar una comida!

Desde que Adam cayó enfermo los miembros de la familia se han limitado a arreglárselas por su cuenta, pero con una visita hay que comer adecuadamente, sentados a la mesa; Adam insistiría en ello, porque en esos pequeños detalles es un estricto observador de las convenciones sociales.

—Podríamos llevarlo a la ciudad —sugiere su hijo, sin convicción—. ¿No sirven almuerzos en ese sitio, como se llame?

—Ah, sí —dice Petra maliciosamente, con desdén—, vamos todos a la ciudad a pasar un buen rato; podemos llevar a Pa y sujetarlo a la cabecera de la mesa y darle sopa por los tubos.

Mira con furia su tazón de cereales. Su pierna izquierda se agita bajo la mesa como una máquina de coser. Adam y su madre intercambian una mirada inexpresiva. El ataque de su padre ha inducido en Petra una gran agitación, al representar una calamidad por fin equiparable a su calamitoso estado mental. La cuestión del almuerzo queda sin resolver. En el rincón Rex emite un suspiro satisfecho, entrecortado. A mí, cómodamente repantigado en pleno aire, de brazos cruzados en medio de todas esas atribuladas almas, el perro me ve con toda claridad, pero eso no

supone nada para él, con su mundo repleto de inocuos espectros.

Petra ya ha encontrado tema y no lo va a soltar. Con voz tensa y pastosa, henchida de sarcasmo, añade detalles a la idea de una comida familiar en la ciudad a la que llevarían a su padre —en una hamaca quizá o en un arnés colgado entre ellos o una de esas cosas con dos palos sobre las que los indios pieles rojas arrastran a los heridos— y en la que todos celebrarían sus éxitos y pronunciarían discursos y brindarían por él como hombre, como padre y como erudito. Cuando se lanza de ese modo tiene una forma de hablar con la que no se dirige a quienes están en la habitación sino al aire que la rodea, como si estuviera presente una versión gemela de sí misma de quien recibiera las mofas para transmitírselas a ellos, de rebote, con una nota añadida de sarcasmo. Adam y su madre no dicen nada, pues saben que no habrá modo de pararla hasta que termine agotada. El perro, echado con el morro entre las patas, la observa con recelosa consideración. El tablero de la mesa vibra aceleradamente con la cabeceante rodilla de la muchacha. Adam intenta acabarse los cereales, que se han convertido en una masa pegajosa; vuelve a verse de niño, sentado a esa misma mesa, oyendo hablar a su padre de esa manera suya fría y vehemente, que no podía interrumpirse, y recuerda cómo se le hinchaba la garganta y le ardían los ojos con lágrimas inexplicables que no se atrevía a derramar, lágrimas vergonzosas, sólidas y rebeldes como grandes gotas de mercurio. Echa ahora una mirada de soslayo a su hermana y observa la mancha de luz amarillenta que se agita en el hoyuelo en forma de cuchara sobre su clavícula mientras ella trata de no ahogarse en el torrente de palabras que brota incontenible de su boca.

Su madre, de pie junto a la mesa, contempla a sus hijos con mirada inquieta. Siguen pareciéndole muy jóvenes, poco más que niños, realmente, incluso Adam —sobre todo él—, con ese labio superior infantilmente grueso que tanto tiembla cuando se enfada o entusiasma. Observa los tazones en que están comiendo. ¿Por qué le molesta que no hagan juego? Últimamente le irritan muchas cosas. Trata de no estar resentida con su hijo por no haber puesto el pie siquiera en la habitación donde su padre yace agonizante. Supone que es simplemente el miedo a la muerte, su espantosa presencia, lo que se lo impide. Pero al fin y al cabo no es ningún niño, aunque lo parezca. Va hasta el fregadero y levantando la vista, a través de la ventana de múltiples cristales, observa el luminoso día, con una mano vagamente alzada a la altura del rostro.

Piensa en Adam creciendo entre la pastosa conspiración que era su abuela Godley. La vieja se había apoderado pronto de él, un rehén contra todos los desaires de que se imaginaba ser víctima. Luego nació Petra e inmediatamente ocupó el puesto de su hermano. Era un muchacho torpe y rubio, de cabeza grande y redonda, perplejo por el hecho de que lo hubieran dejado bruscamente a un lado en favor de aquella diminuta y despierta criatura tan celosamente envuelta en el huesudo abrazo de su abuela. Porque la llegada de Petra había producido una espantosa transformación en la vieja: se volvió tierna y ridículamente solícita, y a Ursula le

recordaba aquellos primates de color rojizo del zoológico, tan peludos y saltarines, todo brazos agitados, labios del revés y siniestras miradas, por los que su marido sentía tal fascinación que cuando Adam era pequeño iba a verlos los domingos por la tarde obligándola a ella a acompañarlo. La abuela Godley se estaba muriendo de una afección cardíaca y descubría sombríamente cada día como si fuera un naipe de una baraja cada vez más disminuida, esperando que fuera el as de picas, mientras que la que salía era en cambio esa carta de mirada solemne, esa reina de diamantes en miniatura, de ceñido ropaje e increíblemente quieta y siempre mirando a algo a un lado que según parece solo ella ve, aferrando en su puño de blancos nudillos la marchita flor de su futuro.

—Y y y —dice Petra ahora, su voz temblando en una curva decreciente— y y y...

... Y soy yo quien ha tramado todo esto: la casa, el tren, el niño de la ventanilla, el mirlo de vuelo sesgado, el amanecer mismo, y esta madre cavilando sobre el amor y la pérdida de los seres queridos, y su inconsolable hija farfullando en la mesa su aflicción, y la mujer durmiendo en la cama de su marido cuando era niño, y su marido, el joven Adam, que al fin se decide y se levanta a regañadientes de la mesa y sube esos tres breves escalones y en mis alas invisibles es conducido a la planta alta ante la presencia de su padre terrenal.

Y mirad, ahí tenemos al viejo Adam, el agonizante progenitor en persona. Muriéndose, pero sin poder concebir un mundo del que él ya esté ausente. No, eso no es cierto. Podría concebirlo. Puede concebir cualquier cosa. La concepción de cosas imposibles es lo que mejor se le da. Siempre ha sido sensible al mundo. Observo el cambio de tiempos verbales. Lo que debería haber dicho es que no desea concebir un mundo del que él, etcétera. Por supuesto, sabe que después de él todo seguirá más o menos como antes, salvo que habrá una minúscula ausencia, un hueco apenas perceptible en el denominado esquema global, con una unidad menos. O ni eso, ni siquiera un lugar vacío en donde él estuvo, pues inmediatamente todo se precipitará a llenar ese hueco. Zas. Fuera. Permanecerán recuerdos de él en la memoria de otros durante un tiempo, pero al cabo esos otros morirán a su vez y con ellos sus escasas reliquias. Y luego todo será oscuridad.

Y de su trabajo, ¿qué? Y qué de su trabajo. Le importa un rábano lo que llaman inmortalidad si él no está aquí para saborear su cacareado consuelo.

Yo.

Yo.

Yo.

En cuanto a su inmediata condición, han dictaminado que es un vegetal. Y no es más que eso, si tomamos esa palabra en su sentido antiguo, por no decir arcaico, de estar meramente dotado de vida orgánica. Le late el corazón, le circula la sangre, su linfa se difunde, hasta su aparato digestivo continúa murmurando y triturando, haciendo lo que puede con los insípidos sueros y la maraña de savias que le inoculan sin pausa día y noche por los tubos. Pero ¿ve un vegetal, oye un vegetal, puede —y esto seguramente es el factor decisivo— cogitar un vegetal?

Los médicos no le han visto abrir los ojos y no creen a su mujer cuando afirma que ella sí lo ha visto. Que él la mira. Que la ve. Adoptan una expresión absolutamente impasible y no dicen nada pero ella sabe que, en su fuero interno, se burlan, incluso el doctor Schweitzer, Fortune, quiero decir, el doctor Ferdinand Fortune, el viejo Ferdie. Bah, médicos, ¿qué saben ellos?

Teme que lo entierren prematuramente.

No le duele nada. En cuanto a dolores no siente nada. O muy poco, para ser exactos. Es consciente de algo, un barullo, un martilleo en lo más hondo de su ser, cuyas repercusiones sin duda atroces solo percibe como un rumor distante. Está atrapado en la silla del dentista celestial.

¿Por qué no está contento entonces en ese estado? ¿Acaso no es la apoteosis que siempre ha ansiado, ser intelecto puro, solo mente? Girando y girando van sus pensamientos, como otros tantos granos de arena barridos por una tolvanera. Solo mente, sí, pensamiento puro.

Podría haber estipulado que colocaran una campanilla en un palo sobre su tumba con una cuerda metida en el hoyo y atada a una mano. Pero ¿a santo de qué? Si no es capaz de mover un dedo. Ha pensado en un teléfono, también, en el ataúd, pero

¿cómo marcaría?

Hace una hora, cuando su mujer estuvo aquí —¿o fue antes de que viniera; o después?—, oyó que el tren del amanecer pasaba con su traqueteo, haciendo vibrar los cristales de la ventana. Cuando era niño su madre lo llevó en ese mismo tren a la ciudad para regalarle algo por Navidad y le compró un reloj de diez chelines, que se le rompió enseguida. Incluso en aquella época el tren solía parar sin razón alguna aquí, en medio del campo, y él apretaba la cara contra la ventanilla y miraba con nostalgia esta casa envuelta en un manto de humo helado —esta misma casa, si no anda equivocado, y cree que no— y soñaba con vivir en ella, en ser lo que su desdeñosa madre denominaba un tío grande, con dinero y automóvil y un abrigo de pelo de camello. Un tío grande, ya desmoronado.

Deja vagar la imaginación. Hay lagunas, periodos de ausencia breves y a veces largos cuando se siente perdido, no, perdido no, como extraviado en alguna parte llana y lejana de la costa, al anochecer, sin luna, y el mar solo un fleco de oscura espuma blanca en el horizonte, y las aves marinas en lo alto, gritando y llamándose en el aire brumoso.

Por cierto, tiempos verbales: está anclado en el presente, aunque sus preferencias irían al pretérito. En cuanto al futuro, lo evita como la peste. Ojalá tuviera los poderes de aquel emperador de la antigua Catay que en su lecho de muerte prohibió el uso del tiempo futuro en todo su vasto reino, afirmando que como iba a morir no habría futuro propiamente dicho.

Se pregunta qué día será hoy. Si lo que ha oído hace un rato era efectivamente el tren del amanecer, significa que ya debe de haber salido el sol. Explora el techo en busca de algún indicio pero allá arriba todo lo que hay es impreciso y gris, gracias a las cortinas que su mujer insiste en tener echadas día y noche. Le viene el recuerdo de Venecia: ¿por qué? Sin duda un techo veneciano estaría inundado de rombos de luz acuosa, con un latido reluciente, améxico, y no, como aquí, de un gris tenue y a punto de desmenuzarse, como el moho. Pero es decididamente de la ciudad de la laguna de donde viene ese recuerdo sin memoria. ¡Venecia! *La Serenissima*, la denominan. Mientras que a mí me sugiere la vieja y desaliñada viuda de un capitán de barco, *una vecchia carampana*, envuelta en nubes de moaré manchadas por la marea, sentada sobre sus hemorroides. Ante lo pintoresco siempre he sentido una sana aversión. Lo que considero saludable.

Pero ¿por qué he dicho *hace una hora*? He —ha, él ha: debo ceñirme a la tercera persona—... ha perdido la noción del tiempo, él, que una vez fue uno de los dueños del tiempo y guardián de sus llaves. Ahora las cosas que ocurren se funden y fluyen entre ellas sin resistencia, un batiburrillo sin remedio.

Sin embargo debe de haber habido un techo como ese en alguna parte, en una villa frente al mar o en una habitación de hotel de algún puerto meridional, en donde él, saciado de amor, yaciera en la cama con la mirada perdida en haces de sombras gris moho sobre la cama: ¿dónde? ¿Cuándo? ¿Con qué mujer? Tantas cosas ha

olvidado porque no significaban nada en el momento o, si no nada, entonces no lo suficiente. Eso es lo que le tortura ahora, entre sus innumerables tormentos, la idea de que no ha apreciado como debería todo lo que ha tenido y hecho cuando lo tenía y hacía. Un tesoro de experiencias desdeñadas en el momento de producirse porque no eran más que eso, algo que estaba ocurriendo en vez de algo recordado o esperado. Y ahora, esto: un mundo cuyo sentido nunca ha apreciado, hasta este momento.

Dentro de su cabeza los números se agitan en una vasta extensión cuadrículada, una matriz sin límite, parpadeante en el silencio estelar.

Para distraerse se pone a pensar en su nuera, que duerme apaciblemente en la casa, como Mélisande, si a esa es a quien se refiere. Los oyó llegar por la noche, a ella y a su hijo, oyó sus voces en el corredor, apremiantes pues murmuraban, y creyó que soñaba. Pero sabe que no fue un sueño, y ahora por la mañana Helen está en esa habitación de ahí, la siente, sí; sus sentidos extienden sus antenas y perciben su sensible presencia. ¿Está durmiendo? Trata de captar mentalmente su realidad, dormida o despierta, estando allí donde él no está. Frente a la existencia autónoma de los demás comparte la duda y el asombro de su hijo; pero ¿seguro que la comparte, no será su propia duda, su asombro, transmitidos de segunda mano a la siguiente e imperfecta generación? Pregunta: ¿cómo puede la gente ser plenamente real cuando se encuentra en otra parte, fuera del propio campo visual? Él no es tan solipsista —lo es pero no tanto— como para imaginar que es la proximidad lo que confiere a la gente su realidad esencial. Por supuesto que existen otros más allá de su presencia, miles de millones, pero no forman parte del misterio propiamente dicho ya que él no sabe nada de ellos, no le importan nada. Los verdaderamente misteriosos son los que le resultan más conocidos, su triste esposa, su abandonada progenie, su deseada nuera. Que deban llevar una existencia independiente de él, y, en efecto, de ellos entre sí, también, es una afrenta a las leyes de..., ¿de qué? A veces piensa si su temprana adhesión a la teoría que postula nuestra existencia en medio de múltiples mundos entrelazados no se debía sino al hecho de que, cuando no estaban con él, los otros habrían de encontrarse forzosamente en algún sitio —he dicho que era solipsista —, pero incluso metidos en ese lugar, con la nariz pegada al cristal de aquella infinidad de fisuras transparentes, ¿cómo evitar que hicieran cosas que él no podría imaginar o, si lograra imaginárselas, no podría dar por ciertas? Fijaos en él ahora, incapaz incluso de saber si su nuera, como el gato de Schrösteinberg, inquieto y expectante, se encuentra o no en estado de vigilia allá abajo, en su cámara sellada. Se la imagina desnuda bajo una sola sábana, el hilo, sumamente luminoso al sol de la mañana, moldeado con la forma de sus miembros adorables. Aah. Me pregunto si las entrañas del yacente serán ya capaces de estremecerse. Algo podría haberse alzado allá abajo con el tamaño y la rigidez de una maza de gimnasia sin él saberlo. De joven tenía el escroto tan firme y densamente afelpado como una pelota de tenis, pero ahora los testículos se han encogido y probablemente han vuelto al sitio de donde salieron hace tantísimos años. Aunque ya no quedará mucho ahí, pues parece haberse

saltado la segunda infancia para volver a entrar en el estado embrionario. Sí, esa es la impresión que tiene, la de haber nacido al revés, de modo que esa prolija agonía que está padeciendo lo conducirá no al otro mundo sino de vuelta a un estado de suspendida preexistencia, dispuesto a empezarlo todo de nuevo desde antes del principio. Es una bonita ocurrencia, ¿verdad? Dejaré que lo considere por el momento.

Abajo, en la cocina, Petra se detiene en plena perorata a tomar aliento y su madre aprovecha la ocasión para decir con un suspiro descendente:

—Ah, qué jaqueca tengo hoy.

Ante lo cual la muchacha cae en un furioso silencio y hunde la cuchara con excesiva fuerza en los espesos copos de avena del tazón que tiene ante sí en la mesa. Se abre la puerta trasera, rechinando como siempre con su ruido de matraca, y aparece Ivy Blount, con su viejo impermeable marrón y sus recortadas botas verdes de goma. Lleva una cesta de huevos colgada del brazo y un pollo recién estrangulado cogido del cuello. Cruza el umbral y mira a las tres personas que hay en la cocina con una expresión de angustiado sobresalto. El perro mueve el rabo en señal de bienvenida. La señorita Blount es oficiosamente cocinera, ama de llaves y, según afirma maliciosamente Duffy, el vaquero, fregona oficial de Arden House.

—¡Buenos días, Ivy! —la saluda Ursula, en voz demasiado alta, persistiendo en su errónea convicción de que la señorita Blount es dura de oído. Al ver el mal desplumado pollo se pregunta si podría mencionar la cuestión del almuerzo. Verdaderamente no sabe por qué ha de invitar a comer al tal Wagstaff pero está convencida de que debe hacerlo. Y qué aire tan despectivo tendrá, como siempre. De pronto reconoce al pollo, sobresaltada. Es, o más bien era, la gallina marrón con pintas de patas anaranjadas; la ha visto por la ventana de su habitación no hace ni una hora, escarbando confiadamente en busca de lombrices entre los adoquines del patio. Le tenía cariño a esa. Ponía nombre a todas las gallinas, aunque Adam se reía de ella.

Algo le retumba en la cabeza; es como un martillo percutiendo en un bloque de metal blando una y otra vez. ¿Y si ella también fuera a sufrir una apoplejía? La súbita idea casi llega a gustarle. Se imagina tumbada junto a Adam allá arriba, a oscuras, los dos inmóviles, de espaldas, mirando sin ver, las manos cruzadas de igual manera sobre el pecho, como una pareja de estatuas yacentes en un panteón.

Ivy avanza, deja el pollo y la cesta de huevos en la mesa y se quita el impermeable. Lleva una gruesa falda de tweed y una camisa a rayas de hombre ya pasada de moda con las mangas recogidas. Las ventanas de su fina y aristocrática nariz son traslúcidas. Despide un leve olor a rosas y agua de fregar. El perro se levanta haciendo un esfuerzo y se acerca tambaleante a ella y le olisquea las rodillas. Adam observa el vidrioso globo ocular del pollo e intenta pensar en una palabra: ¿obsidiana, ágata? Aún tiene la cabeza unida al cuerpo, sobre una gorguera de

bruñidas plumas oscuras. Le llega el olor de la desdichada criatura muerta, su hedor a sangre caliente. Petra mira el ave de corral con furiosa alarma como temiendo que vuelva de pronto a la vida y se precipite hacia ella aleteando y chillando por encima de la mesa.

En una imaginación deficiente está el secreto de la supervivencia. La incapacidad de los mortales para imaginar las cosas tal como son en realidad es lo que les permite vivir, ya que un momentáneo vistazo sin reservas al carácter total y absoluto del sufrimiento del mundo los aniquilaría en el acto, como una vaharada de la más mortífera emanación de alcantarilla. Nosotros tenemos estómagos más resistentes, pulmones más robustos, siempre lo vemos todo en su más horroroso aspecto sin amilanarnos; esa es la diferencia; eso es lo que nos hace dioses.

El joven Adam se levanta de la mesa, atraviesa la estancia y sube los tres escalones hacia la puerta de la cocina con el afligido semblante de un hombre que sube al patíbulo. Se detiene y volviéndose lanza una mirada a nadie en particular y sale, cerrando la puerta con tal suavidad que parece un reproche. Su marcha deja un inquieto silencio. Ursula ha ocupado de nuevo su sitio en el fregadero con el rostro levantado hacia la ventana. Se alegra de que Petra se haya callado y no le importa que la criatura esté enfadada con ella por interrumpir su retahíla de necedades. Todo el mundo está inquieto, con los nervios a flor de piel. Esa espera es insufrible. Es como si Adam se hubiera despeñado por una altura inmensa y estuviera siempre cayendo, sin parar, con irreal lentitud, mientras todos ellos miran hacia arriba, sobrecogidos y angustiados, al borroso punto que se desploma y que acabará despatarrado a sus pies, aplastado, ensangrentado, muerto. Muerto. La palabra es otro martillazo, dolorosamente suave y amortiguado.

Ivy Blount coge el viejo y sucio delantal de su percha en la parte de atrás de la puerta. Esta mañana se encuentra aún más perpleja que de costumbre. Ha tenido un sobresalto, la pobre, aunque nadie lo sabe salvo ella y yo. Se dice que es descendiente directa de Charles Blount, octavo Lord Mountjoy y primer Conde de Devonshire, aquel excéntrico soldado a quien María, reina de los escoceses, la gran Gloriana, al subir al trono de Inglaterra tras la decapitación de su prima, la advenediza y desleal Isabel Tudor, envió en los albores del siglo diecisiete a pacificar su territorio más conflictivo. El rostro de Ivy es como el de la Virgen de un icono, bruscamente afilado en la barbilla y aquejado de una tristeza indefinida. Fue a ella, la última de los Blount, tan amargamente venida a menos, a quien Adam Godley compró esta casa, a precio de ganga, veinte años atrás. Vive en una casita de campo de dos plantas al extremo de un campo sinuoso donde una vez estuvo la verja de la propiedad. Duffy, que se ocupa de lo que queda de granja y de las pocas y escuálidas vacas que el viejo Adam insiste en mantener, o insistía —¡tiempos verbales, tiempos!—, quiero decir, tiene, según se sabe, un gran concepto de ella.

—Hoy viene el novio de Petra —anuncia Ursula, dirigiéndose a Ivy sin volverse de la ventana—. A lo mejor podríamos comer en el invernadero.

Cree oír a Petra, que se ríe por lo bajo, pero sigue sin volverse. Es, supone, su forma de decir las cosas —antiguada, sin duda, archisonora— lo que divierte a su hija. Desea que Ivy Blount diga algo; el acento de Ivy, su decadente entonación señorial, es mucho más risible que el suyo; al menos eso cree Ursula, sintiendo un malicioso consuelo. Pero Ivy ha puesto el pollo en el escurridero y está manejando un cuchillo con mango de hueso y no dice nada. La hoja está gastada, parece un reluciente espolón. Unas cuantas plumas caen oscilando al suelo. Petra sacude de nuevo la pierna bajo la mesa.

¿Qué debo hacer, se pregunta Ursula, qué debo hacer?

En el corredor del piso de arriba Adam llega a una estrecha puerta en línea con la pared y llama tres veces con los nudillos. Permanece quieto, muy atento, un poco inclinado hacia delante con la oreja ladeada, en la actitud del espía doméstico. Se siente estúpido pero la antigua prohibición es inquebrantable: nadie se atreve jamás a subir a la habitación de su padre sin llamar primero. Pero hoy, desde luego, no puede haber respuesta, así que ¿a qué espera? El pomo de porcelana le resulta untuosamente frío y desagradable en la palma de la mano. Abre la puerta. Desde aquí, un tramo de escaleras de siete angostos peldaños conduce a la Habitación Astral. Pisa el primer escalón con cierta reticencia. En sus recuerdos más tempranos la Habitación Astral era el sitio prohibido en donde su padre trabajaba, al parecer inmune a la incomodidad del lugar, los vientos invernales y el bochorno veraniego. Cuántas veces de pequeño se quedaba frente a la puerta, escuchando en vano el más mínimo ruido de su padre trabajando. Eso era lo que siempre le fascinaba, el silencio del estudio. En realidad no era silencio, la simple ausencia de sonido, sino una fuerza, un campo de fuerzas como aquellos que su padre intentó explicarle una vez, espacios abstractos que vibraban con el movimiento de partículas fantásticamente pequeñas y para siempre invisibles. «Imagínate», le dijo, «los minúsculos trocitos de todo lo que hay en el universo tirando unos de otros —poniendo sus largas y pálidas manos en forma de garras y enganchándolas por la punta de los dedos para ilustrar la explicación con el fin de mantenerse en su sitio». El muchacho pensó en la red de seguridad del circo, la forma en que estaba allí estirada sin que nadie reparase en ella hasta que al término de la actuación en el trapecio el último de la troupe, desdeñando la cuerda por donde los demás ya habían bajado a pulso, se dejaba caer a plomo en su elástica malla y saltaba sobre la espalda pausadamente, una, dos, tres veces, como un niño grande, antes de ponerse laboriosamente en pie y desaparecer en la pulverulenta oscuridad con piernas de goma, aire de suficiencia y el puño triunfalmente levantado. Su padre emitió un suspiro —«Sí, sí, algo así»— y se dio la vuelta. Vivían en la vieja casa de piedra de Haggard Head y su padre trabajaba en la habitación de la ventana en saliente —Adam creía que la llamaban así porque se alzaba sobre la bahía— desde donde el mar parecía una curvada lámina de acero picado con las olas rompiendo a

cámara lenta entre las rocas, muy abajo. Le gustaba aquella casa, y lloró cuando su padre los hizo mudarse aquí, en pleno campo desolado.

Sigue vacilando, reacio a subir. No era solo la presencia paterna en lo alto lo que hacía que de niño esta escalera sin luz le resultase una perspectiva tan alarmante. Algo espeso parecía acechar allí, donde la oscuridad era más negra que en ninguna otra parte de la casa, algo oculto pero pegajosamente tangible, de lo cual incluso ahora, en la más clara luz del día, parece percibir un vestigio que se niega a desaparecer, un resto de telaraña. Recuerda nuevamente su sueño, los gritos de guerra, el destello en los bronceos yelmos, el polvo ensangrentado. ¿Y qué era lo que llevaba en brazos, qué? ¿Un camarada herido, un cadáver, quizá? Cierra los ojos, vuelve a abrirlos.

No recuerda que su padre lo haya llamado alguna vez por su nombre. Eso no le molesta ni le parece un desprecio, solo le extraña. ¿Encontraba engorroso su padre que los dos se llamaran Adam? Difícilmente. De todos modos, su padre rara vez se dirige a alguien por su nombre; los nombres son algo en lo que no considera necesario fijarse y que no recuerda.

Respira hondo y sube las escaleras como siempre, a un trote suave, la cabeza baja, moviendo las rodillas al tiempo que los codos. Las escaleras gimen bajo sus pies, como ofendidas.

En la habitación se pregunta por qué están echadas las cortinas. Al principio no distingue nada sino una confusión de formas verticales, vagas, de polvoriento matiz, que le dan la impresión de encapuchados centinelas en vigilia silenciosa. Tras un momento casi ciego localiza la cama. Es la monstruosidad con dosel de la alcoba de sus padres que su madre mandó a Duffy desarmar y subir hasta aquí para volver a montarla cuando iban a traer a su padre del hospital. Nadie sabe por qué quiso trasladarlo de habitación; quizá ni ella misma lo sepa. La cama no es exactamente demasiado grande para la habitación, sino desproporcionada, en cierto modo, fuera de lugar, con su sugerencia del mundo de amodorradas intimidades, sueño y ensueño, ese mundo al que sus padres se retiraban para pasar juntos sus misteriosas noches maritales. Su padre no tenía un sofá, ni siquiera una butaca, en la habitación donde trabajaba. Un simple escritorio metálico con una silla de madera alabeada, un bloc de papel milimetrado y, por supuesto, una abundante provisión de lapiceros, sus famosos Ticonderogas del número cuatro, extraduros, amarillos, con una banda verde y una goma de borrar rosa, especialmente importados por cajas; esos son, eran, los utensilios de su oficio, las herramientas del arcano. Al principio de su fama, los caricaturistas lo representaban como un monje en una celda vacía sin ventanas, los ojos desencajados e hidrocéfalo, encorvado con el lápiz sobre una hoja cuadriculada de papel de pergamino; también como un hombre del espacio con un casco globular surgiendo de un agujero del firmamento, como un profesor loco con el pelo electrificado reuniéndose y fundiéndose con su imagen en el espejo, o una entera tripulación de marineros idénticos abandonados cada uno de ellos en su propia isla

solitaria en forma de esfera terrestre flotando en un mar de impenetrable oscuridad. El joven Adam estaba orgulloso de su padre y en secreto recortaba aquellas viñetas de los periódicos y revistas y las guardaba en una caja de puros en la parte de atrás del último estante del armario de su habitación. Quizá sigan ahí, criando moho.

Con un esfuerzo se aproxima a la cama y, tras tantear un poco, encuentra el interruptor de la lámpara y enciende la luz de la mesilla. Al principio no se atreve a mirar directamente al enfermo. La superficie de la cama es otro campo, liso y vetado de gris, uniforme salvo en el centro, donde su padre forma una precisa y alargada elevación. La disposición general recuerda algo a Adam pero de momento no se le ocurre qué pueda ser. Ahí de pie se siente un tanto ridículo, igual que hace poco frente a la puerta, y tiene la impresión de que hay gente oculta, tras las cortinas y bajo la cama, tapándose la boca con las manos, preparándose para saltar sobre él, gritando, riendo y dando alaridos. No sabe cómo comportarse aquí. Resulta extraño encontrarse en una habitación con alguien que está presente y al mismo tiempo no lo está. Su padre tiene los brazos rígidamente estirados a los costados; es una disposición curiosamente hierática, como si hubiera estado repartiendo amplias bendiciones sobre las cabezas de una multitud arrodillada y ahora hubiera retrocedido para ocultarse entre las sombras. Las manos que sobresalen de las mangas del pijama son largas y huesudas y están surcadas de hinchidas venas de color verdoso, la clase de manos que se atribuye a los pianistas, y nada parecidas a las del joven Adam, de cortos y romos dedos.

De pronto recuerda lo que la cama con su padre en ella le suscita en la memoria. Un día, en la playa, cuando eran niños, Petra dejó que la enterrara en la arena. Fue idea de él; estaba aburrido, y pensó entretenerse así. Pero no, no era eso, o no del todo. Había visto la expresión de alarma en los ojos de su hermana cuando le dijo lo que pretendía hacer y ella se tumbó en la arena, y eso lo había excitado. De otro modo se habría cansado del proyecto nada más ponerlo en ejecución, porque no resultaba fácil: la arena estaba dura y compacta después de una mañana de lluvia y la pala que debía utilizar era de Petra, un objeto de plástico demasiado pequeño y endeble para la tarea. Pero siguió adelante hasta que quedó tapada hasta el cuello y lo único que se le veía era la cara, blanca como una pipa de arcilla, mientras ella yacía en un cascarón de arena húmeda, con los ojos ansiosamente fijos en él, atrapada e inmóvil como su padre, aquí, ahora.

Sonríe para sí, sin alegría, culpablemente, inclinado en la penumbra.

Pero cuánto parece haber encogido su padre, se lo ve mucho más pequeño que en vida y lastimosamente delgado; que en vida, sí, porque según está ahora es lo mismo que si hubiera muerto; eso es evidente. Ya a los doce años el joven Adam tenía unos hombros poderosos de boxeador y unas piernas increíbles de levantador de pesos, le sacaba media cabeza a su padre, sinuosamente estructurado. La desproporción solo le hacía sentirse más torpe y lento, y en cierto modo el más pequeño de los dos, un pigmeo que llegaba a la rodilla del gran hombre blanco. Solía entretenerse pensando

que no era hijo de su padre sino el fruto de una desesperada aventura de su madre para desquitarse de los líos amorosos que según decían tenía su padre; se alegraría de que lo hubieran concebido en un agitado estado de ira y apetito de venganza. A veces piensa que le gustaría ser así, implacable, fríamente apasionado, servidor de revanchas y deserciones. ¿No debería yo, quizá, para levantarle el ánimo, sembrar en su mente la sospecha de que mi padre Zeus...? Pero no. Ni el más amante y leal de los hijos podría imaginar que la madre de Adam, allá en la flor de su virginal juventud, podría haber sido el tipo de mi divino padre.

¿Quién más estaba en la playa aquel día? Adam intenta recordar más ampliamente la escena, las pardas dunas detrás y la lisa arena hasta el borde del agua reluciente como cemento fresco, y los bañistas en el mar, cabeceando y chillando, y un velero navegando, y, más cerca, una persona sentada en una manta y sirviendo té con un termo y llamándolo en tono quejumbroso. Los tres, desde luego: su hermana, su madre y él; siempre tres, nunca cuatro, a menos que la abuela Godley fuera con ellos, cosa que rara vez hacía, pues sentía aversión por las actividades al aire libre y aborrecía especialmente el mar y la costa. Piensa en su abuela con atribulado afecto, aquella furibunda y amorosa anciana incapaz de mostrar su cariño a nadie.

Al fin se atreve a mirar plenamente el rostro de su padre, o su cabeza, mejor dicho, esa cabeza abovedada, ascética, de frente huesuda, nariz de hacha, barba puntiaguda y boca amplia, de labios prensiles. ¿A qué se parece más? Un sumo sacerdote descansando tras la angustia y el éxtasis de un ritual religioso. Un faraón muerto, momificado y encogido. O solo Petra, enterrada hasta el cuello en la arena.

Sale ahora de sus cavilaciones y se inclina sobre la cama decidido a hacer no sabe qué, y enseguida vacila. ¿Debe besar a su padre? ¿Es eso lo que cabe esperar de él? Pero, aun así, ¿importa si lo hace o no, puesto que no hay nadie para verlo, y su padre en cualquier caso no va a enterarse? ¿Cuándo lo ha besado a él su padre? Si lo ha hecho alguna vez, ni lo recuerda. Se siente a disgusto y molesto en ese ambiente crepuscular, ese entorno oscuro y un tanto eclesial. ¿Desea que su padre haya muerto ya? La idea le viene espontáneamente; se alarma de que no le horrorice. Mira esas manos descansando inmóviles sobre la manta y de pronto, sin previo aviso, algo se abre de par en par en su interior, un vacío vertiginoso en el cual se precipita súbitamente sin poderlo remediar. Por un instante es incapaz de comprender lo que pasa; luego se da cuenta de que está llorando. Eso es más que nada una sorpresa, porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lloró. Desconoce la fuente de esas lágrimas, que fluyen sin parar entre sus hirvientes párpados, tan copiosas y sólidas que parecen irreales, las gruesas, ardientes lágrimas de la infancia que tan furiosamente se resistía a derramar cuando estaba solo. Pero es sencillo, sin duda, está llorando por su padre moribundo. ¿Y por qué no? Sin embargo siente tal perplejidad que le parece que va a echarse a reír, incluso llorando. Con todo, el único sonido que se oye proferir es una serie de pequeñas contracciones, o jadeos, un hipo leve. En conjunto no es una sensación desagradable, esa súbita muestra de dolor, si es

que se trata de dolor, y está satisfecho de sí mismo, orgulloso, casi, como si las lágrimas demostraran algo, algún examen o prueba que se le exigía desde tiempo atrás sin él saberlo. Y cuando al cabo de un par de minutos recobra el dominio de sí mismo se siente casi tonificado, como si le hubieran administrado alguna purga religiosa. La confesión, piensa: ¿es esa la palabra? Sí, como si se hubiera confesado. Pero también se siente como cuando de niño se meaba en la cama mientras dormía, culpable y jubiloso a la vez, y oscuramente, vergonzosamente vengado, aunque de quién, o de qué, no lo sabe a ciencia cierta.

Se frota los húmedos ojos con la base de las manos, y como no tiene pañuelo se limpia la nariz con la manga y de nuevo es consciente de su absurdo atuendo, del estrecho pijama en el que se ve embutido, sus grandes pies descalzos asomando ahí, muy abajo, en la penumbra. Deja escapar un hondo suspiro, que en el velado silencio parece una recargada, y casi cómica, versión de un suspiro. Se siente avergonzado: todo lo que hace resulta exagerado. Intenta tocar la inmóvil forma de su padre pero no puede, y ese acto, ese no acto, le parece histriónico y falso. No está habituado a sentir de ese modo. Siempre se ha considerado, cuando piensa en sí mismo, una persona sencilla. Helen es la complicada; él se encuentra frente a la complejidad de ella sobrecogido y perplejo, como un indio viendo desde la playa los insólitos y maravillosos barcos de brillantes mástiles surgiendo en lontananza bajo un azul de ensueño.

Baja pesadamente los angostos escalones y cierra la puerta al salir, soltando con cuidado el pomo sobre su resorte para no hacer ruido. Al volverse se sorprende de lo radiante que ya es el día, de la abundante luz que inunda la galería. La casa está construida con sus cuatro fachadas en torno a un amplio espacio cuadrangular de dos pisos, en cuyo fondo está el suelo de baldosas blancas y negras del vestíbulo central; el techo se compone de lunas rectangulares de vidrio esmerilado, verdoso, sucio de moho y excrementos de aves y con hojas del año anterior pegadas y renegridas, y por algún juego de la luz el hueco de abajo siempre parece rebosante de un agua increíblemente quieta, sumamente clara. Las paredes, revestidas de listones de madera encajados unos con otros, se pintaron en época inmemorial al temple brillante que con el tiempo ha adquirido un matiz desagradable, azufrado, y cuando les da el sol, como ahora, despiden un tufillo seco, nada molesto, a madera y pintura, un olor a hoteles familiares y desvencijados chalés de playa, aunque el mar está a más de treinta kilómetros de distancia, ¿y quién pensaría venir de vacaciones a Arden House, salvo quizá Roddy Wagstaff, y ese no cuenta? ¿Qué capricho llevaría al bisabuelo de Ivy Blount, el antojadizo St. John Blount, a cubrir la mitad del espacio de las paredes de la casa con esos burdos listones de madera? La maravilla es que la casa haya sobrevivido tanto tiempo sin ser víctima de algún incendio producido por un rayo o por la antorcha de algún rebelde. «Yesca», dice su madre, «este enorme mirador es como la yesca».

Adam recorre dos tramos del corredor descubierta, avanzando bajo el tejado de

crystal emplomado entre bruscos parpadeos de luz y sombra, oyendo el suave y húmedo rumor que hacen sus pies descalzos sobre el entarimado sin alfombra. Llega a otra puerta y se detiene a escuchar; le parece oír la suave respiración de su mujer, que sigue durmiendo en el interior, y el leve y diáfano sonido remueve sus sentidos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Helen en tono apagado, incorporándose rápidamente. Algo en él vibra siempre de nuevo al oír su voz, su oscura y perfecta nota, como la de un oboe. Ella mira al sitio vacío que hay en la cama junto a ella, tantea la fría almohada con la mano. Frunce el ceño—. ¿Adónde has ido?

La belleza de su mujer lo golpea siempre como si fuera la primera vez; lo golpea, sí, porque siente su efecto como una tierna sacudida en el corazón. ¿Por qué lo eligió a él cuando tantísimos otros le habían suplicado en vano? La pregunta le corroe, cavila sobre ella, pero no halla respuesta. Curiosamente, sin embargo, lo reconforta, también, le procura un estremecimiento cálido y de mal agüero, que es incapaz de interpretar. Juega repetidamente con la posibilidad de perderla; es como quien padece miedo a las alturas y se arrastra una y otra vez al borde mismo del precipicio. No puede concebir la vida sin ella. Piensa si eso cambiará, si algún día, viejo, cansado y desencantado, mirará hacia atrás y se preguntará cómo habrá podido estar tan perdidamente sometido a ella. Es humana, al fin y al cabo, un ser humano, como él. Pero no, no, no es como él. Las mujeres bellas, las singularmente hermosas como ella, son diferentes, está convencido: llevan su belleza como una carga que no abruma sino que mágicamente las hace más ligeras. Tienen otra manera de ser humanas, si es que lo son.

¿Oís a mi papá relamiéndose los morros en segundo plano? Helen no es ninguna diosa de la belleza, sino una mujer mortal, desde luego. Si no lo fuese, mi padre no suspiraría tan ardientemente por ella. Es precisamente su carácter humano lo que desea, el viejo y lascivo vividor.

Ninguno ha traído ropa de dormir, y Helen, de manera excitante para Adam, se ha puesto la camisa que él llevaba ayer, azul claro, como su estrecho pijama, con finas rayas blancas. Ella lo sigue mirando de forma rara, con un extraño recelo. El pequeño cuarto cuadrado está burdamente amueblado con trastos que en los años desde que dejó de ser suyo han emigrado aquí de otras partes de la casa. Aparte de la alta y anticuada cama, hay dos mesillas pintadas de un horrible color chocolate, una mesa con las patas de tijera, del mismo tono, con una palangana de porcelana, una jarra a juego y un espejo ovalado para afeitarse con un pie de madera y salpicado de motitas; además de una silla con asiento de mimbre, y a los pies de la cama, en el suelo, un arcón de caoba con la leyenda *SS Esmerelda* grabada en la tapa con pulcra caligrafía. Aún siguen allí algunas cosas suyas, también, la maqueta de un aeroplano cubierta de pegamento y colocada sobre un soporte, un descolorido cartel de un equipo de fútbol clavado con chinchetas en la pared, un palo de hockey apoyado en un rincón y semejante al fémur o la tibia de alguna rauda criatura. El suelo es de tablones de pino ásperamente cortados y allí se ha clavado más de una astilla en los pies cuando

andaba descalzo. La ventana, frente a la cama, está cubierta con visillos de gasa, y en la habitación hay una blanca y polvorienta refulgencia en la que todo parece ir más despacio de lo normal; reina un mohoso olor a sueño.

—Estaba despierto —explica Adam—. Fui abajo. ¿Has oído el tren?

Helen arruga aún más la frente y ladea bruscamente la cabeza hacia él, como pensando que le está tomando el pelo y advirtiéndole que lo deje. ¿De qué color tiene los ojos? Deben de ser azules, sí, de un azul oscuro y profundo, como el mar griego exactamente. Su cabeza es como un exquisito huevo puesto del revés, dorado y cremoso, que se asienta en su alargado y pálido cuello como en un pedestal de piedra pulimentada. Lleva el pelo a la nueva moda, muy corto, en incontables capas imbricadas como láminas de pan de oro; no está seguro de que le guste ese estilo, pero no se atrevería a decirlo. En la cuestión de su mujer y de lo que hace o deja de hacer tiene la sensación de encontrarse a caballo en el centro de un gran disco metálico que gira a velocidad inmensa y que al menor movimiento mal calculado por su parte empezará a bambolearse frenéticamente y un segundo después saldrá despedido de su eje con chirridos y tremendo estrépito y acabará precipitándolo en la oscuridad y la devastación irreparable.

—Has estado aquí, no abajo —responde ella, con más perplejidad que ganas de contradecirle—. Has estado aquí, conmigo.

—No podía dormir.

Ella suelta una extraña y seca carcajada.

—¿Ah, sí?

Su tono también lo intriga; aún debe de estar medio dormida. Ha sacado un pie desnudo por el borde de la sábana; él observa el agrietado cerco del talón y su ya afligido pecho parece abrirse y deja escapar algo, como el pájaro de un reloj de cuco, desesperado de amor.

—Tengo que ir al baño —anuncia ella—. Estoy empapada.

Cuando baja de la cama los faldones de la camisa azul se le abren brevemente por delante y él alcanza a ver el vellón rojizo. Quiere tocarla, detenerla y abrazarla. Observa una veta de sueño en el rabillo de uno de sus ojos, el que tiene una leve y cautivadora caída. Pasa rozándolo y al dirigirse a la puerta se le ofrece una breve visión bajo los faldones de la camisa de dos pálidas medias lunas de carne suspendida, refulgente. Se imagina lamiendo esa mota de líquido endurecido de la comisura del ojo justo con la punta de la lengua.

¿Empapada?

Se arrodilla junto a la cama y se inclina hacia delante apoyándose en las manos como postrándose en oración y sepulta el rostro en el nido aún caliente entre las sábanas en donde hasta hace un momento se acostaba su mujer.

El diminuto baño tiene forma de cuña, estrechándose desde la puerta hacia donde

se encuentra el lavabo y la única y pequeña ventana, lo que hace que el espacio parezca aún más angosto. Ocupa la mitad del habitáculo una bañera esmaltada del tamaño de un sarcófago con el borde desconchado y franjas parduzcas que corren por debajo de los grifos. Sobre la bañera hay un gigantesco calentador de agua, también esmaltado y cuarteado, que hace tiempo dejó de funcionar pero que nadie ha pensado en cambiar. La primera vez que Helen vino a Arden y fue lo bastante insensata como para darse un baño aquí, se hizo al levantarse una herida en la cabeza con el afilado borde de una espita que sobresale bajo el agujero donde antes estaba la luz piloto. Eso fue antes de estar casada con Adam. Casada. La palabra la paraliza, como siempre. Tiene a sus oídos un sonido anticuado y algo indecente, como uno de esos términos falsamente inocuos de las obras de teatro antiguas, *intimidación*, *higa*, o *cohabitación*.

La ventana da a un campo de cardos y, más allá, a un bosque oscuro y circular que parece acurrucado en torno a sí mismo por miedo de algo, y sobre el cual vierte ahora inútilmente el sol de la mañana su, en cierto modo, descorazonada alegría. Cuando sale fuera nunca llega a localizar el campo, ni el bosque —¿cómo es eso?—, aunque no pasa mucho tiempo buscándolos. Solo se trata de otro de los muchos pequeños y exasperantes misterios de este lugar. Es una chica de ciudad y el campo le parece aburrido o inquietante, o las dos cosas.

Se alza la camisa cogiéndola por la parte delantera y se agacha sobre el inodoro como, según se le ocurre, una grande y suave gallina blanca preparándose para poner un huevo. La tapa del viejo inodoro es un sólido marco de madera barnizada de color pardo que le recuerda el yugo de un caballo de tiro —¿pero dónde ha visto ella tal cosa alguna vez?— y da una sensación fría y viscosa al principio y luego cálida y aún más pegajosa. Escucha con leve consternación los plafs y salpicaduras debajo de ella. Está segura de que se la oye por toda la casa. Se planta las manos en las rodillas y mira al frente a nada en particular. La luz blanca destella en el trozo de pared amarillenta que tiene delante. Oye retazos de la vida doméstica que vienen de abajo, gente que habla, una puerta que se abre y se cierra, un golpe seco que puede ser cualquier cosa; el perro ladra, tres veces, sin energía; la puerta de nuevo, un portazo esta vez; pasos quedos en la escalera; un ruido brusco, de atrás adelante, mientras alguien retira la ceniza de una chimenea. ¿Por qué la gente a quien se oye desde lejos como aquí, en habitaciones de otros pisos, siempre parece que está haciendo cosas —confiándose, peleándose, poniéndose de acuerdo a voces— mucho más interesantes que las tareas rutinarias a que realmente se está dedicando?

El viejo Adam se va a morir, o eso dicen los médicos, y todos menos Ursula han perdido la esperanza. Es raro imaginar que ya no va a estar más aquí, en Arden; resulta extraño pensar que no va a estar en parte alguna. ¿Cómo será lo de morir, se pregunta, qué será eso de estar muerto? ¿Se parece a algo? Como estar con anestesia, quizá, con el olvidadizo anestesista yéndose a casa y dejando apagadas las luces del quirófano y las puertas cerradas con llave y los últimos y chirriantes pasos perdiéndose en el silencio de los largos corredores. No está segura de lo que debe

sentir ante esa muerte inminente. Conoce el deseo que el anciano siente por ella — que sentía, vamos—, se ha fijado en cómo la miraba cuando creía que ella no se daba cuenta, ha visto cómo echaba la cabeza hacia atrás, pasándose las uñas por dentro de la barba, y cómo ese trozo de piel blanca entre sus cejas se arrugaba como si le asaltara un leve dolor. Le dan escalofríos de pensarlo ahora. Sin embargo debió de ser guapo, una vez, guapísimo, incluso, con esa frente estrecha y las sienes profundamente marcadas, la nariz, y los grandes ojos negros, brillantes, ligeramente rasgados. No se parece en nada a su hijo: ¿cómo pueden ser tan diferentes los dos? Pero no habría querido casarse con el viejo Adam, y no solo porque se esté muriendo. ¿Por qué, entonces? Algo raro en él; cierta frialdad.

Extiende la mano hacia el rollo de papel y arranca una larga tira. El olor reseco, a hojas mohosas, del papel le trae algún recuerdo del pasado —árboles, verano, un niño — pero se le va antes de que pueda definirlo. La cisterna funciona mediante una cadena con empuñadura de madera gastada y pulida por el uso.

... ¡ah, qué sueño!

Estábamos en la dorada cumbre de un monte,
nosotros dos, solos tú y yo, y alrededor
el aire era azul, inabarcable, ¡y tan suave!

Se asombra de sí misma y de cómo se ha escapado limpiamente de la habitación y de su marido en una confusión de insólita timidez, de vergüenza, casi, que resultaba más placentera que otra cosa, y ahora —¿puede ser?— se le aviva de nuevo un calor en el regazo. ¿Qué le pasa? Y, cosa más sorprendente aún, ¿qué le ocurre a él? Se pone una mano entre los muslos y explora en su interior con aprensivos dedos. Espera encontrarlo todo dolorido y en carne viva, pero no. Se lleva los dedos a las ventanas de la nariz y olisquea. Solo hay su acre y familiar olor. ¿Ha sido un sueño? Desde luego que no. Algo sentido con tal intensidad sin duda debe de haber sido real.

Vuelve a pensar en el anciano moribundo.

Relajada, aliviada, se levanta de la cascada que se agita en la taza, se acerca a la ventana y observa lo que puede verse de su imagen en el cuarteado espejo con su marco de madera roído por la carcoma. ¿Quién sino su marido era ese hombre monstruoso que le ha hecho el amor de esa manera en la penumbra de la habitación al amanecer? Y si es su marido, ¡qué transformación! Aún le tiemblan los brazos de soportar su horrible peso. ¡Las cosas que le ha hecho, lo que le ha incitado a hacer a ella! ¡Nunca, jamás en toda su vida...! La grieta transversal del espejo divide su rostro en dos mitades desiguales y un ojo asimétrico, lleno de escepticismo, le devuelve su curiosa mirada. La mañana se dilata a su alrededor con un latido, la cisterna gorgotea. El tibio rescoldo de su sustancioso hedor perdura en el aire. A través de la pequeña ventana el resplandor del día la sobresalta de nuevo, haciéndola guiñar los ojos. Aquí, la luz del campo, el matiz de las jaquecas, es diferente que en la

ciudad, más brillante, de mayor intensidad, como si por detrás resplandeciera otro fulgor, misterioso, invariable, con un tinte crudo. El agua, corriendo del grifo como metal fundido, se rompe entre sus dedos en esquirlas plateadas. Se siente recogida, en cierto modo, recogida y abrigada. La ardiente sensación en sus entrañas se hace más intensa, un hosco fuego. Agacha la cabeza con los ojos bien cerrados y apoya las manos a los lados del lavabo inclinándose pesadamente con los codos flexionados, temblando al recordar un placer que parece formar parte del dolor. Se desmayaría si yo no estuviera allí para sujetarla con mis brazos de aire. Así ocurre siempre que papá ha hecho lo que suele hacer con las jóvenes, el viejo verde. Me acuerdo de la mujer de Tíndaro, y también, de la mujerzuela de su hija —¡otra Helena!— que trajo todos los problemas de Troya y causó la ruina de Ilión. Por no mencionar las anónimas, innumerables, de antes y después, traicionadas, desdeñadas, olvidadas.

Adam la está esperando en la habitación. Se ha vestido. Lleva una camisa blanca y unos ridículos pantalones de áspero tweed, de un color herrumbroso, demasiado estrechos, que ella nunca le ha visto: no pueden ser suyos, debe de haberlos encontrado en algún sitio de la habitación. Siempre lleva cosas raras en Arden. Cuando habla de venir aquí siempre dice ir a casa. Está sentado de lado en la cama. Es más ancha que una individual pero muy estrecha para los dos; anoche le dijo que tenía miedo de aplastarla contra la pared y matarla al darse la vuelta, como dicen que a veces las madres asfixian a sus hijos pequeños cuando se ponen encima de ellos al volverse en la cama. A la mención de los niños ambos guardaron silencio, y él apartó la cabeza pero ella, entornando los ojos, siguió mirándolo, animándolo a decir algo, pero él no dijo nada, claro. Ella observa ahora los objetos de la habitación, el aeroplano, el palo de hockey, y en su imaginación hace una mueca. Él está apoyado sobre un brazo y le sonríe con aire suplicante. ¿Qué es lo que quiere? Ojalá se hubiera quedado abajo. Quisiera estar sola. No le apetece vestirse delante de él. Sigue sintiendo un vestigio de excitada vergüenza, recordando el sueño de su relación sexual. Porque ha decidido que ha sido un sueño, al fin y al cabo. ¿Qué otra cosa puede haber sido, cuando parece que se despierta y se lo encuentra casi encima envuelto en luz, mudo, apremiante, los brazos extendidos y las manos sobre sus pechos: ¿qué, si no?

Quando vuelvas, ¿quién serás sino tú?

¿A qué otro tú podría amar yo?

De nuevo mueve una mano hacia ella, la del brazo en que se apoya, sus dedos correteando juguetones como un cangrejo sobre la sábana. Le gustan sus manos, cuadradas y siempre cálidas, pero ahora no quiere que la toque y casi imperceptiblemente se aparta unos centímetros del borde de la cama. Él sonríe, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta él—. ¿Es que Duffy te ha visto con mi camisa?

Lo piensa. Ya ha tenido motivos para comentar la aparente libertad del vaquero de andar por la casa, su forma de aparecer en momentos inoportunos en sitios inesperados, con sus pobladas cejas y su atrevida e indesviable mirada. ¿Y si efectivamente la ha visto, al salir trotando del baño y subir los escalones con el trasero al aire? Pues que lo vea, no le importa.

—¿Has ido a ver a tu padre? —le pregunta. Su neceser está abierto en el suelo, con todo revuelto, como abandonado en un desesperado intento por escapar—. ¿Cómo está?

Él deja de sonreír pero sigue con el ceño fruncido, el labio superior proyectado sobre el inferior. Como siempre que inclina la cabeza, un mechón de pelo le cae sobre la frente y alza la mano impaciente para echárselo hacia atrás. Tiene el cabello claro y sedoso. Sus ojos también son claros, de un límpido azul, como los suyos, pero misteriosos, en cierto modo, misteriosos, otra vez esa palabra. En el sueño era y no era él, una figura de helado fuego, que la quemaba; sus labios eran dorados.

—No lo sé —contesta él—. Está ahí, simplemente, sin hacer nada. Espero que no sufra, pero ¿cómo voy a saberlo? —Hace una pausa, y toca algo en la sábana—. Me eché a llorar junto a la cama.

—¿Ah, sí? —es lo único que responde ella, como si estuviera pensando en otra cosa. Adam se pregunta si ella querrá verlo, al moribundo.

Helen se acerca a la ventana y levanta el visillo de gasa asegurando el cordón en una escarpia atornillada en el alféizar y se queda mirando afuera. Dicen que puede verse el mar desde allí, pero ella nunca lo ve.

—Pobrecillo —comenta, y ninguno de los dos está seguro de a quién se refiere, al padre o al hijo.

Abajo, hay un campo diferente del que se ve desde la ventana del baño, o quizá, piensa ella, sea el mismo pero visto desde otro ángulo. Más allá, sin embargo, no hay bosque, solo una pendiente frondosa —desde luego ni siquiera la hierba debería ser de un verde tan brillante— detrás de la cual se alza el tejado y la única chimenea de la casita de Ivy Blount. Tres vacas negras y blancas pastan desgadamente. Un pájaro diminuto se precipita desde una rama como si en vez de volar cayera —una hoja parda, rápida—, y desaparece luego de la vista. En el aspecto de este sitio hay algo que no es enteramente real, sobre todo en verano; parece un decorado, a sus ojos. Todo resulta demasiado plano, en cierto modo, en especial las distancias pero también las colinas más próximas, y todo está bañado con un tinte de pálido espliego, como un telón de fondo mal pintado.

Ya ha interpretado el papel de Hedda, y de la señorita Julia. Ha caminado arrastrando un largo vestido negro mate, ha seducido y desdeñado. Desde la última fila veían sus ojos zarcos. Llevaba la batuta y la voz cantante. Ahora hará de Alcmena, la mujer del soldado, dulce, perpleja y atribulada. ¿Qué tono darle?

—¿Cómo? —pregunta, volviéndose.

Cuando vuelvas, ¿quién serás sino tú?

Pim-pam pim-pam pim-pam pim-pam pim-pam. Como Duffy con sus botazas.

—No he dicho nada —dice su marido.

Ella echa una mirada, frunciendo el ceño, por la habitación.

—Ha conservado hasta tus juguetes —observa maravillada.

—¿Quién?

—Tu madre; ¿quién, si no?

Vuelve a recordar al hombre dorado de su sueño, su imponente peso sobre ella. Se acerca a la cama a grandes zancadas —¡una ménade, fijaos!—, y encaramándose al baúl se pone sobre el colchón, avanza a gatas hacia su marido y con apasionada violencia le coge la cabeza entre las manos y se la aprieta contra el pecho. Él se retuerce y dice algo que llega a sus oídos demasiado apagado para entenderlo. Ella siente su aliento en la piel y un botón de la camisa que le aprieta con la barbilla. Aunque es menuda comparada con él parece mucho más alta, una gigante, imperiosa y ávida. Él le pasa las manos por la espalda y le alza el faldón de su camisa, que ahora lleva ella, y al ponerle las palmas en el trasero desnudo ambos sienten el calor de la sangre en el cuerpo de ella. Él intenta hablar de nuevo pero ella no lo deja, y le restriega la cara por el pecho, moviéndola de un lado a otro. Él emite ruidos apagados, risueños. Las uñas clavadas en su trasero, picoteándola. Ella echa la cabeza atrás con un suspiro feroz.

Mi padre gime en su letargo, soñando en algún otro sitio, con alguna otra nena, espero. Pero venga, papaíto, ponte los cuernos y echa un vistazo a lo que estas criaturitas tuyas están haciendo.

El viejo Adam, pescador de perlas, se zambulle en el pasado, llegando más al fondo a cada inmersión. Hay un mundo perdido allí abajo, ve tejados y campanarios hundidos, calles donde se deslizan las corrientes, personas fosforescentes como peces, saliendo y entrando de las casas, deambulando por habitaciones a medias reconocidas, bien abiertos sus ojos de caballito de mar. Está asustado; no quiere ahogarse, como ellas se han ahogado; sabe que pronto le tocará a él. Siente que se lo lleva la marea, que no deja de arrastrarlo. Se agarra a las algas, viscosas y frías, que se le escurren entre las manos. Hay un destello, un reflejo, pero cuando escarba en la arena no encuentra nada, solo conchas y coral mellado y trocitos de hueso, y a su alrededor se queda de pronto todo a oscuras. Se le escapa el aliento. Siente latir su corazón, oye la sangre en sus venas, un fragor sordo, precipitado. Forcejea. El agua se pliega a su alrededor, pesada como cadenas e imposible de aferrar. Una enorme burbuja sale de su boca. ¡Madre...!

Se despierta, pero no es un verdadero despertar.

De nuevo se encuentra en la ciudad que parece una joroba sobre el estuario, con su iglesia, su torre derruida, sus casas de tejados inclinados, apretujadas. La ve en el crudo tiempo de abril, un lavado cielo azul salpicado de nubes, blancas como la nieve, grises y amarillentas, beige. De todas las chimeneas salen sesgadas ráfagas de humo, como una concentrada flotilla haciéndose a la mar. El viento riza el ensanchado río, tocándolo de blancos copetes. Todo está ahí, compacto y diminuto, como una ciudad de juguete dentro de una bola de cristal. Es un niño que sube una cuesta con dificultad a lo largo de una tapia alta de piedra gris. Lleva un abrigo de tweed con un corto cinturón a la espalda, una gorra de visera y gruesos calcetines de lana cuya parte alta ha enrollado hacia abajo para ocultar las ligas elásticas, de un blanco sucio, hechas en casa. Carga al hombro la cartera de colegial. Son las cuatro de la tarde. Al otro lado de la calle en pronunciada pendiente hay casas, cada una un peldaño más alta que la siguiente. En la entrada de una de ellas hay un lazo negro atado al llamador con una tarjeta de cartulina que lleva un nombre, y fechas, todo escrito en tinta negra. La puerta está entornada. Alguien ha muerto y todo el mundo puede entrar a ver el cadáver. Los borrachos de la ciudad son siempre los primeros, y toman una copa gratis con la que brindan por el viaje del fallecido. Se detiene y se queda parado un momento, mirando a la casa. Podría entrar. Con solo empujar la puerta pasaría directamente al salón. Habría alguien allí, una mujer vestida de luto, de pie, con las manos juntas sobre el vientre, los ojos con un cerco rosáceo y las ventanas de la nariz hinchadas por los bordes. Le estrecharía la mano flaca y helada y murmuraría algo; ni siquiera tienen que ser palabras. Atravesaría la habitación, con el crujido de sus zapatos escolares, y bajaría impávido la mirada hacia el difunto amortajado en el ataúd con un traje de irreal aspecto, los céreos nudillos envueltos en un rosario. Habría ese olor, a cenizas y azucenas, que despiden los muertos recientes, o que al menos siempre aparece cuando alguien muere. La mujer le ofrecería tarta en un plato y un vaso grande de limonada tibia. Habría otros frente a él, sentados en la

penumbra en sillas rectas colocadas junto a la pared, aferrando vasos de whisky en las enrojecidas manos o con tazas y platillos en equilibrio sobre las rodillas, suspirando y removiéndose inquietos, murmurando piadosas palabras de autocomplacencia que a él le darían dentera.

Pero no cruza la calle. En cambio da la vuelta y sigue subiendo la larga cuesta hacia su casa.

Vientos de primavera fluyen por las calles como agua ingrávida. El azulado cielo de abril. Los árboles tiemblan, sus húmedas ramas negras espolvoreadas de aliento verde. El asfalto reluce. Una fuerte racha de viento aporrea el cristal de las ventanas, haciendo que se estremezcan y despidan luminosas lanzas. Pasa el coche del cura, sus neumáticos silbando sobre la carretera mojada. El chico saluda con diligencia y recibe en respuesta una grave bendición, mientras el reflejo de una nube se desliza suavemente por el parabrisas.

Un individuo con un viejo abrigo negro y pantalones de pana, pelados en las rodillas, sale de la iglesia con una pala al hombro. Sin detenerse se inclina a un lado y tapándose con el dedo una aleta de la nariz expele hábilmente por la otra una masilla de mocos.

¡Ay, mundo sencillo, ya perdido!

La casa está en una calle sinuosa, estrechamente encajada entre vecinas más altas como si se hubiera desplazado sigilosamente hasta ese punto para quedarse allí. Introduce la mano por la abertura del buzón —eso siempre le da un estremecimiento de terror— y saca la llave que cuelga de una cuerda en su interior. Lo recibe en el vestíbulo el familiar olor: cera del suelo, grafito, jabón, gas del fogón de la cocina. Cuelga el abrigo y la gorra en una percha, tira la cartera al suelo. Su madre, con el delantal, un mechón de pelo suelto en el moño, le acaricia la mejilla con el dorso de la mano; le lanza la mirada de siempre, recelosa, escéptica, ligeramente desesperada. Él pasea los dedos por el borde de la mesa. Su padre está en la habitación del fondo, recostado sobre los almohadones de una cama improvisada en el sofá de cuero rojizo del rincón, las grandes manos abiertas delante de él sobre la manta. El chico piensa en el lazo negro del llamador, y en él mismo de pie en ese salón, con el traje de los domingos, entre un olor a cenizas y azucenas. Su padre se remueve, suspira y hace un ruido como si se le deslizara algo por la garganta. La chimenea tiene en el centro el alarmante resplandor del carbón añadido al fuego, que despide una cálida peste a gato. Por la parte de abajo de la ventana se ve un trozo de cielo de la tarde, azul lechoso, y una zona del muro salpicada de musgo en donde las gallinas de su madre hacen ilícitos nidos para esconder los huevos. Arbustos de grosellas allí fuera, patatas, repollos abandonados y tan altos como velas pascuales. Luego los campos, y más allá las pedregosas colinas, y detrás, otro sitio.

El primer regalo que recuerda haber recibido es una pipa de arcilla. Debió de ser en su cumpleaños. Su hermana lo llevó al estanco y se la compró con dinero que le había dado su madre. Venía con una caja de cartón parafinado que contenía una masa

jabonosa para hacer pompas. La probó en el patio, junto al gallinero. Al principio no se le daba bien pero pronto le cogió el tranquillo. Las pompas vacilaron en el borde de la cazoleta de la pipa, bamboleándose flojamente, luego se liberaron y se alejaron flotando reposadamente en el aire. Parecían girar en el interior de sí mismas, como si la parte de arriba fuese muy pesada, y cayera lo sobrante en una cascada iridiscente por los lados. A veces se juntaban dos y formaban una figura gruesa, trémula, algo parecido a un reloj de arena solo que más rechoncho. Estaban hechas de una extraña sustancia, un azogue transparente, increíblemente fino y volátil, tocado por el arco iris. Saltaban contra su piel como besos húmedos y fríos. Eran de otro sitio, de otra clase.

Su padre murió en navidades. En la habitación del fondo se desmanteló la cama del rincón, dejando el desnudo sofá aislado en lo que parecía un enorme agujero en el aire, y ya no se encendió más el fuego y a medida que transcurrían los días de diciembre la luz de la habitación se condensó y fue haciéndose cada vez más débil. Al final el moribundo se incorporó de pronto sobre los almohadones con ojos sobresaltados y gritó algo con voz tan fuerte y profunda que asustó a todo el mundo. No era su voz, sino como si otro hubiera hablado a través de él, y la hermana de Adam rompió a llorar y salió corriendo de la habitación, y sus dos hermanos con sus abotagados rostros cenicientos y húmedos intercambiaron una rápida mirada y sus ojos parecieron crecer. Lo que su padre había gritado era un nombre pero nadie había sido capaz de entenderlo. Siguió mirando al techo, sacudiendo la cabeza con los labios proyectados hacia delante como los de un trompetista, y luego cayó de espaldas y hubo un ruido como si se estuviera ahogando.

Su madre dijo que debían celebrar la Navidad como siempre. Afirmó que su padre así lo habría querido, que aquella era su época preferida del año.

Hizo una tarta. Adam la ayudó, midiendo los ingredientes en la negra balanza de hierro con los fríos platillos de bronce que eran tan pesados como él imaginaba que debían de ser los doblones de oro. Hacía una noche, fuera, de absoluta y helada quietud, los inclinados tejados violáceos y grises cubiertos de escarcha y las melladas estrellas reluciendo como esquirlas de hielo y la luna en lo alto, en medio de un cielo brillante, azul oscuro y pequeño, como encogido de frío. Su madre estaba de pie frente a la mesa con las mangas recogidas, mezclando en un cuenco marrón los ingredientes secos que él le había pesado. Tenía la cabeza gacha y él no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que vio las lágrimas que caían en el cuenco, primero una y luego dos más, rápidas, formando tres diminutos cráteres grises en la blanca mezcla. Sin una palabra le dio la cuchara de madera y fue a sentarse junto a la chimenea con la cabeza vuelta, sin hacer ruido. Él cogió el cuenco por el borde, lo rodeó con el antebrazo como le había visto hacer a ella. Cuando agitó la mezcla de harina con la cuchara las lágrimas formaron tres bolitas grises que se disolvieron enseguida. No creía haber visto llorar a su madre antes —incluso frente a la tumba de su padre había permanecido con los ojos secos— y ahora se sentía incómodo y

molesto y deseaba que parase. Ninguno de los dos habló. Estaban solos en la casa. Adam se preguntó cuánto tardaría todo en quedar completamente mezclado en el cuenco. Pero ¿qué significaba eso, *completamente mezclado*? Hasta el último gramo de los ingredientes tendría que estar perfectamente distribuido, las partículas de sal y levadura espaciadas de manera precisa por la harina, cada una de ellas equidistante de todas las demás. Intentó imaginárselo, un campo blanco, sólido, tridimensional, abarcando un denso y uniforme entramado de partículas de otros matices de blanco. ¿Y qué pasaba con la harina misma, ninguno de cuyos granos era igual: cómo podía eso quedar *completamente mezclado*, aun estando libre de otros ingredientes que organizaran su propia disposición? ¿Y cómo sabría él cuándo se había alcanzado ese momento de distribución perfecta: cómo podría determinar cuándo dejar de batir la mezcla con objeto de no alterar el equilibrio y desordenarlo todo de nuevo? Observó la cuchara dando vueltas y vueltas, haciendo hoyos y picos y montañas desmigadas en la pálida y suave masa granulosa. ¿Dónde estaban ahora aquellas tres lágrimas? ¿Hasta qué punto estaban bien mezcladas en el conjunto? ¿Se encontraba todo en el mundo tan intrincadamente vinculado y era al mismo tiempo tan obstinadamente distinto? Su madre se levantó, se sonó la nariz en el delantal y sin decir palabra le cogió el cuenco y la cuchara de madera y empezó a batir de nuevo.

Su tía vino a la ciudad para el entierro y se quedó a pasar la Navidad. Se hizo cargo de la casa, dirigió la colocación de los adornos y los colgantes del árbol, pidió una caja de cerveza negra y botellas de oporto y whisky, supervisó el reparto de regalos, incluso trinchó el pavo, mientras su madre estaba atenta y en silencio, sin abrir la boca. Su tía no estaba casada, y trabajaba en la ciudad en un bufete de abogados. Llevaba un abrigo gris perla con cuello de piel de zorro y un adorno de la misma piel en el dobladillo, una toca negra con alfiler y un rígido velo negro por delante, y zapatos de gruesos tacones altos. Tenía un sempiterno aire de pena cargada de furia. Era suntuosamente fea, con un rostro alargado, caballuno, y una boca llena de dientes prominentes con los delanteros siempre manchados de carmín. Su regalo de Navidad para él fue un rompecabezas hecho con trozos de brillante acero curvado de las formas más complejas y unidos de manera aparentemente inextricable, aunque solo tardó un momento de inmóvil concentración en ver el truco de cada par y separarlos, con la consecuencia de que su tía resopló por la nariz y frunció el ceño y emitió como un zumbido. Era voluptuosamente satisfactorio el modo en que las dos mitades metálicas se separaban con suavidad, con una soltura, por así decir, lubricada, y por un instante su mente se convertía en un ilimitado espacio azul, radiante y en calma, por el cual se movían formas transparentes que se unían y separaban traspasándose unas a otras en un vasto silencio, interminablemente.

Su madre, para no ser menos que su tía, le regaló un libro encuadernado en tela de curiosas y entretenidas operaciones aritméticas. En él se topó por primera vez con el cuadrado mágico. Qué extraño resultaba sumar los números en las cuadrículas a lo largo de cada columna y cada diagonal y llegar siempre al mismo resultado, el mismo

y sin embargo, para él, siempre nuevo en cierto modo. No se explicaba aquella sensación de novedad con valores idénticos. ¿Cómo podía quince ser diferente de quince? Y sin embargo la diferencia estaba ahí, una especie de aura, invisible pero sentida, como el aire, como el calor —sí, sí, los dioses estábamos allí con él incluso entonces—, como el aliento que respiraba, el hálito que a veces se le atascaba ahuecándose de manera asfixiante en los pulmones por la avidez que sentía de más operaciones, más enigmas, más soluciones. De la biblioteca sacaba libros en préstamo, de autores con nombres de letras impronunciables. Por su parte trataba de inventar rompecabezas y problemas propios. Los términos lo eludían, retorciéndose, contorsionándose y escurriéndose entre la malla de su mente. Cerraba los ojos y le parecía atisbar traslúcidas profundidades, donde las figuras brillaban, pero cuando llegaba al fondo no percibía sino fragmentos, segmentos y raíces, y todo devenía nebuloso y se tupía de oscuridad.

Cuenta. Los pasos que da hasta llegar al colegio. Las veces que el profesor dice determinada palabra en clase. Al volver a casa cuenta las grietas que hay en la acera, los hombres con quien se encontrará y las mujeres que verá, los latidos que le separan de un poste de telégrafo a otro, las veces que cantará el pájaro en aquella rama antes de que pase por debajo del árbol. Por la noche cuenta los latidos de su corazón. La imposibilidad de exactitud lo atormenta. Tantos de esto, tantos de lo otro, pero ¿cuándo algo que constituya la unidad?

Y luego está la cuestión del tiempo. ¿Qué es por ejemplo un instante? Horas, minutos, segundos, esos incluso resultan comprensibles, porque pueden medirse con el reloj, pero ¿qué quiere decir la gente cuando habla de un momento, un rato —un santiamén—, un abrir y cerrar de ojos? Solo son palabras, desde luego, pero rondan abismos silenciosos. ¿Fluye realmente el tiempo o es una sucesión de instantes inquietos que avanzan con tal rapidez que nos parecen unirse en una sola oleada inquebrantable? O es simplemente una gran quietud, que se extiende en todas direcciones, a través de la cual nos movemos como nadadores arrostrando un mar apático, infinito? ¿Y por qué ha de variar? ¿Por qué el tiempo de un dolor de muelas es tan diferente del tiempo que pasa comiendo una golosina, uno de los muchos dulces que con el tiempo van a causarle otra caries? Hay luces en el cielo que se alejaron de su fuente hace mil millones de años. Pero ¿son luces? No, solo luz, fluyendo sin cesar, moviéndose, a cada instante.

Todo se difumina por los bordes, todo se filtra por todo lo demás. Nada está aparte.

¿Estará muy lejos ya el tren de la mañana? ¿Le ha hecho ya su mujer la visita matinal?

Las aguas del tiempo se enturbian, las figuras parpadean en silencio.

El padre de los dioses está de morros. Siempre ocurre lo mismo cuando una de sus amadas, sin conciencia de lo que pasa, vuelve a lo suyo, es decir, a su compañero legítimo, como debe ser. ¿Qué esperaba? Se les presenta disfrazado, adopta la forma de toro, águila, cisne, o, como en el caso que nos ocupa, marido, y pretende que lo quieran: a él, y no a quien finge ser, como si fuera mortal como ellas. Ah, sí, amor, lo que ellos llaman amor: eso lo saca de quicio, porque es una de las dos cosas que no podemos experimentar los de nuestra especie; la otra, evidentemente, es la muerte. Está convencido de que hay un vínculo íntimo entre las dos, hasta el punto, en su caso, al menos, de que la una conduce a la otra. En eso reconozco que puede tener cierta razón. Desde luego el amor de los mortales lo agota. No me refiero al acto en sí, que desde hace siglos no nos procura placer alguno, cuando el mundo era joven y aún fecundo y requería nuestras continuas atenciones procreadoras: ¿recordáis los hatos de yeguas que se ponían con la grupa mirando al Norte a la espera de una brisa fecundizante de Bóreas, el de las alas de ámbar? Tampoco es el esfuerzo, tan vano, de inducir en ellas una respuesta apasionada lo que lo deja desmadejado y sin energías, exhausto, no, sino algo del intercambio en sí mismo, del necesario vaivén entre la humanidad de la amada y su propia divinidad, eso es lo que tanto lo debilita, aunque lo embelesa. Por eso vuelve por más. Cada vez que hunde las nupias en la esencia de una mujer toma, o eso cree, otro fascinante sorbo de muerte, puro y precioso. Porque desde luego quiere morir, como queremos todos los inmortales, según es bien sabido.

Ese amor, ese amor mortal, es creación propia de ellos, cosa que nosotros no pretendimos, barruntamos ni autorizamos. ¿Cómo no iba a fascinarnos? Les damos esa irresistible compulsión en las entrañas —Eros y Ananké trabajando mano a mano— solo para que puedan superar la mutua repugnancia por su carne y se unan encantados, más que de buena gana, en el acto de la procreación, pues habiéndoles dado comienzo nos mostrábamos reacios a dejarlos morir, porque al fin y al cabo eran obra nuestra, para bien o, como tantas veces, para mal. ¡Pero fijaos!, mirad lo que han hecho con ese enredo del *frottage*. Es como si a un niño díscolo le entregan unas virutas de madera y un cubo lleno de barro para que se entretenga y en cambio se pone a construir una catedral, con su baptisterio, campanario, veleta y todo. Dentro del recinto de esa casa consagrada se proporcionan refugio el uno al otro, se disculpan sus respectivas faltas, el sudor y los olores, los embustes y subterfugios, y por encima de todo su indeleble obsesión por sí mismos. Eso es lo que nos desconcierta, la forma en que escapan a nuestro control y en cierto modo se sienten libres para perdonarse unos a otros todo lo que no son.

Y resulta que todo el asunto no es más que pura fantasía. Lo que mi papá, ansiando ese amor de ellos, se niega a ver y oír es que lo que el amor ama es precisamente la representación, pues representación es todo lo que conoce. O ni siquiera eso. Enseñadme una pareja en pleno asunto y yo os mostraré dos espejos, coloreados de rosa, halagadoramente distorsionados, fundidos en un abrazo de mutua incompreensión. Aman para contemplar las piruetas de su yo maravillosamente

reflejadas en los ojos del ser amado. Es inmortalidad lo que persiguen: sí, lo que a nosotros nos aqueja es lo que ellos anhelan, o al menos su ilusión, creer que viven para siempre en un instante de pasión. De ahí sus ceremonias de entrega y voracidad. ¿*Ágape*?, sí, en ese festín se devoran mutuamente, se engullen el uno al otro. Y eso, eso precisamente es lo que el gran Zeus ansía, sus pequeños transportes manufacturados de los cuales él se ve excluido.

Los trovadores y sus trovas tienen que responder de muchas cosas.

Enloquecido de lascivia, como un perro viejo por las pulgas, mi divino padre se rasca y rasca, hasta quedar agotado. Ni toro ni ave sino un perro viejo y sarnoso, sí, eso es lo que es. O bien, si lo preferís, un muchacho desventurado, un zagal, pongamos, escondido en alguna gruta del Ática, espionando en cuclillas a un grupo de ninfas en el baño y acariciándose frenéticamente y sofocando gritos de angustiado éxtasis. ¿Qué otra cosa puede hacer, mi pobre y anciano padre? No lo aman: ni siquiera sabrán que es él, solo ven el estrafalario disfraz con que se presenta y les falta imaginación para concebir a un dios. Y sin embargo él sigue insistiendo para que le ofrezcan una palabra, una señal, una promesa. Es patético. Esta mañana, con la mujer del joven Adam, se ha mostrado en sus solicitudes con más indecencia de la que creo haber visto en él. Ha sido de vergüenza, y me habría ausentado de la escena de no haber habido en mí, también, a veces, un Dafnis jadeante espionando un mundo de placeres y pasiones que él no puede saborear.

Además, yo había trabajado mucho y merecía un poco de diversión. No solo me encargó papá que vigilara la casa y me ocupara de que nadie lo molestara en sus amores ilícitos sino que también debía volver insomne al marido de la señora Helen para que deambulara de noche por la casa y desocupara el lecho. Entonces —y esperad a oír esto—, entonces me ordenó que retrasase una hora entera el amanecer, a fin de que el abuelo dispusiera de más tiempo para ejercer sus artimañas con la desprevenida joven. Imaginaos el esfuerzo que supone tal hazaña de prestidigitación: las estrellas detenidas en su curso, el mundo refrenado en su órbita, todos los gallos, estrangulados. ¡Y todos los reajustes posteriores! Tratad de explicar al colérico Faetón por qué le tiraron de las riendas, o a la Aurora de rosados dedos por qué tuve que darle un puñetazo en la cara. Pero debía suspenderse una hora del día, y se suspendió.

Considerad la escena.

La pasión de ambos enteramente consumida al fin, permanecieron juntos en la cama, desnudos, papá y su amada, recostados sobre un desarreglo de almohadas en el crepúsculo azul ciruela de la mañana. O, más bien, papá está recostado, apoyándose en el codo y acunando la rubia cabeza y los bruñidos hombros de la muchacha en su regazo. Ella tiene el brazo izquierdo alzado por detrás y plegado con descuidada desenvoltura sobre su cuello poderoso. Él mira de frente, sin ver nada. En sus ancianos ojos hay esa mirada, de fatiga, fracasada esperanza, atormentada melancolía, que he visto en ellos tantas veces —demasiadas— en momentos como

este. Está repasando en su cabeza la antiquísima y severa indagación. Cuando habla, ella no oye su voz sino la de su cónyuge, siente el familiar aliento de su marido flotando sobre sus pechos, céfiro errante. Familiar pero, debe decirse en términos mundanos, dulce y desconocido, para esta hora temprana cargada de sueño. Porque, ¡ay!, vaya si tienden a apestar por la mañana.

—¿Puede estar enamorada la gente casada? —pregunta, con la misma voz del joven Adam—. Es decir, ¿siguen queriéndose tan intensa, tan desesperadamente, como cuando eran amantes?

Siempre al principio como ahora su corazón se acelera, mientras piensa: ¿Quizá, esta vez...?

—Mmm —dice ella, y se remueve, apretándose aún más contra él, haciendo que la maraña de vello seco y viejo de su entrepierna cruja como un lecho de espinas—. Vaya cosas que preguntas, y en qué momento.

Con el brazo sobre el vientre de ella, su mano, grande y áspera, le acaricia el cálido muslo.

—Ya sabes —le dice— que no es tu marido quien está aquí, ahora.

Ella sonrío. Él ve su boca al revés, los labios firmemente cerrados, estirándose como el pequeño arco de un mirmidón al tensarse; tiene los ojos ligeramente entornados bajo las agitadas pestañas.

—¿Quién, entonces? —pregunta ella.

Él espera un momento, solemne.

—Pues tu amante, por supuesto.

—Ah, sí —contesta ella con un blando suspiro, satisfecha, acurrucándose aún más—, él también.

Un silencio tan extremo, ni un sonido, en este mundo en suspenso. Ella abre los ojos y trata en vano de centrar la mirada en la insondable penumbra sobre su cabeza. Un dichoso bienestar discurre por sus venas. Piensa en el hijo que perdió el año pasado, no con esa punzada de aflicción que la deja sin aliento, tan familiar, sino con calma, remotamente, incluso; es como volver la cabeza en una llanura y solo distinguir una mancha borrosa donde un momento antes había habido fuego y ruina y clamoroso lamento. El niño murió en sus entrañas al cabo de unas semanas de una especie de vida. Entonces, no era un niño, propiamente dicho. Se lo imagina como una lapa pequeña y suave pegada a la pared del útero, ciega y aturdida, bañada por mareas amnióticas, acosada por los amortiguados sonidos de sus tripas en funcionamiento, una criatura absurda, enclenque y desfallecida.

—Pero ¿a quién preferirías —insiste él, y ella siente la presión de sus dedos en el muslo—, al amante o al marido?

Tendría que haberse molestado pero en cambio le hace gracia. Está acostumbrada a la quisquillosa manera de ser de su marido, a su insistencia en seguir todas las líneas de indagación hasta su lógica conclusión, como si las cosas tuvieran solución, como si fueran lógicas. Él quiere ser como su padre, reducir la vida a una serie de

cálculos. Pero Adam es más blando que su padre, y más joven de lo que el viejo nunca ha podido ser, y el amor, no la lógica, es su debilidad. ¿Qué falta le hace a ella un hijo cuando lo tiene a él? Ese es uno de los pensamientos más secretos de ella, uno de los muchos que jamás debe revelar.

—Marido o amante —dice—, ¿qué diferencia hay..., un anillo?

—Una promesa. —Ella echa rápidamente la cabeza atrás y lo mira con los ojos entornados. Hay en su voz un timbre extraño, profundo y sorprendente, como si fuera él, ahora, quien formulara un solemne compromiso—. ¿Es que no ves —prosigue él en el mismo tono grave, vehemente— que lo que siento por ti excede infinitamente lo que un simple marido sería capaz de sentir alguna vez? ¿Acaso no lo has notado, aquí, conmigo? ¿Te han amado antes así alguna vez?

—¡Ah —contesta ella, riendo—, ha sido divino, desde luego!

De nuevo mira perezosamente hacia arriba, a la oscuridad en cierto modo luminosa. Advierte que él asiente con la cabeza.

—Sí —dice él—. Y no olvidarás esta noche, ¿verdad? Cuando salga el sol y vuelva tu marido te acordarás de mí, ¿eh?

—¡Pero tú serás él!

—Yo estaré en él, sí, pero él no será yo.

—Bueno, como quieras. Haces que me dé vueltas la cabeza. —Con el brazo que tiene casi a la altura del cuello de él, lo obliga a bajar la cabeza, lo besa en la boca con los labios al revés y, con un leve estremecimiento, dice—: Ah, pinchas como si tuvieras barba.

—Promételo —murmura él, su rostro suspendido y sin rasgos sobre el de ella—, promete que te acordarás de mí.

Ella lo coge de las orejas como si su cabeza fuese una jarra e intenta agitarla.

—¿Cómo podría olvidarte, idiota?

Cuando lo suelta, él se recuesta en las almohadas y ella observa el tono grisáceo que hay en la ventana detrás del tenue visillo, el destello en el raíl de una cortina y el contorno del póster de fútbol de Adam en la pared, y cuando baja los ojos ve los dedos de sus propios pies. Todo es muy rápido, demasiado. Cierra los párpados. «¡Promételo!», se oye de nuevo el murmullo pero como desde muy lejos ahora. Ella intenta decir que sí, trata de hacer su promesa, aunque de qué, exactamente, no sabe, pero suspira en cambio y tira de la sábana para taparse y gira la cabeza y se queda dormida.

Él también duerme ahora, mi insensato padre, tras haber despoticado largamente sobre la inconstancia de las mujeres —¡él quejándose de inconstancia!— y sus importunos maridos, los pobres bobos, que ni se enteran de que les ponen los cuernos. El joven Adam tiene suerte de no haber recibido un rayo entre los omoplatos mientras arremetía alegremente a su mujer en ese lecho desalojado poco antes por mi

padre, a la luz de este día al que al fin me permitieron dar nacimiento. Y ahora el gran dios, todo ardor consumido, está tendido en un banco de nubes con el pulgar en la boca, soñando con quién sabe qué. Le han roto el corazón, suponiendo que lo hubiera tenido. No me interpretéis mal, siento cierta compasión por él. Yo también me he encontrado en esa dolorosa situación, o en alguna muy parecida. Pienso en Acacálide, la hija de Minos, y la rubia Quíone, madre de mi chico Autólico; ah, sí, papá no es el único: yo he tenido mis devaneos entre las mortales, y después, como él, me comía las uñas de rabia y dolor cuando tenía que devolver a esta o aquella muchacha al imbécil con quien estuviera esposada. Pero no creo que padeciera los mismos efectos debilitantes, ese desánimo y abatimiento, que sufre papá con sus aventuras carnales. Es como si cada vez le sentaran peor, lo que resulta imposible habida cuenta de que nada cambia en nuestro mundo inalterable, ni para bien ni para mal. A lo mejor es que se está muriendo de verdad, quizá lo esté matando su búsqueda de amor, y por eso insiste con tanto empeño, porque desea que eso acabe con él. ¡Un dios agonizante! ¡Y el dios de los dioses, nada menos! Ah, mortales, tened corazón y mirad en vuestras almas, pues si él desaparece, todo desaparecerá con él, bam, cataplaf y adiós por fin, su *Liebestod* se convertirá en *Gotterdämmerung*.

He de hacer una confesión. Me he permitido una pequeña aventura por mi cuenta esta mañana, tras cansarme de manipular los relojes y arreglar la alborada y de espiar a mi padre entregado a sus placeres con la señora de Adam, presuntamente dormida. Excitado e inquieto, deambulé por la casa en busca de entretenimiento, y al no encontrarme con algo que me viniera bien —Helen estaba dormida y en cualquier caso prohibida, y Petra, la pobre criatura, apenas era una candidata adecuada para mis propósitos— salí precipitadamente y en un abrir y cerrar de ojos me vi en casa de Ivy Blount. Es una construcción sombría, de dos plantas, con un tejado de pizarra muy en pendiente y ventanas estrechas y arqueadas con marcos pintados en un siniestro tono verde oscuro particularmente desagradable. Al verme dio Ivy un pequeño chillido de murciélago —hasta sus sustos son indecisos— y se tapó la boca con la mano, tal como deben hacer las doncellas, incluso las entraditas en años.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Por dónde has entrado?

—Por la chimenea —contesté, exagerando un poco la brusquedad, me temo: se tarda un momento en interiorizar el personaje, incluso cuando se es dios. Pero Duffy, el vaquero, es un tipo alto y robusto y su cuerpo me viene estupendamente. Se llama Adrian, por inverosímil que parezca. Observo que Ivy no se dirige a él por su nombre de pila, ni por ningún otro, si vamos a eso, debido a la reserva propia de su clase y su época— es hija de los recatados años cincuenta, —junto a su renuencia a considerar auténticas las atenciones que él insiste en dedicarle. Cuidado, no es indiferente a sus encantos, en absoluto, solo que no llega a creer que un individuo tan fornido pueda sentirse románticamente atraído hacia la seca solterona que se ha resignado a ser: debe de tener diez años menos que ella. Oscuramente recela de que sea la casa, su casita, lo que pretende conseguir.

En cualquier caso, allí estaba yo, incorregible bromista que soy, ataviado como un hijo de la tierra con manos callosas, un Gabriel Oak redivivo, con una vieja y raída chaqueta de tweed y pantalones de pana, camisa de percal sin cuello y un pañuelo rojo atado descuidadamente al cuello. Imaginé que unas polainas de cuero habrían rematado primorosamente la estampa, pero de ahí, prudentemente, no pasé, aunque con pesar.

Esos marcos verdes de las ventanas siguen molestándome, no sé por qué.

Ivy estaba sentada al sol en una silla de cocina en el umbral de la puerta trasera. Tenía un pollo recién sacrificado en el regazo —sí, la gallina marrón con pintas y patas anaranjadas— y lo estaba desplumando. Cuando se volvió, sobresaltada por el ruido de mis pasos a su espalda, las patas de su silla chirriaron sobre el suelo de pizarra de la entrada. El sol matinal daba de lleno en el umbral y había una mezcla de olores a aves de corral, hojas de té y hierba húmeda, ese particular aroma acre, como a grosella, que exhala el campo en las mañanas de verano. Yo había adoptado la expresión —seria, desmañada, de fastidio— que Duffy siempre parece tener en presencia de la señorita Blount. El fastidio surge de ese resentimiento que todos los mortales sienten hacia aquellos por quienes se sienten atraídos; me figuro que la frente de Aquiles, hijo de Peleo, debe de haberse oscurecido en ocasiones cuando su querindongo Patroclo, con metálico estrépito, entraba en su tienda por enésima vez. El rostro de Ivy es largo y afilado y su rebelde pelo castaño se asemeja al nido de un cuervo, y a pesar de ello, y del hecho de que el primer arrebol de la juventud hace mucho que desapareció de sus mejillas, es dueña de una sutil y peculiar belleza. Su sonrisa, rara y radiante, abre de golpe un diminuto y encantador abanico de patas de gallo sobre sus sienes, y cuando sonrío inclina rápidamente la cabeza con timidez, y por un momento parece una muchacha otra vez.

—Quería hablar contigo —le dije.

Había vuelto a su sobrecogedora tarea —¿acaso la piel de un pollo desplumado no recuerda horriblemente el trasero de un anciano?— y soltó una risita resoplando por la nariz.

—Ah, mira qué bien. ¿Y sobre qué, si puede saberse?

Ivy tiene una voz dulce, además, suave y melodiosa; con esa voz, hablaba tres o cuatro lenguas, gracias a su estancia en un colegio suizo para señoritas de donde la echaron sin previo aviso en pleno semestre de primavera cuando la fortuna de la familia sufrió un brusco revés.

—El futuro —dije yo.

—Bueno, es un tema bastante amplio.

Me aproximé al umbral y me quedé con las manos en los bolsillos de los pantalones, mirándola. Observé que el nido de su pelo, tan abundante en otras partes, le empieza a clarear en la coronilla, por donde reluce su blanca piel, como si madre cuervo hubiera puesto un huevo allí.

—¿No vas a ofrecerme una taza de té? —sugerí.

No levantó la vista de su tarea.

—Estoy ocupada, como puedes ver. —Qué hábil es, las plumas volaban limpiamente—. De todos modos, te has levantado muy temprano.

—En la casa están muy ajetreados, también —le informé—, igual que tú.

—¿Vienes de allí?

—Sí.

—¿No hay noticias?

—Sin novedad.

Lo que es su forma en clave de consultarse sobre la cuestión del esperado fallecimiento del viejo Adam.

Me acerqué al aparador de la pared de enfrente de la puerta trasera y cogí un tazón marrón descolgándolo de su gancho. Había una jarra de leche sobre la mesa. Llené el tazón y bebí un buen trago. La leche estaba más bien fría y sensiblemente agriada; una de las cosas interesantes que conlleva el hecho de adoptar temporalmente la forma de un mortal es la oportunidad que brinda de degustar sabores nuevos. Nunca había probado la leche agria; no volveré a catarla nunca más. Volví al umbral. Ivy me miró de reojo bajo un desordenado mechón de su pelo.

—Se te ha puesto el bigote blanco —me advirtió.

Me llevé rápidamente un dedo al labio superior, temiendo haber cometido algún error al ponerme el disfraz, pero naturalmente solo se trataba de un bigote de leche. Hice nuevas conjeturas sobre el alcance de las libertades que disfruta Duffy en este lugar. Me había servido la leche con una arrogancia casi de amo y señor del lugar y no me había encontrado ni siquiera con una furtiva mirada de protesta. Se trataba de una libertad modesta, lo reconozco, pero en este ámbito los pequeños detalles suelen revelar grandes cosas.

—Lo que te quiero decir —le dije, entornando los ojos para protegerme del sol— es que mantener casa propia en estos días no es cosa de broma.

El huerto de Ivy, modesto pero cuidado con esmero, limita al fondo con un seto de fucsias cargado de flores de un rosa intenso. Forman un bonito cuadro, las campanillas escarlata, el seto más oscuro y detrás el verde —del terraplén, el campo y los árboles— en todos sus matices. Ivy no había respondido a mi maniobra inicial, aunque esperaba a ver por dónde saldría yo, y era evidente que estaba muy interesada. Sin embargo hice una pausa. Me habría gustado que me dirigiera una palabra de aliento. Debéis entender que un dios no es un caballero y nada le gusta más que jugar con los sentimientos de una dama, pero hay normas que se aplican incluso a una divinidad, y a mí me correspondía comportarme con cautela y deferencia, si es que habían de mantenerse las sutilezas del juego. Así y todo, no disponía del día entero.

—Esa casa mía —anuncié— me está arruinando.

Duffy también tenía una casita, no muy diferente de esa, encorvada, lúgubre, con fachada de piedra, al otro lado de la loma, en donde había vivido toda la vida, hasta

hacía poco en difícil cohabitación con su madre viuda, una tempestuosa arpía a quien generalmente se consideraba una bruja, que había muerto a avanzada edad solo un año atrás.

—¡Que te está arruinado! —exclamó Ivy con falso asombro, burlándose ligeramente de mí—. Eso es terrible.

Apareció el gato de Ivy, saliendo furtivamente de entre la hierba por el otro extremo del patio adoquinado. Es un viejo macho desastrado, con manchas pardas y grisáceas, que me recuerda una babosa; tiene grandes brotes de pelo en punta en torno a la cara, semejantes a cerdas erizadas, retorcidas, como si alguna vez en un pasado incierto le hubieran dado un susto de muerte y aún no hubiera recobrado la compostura. Al verme se detuvo y se quedó mirándome, los ojos verdes entornados y una garra levantada. Desconcertante para él, supongo, un Duffy que era como Duffy en todos los detalles pero que no era Duffy.

—El tejado de mi casa está que se cae —proseguí—, o en muy mal estado, en cualquier caso.

Saqué una lata de tabaco del bolsillo izquierdo de la chaqueta, medio descosido, y un librito de papel de fumar del derecho y lie un cigarrillo con una sola mano. Nada fácil. ¡Qué de habilidades adquieren en el corto espacio de su vida!

—Pues sí, un tejado nuevo sería un gasto —repuso Ivy, en un tono estudiadamente neutro. No tenía más remedio que admirar mi truco de magia con el pitillo pero no le causó impresión. Sabe que la madre de Duffy dejó un fajo de billetes metidos en una media de nailon debajo del colchón de su cama, pero supone que el tesoro escondido debe de ser bastante modesto. Ah, sí, piensa, ah, sí, es en la casa en donde ha puesto los ojos.

A propósito, me alegra anunciar que esto es lo último que vamos a oír de la fastidiosa y bruja mamá Duffy.

—La vendería mañana mismo —afirmé—, si pensara que iban a darme un buen precio.

El pollo estaba desplumado pero Ivy seguía sin alzar la cabeza para mirarme. Tiene el dorso de las manos salpicado de manchas de vejez, y sus dedos son como manojos de astillas finas y secas. Al otro lado del patio, Tom, el gato, pierde bruscamente todo interés por mí, se sienta sobre el lomo, levanta rígidamente una pata trasera y empieza a lamerse con indiferencia el grisáceo y arrugado ojete bajo el rabo. Escuché el heterogéneo zumbido que emite el verano, y pensé en lo indecisos que son estos humanos, cómo tantean y exploran sus motivos, ocultando sus deseos, sus esperanzas e inquietudes a los otros y a sí mismos, eternos niños que son.

—¿Y qué —preguntó Ivy con una voz apagada, lejana, inclinándose hacia delante y apartándose de mí—, qué harías después?

Se quitó las botas de goma y plantó los pies en la pizarra templada por el sol. Tiene los dedos artríticos, huesudos y torcidos. Los movió despacio. Pies: qué extraños son, tuberosos y carnosos, como cosas que crecen bajo el agua. Desvié la

vista, azorado; resulta extraño que la más ligera intimidad, como unos pies descalzos, pueda estremecer a un ser mortal, incluso a uno tan decididamente rústico como el señor Duffy. Sobre la hondonada en donde se asienta la casa el cielo era de un azul intenso y uniforme, con pequeñas nubes aquí y allá como bolas de algodón pegadas: qué mundo tan imaginario parece a veces, no más que un luminoso chafarrinón infantil. El gato vino acechante por los adoquines y, sin hacerme el menor caso — habiendo decidido evidentemente que era un fantasma—, se restregó el costado contra las desnudas espinillas de Ivy, consteladas por las marcas de antiguos sabañones.

—¿Quieres decir dónde iría a vivir? —le contesté. Me pasé la mano por el pelo. Duffy está orgulloso de ese pelo, muy negro, lustroso, de rizos singulares. Nunca se lo lava, deja que se cuide solo, como un animal hace con su piel. Tampoco se lava los dientes, según parece, porque cuando aspiro entre ellos por un lado de la boca como ahora me viene un sabor amargo de lo más desagradable, como a ajeno—. Esa es la cuestión, ¿no?

Como puede verse, en asuntos de galanteo no soy el hijo de mi padre. La vehemencia que me falta, sin embargo, la compenso con astucia. Ya veréis.

Bruscamente, casi con violencia, Ivy se levantó de la silla y haciéndome a un lado entró en la casa con el pollo en brazos, sitio en donde el bicho no se asemejaba al trasero de un viejales sino al de un niño pequeño, gordo y ceniciento. Las húmedas plantas de sus pies dejaron un esbelto contorno admirablemente estilizado en el azulado umbral: curioso que extremidades tan feas dejen huellas tan encantadoras. El gato correteó ágilmente tras ella sin ruido alguno. Yo no me aparté de la puerta, sino que permanecí apoyado en el marco y volviendo la cabeza seguí a Ivy con la mirada. ¿Qué he hecho con el cigarrillo? Ivy dejó el pollo de espaldas sobre la mesa con el pescuezo colgando por el borde y las patas retrayéndose despacio sobre sí mismas de forma grotesca e inquietante.

—Si tienes algo que decirme —me espetó, con una voz en la que había una apreciable conmoción—, adelante, dímelo.

Qué cuadro tan espectacular debíamos de formar, una escena costumbrista pintada por uno de los maestros menores holandeses, yo en el umbral y ella en la atrayente penumbra de la habitación y la naturaleza muerta del pollo sobre la mesa; fijaos en el gato, la vajilla barnizada en el aparador, porcelana de Delft, la llaman — ¡como si estuviera hecha en Holanda!—, las baldosas rojas y negras, y el atisbo del soleado día detrás de mí en la puerta, mudo y en calma como el dinero. La pobre Ivy se apoyó con una mano en la mesa para sujetarse y me miró con una expresión tan angustiada e indefensa que hasta yo experimenté cierto escrúpulo. ¿Algo que decir? No tengo nada que decir. Solo estaba divirtiéndome, jugando con una de mis criaturas, como tantas otras veces.

Dándome la vuelta para marcharme, hice una seña con la cabeza en dirección a la jarra.

—Esa leche —le dije— se ha agriado.

Adam se siente como Adán en el primer día del Edén. Va como un bólido, sí, lanzado como un bólido por un camino comarcal en la vieja ranchera de su padre con el codo apoyado en la ventanilla abierta, silbando «Lillibullero», la única canción que se sabe. El coche es uno de los modelos originales Salsol, provisto de un prototipo de convertidor de agua salada que, albergado en un gran depósito negro bajo los asientos delanteros, arma verdadero estruendo. La ventanilla del pasajero también está abierta de par en par y en los tramos rectos por donde aprieta el acelerador hay un verdor agreste que pasa impetuosamente a cada lado y hace latir su corazón con efervescencia infantil. El sol de media mañana brilla con fuerza y el aire que entra a raudales tiene una fragancia a hierba y polvo y a mil cosas creciendo tan imperceptibles y revueltas que es incapaz de identificar o nombrar, aunque supiera cómo se llaman. En una época, cuando era joven, pensó en hacerse jardinero profesional, no porque tuviera una gran inclinación por la agricultura ni buenos conocimientos de todo lo que entraña, sino porque lo consideraba una forma agradable y productiva de ganarse la vida. Su interés lo habían suscitado los recientes argumentos que invalidaban la teoría de la evolución de Wallace y el consecuente revuelo en las ciencias naturales del que todo el mundo estaba hablando; sin embargo, nada resultó de su plan: otro falso comienzo. Entre las grietas del seto alcanza a ver aulagas como llamaradas amarillas en las bajas laderas, y en la hondonada hay rastros persistentes de la niebla matinal. Es feliz de una manera absurda, peligrosa incluso: como es bien sabido, la felicidad humana constituye una gran provocación para nosotros. Bajo el flácido gusano de su entrepierna aún alberga un cálido y pegajoso manchón de secreciones, suyas y de Helen, mezcladas. Ante el pensamiento de su deseada esposa deja de silbar y cierra un momento los ojos, recordándola esta mañana en su habitación, con su camisa, acercándose a él con las piernas desnudas a lo largo de la cama. El viento se apodera de su pelo y lo agita. Sí, los dioses sonreímos a veces a nuestra creación, pero solo a veces, y nunca por mucho tiempo.

¿No impresiona verlo tan satisfecho de sí mismo cuando pensamos en todo lo ocurrido un poco antes en su antigua habitación, mientras él deambulaba por la casa sin sospechar nada durante la hora que se ha retrasado el amanecer? Pero, claro, una buena pregunta sería si Helen y mi padre lo han traicionado, desde un punto de vista técnico, quiero decir. Al fin y al cabo, Helen no conocía la verdadera identidad de su divino amante, y estaba convencida de que era Adam, ¿cómo podía pensar otra cosa? Luego decidió que había sido un sueño y se puso a recrear en lo posible todo lo que había soñado, esta vez con su verdadero, es decir, su auténtico, marido. Y tan apasionada estuvo, abrasada por la inspiración divina, tan lasciva, en realidad, para sorpresa y deleite un tanto escandalizado de su marido —al fin y al cabo se encontraban en el mismo cuarto en donde había tenido los sueños más picantes de su adolescencia—, que podría decirse que mi padre no hizo nada sino preparar el camino al joven Adam, ese individuo que ahora silba de felicidad mientras conduce

con una sola mano el viejo y estruendoso Salsol por esos caminos verdes, inundado por la dicha del recuerdo.

Tiene un secreto, que no revelará a nadie, ni siquiera a su mujer, por miedo al ridículo. Cree firmemente en la posibilidad del bien. No en la piedad trascendente de los santos, ni en la entidad abstracta de los filósofos, sino en ese impulso indefinido que, según cree, está en el origen de innumerables convenciones sociales, modestas y ampliamente inadvertidas, que a su vez alimentan y mantienen la fuente de su inspiración. Pero eso sería una idea inocua si no concibiera el bien como una cosa en sí misma, activa y con carácter, independiente de cualquier agente. Para él, el bien y el mal son dos especies de virus que compiten por la hegemonía en el corazón del hombre, ambos con la suficiente motivación para llevar la voz cantante, si bien por estrecho margen. No deja de ser una falsa ilusión que viene afectando a muchos millones desde la época en que el pálido Galileo paseaba entre vosotros, o en otra aún más lejana, desde la aurora de aquel fatídico día en que Moisés bajó resueltamente de la montaña con la noticia grabada en piedra de que solo hay un Dios y no tendrás dioses ajenos delante de mí. Pero deberíais haber seguido con nosotros. No os ofrecemos la salvación del alma, ni condenación, tampoco; ni otra vida en la cual aburrirse para toda la eternidad; ni parusía, ni día del juicio ni castigo divino, ni reino de los cielos en la tierra; nada, en realidad, salvo historias, reconfortantes o al menos razonablemente consoladoras de cómo y por qué son las cosas como son y por qué medios pueden mantenerse o incluso, a veces, en raras ocasiones, alterarse. Si el hombre sabio sufre se debe a un defecto oculto que deploramos, si el tirano prospera es porque admiramos su desmesurada y apabullante voluntad. ¿Para qué atormentarse porque vuestro rey esté maldito o porque no sabéis cómo resultarán victoriosos vuestros ejércitos en la batalla? Presentad bueyes y alguna rara virgen ante nuestras imágenes talladas y rebanadles el cuello. A veces os pedimos cosas horrendas — pensad en Ifigenia, acordaos del padre de Ifigenia— y con frecuencia no os damos nada a cambio. Es nuestra manera de demostraros la inescrutable intervención del Destino. Por encima de todo, os haríamos reconocer y aceptar que la naturaleza de vuestra vida es trágica, no porque sea cruel ni triste —¿qué son la tristeza y la crueldad para nosotros?— sino porque es como es y el Destino no puede evitarse, y, sobre todo, porque moriréis y seréis como si nunca hubierais sido. Esa es la diferencia entre nosotros y vuestro así llamado Salvador, de harinosa lengua; no pretendemos ser benignos, solo somos festivos, y nos solazamos continuamente con el espectáculo de vuestros exámenes de conciencia y tribulaciones de espíritu.

La pequeña estación está desierta cuando Adam llega, ni jefe, ni mozo de estación, ni viajeros que esperan. Ha venido pronto, el tren no pasará hasta dentro de quince minutos y además está seguro de que lleva retraso, como de costumbre. La estación se encuentra cerca del río, a kilómetros de cualquier parte, ni siquiera una aldea en las proximidades: ¿por qué la construyeron allí, en la desolada orilla de una ciénaga? Debió de ser por conveniencia de alguna gran mansión de los alrededores

desaparecida hace mucho. Adam piensa en el pasado que se acumula tras él, sus incontables capas superpuestas, y en lo que habrá sido su propio y breve momento sobre esta tierna, frágil y doliente tierra. Aparca frente al despacho de billetes y pasa al andén sin que nadie se lo impida. Los pantalones de tweed que lleva, que ha encontrado en el armario de la Habitación Astral, han empezado a irritarle la cara interna de los muslos. ¿En qué estaría pensando al ponérselos? Parecía algo necesario en el momento. Esa es otra muestra de su inherente y humilde piedad, la percepción que tiene de lo sacramental incluso en los actos más insignificantes, más absurdos. Bueno, santos pantalones pueden ser, pero sospecha que no están limpios: despiden un olor desagradable, acre y rancio a la vez. No son de su talla, estrechos de cintura y cortos de pernera, como el pijama que llevó anoche. Sin embargo, aunque a él le estén pequeños a Pa le quedarían muy grandes, ¿de quién, entonces, pueden haber sido? Experimenta un chispazo de ira. ¿Es que la casa misma está empeñada en que haga el ridículo, vistiéndolo con ese risible atuendo y haciéndole andar torpemente por ahí como si fuera el tonto del pueblo? Pero sabe que el hecho de que parezca idiota no es culpa de la casa: es suya.

Se queda a la sombra en el andén. ¿Por qué será, se pregunta, que las vías del tren siempre despiden ese olor a gas de cocina? Echa una mirada alrededor. Nada ha cambiado desde que era niño, por lo que puede ver. La marquesina metálica sobre su cabeza está pintada de amarillo y rematada con una filigrana de hierro forjado cuya instalación seguramente se remonta a más de un siglo atrás. El recinto está amorosamente cuidado. Hay tiestos con geranios en el repecho de las ventanas de la sala de espera, los bancos dispuestos a intervalos a lo largo del andén parecen recién barnizados y la estilizada mano en la pared que señala el camino a los servicios está pintada con un reluciente esmalte rojo y un grueso contorno negro. Pero ¿dónde está el jefe de estación, dónde está el mozo bizco con esa cosa negra como de llanta que llevan los mozos en el hombro y que formaba parte integrante de este sitio? Esa desolación resulta extraña e inquietante. Se pasea unos momentos, se sienta luego en un banco; con el sol, el reciente barniz está caliente y pegajoso al tacto. Al otro lado de las vías la agostada hierba se estremece débilmente con el calor. Y más allá el ancho tramo del río es una corriente azul lechosa que despide escamas de luz platino. El silencio vibra. Un cuervo grisáceo y desastrado salta por la vía de una traviesa a otra, va en busca de algo que no encuentra, emite un graznido contrariado y batiendo las alas echa a volar. El sentimiento de despreocupada felicidad que lo invadía por el camino ya se ha esfumado. Ha roto la soleada superficie del día, como un torpe labrador que pisando una sementera de verduras aplasta la maraña de fibras húmedas que crecían debajo. Se levanta del banco y pasea de nuevo, con mayor agitación esta vez.

Vuelve a asaltarle el miedo de que su matrimonio se vaya a pique. No hay nada concreto que pueda señalar, como esa mano enorme indica los servicios, solo que recientemente ha percibido cierta vaguedad, una creciente insustancialidad, en su

vida con Helen. Algo se está desdibujando, apagando, resecaándose. ¿Le echa a él la culpa del aborto? No entiende cómo puede ser culpa suya aunque en cierto modo lo fue. No hay modo de saberlo; no está seguro de nada. El hecho del niño perdido, su no hecho, es una presencia diminuta, desolada y permanente que se interpone entre los dos. Cuando Helen lo mira a veces es como si no supiera quién es. Él nota que va retrocediendo ante su vista, como quien mira a un hombre en el andén desde la ventanilla de un tren que se pone en marcha, despacio al principio, ganando luego velocidad poco a poco. Se la imagina volviendo de la ventanilla al lujoso asiento, donde se instala sonriendo a los demás pasajeros con esa vaga mirada suya, y cuando entonces coge una revista, él ya está ausente de su memoria...

De pronto, como si la idea hubiera conjurado el objeto, el tren real aparece traqueteante por la vía férrea, uno de esos caprichosos modelos que funcionan con vapor, la locomotora azul imperial con el rastrillo negro y los vagones detrás, de color escarlata con ribetes dorados en torno a puertas y ventanas, todo reluciendo entre un sedoso velo de calima que asciende de las vías. ¡Puntual, por una vez!

... Y sin embargo, hace una hora, cuando avanzó cómicamente hacia él de rodillas sobre la cama y le cogió la cabeza y le apretó la cara contra sus pechos y rio con su risa de tigresa, ¿no era auténticamente él mismo, en carne y hueso, no estaba él del todo allí, y sólidamente presente entre sus brazos?

¡De qué casuísticas son capaces, incluso el más simple de todos ellos, qué distinciones y discriminaciones ingenian! Eso es lo que nunca deja de maravillarnos, las montañas en que convierten el grano de arena de sus pasiones, mientras su verdadero y bárbaro yo acecha escondido tras esos afloramientos, oteando los alrededores en busca de peligro u oportunidad, de presas o depredadores.

Cuando el tren se detiene al fin, Roddy Wagstaff es el único viajero que baja. Alto y delgado, ligeramente encorvado, Roddy tiene el aspecto de rompecorazones de película de otros tiempos. Lleva pantalones beige bien planchados, zapatos sin cordones de color marrón claro, y una camisa que destaca claramente a la luz del sol, el cuello abierto sobre una corbata amarilla con el nudo sin apretar. Se peina el pelo de color caramelo con raya a un lado y una onda cuidadosamente arreglada a través de la frente. Tiene los ojos verdes y una palidez de tísico. Una chaqueta blanca de lino le cuelga doblada de un brazo, y lleva una delgada maleta de piel de cerdo, vieja pero buena, que por alguna razón da un toque siniestro a su apariencia. Cuando ve quién ha ido a recibirlo, unas arrugas delicadas se forman entre sus ojos más bien cejijuntos. Lanza una mirada recelosa a los pantalones de color herrumbroso de Adam y a los siete centímetros de tobillo que le asoman por las vueltas.

—Ah, hola —dice sin calor. Como el padre de Adam, Roddy no se molesta en llamar a la gente por su nombre.

Los dos jóvenes caminan juntos por el andén. Adam observa en la fachada de la sala de espera un deslucido anuncio metálico de los Player's Navy Cut —salvavidas con cuerda, robusto marinero, y tras él en la encrespada mar oceánica dos buques con

tres mástiles y las velas desplegadas en lontananza— en el que nunca se ha fijado hasta ahora aunque debe de estar ahí desde antes de que él naciera. El tiempo le vuelve a rozar ligeramente con sus frías alas. Como instigado por el anuncio, Roddy se detiene a sacar del bolsillo de la chaqueta de lino una estrecha pitillera de plata, la abre, saca un cigarrillo y lo enciende con un mechero de gasolina de la misma antigüedad que la pitillera. Un olor a humo fuerte y exótico llega a las ventanas de la nariz de Adam. Siguen andando.

—Tu padre —dice Roddy entre una calada y otra—, ¿cómo está?

No mira a Adam. Roddy siempre adopta un aire distraído, que también es ligeramente sombrío, como si de continuo esperase algo que seguramente lo disgustará. Sus manos acusan un leve temblor.

—Igual, más o menos —contesta Adam.

—¿Igual que cuándo? —pregunta Roddy, casi con brusquedad—. Olvidas que no lo he visto desde que tuvo el ataque.

Salen del andén y bajan los escalones de la estación. La agria expresión de Roddy se suaviza al ver el familiar y viejo Salsol con sus adornos de madera barnizada esperándolos al sol sobre la grava. Avanzando hacia él pasan bajo un árbol anodino que aguanta el calor con la cabeza colgando, y por un momento Adam tiene la impresión de que al entrar en su sombra Roddy se difumina en cierto modo, haciéndose una mancha, casi transparente, a punto de desaparecer. Parpadea, y entonces Roddy sale al sol de nuevo, y se vuelve hacia él, diciendo algo. «Sí», contesta Adam, «sí», sin saber lo que está afirmando, sin escuchar. Lleva la maleta de Roddy, que el recién llegado dejó en el andén al detenerse a encender el cigarrillo y no se molestó en recoger, y ahora Adam la coloca en el asiento trasero de la ranchera, y al inclinarse sobre la puerta cierra los ojos y aspira hondo los familiares olores del coche a sal endurecida y cuero mohoso y sudor humano, y de inmediato vuelve a captar débilmente un fragmento de la melodía de esa felicidad que ha sentido solo hace un momento, conduciendo solo, y de nuevo recuerda a su mujer de rodillas frente a él en la cama, las ardientes manos en su cara, sus ojos ávidos, destellantes. Cuando sube y se sitúa con dificultad tras el volante —incluso la espaciosa ranchera resulta limitada para su tamaño—, se encuentra con que Roddy ya se ha instalado en el asiento del pasajero con la chaqueta sobre las piernas. No se ha terminado de fumar el cigarrillo y moviéndolo despreocupadamente dice:

—No te importa, ¿verdad?

El calor aprieta a última hora de la mañana y mientras vuelven por las angostas carreteras el olor de la hierba y la tierra achicharrada es más fuerte que nunca y le pica en la nariz. Roddy ha cerrado su ventanilla pero la estremecida ráfaga de aire del lado de Adam dispersa pequeñas brasas de la punta del cigarrillo y lo obliga a apagarlo en el cenicero de debajo del salpicadero.

—Pete está deseando verte —le dice Adam—. Está en pie desde que ha amanecido, hablando de ti.

—Ay, Dios —murmura Roddy, mirando al seto vivo que corre ante sus ojos. Roddy sabe lo que son los monólogos de Petra, que duran todo el día—. ¿Aún está recopilando enfermedades?

—En ello sigue —contesta Adam con malévola alegría. Los proyectos de Petra lo exasperan. El último es un almanaque de dolencias en el que tiene la intención de enumerar, con definiciones clínicas incluidas, todas las enfermedades conocidas que afligen a la humanidad.

—¿Hasta dónde ha llegado?

—Astasia-abasia es la más reciente que yo sepa. —Roddy se vuelve a mirarlo—. Perder la voluntad de ponerse en pie y andar. Rara, pero documentada, según ella.

—Dios santo —gime Roddy de nuevo.

En cuanto a mí, a propósito, por si me habéis olvidado, voy sentado en el asiento trasero, ansiosamente inclinado hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas —tengo rodillas, puedo sentarme—, abarcándolo todo, palabras, gestos, miradas, tomando nota de todo, porque lo que está ocurriendo, o deja de ocurrir, entre estos dos es lo que llaman vida.

—Deberías salir con ella a algún sitio —sugiere Adam.

—¿A dar un paseo, quieres decir? —contesta Roddy, con una risita socarrona—. ¿Una excursión por los cerros?

—¿Por qué no? O llévala a la ciudad.

—¿A la ciudad?

—Sí, invítala a comer.

Roddy se lo queda mirando otra vez.

—¿Llevar a Petra a la ciudad, a comer?

—Bueno, solo a dar un paseo, entonces..., lo que sea. Se siente sola, Roddy. Lleva una vida muy solitaria. No es bueno para su salud.

Roddy no contesta a eso, se limita a volverse de nuevo hacia el parabrisas con un hondo suspiro de irritación. Los gestos de Roddy son más maduros que los propios de su edad. A los veintitantos años, tiene la actitud, sucesivamente irritable y fatigada, de un hombre mucho mayor. Lleva una vida misteriosa, es de oscura procedencia y propósitos inciertos. Resulta difícil saber exactamente cómo se gana la vida. De cuando en cuando aparecen artículos suyos en páginas de periódicos de gran formato y en las revistas de cotilleos, sobre temas abstrusos —cerámica bizantina, muebles decimonónicos típicos de Estados Unidos, la vida monástica contemporánea en el Monte Atos—, pero apenas le dan para comprarse los cigarrillos turcos y los *foulards* de seda a los que es tan aficionado. Dicen que su familia tiene dinero, pero sus parientes, esas innumerables tías abuelas ricas y los venerables primos terratenientes que menciona con frecuencia, parecen ser penosamente longevos. Una noche, cuando se quedó a pasar el fin de semana en Arden, bebió una copa de vino de más y confesó al joven Adam su plan de convencer a su padre para que lo designara su biógrafo oficial. Adam se rio, para sorpresa de Roddy, que se molestó. A la mañana siguiente,

tembloroso y bajo las consecuencias del exceso, Roddy llevó aparte a Adam y le hizo jurar que no revelaría la inopinada indiscreción de la noche anterior, e incluso ahora Adam es consciente de que Roddy, por lo demás sin pelos en la lengua, mantiene de mala gana cierta reserva hacia él.

Recorren a toda velocidad el camino bordeado de vegetación y llegan a Hunger Road, un largo tramo en línea recta de liso asfalto que corre paralelo al río. Se remonta a los tiempos de la hambruna, un proyecto para crear puestos de trabajo entre los desempleados sin recursos y hambrientos del país. Adam se siente incómodo en esa carretera. Lo atenaza una desesperada sensación de falta de objetivos. Esa zona de marjales y tierra cenagosa es inquietante. Todo parece dar a otro lado, mirar impasiblemente hacia otro sitio, e incluso cuando hace sol hay una luz débil y aguada. Por aquí se dispersa el río en el estuario, y la ancha superficie de agua, más plana en cierto modo de lo que debe ser una corriente, resulta monótona y desolada. Hay amplios grupos de cañas, secas y grises —¿por qué será, se pregunta Adam, que nunca se ven cañas verdes?—, garzas y algún esporádico airón, este último dando la impresión de ser el fantasma más pequeño y blanco de las primeras, y un cormorán negro encaramado en un tronco con las alas extendidas para que se sequen, como posando para su retrato en algún emblema imperial. Embarcaderos olvidados, con tablones plateados en pedazos o derrumbándose, se extienden un par de metros sobre el agua para interrumpirse bruscamente. Hay anchas capas de barro reluciente, teñidas de añil, marcadas por todas partes con las patas de flecha de las aves de paso, y una barca de remos aquí y allá o la batea pintada de blanco de un cazador de patos atascada entre el légamo en algún recodo. En un punto donde el río se estrecha, una misteriosa pasarela de oxidada barandilla cruza de una a otra anegada orilla, de ningún sitio a ninguna parte.

Adam se pregunta ociosamente dónde acaba exactamente el río y empieza el estuario. A su lado Roddy trata de encender otro cigarrillo, pero el aire apaga una y otra vez la llama de su mechero. Adam finge no darse cuenta, y no sube la ventanilla pese al azufrado hedor a légamo y algas podridas que entra del exterior.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta. Roddy, guardando con gesto de fastidio el cigarrillo en la pitillera, mira de reojo con el ceño exageradamente fruncido, como si la simpleza de la pregunta fuera tan desconcertante que le resultara imposible comprender. Y Adam, alzando la voz, insiste—: El tren. ¿Qué tal?

Roddy se encoge de hombros.

—No sé. Lo mismo de siempre, supongo; sucio, lento.

Adam asiente distraídamente con la cabeza, acostumbrado a la lánguida descortesía de Roddy. Naturalmente, está pensando, no hay línea fronteriza en la cual el río deje de ser río y el estuario empiece a ser estuario: fluyen el uno dentro del otro, necesariamente, hacia atrás y hacia delante, según sea la corriente del río y la mayor o menor presión de las mareas alternantes. Pero debe de haber alguna zona de demarcación, sin duda, por ancha o amorfa que sea. Considera el problema y,

habiendo reflexionado, llega a la conclusión de que no se trata de que el río sea una cosa y el estuario otra; todo lo que los separa, en efecto, sin ser en absoluto una separación real, es el hecho de que él se haya planteado la cuestión en primer lugar. Porque el problema se compone de dos términos artificiales propuestos por el hombre —río, estuario—, mientras que en la realidad solo hay un cuerpo de agua, que aquí se mezcla al capricho del incesante fluir de uno y las cambiantes mareas del otro; toda separación obedecerá únicamente al efecto de su pregunta. Es curioso.

—¿Dice algo tu padre? —pregunta Roddy—. Quiero decir, ¿puede hablar?

Hay un deje de resentimiento en su tono. El mundo sigue poniéndole obstáculos en el camino, de los cuales el repentino colapso de Adam Godley es el ejemplo más reciente y, de momento, el más grave.

—Ah, no —contesta Adam—. Está en coma. —Roddy asiente con la cabeza y Adam prosigue—: Pero por supuesto nadie sabe si es muy profundo. Puede que tenga cierto nivel de conciencia, que sea capaz de pensar, y de oír, que nosotros sepamos. La asegura que está consciente pero no puede comunicarse; afirma que abre los ojos, aunque nadie más le ha visto hacerlo. Podrías hablarle. Siempre le ha gustado charlar contigo.

Roddy lo mira con aspereza, sospechando ironía.

Una nueva idea se le ha ocurrido a Adam. Sal: ¿qué pasa con la sal? El agua del río es dulce pero la del mar es salada. Esa es una definición concluyente. No sabe por qué no lo ha pensado enseguida, sobre todo desde que —gracias al descubrimiento de la fusión fría, y a su ciencia, basada, para sorpresa de todos, en las famosas ecuaciones Brahma de su padre— la mayor parte de la energía mundial se deriva en nuestros días del agua de mar. Y hay movimiento, también. Está muy bien hablar de capricho, pero cuando el movimiento descendente del río se une con la corriente ascendente de la marea hay dos fuerzas en oposición, o lo que es lo mismo, dos cosas que ejercen presión por separado. Entonces, después de todo no es simplemente una cuestión de que el hombre —en este caso, el propio Adam— propone, sino de que la realidad dispone. El río aquí, el estuario allí, no dos nombres únicamente sino dos entidades diferenciadas. Pero ¿dónde confluyen, exactamente? Suspira. Vuelve al punto de partida.

Ahora giran y salen de la recta carretera dejando atrás el río y sus derroches de agua y ascienden por los cerros poco elevados que una vez formaron parte de la propiedad de Arden. A medida que van ganando altura el ánimo de Adam también remonta. El trayecto por esta carretera está lleno de baches y la ranchera ruge y se bambolea y se oye el agua salada chapoteando en el depósito bajo los asientos. Más allá de la cuneta sin seto se eleva una ladera de hierba muy corta coronada por un pequeño grupo de alerces. En el prado pastan apacibles ovejas. Un caballo ruano se alza de patas cuando pasan, galopa alegremente durante un pequeño trecho, se detiene, vuelve la cabeza y los mira atrevidamente, enseñándoles el trasero y moviendo la cola de un lado a otro. Hay grajos volando en círculo al sol por encima

del bosquecillo. ¡Oh, Arcadia, cómo suspiro por tus arroyos y herbosos claros!

—Siento un gran cariño por tu padre —afirma Roddy. Adam ha de hacer un esfuerzo para no sonreír, Roddy parece decir las cosas como si las hubiera escrito en fichas y repetido muchas veces, pero antes de que pueda contestarle Roddy vuelve a hablar, deprisa, en un tono apagado, irritadamente acusatorio—: Sé lo que piensas de mí.

—¿Ah, sí? —responde Adam, sorprendido—. Yo no estoy seguro de lo que pienso de ti, ni de cualquier otra persona, si vamos a eso.

Adam espera, pero Roddy, al parecer, no tiene nada que añadir. Permanece con la cabeza echada hacia delante, mirando fijamente por el parabrisas con una tenue y fruncida sonrisa de satisfacción, incluso de triunfo, podría ser, como si hubiera habido que arreglar algún problema y él lo hubiera zanjado de forma gratificante y decisiva. Adam tiene la inquietante sensación de que lo han arrastrado a un diálogo mucho más amplio, resentido, en el cual interviene él pero que en cierto modo se lleva a cabo sin su participación.

Yo estoy admirando el florecimiento de la aulaga: es verdaderamente espléndido, una dorada espuma mantecosa sobre la ladera de las lomas y a lo largo de los setos. Sí, este mundo que les dimos parece un lugar precioso, de vez en cuando.

—¿Son de tu padre todas estas tierras? —pregunta Roddy.

—No, no. Solo la casa y los diez o quince mil metros cuadrados en que se asienta, más el bosque que hay detrás. Lo demás se vendió mucho antes de que nacióramos nosotros. —Roddy asiente con la cabeza. Contempla con los ojos entornados el huidizo espectáculo verde y dorado y arruga el ceño como deplorando todo lo que ve. Adam mira de reojo los zapatos marrón claro sin cordones de Roddy. Lleva la chaqueta blanca de lino doblada sobre las rodillas tan pulcramente como un paquete—. Todo el mundo se alegra mucho de que vengas, ¿sabes? —Roddy no contesta, sino que mantiene las distancias, haciendo como si no hubiera oído o esté demasiado preocupado para prestar atención. Adam insiste—: Resulta extraña, la casa, desde que Pa cayó enfermo. Todos tenemos la sensación —sonríe con tristeza— de guardar luto antes de tiempo.

Roddy vuelve rápidamente la cabeza para mirarlo.

—¿Es que se va a morir? —dice con incredulidad.

Toman una curva y la casa surge a la vista. Realmente es, observa Adam, no por primera vez, una especie de increíble capricho, cuadrado y de aspecto desquiciado, con muros pintados de amarillo y contraventanas azul claro y esa figura de hojalata con alas —¡ejem!— en lo alto de la única torreta. Vista desde esa perspectiva la estructura entera parece inclinarse ligeramente a un lado, ebriamente. Hay dos palmeras, decaídas y polvorientas, frente a los dos pilares de la verja —¡palmeras, en este clima, y aquí, en el interior!—, traídas de muy lejos, quizá en el vapor *Esmerelda*, por algún antepasado Blount con inclinación misionera o, más probablemente, bucanera. Adam solía jugar de niño con sus frondas caídas, haciendo

como si fuesen cimitarras, batiéndose consigo mismo en duelo con ambas manos. Al pasar con el coche de la carretera al camino de entrada el crujido de las ruedas sobre la gravilla incrustada en las rodadas le devuelve por un instante una confusión de veranos perdidos, fustigados por el sol. Rex los ha oído acercarse y empieza a ladrar roncamente, cada ladrido seguido de una medida pausa, como si esperase en vano un eco o una respuesta. Se bambolean sobre suaves neumáticos hasta el final del paseo de tilos y dan media vuelta en torno a la fuente en desuso —un muchacho con los ojos en blanco sobre un delfín rampante, las hojas muertas del año pasado ahogando el pilón seco—, paran de pronto sobre la grava frente a la puerta principal y permanecen un momento inmóviles en el súbito y sobresaltado silencio.

—Mira, Roddy —dice Adam, y hace una pausa. Roddy ha sacado la estrecha pitillera de plata y selecciona cuidadosamente un cigarrillo, como si no fueran todos exactamente iguales—. Quiero pedirte algo. Pórtate bien con mi hermana, por favor.

Roddy se detiene con el cigarrillo a medio camino de la boca y alza la vista y mira al frente. La inclinada luna del parabrisas está oscurecida por el sol y más allá todo se ve borroso.

—¿Bien? —inquire, con aire de sostener la palabra en alto por una esquina.

Adam tiene calor en el codo que apoya en la ventanilla abierta. Cinco patos pasan volando velozmente en bandada, las alas emitiendo un sonido runruneante —*raudo-raudo-raudo*— y desde muy lejos, desde los marjales, llega, en orden no secuencial con los patos aparentemente en fuga, el debilitado estampido de un disparo de escopeta en época de veda. La pintura azul pálido de la puerta de entrada se está descascarillando; nudosas glicinas se retuercen sobre el dintel.

—Sí —responde Adam bruscamente, hinchando las mejillas y desinflándolas despacio—. Bien. No es mucho pedir, ¿eh? Considéralo como un gesto hacia Pa. Porque se está muriendo, ¿sabes?

Roddy, encendiendo el cigarrillo, parece a punto de echarse a reír —¿de qué?— cuando se abre la puerta y Rex sale disparado, ladrando de nuevo. Se apresura con aire amenazador hacia la ranchera con paso rígido, artrítico, no tanto corriendo como brincando sobre las patas traseras para avanzar a sacudidas como un caballito de balancín puesto bruscamente en movimiento. Al ver a Adam deja de ladrar y cierra firmemente las mandíbulas con aire contrito. Adam baja del coche y Roddy abre la puerta de su lado pero la mantiene cerrada y permanece tras ella hasta que considera que el perro ha terminado de hacer sus cabriolas y el polvo de la grava ha empezado a dispersarse. El áspero y reseco olor que despide el tubo de escape se esparce tenuemente por el aire polvoriento. Petra aparece en la puerta, con holgados pantalones de pana y una camisa azul de manga larga abotonada en las muñecas, y se queda quieta con el brazo izquierdo rígidamente apoyado en el marco descascarillado y mirando con el ceño profundamente fruncido a un punto del suelo a medio camino entre ella y la ranchera, por cuya puerta emerge ahora Roddy, sosteniendo su maleta frente a él con ánimo de protegerse y su chaqueta de lino doblada sobre el brazo, sin

perder de vista al perro con un ojo, mientras avanza hacia ella, sonriendo con desazón.

Ursula ha oído en la Habitación Astral los ladridos de Rex y el ruido de neumáticos sobre la grava pero sigue cortando las uñas a su marido. En realidad no lo necesita pero ella se las corta de todos modos, por hacer algo. Las cortinas siguen echadas y la habitación está a oscuras y ha encendido el flexo de la mesilla de noche inclinándolo para alumbrarse en su tarea. Ignora por qué tiene las cortinas corridas para que no entre la luz en este día de verano, y por qué, en realidad, ha puesto una lámpara de lectura junto a la cama. No sabe si su marido acusa la luz o su falta en los raros momentos en que abre los ojos; no está segura de que sea consciente de las cosas, pero acaba convenciéndose de que se da cuenta de algo. Su marido tiene las manos frías como el agua, suaves y pegajosas. Bajo las uñas, más bien planas y delicadamente estriadas, la piel es de un azul lechoso y las medias lunas de la base introducen un matiz ceniciento y espectral. Ha empezado con tijeras pero era muy complicado y se le ponía la piel de gallina, así que utiliza el cortaúñas, que facilita las cosas aunque no deja de ser una tarea estremecedora. Nunca ha cortado las uñas a nadie, salvo las suyas propias, y eso cuando no había alguien que lo hiciera por ella. Cuando Adam y Petra eran pequeños le daba aprensión cortárselas a ellos y dejaba que lo hicieran su padre o su abuela. Parece recordar que la abuela Godley le cortaba las uñas con los dientes al pequeño Adam. ¿Puede haber ocurrido eso? Desde luego que no: ¿se lo estará imaginando? Sin embargo ve claramente en su imaginación a la anciana, desgarrada y de piel blanca como su hijo, inclinándose sobre la cuna y descubriendo sus largos y amarillentos dientes de caballo, exactamente como la bruja del cuento de hadas.

Sabe que no es así, pero tiene la inquietante sensación de que su marido, aun con los ojos cerrados, la observa desde la penumbra que rodea el círculo amarillo de la lámpara sobre el cual se inclina ella, pasando la mirada entre las pestañas a lo largo de la manta. Así es como lo sorprendía, mirándola de reojo, sonriendo para sus adentros, calladamente divertido, en aquella primera época de su vida en común. Podría haber sido su hija en vez de su mujer, e incluso ahora hay veces que se siente como su hija. Sin duda le parece una idea horrible, y nunca se la confiaría a nadie.

Hace años, se afeitó la barba, sin decírselo, simplemente apareció de pronto una mañana en la mesa del desayuno sin la mitad de su cara, o esa impresión tuvo ella en el momento de conmoción en que lo vio por primera vez. De habérselo encontrado por la calle no lo habría reconocido salvo por los ojos. Qué aspecto tan extraño tenía, grotesco casi, con aquellas mejillas indecentemente desnudas y la barbilla plana y cuadrada como el borde romo de un hacha de piedra. Era como si le hubieran arrancado la parte superior de la cabeza y tras recortarla y tallarla la hubieran encajado en las mandíbulas ahuecadas de un desconocido. Casi se echó a llorar, pero

él siguió comiéndose la tostada como si no hubiera pasado nada. Se había comprado una navaja de afeitar, de aspecto asesino y mango de marfil, un objeto antiguo del siglo pasado; se la enseñó colocada en su caja de terciopelo negro con forro escarlata. Ella no pudo mirarla sin un escalofrío. A él le gustaba mostrar su habilidad al manejarla, y dejaba la puerta del baño abierta para que ella pudiera admirar la destreza con que esgrimía la peligrosa y reluciente hoja, sosteniéndola en elegante ángulo entre el pulgar y la punta de los dedos, el meñique maniáticamente encogido, mientras se la pasaba con un sonido áspero entre aquella espuma que parecía nieve. Una luz cruda en lo alto del baño y el acerado brillo del espejo y un ojo oscuro, cómicamente ladeado, mirándola de soslayo desde el cristal. ¿Dónde está ahora, se pregunta, esa navaja? Al cabo de un par de semanas se cansó de utilizarla y se dejó crecer la barba otra vez.

Irritantes cosas, esos pequeños ribetes córneos que todo el mundo tiene al final de los dedos de manos y pies y que nunca dejan de crecer, ni siquiera después de la muerte, o eso ha oído decir. ¿Para qué sirven, para qué servían? ¿Para matar, desollar, desgarrar? Demasiado frágiles y quebradizas para eso. Puede que fueran más fuertes, hace mucho; quizá eran garras. Cree haber leído en algún sitio que en principio eran crestas o mechones de pelo que se fundieron y endurecieron; del mismo modo que las espinas de los rosales son supuestamente hojas que a lo largo de siglos y siglos se han ido enroscando unas con otras y apretujando cada vez más hasta hacerse punzantes como agujas. Pero todo eso parece bastante inverosímil. Ella no posee muchos conocimientos, y hasta de las cosas que sabe duda. Adam sería capaz de explicarle lo de las uñas y cómo han llegado a ser lo que son. Lo consultaría para decírselo. Le gustaba buscar datos. Se retrepaba en su butaca arrugando mucho la frente, los labios fruncidos como si fuera a silbar, se precipitaba luego a la biblioteca y volvía apresuradamente un momento después con un voluminoso libro abierto en las manos, como de puntillas, encorvado, leyendo ya mientras andaba.

Su cabeza aún no le permite captar plenamente el alcance de la desgracia que se ha abatido sobre ellos, no solo sobre Adam y ella, sino también sobre el resto de la familia. Hay un entumecimiento salvador en torno a su corazón, casi puede sentirlo, como una franja de aire aislante entre las paredes del palpitante músculo y la tierna y roja pulpa del interior de la caja torácica donde se halla suspendido. Pese a todo lo que le digan los médicos, ella no se convencerá, sencillamente no se dejará convencer de que Adam se encuentra más allá de la conciencia y no está solo dormido en un sentido especial, profundo, y ella sigue esperando que se incorpore y carraspee y empiece a pedir cosas, su ropa, comida, una copa de vino, en ese tono falazmente avergonzado que adopta cuando está muy furioso, mirando a un lado con el ceño fruncido y haciendo como que piensa en otra cosa. No, no está inconsciente, seguro, solo más profundamente sumido que nunca en sus inaccesibles ensoñaciones. Siempre ha tenido la capacidad de retraerse de su entorno durante días y días, envolviéndose en sí mismo y dejando fuera todo y a todos. Cuando se sienta a solas

con él como ahora, en esa peculiar oscuridad diurna, le parece oír, o al menos percibir, un lejano y tenue bordoneo, incesante, un rumor producido, está convencida, por su mente aún en funcionamiento. Cuando cese ese sonido aceptará que se ha muerto, pero no hasta ese momento.

Me acerco y me inclino solícito sobre ella, plegando mis invisibles alas sobre sus hombros encorvados, afligidos. ¿Veis como, pese a nuestro insensible proceder, os tenemos a todos bajo nuestro cuidado? Ella no percibe mi presencia, solo su efecto tranquilizador.

Ha terminado de arreglar las uñas a su marido y sobre la palma de su mano izquierda descansa la derecha de él. Más cerca de la lámpara, la piel pierde su suavidad y adquiere un aspecto de mármol, pálido, húmedo y refulgente. Oye voces fuera, en las escaleras. Su hijo está acompañando a Roddy Wagstaff a su habitación. Supone que Petra irá tras ellos, pegada a la pared, encorvada y avergonzada, como siempre.

Antes de Adam, se consideraba una mujer satisfecha. En un primer momento de su vida, cuando era muy joven, una niña todavía, en realidad, había decidido que el mundo no era para ella. Incluso había pensado entrar en una orden, ingresar en un convento, pero en cambio se quedó en su casa. Era el pájaro que construye su nido detrás de la cascada y allí se instala plácidamente, entre el continuo estrépito, la espuma, la destellante iridiscencia. Adam fue quien la arrastró, brevemente, al corazón de la catarata.

Agua: siempre fue el elemento de Adam, su emblema, para ella. La primera vez que lo vio estaba en un puente un día de invierno sobre un río torrencial, bajo un cielo cruzado por raudas nubes. Ella había ido a presenciar el famoso macareo, y a él también lo había llevado alguien para que lo viera. Ella estaba en tensión porque le daban miedo las alturas. Tenía la continua sensación de que se iba a caer, de que estaba a punto de precipitarse irremediablemente sobre la barandilla y desplomarse en las bullentes aguas del río, muy abajo. Él estaba un poco más allá. Sujetándose bien a la baranda, como si también tuviera miedo. El viento le azotaba la barba y el pelo y a ella le pareció que tenía una expresión descompuesta, desesperada. Antes de verla oyeron la ola de marea, un rugido que pareció estremecer la grisácea luz que los envolvía haciendo vibrar el metal del puente bajo sus pies. Entonces surgió por un recodo del río un muro de agua alto y liso, casi majestuoso, que se derrumbaba a cámara lenta sobre ambas orillas. Ella pensaba en el frío que sentía, a pesar del grueso abrigo y el gorro de lana. Cuando la enorme ola estaba a punto de pasar bajo el puente ella miró por alguna razón hacia arriba en vez de hacia abajo, y la masa de nubes bajas, de color plomizo, que pasaban veloces sobre su cabeza, como un confuso reflejo del río embravecido, hizo que se sintiera aún más mareada y por un momento le pareció, presa de emoción, que iba a desvanecerse. Pero no se desmayó, y al bajar la cabeza, pestañeando, vio que él la estaba mirando, y no dejó de hacerlo cuando ella le devolvió la mirada. Él sonrió, aunque su rostro parecía crispado de

dolor. Ella tenía diecinueve años.

Fueron a una taberna emplazada entre los árboles de una loma cubierta de hierba al otro extremo del puente. Se sentaron en un saloncito de color tabaco en donde el ruido del interminable tráfico que doblaba una ancha curva en la carretera de abajo le parecía a ella un eco de la sangre hirviendo en sus propias venas. Alcanzaba a ver el puente entre los árboles, una araña fantasmagórica de color azul pálido. Cuando él le preguntó qué le apetecía beber lo único que se le ocurrió decir fue ginebra, aunque nunca la había probado. Y efectivamente no se parecía a nada que hubiera bebido jamás, fría, insidiosa e imperceptiblemente perturbadora. Le gustó su color, también, radiantemente metálico con un levísimo toque de azul parafinado en el fondo. Él no se quitó el abrigo sino que se lo dejó puesto, pasándose la mano por una solapa, como buscando a tientas el origen de un dolor; siempre tenía frío, le explicó, nunca entraba en calor. Con su penacho de liso pelo negro y su protuberante y huesuda nariz parecía un ave de presa, de mirada penetrante, distraída, anidando en otro sitio, en otras alturas. Ella estaba sentada frente a él muy derecha en el taburete bebiéndose la copa a pequeños sorbos. La niebla del río trepaba por la ladera de la colina apretando tímidamente los costados contra las ventanas de color verde botella que tenían a la espalda. La ginebra se le subió enseguida a la cabeza.

No se acuerda de lo que hablaron. Él estuvo muy bromista y tranquilo, tomándole un poco el pelo y observándola con la cabeza ladeada, sonriente. Ella no se dejó engañar. A pesar de la ginebra descubrió su juego, atisbó a través de la fina grieta que recorría de lado a lado la máscara cuidadosamente elaborada que él sostenía en alto frente a ella, y llegó a ver hasta las cosas que serpenteaban y se retorcían en su interior como aquellas fibras increíblemente diminutas que, según explicó él, la gente consideraba la composición última del mundo. Ella pidió otra copa pero él dijo que creía que dos eran suficientes. Luego empezó a hablarle de su mujer, de Dorothy, que había muerto. Miraba fijamente al vacío al hablar, con el ceño fruncido, como si todo estuviera escrito en el aire y lo estuviera leyendo en voz alta. Su tono era de apagado asombro; el dolor lo había dejado perplejo.

Era mayor que su padre. A ella no le importaba. Cuando le pidió que se casara con él tuvo la impresión de haber dicho ya que sí mucho tiempo atrás.

Vuelve a colocarle la mano junto al costado, sobre la manta, y observa atentamente si experimenta la menor contracción. Cree que le haría una señal si pudiera. Aunque está convencida de que en su mente sigue ahí, presente y consciente, se le ocurre que a lo mejor no es de ella de quien tiene conciencia. Quizá no es con ella con quien está ahora ahí, lo mismo que no era con ella con quien estaba aquel primer día, en la taberna, pese a toda su cháchara y sus sonrisas burlonas. ¿Ha sido él alguna vez una presencia completa para ella? Siente un pausado vuelco en la región del diafragma, como si una criatura perezosa y horriblemente afligida tratara de volverse de espaldas. ¿Y si está con Dorothy? ¿Quién puede decir que no se encuentra más cerca de la esposa muerta que de la viva? Hay un mundo de los vivos

y un mundo de los muertos y él está suspendido en un sitio entre los dos. En ese lugar, ¿no es probable que los muertos tengan más influencia que los vivos, que su presencia resulte más nítida a quienes ya han recorrido medio camino para reunirse con ellos? Puede que incluso en este mismo momento su esposa perdida le esté tendiendo la mano, sobre las oscuras aguas, y llamándolo quedamente para que vaya a su lado.

Se pone rápidamente en pie. Cuando apaga el flexo la oscuridad se extiende de inmediato, y ella imagina que puede sentirla contra la cara, en el dorso de las manos, una materia delicadamente pegajosa. Se aparta de la cama, apretándose una mano en la base de la espina dorsal, y emite un leve quejido.

Oye débilmente que el reloj del salón da la hora en el piso de abajo, llamándola de vuelta al mundo y sus quehaceres.

Las cosas que a Petra le parecen en perfecto orden están para los demás revueltas y desperdigadas. Es como si ella estuviera escrita en un alfabeto primitivo de líneas rectas y diagonales, una forma de ogam que ningún erudito ha conseguido descifrar hasta el momento. Ni siquiera su padre ha sido capaz de resolverlo. Los demás no se dan cuenta de que es eso lo que tanto la fastidia y la aburre, el interminable esfuerzo de hacer de intérprete de sí misma para que ellos la entiendan. Todo lo que ella piensa y quiere debe traducirse a un lenguaje aproximado al de ellos para que puedan comprender algo de lo que les dice. Es consciente de que el mundo no es como ella lo concibe; hace mucho tiempo que lo sabe, desde que tiene memoria. Faltan algunas piezas y algunas están solo porque ella las ha puesto ahí. Eso no quiere decir que las que faltan sean reales y las que están no lo sean. Es una cuestión de hecho. Es, de hecho, una cuestión de cuestiones, como diría su padre. Porque lo que es espíritu en este mundo puede ser carne en otro. En una infinitud de mundos se cumplen todas las posibilidades; esa es una de las cosas probadas mediante lo que su padre despectivamente denomina sus cálculos. No es que él quisiera decir que han quedado demostradas, puesto que todas las demostraciones, según él, son provisionales.

El tiempo también representa una dificultad. Para ella tiene dos modalidades. O bien serpentea penosamente como una criatura que se arrastra entre su propia baba sobre trozos de ramitas y hojas muertas por el suelo de un bosque, o bien pasa velozmente, a saltos y parpadeos, como las escenas de un rollo de película castañeteando enloquecidamente al pasar por un proyector averiado. Ella siempre va detrás o delante de los demás, irremediamente lejos, llamándolos lastimeramente con las manos ahuecadas o volviendo la cabeza para decirles sin aliento alguna incoherencia por encima del hombro. Cuando habló de ello con su padre, confesando que nunca iba al mismo paso que los demás, él no manifestó sorpresa alguna, y dijo que hacía muy bien, que el tiempo no es uniforme y que solo la gente aburrída cree que lo es. Era un atardecer de verano, y estaban en el bosque de detrás de la casa,

sentados junto al pozo sagrado en la pequeña bóveda de zarzas y acebo que existía, según afirmó su padre, desde la época de los druidas. Ella recuerda la luz húmeda, el olor a musgo y agua mohosa, el sol con púas de oro blanco y un enjambre de diminutas y traslúcidas moscas trazando un invisible croquis por encima del agua del pozo. Estaban sentados uno a cada extremo del viejo banco escolar que alguien llevó allí mucho tiempo atrás para que los peregrinos tuvieran un asiento donde descansar; hay un derecho de paso por los campos y todo el mundo puede venir al pozo, y algunos lo siguen haciendo, sobre todo en días de precepto. Ella tenía los pies sobre el asiento, los brazos en torno a las piernas y la barbilla apoyada en las rodillas. El tiempo, decía su padre mirando al cielo y rascándose el mentón a través de la barba, el tiempo tiene pequeñas fallas, minúsculas grietas, que en el principio mismo entorpecían el flujo de lo informe y creaban la forma. De manera parecida, añadió, a cuando tus uñas se enganchan en un tejido de seda con pequeñas púas que no sabes que están ahí hasta que notas que se agarran. «¿Lo entiendes?», preguntó. Defectos en la matriz, discrepancias temporales. De modo que al principio, cuando aún no había nada, el mundo estaba, podría decirse, oculto en la existencia. Todo el inmenso conjunto —aquí hizo un gesto hacia la penumbra que rodeaba la bóveda donde se sentaban—, una vasta red de minúsculos accidentes, percances infinitamente pequeños. La miró, sonriendo con un gesto de impotencia. «¿Lo entiendes?».

Qué no habría dado Roddy Wagstaff por haber estado allí, oyendo a su padre hablar sobre el tiempo y sus orígenes. Sabe perfectamente que Roddy solo finge afecto por ella para venir a Arden y ver a su padre. Todo el mundo, su hermano, por ejemplo, piensa que a ella le duele eso pero no es así; al contrario, en realidad. Fue la abstraída y decidida manera de ser de Roddy lo que la impresionó la primera vez que se quedó a dormir en la casa. Nunca había conocido a nadie así, salvo a su padre, claro. Roddy le parecía una persona de espíritu enteramente emancipado, ingrávito y etéreo y, a diferencia de su padre, libre de trabas, logros, pomposa fama. Roddy parecía pasar la vida con diligencia y felizmente sin hacer nada. Cómo deseaba ella ser así aunque solo fuera un poco. Se había pasado toda la vida bajo el colosal peñasco de la imponente presencia de su padre. Cuando Roddy se abrió paso hasta allí y se sentó junto a ella, a la sombra de aquella roca, sacudiéndose el polvo de las rodilleras de los pantalones y encendiendo despreocupadamente un cigarrillo, la invitó a contemplar, fuera esa o no su intención, el grandioso panorama que había tenido todo el tiempo ante sus ojos, más allá de los confines en donde durante tanto tiempo había estado agazapada.

El calificativo que aplicó a Roddy, aquel primer fin de semana que se quedó en Arden, fue desenvuelto. No era una palabra con la que hubiera tenido ocasión de calificar nunca a nadie, ni siquiera a su padre. Observó a Roddy, en el invernadero después de comer, sentado en una silla recta con un esbelto tobillo cruzado sobre la rodilla, el codo apoyado en el respaldo de la silla y una mano en alto sosteniendo rígidamente el cigarrillo, alerta, sin perderse nada, y sonriendo incansablemente todo

el tiempo hacia su padre. Nunca había conocido a nadie tan refinado, tan desenfadado y sin embargo tan sereno y decidido, además. Incluso consideró una señal de distinción el pequeño y rápido temblor de su mano, sin duda resultado de estar siempre atento a todo, y a sí mismo en particular. Había encajado en la casa un puñal en su funda. Es justamente su falta de enjundia lo que considera su cualidad más atractiva. No es serio y responsable como su hermano; no es bueno, ni agradable; no es gran cosa, nada, salvo ambicioso y acaparador: posee la despierta actitud de la urraca hacia las menudencias deslumbrantes y provechosas, las bagatelas útiles que otros desdeñan. Tiene, además, un lustre remilgado. A ella, las personas en general le resultan desconcertantemente repulsivas, sobre todo los hombres. Si se encuentra a alguno, con traje y cinturón, corbata pulcramente anudada y flor en el ojal, hablando en tono grandilocuente y haciendo gestos, como hacen todos, se lo imagina de pronto sentado en el retrete, con los codos sobre las rodillas y los calzoncillos en torno a los tobillos, y debajo de él esas cosas horrendas en forma de budín colgando sobre la taza humeante. Piensa en anos fruncidos, sobacos cebollinos, repelentes crestas de pelo lustroso y ensortijado —no puede pararse—, esa materia bajo los alerones del prepucio, dentro de las narices, entre los dedos de los pies. Roddy, sin embargo, se le aparece tan insulso e impoluto como el maniquí de un escaparate. Tiene su piel el insípido y cerúleo destello del empañado yeso con que hacen los maniqués. Se lo imagina a través de la ropa todo redondeado y de una sola línea salvo por las intrincadas articulaciones de codos, rodillas y tobillos, y nada entre los muslos aparte de un bulto suave y sin forma. Insomne en su cama en aquellas noches claras se deja llevar por la fantasía de que está acostado con ella, un precioso hombre de escayola que yace inmóvil a su lado, una rodilla flexionada y una mano extendida con el índice en alto como para hacer una seña al camarero o llamar a un taxi, los rosados y perfectos labios curvados en una sonrisa complaciente e inane, los grandes ojos fijos en nada, y ella rodeándolo con los brazos, sintiendo la lenitiva frialdad de sus espinillas, sus costados, su vientre sin ombligo.

Duffy, el vaquero, es lo contrario de Roddy. Anoche mismo pensó en levantarse y salir de la casa tal como estaba, con el enorme pijama de Pa, y echar a correr hacia el otro lado de la colina hasta la casa de Duffy y tirar un puñado de grava a la ventana como hace la gente en los libros para que la dejara entrar y la condujera a su habitación en el piso de arriba y..., ¿y qué? La idea de la rancia cama de soltero de Duffy le produce un estremecimiento de repulsión, pero con otra cosa, además, algo que no puede, que no quiere nombrar. Hay suciedad incrustada en las grietas de las manos del vaquero; en las palmas debe de tener la piel dura y ardiente como todos los hombres, salvo su padre. Se las imagina sobre su propia piel, ásperas, como la lengua de una vaca lamiéndola.

Pobre Petra, pobre bobalicona, es la que más queremos de toda la casa. Y como la queremos tanto pronto nos la llevaremos con nosotros, pero aún no, todavía no.

Ahora va detrás de Roddy Wagstaff y su hermano por el pasillo, el uno esbelto y

vagamente beige, el otro de amplio trasero y anchos hombros. Los tacones de los estrechos y pulcros zapatos de Roddy repiquetean vivamente sobre el enlosado. En realidad, cuando se las mira de cerca las losas no son negras, ya lo ha notado antes, sino de un desagradable y brillante tono marrón oscuro, semejante al del caramelo quemado o a la piel de algún enorme animal extinto. Ese pasillo, que conduce bajo un oscuro arco al gran vestíbulo cuadrado del centro de la casa, siempre suscita un recuerdo en Petra, si es que se trata de un recuerdo, de algo que no llega a entender del todo, algo que viene de un pasado muy remoto para captarlo con claridad, demasiado lejano efectivamente para que ella lo haya conocido, en el siglo pasado, debió de ocurrir, o en el anterior, o incluso en el anterior a ese. Tiene que ver con un hombre, corpulento, ceñudo, aunque no le ve claramente las facciones, vestido con ropa anticuada y botas altas, que está allí parado negándose a algo, a acceder a una petición u obedecer una orden, pero a sabiendas de que debe hacerlo, de que está obligado a hacerlo. Eso es todo lo que hay de esa fantasmal manifestación, el hombre ahí erguido, hosco e intimidante —¿lleva algo en torno al ancho cuello, un pañuelo anudado, o una pañoleta de montar?— en un día de verano como este, con el reloj de pared haciendo tictac pesadamente y un manchón de luz líquida que entra por la puerta abierta reflejándose en el espejo del mueble del recibidor. Está segura de que es uno de los antepasados de Ivy Blount. No duda de que ese recuerdo, o visión, o lo que quiera que sea, aunque imposible, también es en cierto modo real.

Cuando mira atrás para ver lo que el hombre fantasma hubiera visto —la puerta de entrada abierta, el espejo centelleando—, repara en la maleta de Roddy Wagstaff, que está en el umbral, donde la ha dejado su hermano tras decidir que ya ha cargado bastante con ella.

Pasan bajo el arco al vestíbulo cuadrangular, los dos jóvenes delante, los tacones de Roddy haciendo de pronto un ruido más agudo en ese espacio más abierto, y Petra detrás de ellos, cargando ahora con la maleta de piel de cerdo de Roddy. La atmósfera del vestíbulo tiene una tenue fragancia dulzona —a reseca podredumbre, sugiere Duffy, con satisfacción— y la luz que entra por las altas ventanas parece lívida. Roddy aún no le ha dicho nada, no le ha dirigido verdaderamente la palabra. Esperará a que se fije en ella, a que la mire como es debido, para tener la seguridad de que la ve, y entonces sonreirá, y no apartará la vista, sino que mantendrá su mirada durante el tiempo que él sostenga la suya. Eso es lo que hará.

Entretanto, en un arrebato de inspiración divina, me llevo por los aires al mayor de los Adam a través de los mares hacia el sitio donde inventaremos Venecia juntos. Hace cuarenta años, más aún. Es invierno, y los cacareados encantos de la ciudad están resquebrajados por el frío. En la fachada de San Marcos los caballos de bronce tienen copetes de nieve y una niebla glacial pende sobre los canales y bajo los pintorescos puentes, tan breves. Está sentado en un restaurante, a una mesa de un rincón en la planta alta, con una vista sobre el canal en donde la fachada de una iglesia blanca como una tarta nupcial, de cuyo nombre sabe que debería acordarse, centellea fantasmagóricamente en la tiniebla de mediodía. Por algún sitio del encapotado cielo brilla tenuemente el sol y cada ola de las plomizas aguas tiene la cresta teñida de una luz tétrica, plateada y amarillenta. Está comiendo chuletas de cordero acompañadas de un amelonado tokai del Friuli; hoy recuerda aquel vino como si lo estuviera degustando de nuevo, su tostado destello y untuoso balanceo en la copa, el agridulce regusto de la gruesa uva tardía. Está de luto por su mujer, recién fallecida. La pena tiene la forma de un enorme globo terráqueo arrojado sin ceremonias a sus brazos; se tambalea bajo su resbaladizo e insoportable peso. Con esa carga ha huido a la ciudad que se hunde, en donde no conoce a nadie y no hay nadie que lo conozca a él.

Y de inmediato se acerca un desconocido a su mesa y se presenta a sí mismo. Es de piernas y brazos largos y tez clara y tersa, cabeza estrecha y pómulos altos, y tiene un bigote rojizo un tanto inadecuado que no deja de tocarse como si supiera que no le sienta bien del todo. Lleva prendas de tweed, aunque no es inglés, y un insólito chaleco amarillo claro con un pañuelo a juego que rebosa descuidadamente del bolsillo superior de su chaqueta de pata de gallo. Su nombre, probablemente su apellido, estrafalario a oídos de Adam, es Zeno, y afirma ser conde, aunque no dice de qué linaje ni por el favor de qué monarca. Tiene una conversación fácil y educada—el tiempo, los escandalosos precios del restaurante, las desastradas maneras de los venecianos— y al cabo, después de tres o cuatro dedales de grappa en la barra de abajo, cruzan los dos el canal en góndola. En la tarde de invierno solo hay humo y salitre y destemplados gritos de gaviotas. Adam va encogido en un húmedo asiento de madera con la delgada gabardina bien ceñida. Se ve a sí mismo como un buque hueco con algo que resuena en su interior, el guisante seco en que se ha convertido su robusto ser de antes. A su espalda, el gondolero, un veterano de manos nudosas que lleva un corto chaquetón de marinero sobre su jersey a rayas de reglamento, maneja un largo remo ambarino y canturrea fragmentos de una barcarola. La embarcación se bambolea en la estela de una lancha que pasa. Una vaga llovizna flota a la deriva.

La casa, alta y destartalada, está en una angosta callejuela detrás de la Salute. El estuco ocre de la fachada se ha desprendido dejando parches en forma de continentes, y descubriendo el ladrillo y la argamasa como de arcilla que hay debajo. Por la humedad y el silencio que todo lo cubre como una sábana contra el polvo es evidente que nadie ha vivido aquí en mucho tiempo. Se ve la Giudecca por las ventanas del

salón y, más allá, al otro lado de la laguna, el enorme rompeolas de hidrógeno, recientemente construido para salvar a la ciudad de una inminente inundación, que se asoma como una moldura plateada y monótona tendida bajo la línea curva del horizonte. En medio de la estancia, sobre una rechoncha mesa hay una enorme cabeza de mármol desportillado de Zeus —¡vaya, hola, papá!—, sin cuello, con una apretada coronilla de rizos y una barba púbica, que parece hundirse hasta la barbilla en la superficie de madera con una expresión de perplejidad y lenta y creciente indignación. En una butaca frente a esa airada divinidad se sienta Adam, desventurado y distraído, las manos desmayadamente apoyadas en las piernas con las palmas hacia arriba, como uno de los fúnebres payasos de la *commedia dell'arte*. El conde, que no se ha quitado el abrigo, saca una botella de vino tinto y dos copas de purpúreo cristal de Murano. Sus gestos tienen la afectación y desmesura del director de pista de un circo. El vino está frío como una piedra y es tan espeso que la garganta de Adam se resiste a tragar. Fuera, la atmósfera se ha vuelto del color de tinta acuosa. En la ventana de enfrente se yergue amenazadora la cúpula marrón pergamino de la Salute. Se siente esponjoso y en carne viva, así lleva quince días, empapado de pena, flagelado por la culpa. Siempre había pensado que la pérdida de una persona querida solo sería un proceso interior, una afección del espíritu, pero se encuentra abrumado por sus manifestaciones físicas. Los ojos le abrasan, los labios se le agrietan, hasta parece que los folículos del pelo le hierven y retiemblan. Está convencido de que ha criado un olor, además, un aroma rancio y picante, sustancioso, y tiene en la boca un regusto salobre que nada es capaz de alterar. Y, a pesar de todo, se siente también arrastrado por una ráfaga de lo que parece ser, quién lo diría, euforia, un vértigo estremecido que no experimentaba desde la infancia en las últimas tardes de colegio antes de las vacaciones de verano. ¿A qué viene eso? Es como si hubiera deseado la muerte de su mujer, como si ansiara librarse de ella desde tiempo atrás. Sin duda se trata de una idea espantosa y no obstante, a merced de la pena, ese gran inquisidor, se ve obligado a meditarla.

Llega una mujer joven que se llama Alba. Tiene la piel de una palidez increíblemente delicada: Adam piensa en hielo, en cristal soplado, en el brillo de una perla, frío, duro, cremoso y plateado. Se sienta en el brazo de su butaca. Mueve la mirada aquí y allá, deteniéndola con la incoherencia de una mariposa nocturna en objetos al azar, el vino de Adam, la mesa, el deshilachado borde de una alfombra, la enorme y esplendente cabeza del dios. Tiene una expresión a la vez soñadora y expectante, como si esperase la inminente llegada de algo aún sin revelar, maravilloso. Cuando cambia de postura en el brazo de la butaca y pone brevemente una mano en el hombro de Adam para apoyarse él se estremece como al contacto de un fantasma. El conde les sonrío con placer y parece frotarse las manos mentalmente.

El dormitorio carece de muebles salvo por una cama ancha y baja con una colcha blanca no del todo limpia y sin almohadas; sobre ella cuelga en la encalada pared un crucifijo de hierro, que en vez de un Cristo tiene cuatro incrustaciones de vidrio color

rubí situadas una a cada extremo. Adam saborea la súbita candidez de estar con una desconocida en una habitación extraña, desnudo a plena luz o, al menos, a la tamizada luz del día; qué fresco siente el aire en la piel, qué serena la quietud, decorosa y un tanto arcaica. Alba se ha quitado el vestido con un solo movimiento fluido, estilizado, como un torero, objeto de todas las miradas, que arrastra el capote sobre el polvo frente al toro perplejo; por debajo, va desnuda. Mira a un lado, baja la vista; sus párpados son tan radiantemente pálidos y finos que Adam distingue con toda claridad las diminutas venas, del color del lapislázuli. Él da un etéreo paso adelante hasta rozar apenas la punta de sus pezones, detrás de los cuales percibe el grávido temblor de sus pechos. Ella le pone la palma de las manos en el torso y se inclina hacia él en un simulacro de desvanecimiento, emitiendo un sonido quejumbroso. Alba tiene la piel de gallina en las caderas y él siente su diminuto vello erecto en los antebrazos. Cuando la besa en los ardientes y mullidos labios, un tanto amoratados en la comisura, comprende de inmediato que ha estado con otro hombre, y recientemente —por tenue que sea no hay duda del acre sabor a serrín y baba de pez—, porque resulta innegable que es la boca de una atareada chica del oficio. No le importa.

Llevan allí a cabo, en aquella cama blanca, bajo la cruz de hierro tachonada de rubíes, una aceptable imitación de escarceo apasionado, repetidas idas y venidas al borde de un precipicio más allá del cual puede atisbarse una lejanía verde oscura en medio de una niebla hedionda y algo que reluce hacia ellos, un palpitante punto de luz, intenso y apremiante. El corazón le cascabelea en su jaula, una vena le late en la sien como un despacioso tamtan. Cuando al fin quedan agotados, y aquel faro de la selva brilla ahora con menos intensidad, yacen juntos y satisfechos en una maraña de brazos y piernas y hablan de esto y lo otro, cada uno en su idioma, entendiendo apenas una palabra de lo que el otro dice. Alba, retorciéndose un mechón de pelo una y otra vez con el dedo, se detiene de cuando en cuando para explorar con la punta de su activa lengua la cárdena magulladura de la comisura de la boca. Es de algún sitio del Norte —hace un gesto hacia la ventana, a su espalda, mostrándole una axila húmeda, sin depilar—, Bérghamo, al parecer, de ahí quizá la piel pálida y el pelo claro, porque Adam se imagina a los de esa región como tipos rubios, risueños, no sabe por qué.

Le habla de Dorothy, que ha muerto. Se maravilla de lo fácil que le resulta, de pronto, contárselo a ella, en voz alta, sin que entienda una palabra.

Al cabo de un rato se levanta Adam de la cama blanca y deambula por la casa hasta encontrarse en lo que parece ser la cocina, una habitación extraña, alargada, también blanca, que le hace pensar, confusamente, en una sala de ordeño, con techos altos y una hilera de ventanas con cristales esmerilados en la parte alta de una de las paredes. Allí está el conde Zeno, aún con el abrigo puesto, sentado a una mesita redonda en la que hay, de manera bastante apropiada, un vaso de leche, parcialmente consumido. El conde, que está descansando y fumando un cigarrillo, lo saluda con la

mano abierta, a la manera papal, sonriente. Adam se da cuenta de que va sin camisa y descalzo. Observa, a la severa luz que reflejan las paredes, que el conde es mayor de lo que parecía en un principio. Tiene las patillas grises y venillas rotas en la nariz y en las bolsas bajo los ojos. Adam percibe en él un gran abatimiento, el desánimo de un actor con un papel modesto a la mitad de una larga gira. Sin embargo quizá sea conde, el último de un linaje tan antiguo como los güelfos y gibelinos, reducido a servir de alcahuete a viajeros viudos y necesitados como el que hoy se ha encontrado por casualidad. Señala el vaso de leche y luego se da unas palmaditas en el vientre y sonríe con una mueca y dice: «*La solita ulcera*». Sigue sonriendo; su expresión es tranquila y cómplice pero nada desagradable. Adam se sienta frente a él, exhausto de pronto, y cruza los brazos sobre la mesa y apoya la frente en ellos. Tiene frío. Por la espalda le corren estremecimientos en espasmos como ráfagas de viento sobre la superficie del mar. Doblan las campanas por toda Venecia. Llora, sin ruido. El conde se levanta y quitándose el abrigo se acerca a él y se lo coloca sobre los estremecidos hombros. «*Poverino*», murmura el anciano, «tiene frío». Adam sigue llorando.

Dorothy, llamada Dottie, o Dot —incluso los diminutivos de su nombre van reduciéndose hasta casi desaparecer—, muerta apenas hace dos semanas, ya se está, hoy en Venecia, desdibujando espantosamente en su pensamiento. Es como si, en vida, no hubiera tenido la suficiente presencia para que su memoria floreciese después de la muerte. Era una mujer alta, grande, aunque en absoluto voluminosa. Recuerda el asombro, la primera vez que la tuvo entre los brazos, ante su liviandad; era como si todos sus largos huesos, de los cuales parecía tener un cupo superior al normal, estuvieran huecos como cañas. Bien podría haber estado abrazando a un alargado y frágil pájaro, agraciado y desgarrado a la vez, una garza, quizá, o un ibis. Le sorprende lo mucho que se parecía a su propia madre, porque eran del mismo tipo, pálido, delgado, anguloso.

Era reservada, Dorothy, y llevó una existencia sugestivamente furtiva. La casa en donde vivieron durante sus años de casados no era grande pero ella se las arreglaba para desaparecer horas y horas. Pasaba una mañana entera sin que se la oyera para nada, de modo que él suponía que había salido —pero ¿adónde podía haber ido?—, y de pronto, yendo sin hacer ruido de su estudio a la cocina o al baño, se la encontraba acechando en un pasillo, o en el umbral de alguna puerta, o en recovecos de una habitación que misteriosamente ahora parecía más profunda y ensombrecida por su presencia. Daba un respingo y se volvía rápidamente hacia él, agitando las manos a la espalda, poniendo los ojos en blanco en un aterrado despliegue de inocencia, una niña traviesa sorprendida con las manos en la masa. Cuando estaba con ella siempre tenía la impresión de que no le hacía caso, de que estaba angustiosamente atenta por si oía algo en la casa, algún ruido insignificante que la traicionara. Él se preguntaba qué haría todo el día. Empezaba proyectos —jardinería, cocina exótica, carpintería, incluso— pero se cansaba rápidamente de ellos. Él sabía cuándo la aburría un pasatiempo porque tenía una forma especial de dejar las cosas que tuviera en las

manos, un libro de cocina, unas tijeras de podar, un ovillo de lana heráldicamente atravesado por dos agujas de punto cruzadas, desviando la vista vagamente, con un suspiro difuso, pasando los dedos por el respaldo de una silla o el borde del repecho de una ventana. El objeto se quedaba allí, donde ella lo había dejado, hasta que al cabo de un proceso de transformación gradual creado por el tiempo y el abandono se difuminaba su identidad original y se convertía en una cosa más, inerte y sin vida, su uso olvidado, y la mayoría de las veces era él quien la guardaba al final, discretamente, sin comentarios. Tenía un aire cauteloso y distraído, como si ocultara una importante revelación o un terrible secreto. En la última parte de su vida se hizo cada vez más lejana, y la sorprendía mirándolo con el ceño fruncido, como adivinando que lo conocía pero de momento no supiese exactamente quién era. Entonces él decía algo quedamente, con calma, y sin embargo tenía la sensación de que alzaba la voz, de que hablaba más alto de lo que pretendía, y ella se estremecía mientras la luz del reconocimiento clareaba en su rostro y esbozaba su radiante y desvalida sonrisa que parecía iniciarse a lo lejos y avanzar hacia a él a través de enormes e insalvables distancias.

Se pregunta cuánto tiempo llevaba planeando su muerte. ¿Habría trazado un plan, ella, que parecía vivir como si cada momento estuviera desconectado de todos los demás? La madre de Adam estaba furiosa, con Dorothy y con él, insistiendo al principio en que debía de haber sido un accidente, acusándolo luego y afirmando que era culpa suya, que su falta de atención había empujado a Dottie a la muerte.

Cuando sacaron su cuerpo del agua había piedras en los bolsillos de su vestido. ¿Cómo podía haber pensado que unas cuantas piedras le darían peso para arrastrarla al fondo? Pero algo se lo había dado.

Aceptó todas las acusaciones de su madre, y se culpó a sí mismo —siempre lo hacen, como si fueran los señores de la vida y la muerte— y sigue culpándose, cuando se acuerda. Las noches son especialmente duras. Da vueltas en la cama, gimiendo y profiriendo imprecaciones, como si lo asaran en una parrilla. No ha amado lo suficiente, eso debe de haber sido. De niño, la lección que aprendió de su madre, tanto a bofetadas como con caricias, fue que el amor son hechos —lo que se hace, no lo que se siente—, pero quizá, piensa él ahora, era una lección falsa y el amor sea algo completamente distinto, algo de lo que él no sabe nada. Lo ve, ese amor, inmóvil en el aire como el paráclito sobre las cabezas de una pareja de Cranach con hojas de parra, derramando sobre ellos la gracia divina en forma de ardientes rayos. ¿Dónde estaba el alma de Adam cuando ese fuego pentecostal caía del cielo?

Y la joven, ahora, la chica de Venecia, Alba, ¿era el fantasma de Dottie, que había vuelto para consolarlo? Puede que así fuera. A veces, el taciturno guardián de las puertas y su policefálico perro permitían que un alma regresara brevemente de los dominios de Plutón, pero no sé si eso ocurrió con ella: yo solo los conduzco a ese sitio, no los saco de allí, pues Plutón es un dios celoso y guarda fieramente sus espantosos dominios. Sí, lo sé, intenté hacer un favor a Orfeo, cuando él estaba tan

abatido, pero fijaos en las consecuencias. Pobre Eurídice, y también pobre Orfeo, que empieza perdiendo a su esposa, luego la pierde por segunda vez, después se pierde a sí mismo y acaba con la cabeza cortada flotando en las reducidas ondas del Hebro, aún cantando. A menudo pienso que a pesar de todos nuestros poderes, o precisamente a causa de ellos, no debería permitírse nos intervenir en los asuntos humanos, considerando las catástrofes en que la mayoría de las veces resultan nuestras intromisiones.

Una vez, muchos años después, Adam volvió a verla; a Alba, me refiero, no a Dorothy, porque a ella la ve todos los días, en cierto modo. Esta segunda vez no fue en Venecia sino en alguna pequeña ciudad italiana del interior, no recuerda cuál. Estaba seguro de que era ella, aunque solo la vio brevemente, en la calle, en medio de una ajetreada multitud. No parecía tener más edad que aquella tarde en la casa cerca de la Salute, pero estaba distinta, muy cambiada. Iba en una silla de ruedas, empujada por una mujer joven, de corta estatura, rechoncha y de aire resentido, con un cabello crespo de rizos pelirrojos como filamentos de cobre erizados de electricidad. A esa persona también pareció reconocerla Adam. ¿No estaba presente, en segundo plano, aquel día en Venecia, cuando se disponía a marcharse y tuvo un altercado con el conde a cuenta del dinero? El conde, aunque firme en cuestión de sus honorarios, mantuvo una actitud paciente y divertida, mostrando la sonrisa levemente dolida, tolerante, de un adulto frente a los regateos de un niño que vocifera sobre golosinas, mientras, sí, aquella joven gordezuela y pelirroja rondaba a su espalda por la habitación en aparente cólera, fumando un largo cigarrillo y expeliendo humo en delgados y rápidos chorros, como surtidores de veneno. Qué extraña, la forma en que vienen y van, las ficciones de la memoria. La silla de ruedas en que iba Alba, o mejor dicho en que la llevaban aprisa y bien sujeta, era de ese modelo anticuado, negra, con un aro de madera, suave y desgastado por el uso, incorporado a cada lado de las ruedas para que la ocupante se agarre e impulse hacia delante, o hacia atrás, también, y dos empuñaduras en el respaldo por si hay necesidad de empujarla, y evidentemente hoy la había. Alba se aferraba a los brazos acolchados de la silla y se inclinaba con vehemencia hacia delante, el tronco en tensión, torcido hacia un lado, como si su asistente hubiera empezado a empujarla sin previo aviso en el mismo momento en que ella intentaba a duras penas incorporarse en el asiento. Llevaba los pies —se sorprendió al recordarlos tan claramente con aquellos dedos romos, ligeramente desparramados— bien apoyados en los estribos, como si estuviera a punto de hacer otro intento, desesperado y condenado al fracaso, de saltar de la silla y darse a la fuga. Calzaba un par de sandalias baratas, de aspecto infantil, de plástico rosa transparente. La expresión de emocionada anticipación que él había observado aquella tarde frente a la cabeza del dios se había convertido en furioso desconcierto; aquel algo maravilloso que estaba esperando no sucedería, ya no. Iba hablando sola, moviendo los labios en un bisbiseo manso y rápido, como una penitente en el confesionario soltando atropelladamente una letanía de pecados y pidiendo

insistentemente perdón. Podría haberla saludado, haberlas seguido a las dos y haberse dirigido a ellas, pero ¿qué podría haber dicho, qué habría hecho? En cambio, siguió allí parado, en la luz alimonada de la tarde italiana, y volvió a ver Venecia en invierno, la mugrienta atmósfera y las revoloteantes gaviotas, y al nudoso y viejo Caronte, el barquero, canturreando melodiosamente para recibir su moneda.

II

Rex, el perro, es el primero en espiar al desconocido que avanza con dificultad por la cresta de la loma desde la línea del ferrocarril. Es más de mediodía y una nebulosa quietud se ha instalado sobre los campos. Los árboles se asan de calor. El aire es suave, azul gris. Todo brilla tenuemente. El hombre es de corta estatura y en vez de andar parece ir rodando a pequeños saltos, como un neumático flojo que se ha salido de la llanta. Lleva traje negro y camisa blanca con el cuello abierto. Viene por el lado de sombra de la carretera. Parece agotado: debe de estar sudando con ese traje. Es una presencia inverosímil, a pie, en esa frondosa ladera. Rex está sorprendido, sin embargo, porque ha vivido con gente lo bastante para haberse ya acostumbrado a su proceder, frecuentemente inexplicable. Su vista ya no es lo que era pero sus demás sentidos son tan agudos como siempre, el del olfato en particular. Levanta el hocico, que es del tamaño y la textura de una trufa húmeda, y olfatea el aire, explorando cualquier indicio que una brisa extraviada pudiera traerle. Hay una glándula diminuta en el interior de su hocico, muy arriba, casi entre sus ojos, capaz de percibir una sola molécula de olor: ¡y ellos se ufanan de su pulgar prensil! Está erguido en el umbral de la verja, al final del camino de entrada. Pese a su edad ofrece una estampa impresionante, con su frente cuadrada y fornidos hombros. Su rabo tiene el elegante y amplio movimiento de una hoja de palma mecida por la brisa. Fuerza sus viejos ojos para distinguir la cara del hombre, pero sigue siendo un borrón blancuzco. Emite uno de sus graves ladridos de largo alcance, que arranca en su vientre y le hace dar un pequeño salto sobre las patas delanteras. Vuelve la cabeza para mirar a la casa. No se ha abierto ninguna puerta, nadie ha aparecido en los escalones de la entrada, ni siquiera se mueve un visillo. ¿Debe permitir la entrada al desconocido, si eso es lo que pretende?

Y esa es, según resulta, su intención. Llega a la verja, despeinado y jadeando ligeramente. El hombre y el perro se miran, luego el recién llegado chasquea la lengua y extiende una mano para acariciar la cabeza del perro, y el animal mueve el rabo. El desconocido despide un fuerte olor, oscuro y succulento, muy acre, un olor extranjero, una fragancia de tierras muy lejanas.

—Hola, Rex —dice afablemente. El perro se queda perplejo. ¿Cómo sabe su nombre ese desconocido? Y sonrío, además—. ¿No hay nadie en casa? —pregunta, haciéndose visera con la mano y atisbando por el camino en dirección a la casa. Tiene una calva rodeada por unos lustrosos rizos negros en forma de corona de laurel, un rostro de facciones protuberantes, blanco como un plato, y la nariz como un dedo meñique quebrado; sus manos, gordezuelas e infantiles, parecen tapones embutidos al final de sus gruesos brazos. Del bolsillo superior de la chaqueta saca un amplio pañuelo blanco y se enjuga la frente y la bolsa de carne grisácea, como de batracio, que le cuelga bajo la barbilla. Echa a andar por el camino dejando al perro atrás, y un antiguo instinto incita al animal a hincar los dientes en el talón del individuo, pero en cambio se pone a andar sin prisa tras él, la cálida lengua colgando al aire, agradablemente fresco aunque polvoriento.

Petra está en la planta de arriba en lo que pomposamente se denomina salón matinal. Es una estancia lóbrega e inhóspita a la que casi nunca viene nadie, ni por la mañana ni en ningún otro momento del día —en la casa hay muchas de esas habitaciones sin usar—, y ahí puede trabajar sin que la molesten. Ha distribuido los manuales y diccionarios de medicina sobre la mesa de estilizadas patas en forma de media luna que está arrimada a la pared frente a las ventanas. La mesa, que es antigua, tiene una pátina admirable y suntuosa, y en su superficie se ven muchas cicatrices profundas y ennegrecidas, aunque sus bordes se han alisado con el tiempo. ¿Cuántos otros antes que ella se han sentado a lo largo de los años así, a esa mesa, trabajando, en el silencio de un día de verano? Se imagina a sí misma como la vería alguien que estuviera mirando, inclinada sobre sus papeles, pluma en mano, como en un grabado de un libro antiguo sobre un estudioso que elabora alguna concordancia abstrusa, legendaria. Aunque es diestra coge la pluma como los zurdos, el puño vuelto hacia dentro y los agudos nudillos blancos, con los huesos destellando bajo la estirada piel.

Hoy es un día señalado en la marcha de su enciclopedia de morbosidad humana, a la que ha dado el título de *Florilegium Moribundus Humanae* —no está segura de si el latín es correcto pero le gusta cómo suena—, porque acaba de terminar la entrada de azotemia, la última de la letra A, y mañana empezará con la letra B, por bacilemia, o posiblemente el reflejo de Babinski, aunque estrictamente este último es un síntoma y no una enfermedad. Escribe en el cuaderno de páginas en blanco tamaño cuartilla con un repetido dibujo de flor de lis en la cubierta que su padre le trajo una vez, de Florencia, cree que fue, por su cumpleaños. Lo hace con plumilla de acero, en tinta lavanda, con cuidado y absoluta atención, siempre preocupada por si echa un borrón. Le gusta el sonido áspero que hace el plumín sobre el papel color crema. Para asegurarse de que no se tuerce se sirve de una regla y de un utensilio especial provisto de una rueda dentada de metal con el que traza una fantasmal línea recta a lo ancho de la página. Oye débilmente, en la lejana ciudad, la campana del Ángelus. Una mosca atrapada zumba en un rincón de la ventana a su espalda; el sonido es como un motor eléctrico con un fallo intermitente. No está pensando en nada, ni siquiera en Roddy Wagstaff, que descansa en su habitación tras los rigores de sus dos horas de viaje en tren. Está tranquila. Su mente flota como cabellos en el agua. Escribe a lo largo de la fantasmagórica línea punteada: *una concentración de urea y otras materias nitrogenadas en la sangre...*

Ha oído ladrar a Rex en la verja y al principio no ha prestado atención, pero ahora algo, algún nervio retentivo entre sus omoplatos, la pone sobre aviso de que alguien se acerca a la casa. Se levanta del escritorio y se dirige a la ventana, aún con la pluma en la mano. Ve al hombre que viene por el camino de entrada, con Rex pegado a sus talones. Da un paso atrás, por miedo a que la vean. Oye el áspero sonido de los pasos del desconocido sobre la superficie de grava del camino. Al observarlo, siente un agudo sobresalto de aprensión, como la aguja de mercurio disparándose hacia arriba

por el cilindro de un termómetro. Se pregunta quién puede ser, y cómo ha llegado hasta allí, y qué podrá querer. No le gusta que vengan desconocidos a la casa, sobre todo así, a pie, aparentemente de ninguna parte. El hecho de que su padre esté enfermo lo ha trastornado todo, y por eso es por lo que ahora viene ese hombre, también, no cabe duda. No sabe qué hacer. Alguien contestará a su llamada y lo hará pasar, pero quizá deba denegársele la entrada; tal vez se le debería mandar por donde ha venido, sin dilación.

Se vuelve bruscamente, sale disparada de la habitación y al final del corredor baja los peldaños de la escalera de dos en dos, de tres en tres, y abre de un tirón la pesada puerta de entrada justo cuando el desconocido alza la mano hacia el llamador. Se echa hacia atrás sobresaltado y Petra también, de modo que se quedan los dos igualmente sorprendidos, él al verla a ella y ella ante su propia actitud. La sensación no es de que se haya abierto una puerta sino de que se ha corrido un panel entre dos mundos, y el de fuera parece a Petra anormalmente brillante, como iluminado desde arriba no por el sol sino por gigantescas lámparas invisibles. Jadea un poco, y tiene las mejillas encendidas. El desconocido sonríe. Dice algo que ella no entiende, su nombre, debe de ser. Rex, por detrás, saca la cabeza a la altura de las rodillas del hombre, y la mira, inquisitivo, inseguro. Ella retrocede, alzando rígidamente el brazo del costado en una seca invitación a que entre. El desconocido da un paso al frente, tropezando ligeramente en el escalón del umbral, y pasa por delante de ella al vestíbulo con su paso vacilante, respingón: parece un bailarín de ballet cómicamente rechoncho a quien le están estrechos los zapatos y le duelen horriblemente los pies.

—¿Le importa que me siente? —pregunta, aunque ya se ha dejado caer pesadamente en el alto y severo sillón de orejas negro que está junto al mueble de la entrada; Petra nunca ha sabido de nadie que se haya sentado alguna vez ahí—. ¡Uf! —exclama el desconocido, hinchando las mejillas. Saca el pañuelo y vuelve a enjugarse el rostro. Su piel pastosa resplandece como si se la hubieran untado con una fina capa de aceite. Le cuelga el grueso labio inferior, y ella le ve la punta de la lengua, afilada y húmeda con un tinte grisáceo—. Disculpe —prosigue con una sonrisa desesperada, jadeando aún más para demostrarle que está sin aliento—. Es el calor. —Baja inquisitivamente la vista: ella aún tiene la pluma en la mano, puesta como para escribir en el aire. La muchacha esconde rápidamente el brazo a la espalda. Recuerda el sonido de la mosca contra el cristal de la ventana, sus vibrantes alas; quedarse así atrapada, piensa, aislada inexplicablemente del día, el aire y la luz de fuera, qué horror—. Su nombre —dice él, dándose unos golpecitos en la frente con el dedo—. Sé que debería acordarme.

Rex está en el umbral observándolos en actitud alerta, sacudiendo el rabo cautamente de un lado a otro.

—Petra —contesta ella. ¿Por qué debía saber su nombre? ¿Cómo podría haberlo sabido?

—Petra. Eso es. —Mira distraídamente alrededor. Sentado, parece hundido en sí

mismo, un ser sin cuello, y su cabeza se mueve como un ancho y pesado balón incrustado en un hueco poco profundo.

—Mi padre no está en condiciones de ver a nadie —informa Petra, con voz más estridente de lo que pretendía—. No se encuentra bien, quiero decir.

El desconocido prosigue su abstraída inspección del vestíbulo como si no la hubiera oído.

—No me vendría mal beber algo —sugiere—. ¿Cree usted que podría darme algo de beber? Un vaso de agua estaría bien.

Petra mira por la puerta abierta, un alto rectángulo luminoso en donde sigue Rex, con el rabo todavía en marcha, zas, zas. Aparte del perro, ella es la única que ha visto a este hombre, la única que sabe que está aquí. Podría decirle que se vaya, ordenarle que se marche, y nadie de la casa se enteraría. Si cierra la puerta se quedará. ¿Pero se iría, aunque ella se lo dijese? Desde la horrorosa butaca semejante a un trono él la mira orondamente por debajo de las pestañas, su pequeña y húmeda boca como una válvula sesgada en una sonrisa amistosa y divertida.

Quienquiera que afirme ser, sin embargo, yo, Hermes el mensajero, sé quién es. *Et in Arcadia ille...* Dijeron a Tamuz que el gran dios Pan había muerto, pero se equivocaban. Si se porta mal, como seguramente hará, le tiraré de las orejas, al muy granuja.

—Tengo mucha sed —insiste él—. ¿La carretera...? ¿El polvo?

—Sí —contesta Petra, balanceándose un poco sin moverse del sitio, como en trance—. El polvo.

De modo que ahora somos tres rondando por la casa, mi padre y yo, y este sinvergüenza que acaba de aparecer. A qué extremo hemos llegado. Pero no debería mencionar a este o aquel personaje cuando hablo de los dioses inmortales —todos somos uno incluso en nuestra diferencia— y cuando utilizo el término «padre», digamos, o «él», o ya que estamos, «yo», lo hago solo por comodidad. Las denotaciones son tan imprecisas, en ese contexto, tan toscas, que casi resultan disparatadas. Casi, pero no del todo, sí. Arrojan cierta luz, por débil que sea. Son una especie de penumbra, cabría decir, que envuelve y atestigua la presencia de una entidad inefable. Pero qué oscuro abismo se abre entre esa luz trémula y el puntito que alumbrarían. Adam solía avanzar a tientas por un abismo de indefinición igualmente frustrante siempre que se lo invitaba a salir de los seguros confines de la distinguida sociedad erudita y explicar el más extravagante de sus conceptos al mundo en general. Siempre deploraba los humildes objetos a partir de los cuales sus predecesores —a tantos de los cuales él contribuyó a desacreditar— forjaban sus metáforas, todas esas bolas de billar chocando y dados rodando, ascensores yendo hacia arriba y hacia abajo, buques cruzándose en la oscura noche. ¿Y de qué otro modo podrían decir lo que no es posible expresar, al menos en el lenguaje corriente?

Adam procuraba ceñirse exclusivamente a números, cifras, símbolos concretos. Conocía, por supuesto, el peligro de confundir la expresión de una cosa con la cosa en sí, e incluso se perdía a veces en la zona incierta que media entre el concepto y el objeto conceptualizado; y en ocasiones, como yo, tomaba la manifestación por la esencia. Porque tanto para él como para mí esa esencia es esencialmente inesencial, cuando trata de hacerse manifiesta. Para mí, los dioses; para él, los infinitos. Ya veis el lío en que estamos metidos.

Fijaos en ese individuo a quien Petra, pese a sus recelos, ha dejado entrar en la casa. El nombre que utiliza es Benny Grace. Lo que ha venido a hacer aquí, o piensa hacer, no puedo decirlo, aunque tengo mis sospechas, vaya que sí, las tengo. ¿Debo bajar volando del tejado ahora —¿recordáis esa pequeña y triste efigie mía con la que nos encontramos encima de la Habitación Astral?— y darle un golpe admonitorio con mi retorcido báculo? Con tipos como él, si es que los hay, siempre viene bien actuar pronto. Lo conozco, a él y su perturbador comportamiento: ¿cómo no iba a conocerlos? Fijaos en él, agazapado en esa grotesca butaca, hundido en el tremedal de sí mismo con los dedos entrelazados sobre las piernas y despatarrado con esas abultadas rodillas y esa dilatada e informe bolsa abultando entre sus muslos. ¿Quién se cree que es, quién piensa que finge ser? Benny Grace, nada menos; ya le daré yo Gracia, a Benny Grace. El perro se ha sentado junto a él, apoyando un hombro afablemente contra su pierna. La muchacha sigue en pie con las manos juntas, mirando desvalidamente al recién llegado. El día languidece un momento y todo se queda quieto. Benny Grace alza la vista al techo, esbozando su retorcida sonrisita.

Y arriba, en la quietud de su habitación a oscuras, Adam ha sentido en la cama la llegada del desconocido como un temblor débil y lejano, una trémula luz en el ambiente general. También él ha oído los ladridos de aviso de Rex en la entrada y la conmoción causada por Petra en su apresurado descenso por las escaleras para abrir la puerta principal. Ahora está intranquilo. Quienquiera que sea el individuo a quien han dejado pasar, no es un visitante corriente. Adam siempre ha albergado una vívida sensación de lo numinoso. Ah, sí, la tiene, por increíble que parezca, para un hombre de su mentalidad. Los dioses que supervisan su mundo no son divinos, exactamente, los demonios no exactamente diabólicos, pero dioses son y demonios, tan palpablemente presentes para él como los invisibles a quienes ha dedicado su vida de estudio, las partículas que se agolpan en el espacio sin límites y las fuerzas de hierro que las ordenan. A pesar de la afamada sutileza de sus facultades especulativas, la suya es una fe sencilla. Como hay infinitos, en efecto, una infinitud de infinitos, según ha demostrado él que hay, han de existir entidades eternas que los habiten. Sí, cree en nosotros, y considera que el reino más allá del tiempo hasta ahora inimaginable que él ha descubierto es donde vivimos nosotros.

¡Benny Grace! De pronto le viene a la cabeza. Ese es quien debe de ser el recién llegado. Benny..., ¿quién, si no? Debería haberlo sabido, piensa. Tenía que haberlo adivinado.

Para Petra la vida de la casa, que es la única que ella conoce, es un proceso de interminable y laboriosa finalización, como si se enfrentara ella sola a un rompecabezas de un millón de piezas, o tuviera que solventar un vasto y críptico crucigrama. Ahora debe encontrar el sitio en que Benny Grace encaja en el rompecabezas: un hueco que tenga exactamente la forma de Benny. Él le dice que ha venido a ver a su padre —ah, pues claro, ¿a qué viene siempre la gente aquí?—, pero en cambio ella piensa en su madre. Quizá necesite su madre protegerse de Benny: ¿podría ser? Aún no ha dado muestras de malignidad pero hay algo en él que resulta claramente perturbador. Le recuerda a los títeres de la cachiporra. A lo mejor persigue a su madre con un palo. A Petra no le cae bien su madre pero piensa que la quiere, porque ¿qué puede ser, si no, esa inexpresable maraña de compasión, remordimiento y anhelo, sino amor? Su madre siempre está encima de ellos, de todos los de la casa, incluso de Pa, aunque él quizá no se dé cuenta. No es que tenga intención de hacerlo, pero lo hace, arremetiendo sin ton ni son por aquí y por allá, como el viento por un maizal. Quizá Benny Grace haga algo mágico, no esgrimiendo un garrote, sino agitando una varita, calmando las inquietudes, para que todos, Pa también, quizá, se eleven, cada uno por su cuenta y en parejas, temblando de sorpresa y placer, en el aire suave y en calma.

Ha conducido a Benny al salón de la planta baja, que considera el límite del interior doméstico hasta donde se le puede permitir la entrada, de momento. La estancia está situada en un rincón de la casa y dispone de dos altas ventanas de guillotina que forman un ángulo recto, una mirando al semicírculo de grava frente a la entrada y la otra a una densa y vagamente amenazadora confusión de rododendros con hojas bruñidas y ramas acechantes y artríticas. Los techos son altos, oscurecidos con un suave matiz de madreselva, y por la chimenea siempre viene un agradable olor a tierra alquitranada, incluso ahora, en pleno verano, cuando hace meses que no se enciende el fuego. Los sofás y las butacas están cubiertos con fundas de cretona desvaída, los sofás hundidos por el medio como el espaldar de viejos ponis. Hay maltrechos escabeles, un cubo de bronce para el carbón dentro del hogar, y en las paredes cuelgan armas aborígenes, espantosos objetos, hachas, azagayas, mazas, y lanzas enormemente largas y esbeltas adornadas con plumas renegridas por el tiempo, cuyas puntas de bronce en forma de hojas tienen el reluciente aspecto del cuero viejo bien lustrado. La presencia de Benny hace que Petra vea esas cosas con nuevos ojos, o incluso como si fuera la primera vez. Observa la plateada decoloración en las costuras de las fundas de cretona, por donde están más gastadas, el intenso y profundo brillo de las abolladuras del cubo —¿por qué ese bronceo destello la hace pensar en Alejandro Magno?—, el polvo color ratón formando nítidas líneas a lo largo de las esbeltas astas de las lanzas.

—Esta habitación le gustaba mucho a mi padre —afirma. No sabe si es cierto, ni por qué lo dice; es a ella a quien le gusta, su padre no se molesta en pensar si le

gustan las cosas, en cualquier caso—. Era... es... su preferida —prosigue, alzando un poco la voz como esperando que la contradigan—, su habitación favorita, esta, entre todas las de la casa.

Benny asiente con la cabeza, mirando alrededor, con aspecto de estar apaciblemente complacido con todo lo que encuentran sus ojos. Tiene un aire de tranquila expectación, como esperando algo de leve interés que según le han asegurado se producirá a su debido tiempo. Aunque resulte extraño, se muestra poco exigente. No parece importarle que ella tenga tan poco que decirle —él tampoco tiene mucho que decirle a ella— y lo único que ha pedido es algo de beber, y aunque ha debido insistir más de una vez no deja traslucir el menor indicio de impaciencia. Es Ivy Blount finalmente quien se atreve a subir de la cocina un empañado vaso de agua en una pequeña bandeja de latón. El agua, cuya superficie tiembla de manera casi imperceptible, está turbia y tiene el aspecto de hielo recientemente derretido —siempre hay aire en las cañerías aquí, en Arden—, pero Benny se la bebe sin vacilar e incluso chasquea los labios. Ivy pone en la bandeja el vaso vacío como una enfermera recibiendo una muestra y se retira apresuradamente cerrando la puerta al salir con excesivo cuidado, sin apenas ruido salvo un chasquido muy leve, como hecho con la lengua. Benny vuelve a recorrer la estancia con la mirada, asintiendo para sí. El sol que entra por una de las ventanas forma un delicado y complejo entramado de luz que desciende sesgadamente por debajo del alféizar. Petra se fija en uno de los botones de la camisa blanca de Benny; qué cosa tan extraña, piensa, un botón blanco, céreo como un hueso, con esos dos diminutos huecos taladrados uno al lado del otro en el centro. Está segura de que Ivy se ha quedado escuchando detrás de la puerta. Es algo que hace a menudo. Lee las cartas de la gente, también. Sin duda se muere de ganas de saber quién es Benny Grace y qué ha venido a hacer aquí. Duffy también siente curiosidad, según parece, porque está ahí fuera, deambulando por la grava con despreocupación, aunque no tanta como para no lanzar una rápida mirada por la ventana hacia el intruso. En realidad no es Duffy, sino yo, con la forma de Duffy; creo que debo decir que ya he perfeccionado los desafiantes andares de hombros caídos del vaquero. Debo utilizar todas las argucias posibles para tener vigilado a Benny, a ese gordo pagado de sí mismo con su traje brillante por el uso y manchado de sudor en las axilas, y su piel blanca cubierta de una capa de suciedad y ese garabato que tiene por nariz. No causará molestias en la casa si yo puedo evitarlo.

Petra se sobresalta ante un estrépito metálico en el pasillo —Ivy, que en su agitación ha dejado caer la bandeja, sin duda— y murmurando una disculpa sale precipitadamente de la habitación, intentando parecer que no huye, como la tímida Ivy. Oye su propio jadeo. Pasando la puerta alcanza a ver los talones de Ivy y su doblada espalda mientras se agacha rápidamente para bajar los escalones que llevan a la cocina. A su alrededor la casa tiene un aire callado, como si hubiera muchos oídos atentos al menor ruido. ¿Por qué le ha tocado a ella atender a ese individuo? Aún no sabe quién es ni qué está haciendo ahí, salvo lo que le ha dicho, que ha venido a ver a

su padre. Sigue los pasos de Ivy, oyendo el cavernoso eco que sus pies dejan en los escalones de madera; se siente como una actriz que ha olvidado el papel y hace un avergonzado mutis del escenario por una trampilla. Piensa en la mujer de su hermano y frunce el ceño interiormente.

Su hermano está en la cocina, sentado a la mesa, tratando de arreglar un aparato de radio. Ha quitado la tapa de atrás y escarba en sus entrañas con la punta de un largo y fino destornillador. Tiene la camisa remangada. Sus antebrazos, tan gruesos como jamones pequeños, tienen un tinte sonrosado y están cubiertos de un vello claro. La radio es un modelo antiguo con una rejilla de tela que cubre el altavoz y botones sintonizadores de baquelita y un cristal rectangular con nombres impresos de lugares de los que ella nunca ha oído hablar: Hilversum, por ejemplo, ¿existe Hilversum? Dice La que es un receptor inalámbrico, aun cuando, como Petra ve claramente, por dentro está lleno de cables, innumerables rollos de hilos, todos de diferentes colores.

Ivy Blount no está en ninguna parte. Debe de haber salido corriendo por la puerta trasera.

Adam tiene el ceño profundamente arrugado por la concentración, el labio superior montado sobre el inferior como la punta de un dedo gordo grueso y pequeño, y un mechón de pelo le cae sobre la frente. Se le da bien arreglar cosas. Ese es otro motivo para que lo admire su hermana, y le tenga envidia, también. Cuando Petra baja los escalones él sigue trabajando como si su hermana no hubiera aparecido en la cocina. Ella lo observa un momento; qué hábil es, a pesar de esas manazas, los dedos rechonchos. Utiliza el destornillador como si fuera un estilete.

—¿Qué le pasa a Ivy? —pregunta sin levantar la vista—. Ha pasado corriendo por aquí como si hubiera visto un fantasma.

Ella le cuenta la llegada del desconocido.

—Ha venido a ver a Pa. No sabía qué decirle.

Él se inclina aún más hacia delante, introduciendo el destornillador más adentro de las espirales de colores.

—¿Cómo se llama?

Ella ve que se le ha enrojecido la nuca como le pasa siempre que está molesto o inseguro. La llegada del desconocido está incomodando a todo el mundo, primero a Ivy, ahora a Adam; se siente aliviada, sabiendo que no es la única.

—No sé —confiesa—. Me lo ha dicho pero no lo he entendido; habla como Popeye.

—... el marino soy.

—¿Cómo?

—Popeye el marino soy, soy.

Adam lanza una breve risa por detrás de la radio. Ella mira sobre su hombro y le observa la nuca, fijándose en el sitio en donde aún no le ha desaparecido la rojez. El vello se le agrupa en el medio, formando un rizo diminuto, enroscado. Se vuelve y

alza la vista hacia ella.

—¿Qué quiere de Pa? —Ella se muerde el labio y no contesta—. ¿Ha dicho si lo conoce? —Ella se encoge de hombros a su manera, sacudiendo rígidamente el brazo izquierdo del costado y tocándose el hombro derecho con la mejilla inclinada. Adam mueve despacio la cabeza—. ¿No le has preguntado nada? —Ella sigue sin dar respuesta, y se limita a mirarlo, hosca y desabrida—. Eres imposible.

Aparta la cabeza y coge el panel trasero —también de baquelita, ¿no?— y lo coloca en su sitio en la parte de atrás del aparato y empieza a atornillararlo.

—¿Qué le pasa? —pregunta ella.

—¿A qué?

—A eso —señala con el dedo—, la radio, el receptor inalámbrico, comoquiera que se llame: ¿qué le pasa?

Adam deja el destornillador y se levanta de la mesa, frotándose un hombro agarrotado con una de sus rollizas manos.

—Francamente, Pete —dice, aún sin mirarla de frente.

Es evidente que se ha puesto tan nervioso como ella ante la perspectiva de Benny Grace. Pero ¿por qué tiene que inquietarse? Él vive en el mundo, y ella no; debería estar acostumbrado a las circunstancias inesperadas, a que las cosas se tuerzan, a que aparezca gente de improviso.

Él la sigue por los escalones y el vestíbulo central hasta el salón. Encuentran a Benny Grace sentado de nuevo, esta vez en una de las butacas con funda de cretona, sereno como una efigie de Buda, igual que antes, las rodillas cómodamente separadas y las manos sobre las piernas con los dedos entrelazados; un pequeño triángulo de su vientre, pálido como el de un pez, le asoma por una abertura de la camisa sobre la apretada cintura de los pantalones. Cuando los dos se acercan se pone en pie con dificultad; no parece más alto de pie que sentado.

—Grace —dice a Adam, tendiéndole la mano—. Benny Grace.

Adam frunce el ceño.

—Mi padre está enfermo, ¿no se lo ha dicho mi hermana? —contesta él. Petra se da cuenta de que también habla demasiado alto, como ella antes—. Muy enfermo, en realidad.

Benny asiente con la cabeza; sonrío, como si acabaran de darle una espléndida noticia.

—Sí, lo sé, lo sé.

Se queda esperando, aún con la sonrisa en la boca, su ancha y redonda cabeza inclinada hacia un lado: Adam piensa en un mirlo rellenito y alerta, girando los abetunados ojos.

—Está en coma. Ha tenido un ataque.

—Un ataque. —Con los labios fruncidos Benny mueve la cabeza de un lado a otro—. Qué pena. Es una verdadera pena.

Sigue un silencio. Adam siente que Petra se ha quedado un poco retirada,

asimilando la escena sin aliento.

—¿Cómo ha venido hasta aquí? —pregunta al hombrecillo. Nota también el volumen de su voz pero no parece capaz de bajarlo. ¿Por qué grita todo el mundo al pobre Benny? Casi me da lástima de él.

—Oh, eso ha sido fácil —dice tranquilamente Benny. Él, al menos, habla bajo. Su tono denota toda una vida de obstáculos hábilmente sorteados.

—Me refiero —insiste Adam, incapaz de contenerse— a si ha venido en coche.

Benny niega con la cabeza y se encoge de hombros.

—No sé conducir. Nunca he aprendido.

Adam asiente, sin poder hacer nada. Nota que lo invade una especie de pánico; teme que en cualquier momento estalle en relinchos de risa histérica. Se vuelve hacia Petra.

—¿Por qué no... —casi le grita—, por qué no llevas al señor Grace a ver a Pa?

La muchacha gira la cabeza y mira a las rodillas de su hermano con el ceño fruncido.

—¿Cómo? —dice entre jadeos. Su pierna izquierda ha empezado a zarandearse. Con esos viejos pantalones de pana y la holgada camisa azul, escuálida, frágil y casi calva, parece una reclusa de alguna cárcel, o una refugiada, la superviviente de una marcha de la muerte. Benny vuelve a entrelazar los dedos sobre el vientre y se la queda mirando, como con cariño.

—¿Solo una miradita? —sugiere, engatusador. Qué astuto diablillo—. ¿Para que pueda decir que lo he visto?

Se vuelven y se dirigen los tres hacia la puerta, donde se produce un pequeño forcejeo al encontrarse los tres tratando de pasar por ella al mismo tiempo. Por el pasillo Petra conduce a Benny Grace a las escaleras que llevan arriba. La luz cae por el techo de cristal como si fuera una lluvia silenciosa, indiferente, absorta en otra cosa completamente distinta. En el ángulo del rellano la muchacha vacila un momento y se vuelve a mirar a su hermano, que se ha detenido en el umbral del salón y permanece allí, mirándola con la cabeza alzada. Tiene el rostro sin expresión, no le envía ninguna señal alentadora. Sigue adelante, hacia arriba, y cuanto más sube más se le cae el alma a los pies. A su lado, Benny Grace, caprípedo, jadea por la ascensión. ¿Y si Pa se despierta del coma? ¿Qué le diría a ella, al verla aparecer de pronto en compañía de ese desconocido? ¿Y qué podría contestarle? ¿Qué justificación podría darle?

Ahora están ante la puerta de las escaleras de la Habitación Astral. Petra llama y gira el pomo. ¿Qué aire es ese que sopla con fuerza desde arriba, qué espíritus guardan el camino?

¿Qué espíritus, en efecto? Si fuera capaz me incorporaría en mi mortaja, me desenchufaría los inmundos tubos y, soltando papilla y pis, les daría con la puerta en las narices. Ah, la triste fanfarronería del moribundo. No es que tenga miedo de Benny Grace; lo que temo es que me molesten. Estoy al paio, y temo que se hinchen súbitamente las velas. La historia de Benny conmigo es larga y compleja. Cuando atisbo en el cristal cada vez más velado de mi memoria veo una gran multitud arremolinándose y empujándose y en medio de ella me sonrío Benny, insinuante, sardónico, untuoso. ¿Ha venido a soltarme una arenga en mi último trance, a decirme que me estoy muriendo de la peor manera posible? Lo conozco, me conoce, desde mucho más tiempo del que quisiera recordar, aunque tendré que hacer memoria, supongo, ahora que se ha presentado así. En realidad, siento que me ha acompañado toda la vida, lo que resulta imposible, porque él no es tan viejo como yo, ni nunca lo será. Sí, Benny es sin duda uno de los inmortales.

De pronto recuerdo una pesadilla que tuve de niño, muy pequeño, de pecho, incluso, me parece, aún en la cuna, nunca la he olvidado. Tan aterradora, tan cargada de significado, que hasta hoy permanece vívidamente en mi memoria después de todos estos años. Aunque no estoy seguro de que fuera realmente una pesadilla propiamente dicha, tan breve fue y tan carente de incidencias. No sé si fue un sueño o más bien el adormilado presentimiento de algo que entonces yo era demasiado joven y ahora demasiado viejo y acabado para interpretar o comprender. En cualquier caso, en esa pesadilla, sueño, o ensoñación, lo que fuese, me habían soltado sobre una roca desnuda en medio de un océano vacío. Sí, soltado, porque no había llegado en barco, ni por ningún medio aéreo o marítimo, sino que simplemente me encontré allí posado, un Ícaro caído, podría ser, mi cabeza en barrena y mis alas empapándose en su fuego, chorreando e inútiles. El mar me rodeaba en una absoluta calma purpúrea, sin oleaje, sin la menor ondulación —ni siquiera en torno a la roca en que me encogía de miedo el borde del agua acusaba el menor movimiento—, solo que parecía rebosar, llenarse por encima de su capacidad, y era como si en cualquier momento fuera a inclinarse y darse la vuelta bruscamente, igual que un enorme y lustroso disco por cuyo borde se ejerciera una violenta presión. Hasta donde alcanzaba la vista no había nada en ninguna dirección, y ningún horizonte, las monótonas distancias fundiéndose sin fisuras en un firmamento igualmente sin rasgos. Ni sonido, ni grito de pájaro ni gemido del viento. Un inmenso vacío por todas partes, y yo, aterrorizado, agarrado a la roca con ambas manos y sujetando el mundo apenas para que no se inclinara por el borde y dejara que todo se deslizase en el abismo sin aire, incluido, en especial, yo mismo. ¿Qué significado tiene eso? Debe de querer decir algo, o tener algún sentido, al menos. ¿Acaso estaba yo, una criatura envuelta en pañales, metiendo ya los dedos del pie en las aguas del Leteo, chapoteando, incluso, en sus aguas menos profundas? Nunca es demasiado pronto para empezar a morir.

Sabía que era Benny. Cuando intuí la presencia de un intruso en la casa supe que tenía que ser él. Debo de haberlo estado esperando todo el tiempo, sin darme cuenta.

Desde lo alto de la breve escalera avanzan ahora los dos en la penumbra, haciendo crujir el entarimado. Para echarles siquiera un vistazo tendría que bajar los ojos hacia un lado de forma tan violenta que me dolerían las órbitas, en caso de que pudiera sentirlos. Parecen una pareja de fantasmas acercándose amenazadoramente por la habitación a oscuras. No debo dejar que me vean mirando: pensarán que solo estoy fingiendo estupefacción, lo que es posible en cierto modo, teniendo en cuenta lo atareado que está mi cerebro. Probablemente los veo mejor que ellos a mí, al tener ya los ojos perfectamente habituados a esta deplorable y falsa noche a que mi mujer me ha condenado a vivir desde que estoy postrado. Benny..., fíjate en él, tu homúnculo. Está hablando en un murmullo sacerdotal, su tonsurada cabeza inclinada hacia mi hija, que también está agachada; podrían ser el monje y la doncella en el confesionario. Me esfuerzo en vano por entender lo que le dice, qué diablura puede estar destilándole al oído. *Mu mur murr*. Y aquí yazgo, sin decir ni mu.

Petra se dirige a la ventana central, la que está frente a mi cama, y alzando los brazos con un amplio gesto teatral de bailarina abre las pesadas cortinas, inclinándose mucho a la izquierda y luego a la derecha. Cómo me hiere ahora la visión de un ser humano en movimiento. La luz parece vacilar un momento antes de entrar. Deslumbrado, cierro con fuerza los ojos, y por dentro de los párpados el resplandor dibuja formas inestables, superpuestas, más oscuras cada vez, como gotas de negro tinte rompiéndose despacio en agua ya manchada. Y sin embargo me emociono ante el inusitado resplandor, igual que hace un momento con las evoluciones de bailarina de mi hija. Cuando llegue la hora, y ya no puede tardar mucho, quiero morir a la luz, como un árbol viejo alimentándose por última vez con el resplandor del mundo. En estos últimos días —¿cuántos?— con las cortinas echadas, me he sentido como en un enorme espacio oscuro en donde lejanas puertas van cerrándose despacio, una por una. No las oigo cerrarse, pero noto el cambio en el aire, como una sucesión de largas y lentas bocanadas que cuesta trabajo aspirar. Siempre me ha gustado pensar que la muerte sería más o menos una prolongación del modo de ser de las cosas, un debilitamiento, una contracción, un encogimiento tan gradual que no me daría cuenta de su llegada hasta que se hubiera consumado el final. Quizá sea esa la intención de Ursula, mantenerme en la oscuridad para que no me dé cuenta de que falla la luz. Pero no quiero exhalar mi último aliento en esta habitación. ¿Por qué me ha desterrado aquí, precisamente, el lugar de mis triunfos y de mis aún más numerosos fracasos? Quiero estar en otro sitio. Quiero morir al aire libre: me pregunto si eso podría arreglarse. Sí, en un camastro en cualquier parte, sobre la hierba, bajo los árboles, a la suave caída de la tarde, eso sería un regalo, una última dicha.

Pero y si en ese preciso momento empezara a sentir otra vez, y si..., no, no, de ese modo hay cosas a las que no me gustaría enfrentarme. Que muera aturdido, insensible, pero pensando aún, si eso fuera posible.

Siento —¡siento!— por lo que debe de ser un temblor en el entarimado que Benny Grace se acerca a la cama. Ahora, en un despliegue de callada y reverente

solicitud se inclina sobre mí y me observa detenidamente el rostro, y soy otra vez como un niño fingiendo estar profundamente dormido mientras mi recelosa madre se agacha para inspeccionarme a la luz matinal de un día de colegio. Hay que ver cómo la llegada de Benny me ha reducido ya a este infantilismo, estos miedos y sueños evasivos arrancados de las profundidades. Ahora, notando quizá lo inquieto que estoy por su presencia, inclinado sobre mí con su cálido aliento, ríe con disimulo.

¿Debo abrir los ojos? Debería abrirlos.

—No ha cambiado —dice por encima del hombro a Petra, que sigue en la ventana, sin duda nerviosa por si tiene que acercarse aún más a mí, temerosa de lo que tendrá que ver. No se lo reprocho: un catéter, por ejemplo, aunque solo sea su insinuación, no es algo bonito de contemplar para una hija, teniendo en cuenta lo que es, y dónde está colocado—. Aún con su pelo negro —prosigue Benny—, el noble perfil. —Una vez más emite su risa nasal—. El Adam de los comienzos. —Esto último lo dice como para mí, íntimamente, en un susurro; debe de saber que lo oigo, o lo sospecha al menos. Se aparta y se pone a andar, esos pies disminuidos resonando con estrépito caprino por el suelo de madera—. Sí, años —dice, ya un poco retirado, a Petra, prosiguiendo evidentemente una línea de pensamiento anterior—. ¡Las cosas que podría contarle! ¡Qué historias!

Me reiría si fuera capaz de hacerlo. Me encuentro en una especie de perplejidad pánica: ¡Benny Grace aquí, en Arden, con sus historias! Y yo tumbado sin moverme y sin habla mientras él está de pie: Benny, precisamente él. Debo de haberme equivocado en lo que he dicho, o más bien en lo que he pensado, hace un momento; no debía de esperarlo, porque si así hubiera sido, ¿por qué me iba a sorprender su llegada? Pero al fin y al cabo era inevitable que apareciese al final. Benny Grace, mi sombra, mi doble, mi incorregible demonio. Sí, me reiría.

Nunca se me ha dado bien tratar con la gente. Me atrevería a decir que no soy el único en esa triste situación, pero yo siento agudamente mi incompetencia con respecto a otros individuos. Ya se sabe cómo son las cosas. Digamos que vas paseando por una calle no especialmente llena de gente. Y descubres, a mucha distancia, con el rabillo del ojo, con el apéndice de la atención, por así decir, a un desconocido que, de modo evidente, a su vez ha reparado en ti mientras te acercas a él. Incluso a esa distancia los dos empezáis a hacer pequeños ajustes, fintas y virajes solapados, para evitar una posible colisión, mientras fingís todo el tiempo que sois ajenos a la presencia del otro. La mayoría de las veces todos vuestros esfuerzos de evitación fallan, precisamente porque los habéis estado haciendo, supongo, y al final uno de los dos se ve obligado a hacerse torpemente a un lado para dejar que el otro pase con una sonrisa gruñona. Así sucede en general, conmigo, dondequiera que me encuentre, con quienquiera que esté. Siempre, siempre estoy en guardia por si me doy un golpetazo contra un individuo de mi especie. Y cuando me veo obligado a entrar en esa estremecida danza de regateo a gran distancia la acera más ancha se convierte en un intrincado sendero, y me hallo como en una selva aún sin dominar donde los

monitos ululan y los pájaros de la noche gritan en desbandada. No cabe duda de que podría ser de otra manera. No hay razón para no avanzar decididamente hacia el desconocido con una resuelta sonrisa y estrecharlo varonilmente contra el pecho en muestra de camaradería y afecto. Si no recuerdo mal fue el poeta Goethe —¡ya completamente olvidado aunque en su tiempo muchos había que lo colocaban por encima del sublime Kleist!— quien instaba a que no nos saludáramos el uno al otro como *monsieur, sir, mein Herr*, sino como mi compañero de infortunio, *Soci malorum, compagnon de misères!* ¿O era Schopenhauer? Ya incapaz de consultar nada, ¡ah! Bueno, no importa, se entiende lo que quiero decir. Por mi parte yo estaría contento de seguir ese buen consejo siempre que pudiera transmitir mis saludos por semáforo.

No vi venir a Benny Grace, ese fue el problema. Fue en el lejano Norte donde me encontré con él por primera vez —o él se encontró conmigo, mejor dicho—, lo que resulta extraño, porque me recuerda más a un personaje del Sur. Un auditorio, una estancia larga y blanca que bullía de gente, y yo en primera fila, en un asiento reservado, con una mujer a mi lado repasando nerviosa el texto de una conferencia que estaba a punto de dar, un duro trance cuya perspectiva la aterrizzaba, aunque ya había pasado muchas veces por él. Se llamaba Inge, o Ilsa, ojalá recordara cuál de los dos nombres era. Vamos a ver: me quedo con Inge. Para abrir el seminario se había celebrado una recepción —ruido, risas, copas de champán llenas de una especie de jarabe alcohólico, blancuzco y pegajoso— y más tarde habría una cena seguida de una decorosa sesión de tangos. A un lado de la estancia había una pared de cristal que daba a una pendiente cubierta de hierba salpicada de esbeltos abedules blancos. ¿Había ciervos? Mi memoria insiste en ciervos, pastando apaciblemente entre los árboles, melindrosas criaturas patilargas de piel parda y beige y rabo corto que se movían cómicamente. Débil luz del Norte, una delicada pátina de oro desteñido. Entonces es que estábamos en pleno verano, además, con los interminables días de esas latitudes. Había llovido, y aún llovería más, y la hierba centelleaba, como con malicia. Lo primero que me llamó la atención de Benny fueron unos pies semejantes a pezuñas y dos gruesos muslos enfundados en unos pantalones negros y mohosos, que se instalaban a fuerza de estrujones y jadeos en la butaca de mi izquierda. Luego la cabeza esférica y la húmeda cara de luna, la sonrisa, el cráneo con su pilosa corona —ya estaba calvo por entonces— y aquellas orejas en espiral delicadamente afiladas en la punta.

No recuerdo en qué ciudad estábamos, ni tampoco en qué país. Habíamos llegado aquel mismo día, Inge y yo, de otro sitio. La belicosa Suecia, según recuerdo, se encontraba otra vez en pie de guerra, enfangada en otra batalla de expansión con sus vecinos inmediatos, y los viajes por la región resultaban peligrosos y estaban expuestos a retrasos, y yo temía quedarme allí varado, rabiando, en Remoteborg o Retirisund. Inge era sueca finlandesa, o finlandesa sueca, me parece que no llegué a saberlo a ciencia cierta. Rubia ceniza, menuda, muy delgada, del tamaño de una niña,

realmente, pero erudita concienzuda y famosa en su campo, que era, lo recuerdo, teoría de campo de gauge: eso hacía furor, en la época. Todavía la veo, a la pequeña Inge, con sus trémulas manos, piernas flacas y pies hacia dentro, aún huelo su piel bien restregada y su aliento a tabaco. Tenía cuarenta años y aparentaba veinte, salvo a primera hora de la mañana y ya avanzada la noche. Dorothy no llevaba mucho tiempo muerta y yo iba a la deriva en un estupor de pena y remordimiento y me habría aferrado a cualquier mástil en aquellas aguas oscuras, inmensas y turbulentas. Una sensación de extrañeza, de estar distanciado de las cosas en general, sobreviene en circunstancias como aquellas en las que yo me encontraba: no me cabe duda de que los que hayan sufrido una pérdida igualmente violenta y repentina sabrán lo que quiero decir. Todo lo que hacía o veía, cualquier entorno en que me introducía aturdidamente sin objeto preciso, me parecía extraño, enteramente grotesco, y como a un niño idiota tenían que cogermelo de la mano y llevarme de un desconcertante espectáculo a otro.

Ojalá pudiera recordar más cosas de Inge: eso se lo debo, el recuerdo. Se ocupó de mí, ella, que tanto necesitaba que la atendieran. Parece raro que en mi desamparo buscara mujeres como ella y no esas intelectuales fuertes, grandes y varoniles que abundan en mi especialidad. En mi desamparo, me aferraba a las indefensas.

Nunca he sido un mujeriego, ni siquiera entonces, en el errabundo año de mi dolor, pese a todo lo que digan de mí. Cierto, sentía y siento devoción por las mujeres, pero no, o no exclusivamente, con idea de saltarles encima y empezar a darle sin parar como un bombero a la manguera, no, para mí la fascinación residía en ese momento de transformación en que una de ellas se despojaba gustosamente de la ropa y todo se volvía distinto de inmediato. Era un fenómeno del que nunca me cansaba; siempre me producía sorpresa, siempre me dejaba sin respiración. Qué mágico era, qué fascinante, cuando la cabeza con que había estado charlando en la calle, en un autobús, o en medio de una habitación llena de gente, de pronto, en una alcoba en penumbra, desplegabla del cuello para abajo la pálida y destellante extensión de un cuerpo que, desnudo, era enteramente distinto de lo que había sido cuando estaba vestido. Y no solo el cuerpo, sino la sensibilidad, también: otra persona, franca, deseosa, íntima, vulnerable. La perspectiva del puro asombro de estrechar entre los brazos a aquella nueva criatura de fresca piel era lo que me tenía allí, en aquel salón de actos acristalado, con el empalagoso sabor del licor de moras árticas en los labios y un bostezo sin desplegar que me causaba dolor en la articulación de las mandíbulas, observando a Inge, que, como si no viera bien, se subía a tuestas al atril, aún estrujando sus papeles, y con una pequeña mancha redonda en el fondillo de su ligero vestido de verano, donde se había meado, solo un poco, del miedo que le daba subir al estrado y dirigirse al auditorio.

Eran los primeros días de la gran instauración, después de que reveláramos la patraña de la relatividad y mostráramos la constante de Planck tal cual es en realidad. El ambiente estaba lleno de relativistas y seguidores de la mecánica cuántica clásica

cayendo desesperados de las alturas; confío en que aprovecharan la ocasión, mientras se iban juntos a la calle, para poner a prueba sus principios sobre el movimiento relativo y sus valores intrínsecos de espín. Yo estaba en la vanguardia científica y ya era una figura eminente en lo que, en la época, hay que reconocerlo, se consideraba un ámbito especializado y restringido. Mi hipótesis Brahma, como llegó a conocerse —Benny fue el primero en llamarla así, según resultó—, los dejó perplejos. En ella postulaba el famoso cronotrón, feo nombre —Benny otra vez— para un concepto exquisito, la partícula primordial del tiempo, el huevo de oro de Brahma de cuya yema rasgada fluía toda la creación. De lo más sencillo, aquella teoría, una vez que alguien se había atrevido a meditar sobre el tema. Para empezar, por supuesto, se rieron de mí, siempre promesa segura de un posible éxito. Tardaron bastante en enterarse, pero cuando lo entendieron, vaya, qué alboroto. Recordándolo, veo que me pasea triunfalmente a hombros una pandilla de fanáticos de ardiente mirada, pero me siento como un objeto rígido y pintado, como la efigie de un sufrido santo que sacan en procesión en una festividad, rechinando un poco los dientes por las excesivas sacudidas, la mitra torcida y el dedo gordo del pie reluciente por los besos de tantos penitentes piadosos. No pedí su adulación. Yo seguía fiel a mi personalidad solitaria cuando di un salto y agujereé su Teoría del Todo con mi resplandeciente dedo gordo del pie. Despreciaba a la mayor parte de ellos. Cuántas lisonjas y halagos cuando al fin vieron la irrefutable solidez de lo que yo había construido. Pero ¿acaso no me despreciaba a mí mismo, además, a mí y a mi trabajo, mi atesorado Trabajo, del que debía estar tan orgulloso? Oh, no es que piense que mis logros son menores que los de otros —en realidad los considero mayores que los de cualquiera, más importantes de los que ninguno de mis pares podría haber alcanzado—, solo que no son suficientes para mí. Ya me entienden. El mundo siempre está dispuesto a dejarse asombrar, pero el yo, el monitor de ojo de lince, descubre todos los subterfugios, todos los atajos, y no se le engaña nunca.

¿Mis pares? ¿He dicho mis pares? Mis pares están todos muertos.

No me gustaba el aspecto de Benny Grace. Tenía un aire claramente pegajoso. En la cena se las arregló de nuevo para sentarse a mi lado. Era Inge quien debía ocupar esa silla, pero estaba en el servicio de señoras, agachada en un cubículo, vomitando y temblando después de su dura experiencia frente al público. Sin embargo, ni la amante más solícita podría haberse mostrado tan irresistiblemente insinuante como Benny. Cada vez que me daba por alzar la vista del plato me encontraba con aquellos brillantes ojos negros clavados en mí de manera significativa, festivamente. El estilo de Benny es el de un director que se inclina y balancea haciendo girar los brazos extendidos para sacar a su orquesta oleadas cada vez más sólidas de majestuoso sonido. Al otro lado de las cristaleras la brisa daba al césped un baño de plata y agitaba frenéticamente las hojas de los abedules. Qué melancolía, en esa velada que resistiéndose a concluir se iba prolongando, cada vez más diluida, en la pálida luz septentrional. Benny se inclinó hacia delante y hablando en voz más alta que los

demás se presentó a sí mismo, la mano tendida al término de un brazo que no llegaba a alargarse del todo, tan ajustadamente le rellenaba la manga. «Yo, desde luego, sé quién es *usted*».

Ahora se vuelve para sumarse a mi hija en la ventana, que da al jardín, y empieza a explicarle mi teoría de los infinitos. A Benny le encanta dar explicaciones. Petra guarda silencio; eso ya lo ha oído todo, pero es muy atenta y está bien educada para no dar al menos la impresión de estar fascinada por la novedad. Yo, que desde este ángulo no alcanzo a verla, me la puedo imaginar con los ojos bajos, los brazos firmemente cruzados como para evitar que su cuerpo vuele en pedazos, asintiendo una y otra vez con la cabeza como un juguete mecánico. Cuando se esfuerza en prestar atención de esa manera, tal es la intensidad de su concentración que tiene el aspecto de estar absolutamente aterrorizada, paralizada de miedo; de haberse quedado, en una palabra, petrificada. De todos modos, se me ocurre que ella es de toda la casa quien sufrirá menos trastorno por la llegada de Benny. No estoy seguro de por qué; de por qué lo pienso, quiero decir, aunque así lo creo, o lo espero, en cualquier caso. Por eso debe de ser por lo que los demás la han dejado traer a Benny aquí arriba, para que contemple mis despojos: habrán comprendido también que ella no se quedaría apabullada en su presencia. Es una chica encantadora, pero afligida, atribulada. ¿He hecho mal en convertirla en mi confidente, mi allegada, mi desaprovechada musa, cuando me sobrevenía el capricho? Desde el día en que nació la he preferido a mi hijo, ese pobre epígono —ha estado antes aquí, gimoteando a la cabecera de mi cama—, pero ahora pienso que tal vez he sido tan injusto con ella como lo he sido con él, al elegirla así. Ursula me aseguraba, con su cariño de costumbre, que con mis atenciones daba a la chica confianza, fuerza, constancia en sus propósitos, y quizá haya propiciado en ella una pizca de esas cualidades, que, bien sabe Dios, tanto necesita. Pero no estoy convencido. He obrado mal con mucha gente, y temo que si... Pero ¡ja!, ¿es ahora cuando me embarco en la famosa confesión del lecho de muerte? ¿Sin un alma para escucharla, salvo los dioses, que no poseen la facultad de absolverme? Evitemos el desahogo y prosigamos sosegadamente, sin perdón.

En la ventana Benny está explicando a Petra que, mediante sus cálculos, su padre consiguió en su juventud poner patas arriba la presunta realidad. «Lo que hizo aún no se ha entendido ni apreciado plenamente, ni siquiera hoy en día», afirma, con amplio desdén; me lo imagino haciendo su acostumbrado movimiento circular con la mano, como girando el destornillador de su desprecio. «Solo lo comprendemos unos cuantos». Me impresionan los gorgoritos de su vehemencia. Los emplea para impresionar a Petra, para recalcarle el esplendor de la época grandiosa de su padre, esplendor que, como ella entenderá, se refleja en él, mi amigo y mentor. Pero en aquellos días de gloria siempre era Benny quien menos impresionado estaba. Cuando los demás estudiosos lidiaban con la escandalosa rareza de esta o aquella de mis hipótesis, ajustándose la levita en torno al cuerpo y tirándose gravemente de la barba,

Benny, sentado en medio de la última fila del auditorio, se retrepaba despacio en la butaca e introduciendo los pulgares en el cinturón dejaba sobresalir su redondo vientrecillo y sonreía. Ah, aquella sonrisa en los relucientes carrillos. Todo lo que yo hiciera, lo que lograra alguna vez, Benny daba a entender que él ya lo había previsto mucho antes. Nada mío era novedoso para él, y nunca bastaba. Y él siempre estaba allí, cuando yo dejaba el estrado y la garabateada pizarra, siempre allí pero siempre complacido de quedarse atrás mientras los demás avanzaban a empujones en murmurante admiración o, la mitad de las veces, consternados u ofendidos e incluso furiosos. Benny sabía esperar. Recuerdo que hacía otro gesto con la mano: la extendía con la palma hacia delante, un dedo levantado, de nuevo como ese director de orquesta, ordenando un *pianissimo*, inclinando la cabeza a un lado con los párpados levemente cerrados y los labios fruncidos, alguien a quien nada puede sorprender, nada lo inmuta, ni confunde. Incluso cuando apoyé la escalera sobre el imponente árbol de Navidad que todos los demás habían puesto antes que yo a lo largo de los siglos y coloqué el hada en la punta, con lo cual se iluminó su varita mágica en donde antes reinaba la oscuridad de un interminable bosque de abetos, adornado con toda clase de bolas de cristal coloreado, una región densamente arbolada cuya existencia nadie hasta entonces, ni siquiera yo mismo, había sospechado: incluso en ese momento estaba allí Benny para recordarme con delicado y condescendiente desdén mi estupidez por creer que era posible llevar algo a término, precisamente yo, que sabía mejor que nadie que en el fárrago de realidades que había postulado todo se extiende y desovilla de manera interminable, mundo tras mundo. Y es cierto, desde luego: ¿cómo puede haber final para aquello a lo que unos cuantos, muy pocos, y yo mismo dimos comienzo? ¿Acaso creía yo que era el último hombre?, preguntaba él, mirándome con un reproche compasivo, meneando la cabeza, sonriente. Y tenía razón: fíjense en mí ahora, en las últimas, pero solo yo.

Bobas, y estridentes, las gaviotas: las oigo de pronto. Vienen volando desde el mar y anidan en las chimeneas en desuso de la casa y se remontan y dan vueltas al tejado en grandes cadenas rotas, sus aleteos agitando el aire, sus voces alzándose en gritos ondulantes, frenéticos. Siempre he recibido bien este pandemio anual; es uno de los hitos de mi calendario. Las jóvenes, por enormes que sean esas intimidantes bestias, tienen tendencia a caer por las chimeneas a las habitaciones, y en más de una ocasión me he encontrado con alguna frente al hogar, en pie con sus patas ridículamente cenicientas, su plumaje alborotado y lleno de hollín, un ojo nublado vuelto hacia mí con flemático recelo. Otros mundos, otros mundos donde no estamos, pero que están.

«Ya ve», dice Benny a Petra con esa voz atragantada con que murmura sus explicaciones, «ya ve, los infinitos, los infinitos que aparecían e invalidaban las ecuaciones de todos los demás, y que surgían en las suyas, también, pero que él consideró debidamente...».

¿Qué es exactamente lo que los retiene a los dos en la ventana? ¿Están mirando a

las gaviotas, estirando el cuello para verlas revolotear y chillar sobre el remate de las chimeneas? ¿O es que hay alguien en el jardín, haciendo algo interesante, ese rufián de Duffy, tal vez, consciente de que lo observan y fingiendo que trabaja? Pero ¿qué interés podría tener eso para ellos? A lo mejor no están mirando afuera, puede que estén cara a cara, absortos el uno en el otro, Benny a un extremo del alféizar, apoyado en el postigo plegado, hablando y agitando uno de sus gruesos dedos, y Petra al otro lado con la vista fija en la sucia camisa de él con ese aire suyo aparentemente aterrorizado. ¡Por Dios, no saberlo, no estar en condiciones de saber la mínima cosa! Hacer, *hacer*, eso es vivir, como mi madre, mi pobre y fracasada madre, entre otras personas, intentaron inculcarme repetidamente. Ahora lo comprendo, mientras que siempre he creído que pensar era la clave.

«... un infinito de infinitos», está diciendo Benny, «cruzándose y abriéndose unos en otros, todos presentes e invisibles, una serie de mundos más allá de lo que nadie antes que él había imaginado que existiera... bueno, ya se figura usted el efecto». Al fin parecen recordar al hombre de la cama, pero de nuevo solo es Benny quien se acerca con sus crujientes zapatos y se inclina sobre mí, y lo oigo respirar por su naricilla aplastada, y siento otra vaharada de su aliento cálido y dulzón en el rostro. «Bueno», repite, en voz tan queda, casi un murmullo, que debe de ser a mí a quien se dirige una vez más, «bueno, ya se imagina», y vuelve a reír quedamente.

Inge, y sus teorías de gauge. ¿Por qué me acordé de ella cuando empecé a pensar en él? Ah, sí, porque estaba con ella la primera vez que lo vi —creo que fue la primera, aquella vez—, pero también porque la pobre y trémula Inge era justo lo contrario del infame Benny. Imagínenme sentado a aquella larga mesa blanca, mirando a los blancos abedules de fuera, resoplando de aburrimiento y desdén, un puño colocado frente a mí en el mantel como un cangrejo encogido, mientras Benny intentaba ganarse mi amistad. Aunque viudo y melancólico, yo era un tipo guapo en aquella época, sin duda. ¿A quién me parecía? A Oppenheimer, digamos, a J. Robert, que no logró construir la bomba de que tanto se ufanaba, o a Gilbert, el geómetra, que tenía una bonita barba como la mía: a uno de aquellos fríos y encumbrados doctores, en cualquier caso, a quienes el mundo toma como paradigma del científico sin sangre en las venas. Benny se inclina mucho a mi lado con aire de conspirador, murmurando lisonjas y echándome el aliento en la copa de agua. Sugiere que salgamos de allí y vayamos a un sitio que conoce en los muelles, una venerable taberna donde se dice que Tycho Brahe se alojó una noche camino de Praga para hacerse cargo del puesto de ayudante de Johannes Kepler, el matemático de Rodolfo, Su Majestad Imperial, hace ya mucho tiempo, y donde sirven zarpas de oso. Podemos sentarnos en la terraza y mirar por el horizonte de agua hacia las luces trémulamente pálidas de la lejana Heligoland —¿o será Hveen?— y degustar la especialidad de la casa, un aquavit con motas de polvo de oro, oro de verdad, remolineando en el fondo. Tiene cosas que contarme, proposiciones que hacerme. No me digno responder a esas apasionadas invitaciones suyas. ¡Aquavit, zarpas de oso, nada menos!

Sin embargo, era casi de madrugada, aunque aún no había oscurecido, cuando volví de la ciudad, jadeante, en tempestuoso desorden, con un labio partido y la manga de la chaqueta medio arrancada. ¿Dónde estaba entonces Benny, esa mala compañía, mi cicerone en experiencias pecaminosas? En algún punto entre los antros del puerto me había abandonado, o yo le había dado esquinazo. No quería volver a la habitación del hotel, donde Inge estaría sollozando bajo las sábanas con los puños apretados sobre los ojos. En un estado de embotada euforia y aún jadeando fui hacia el lago —había un lago— y contemplé cómo un enorme sol, rodando despacio sobre su delicado arco, tocaba el horizonte con un chapoteo dorado y rápidamente volvía a ascender. A mi espalda, en el crepúsculo azul plomizo, una bandada de pájaros blancos descendió en picado y revoloteó entre los álamos. Al día siguiente, si es que puede hablarse de noches y días allá arriba en aquella época del año, conseguí dos plazas en un hidroavión rumbo al Sur, e Inge y yo nos escapamos juntos de la Última Thule, viendo muy abajo dos ejércitos diminutos, ambos de blanco, que avanzaban el uno hacia el otro como un enjambre sobre la tundra.

Así que ¿es Benny mi lado perverso, o un aspecto de mi ser del que me he despojado sin deber hacerlo? Antes de él me había pasado la vida oculto, con la cabeza bien agachada y los ojillos fijos en el exterior. Lo que ocurrió, entonces, es que me siguió la pista hasta mi madriguera. No es exagerado decir que todo lo que he hecho desde aquel día de verano septentrional cuando me hizo salir de ella, ha estado teñido por la oscura estela de su presencia. Hablo de él cuando creo referirme a mí. He hecho grandes cosas, he escalado altas cumbres —¿qué cuerdas de seda, qué relucientes garfios! y él siempre estaba allí, gateando tras de mí. Eso era entonces. He construido un mundo— ¡mundos!— y qué me quedaba después por hacer sino pasar agradablemente el día de descanso, el interminable y ocioso domingo que ha sido el resto de mi vida. De modo que ¿a qué ha venido?

III

¿Cómo? Hmm. Debo de haberme quedado traspuesto un momento. Me estoy volviendo tan estúpidamente somnoliento como mi viejo papá. A ver, ¿qué ha pasado en mi ausencia? Da la sensación de que la gente de la casa asoma con cautela la cabeza por encima de los parapetos después de una explosión que no ha llegado a ocurrir. Tal es el efecto de la inquietante llegada de Benny Grace. Pero ¿a qué viene tanto desasosiego? Fijaos en él ahora, enteramente satisfecho y tranquilo, tomando el sol en el jardín bajo el invernadero. Sentado en un escalón de piedra entre dos pilares ornamentales de poca altura, se ha quitado la chaqueta y remangado la camisa. Está descalzo y sin calcetines, además, para airearse los pies, y al fin podemos ver esas pezuñas suyas como de cabra. En realidad, cosa que resulta decepcionante, se parecen más a pies de cerdo, romos y rosáceos, con los dedos apretujados y las uñas duras y gruesas como cuernos. Sus tirantes son de un azul eléctrico. Se deleita con el calor del sol en la calva. Por una abertura entre los tensos botones de la camisa se palpa con ociosos dedos los pliegues del vientre, observando perezosamente, como el alegre fauno que es en el fondo de su corazón, el grupo de inmóviles árboles, sofocados de calor, que bordea el jardín. Una hamadriade es una ninfa de los bosques, y también una serpiente venenosa de la India, además de un babuino de Abisinia. Hay que ser un dios para saber algo así.

Están en marcha los preparativos para un almuerzo tardío, diferido por la llegada de Benny, que lo ha alterado y retrasado todo. Detrás de él oye débilmente ruido de platos y cubiertos que colocan, y de cuando en cuando los rasgos severos de Ivy Blount se materializan en los cristales del invernadero mientras ella da otra vuelta a la mesa allí instalada, porque al pasar siempre lanza una mirada hostil a la gruesa y angulosa espalda de Benny. En cuanto al invernadero, no es en realidad sino otra habitación de la casa, cuyo muro delantero se derribó en cierta época olvidada de la historia de Arden para sustituirlo por una amplia y antiestética extrusión de cristales con marco de hierro. Debe de haber centenares de pequeñas láminas de cristal en la estructura, algunas originales y con puntitos y burbujas del metal líquido sobre el que se vertieron las planchas de vidrio flotado: ah, sí, mis conocimientos no se limitan a la flora y la fauna, porque entre mis múltiples y hábiles atributos soy creador e inventor y estoy al tanto de los secretos de todas las artes y oficios; soy, cabría decir, podría yo decir, Fausto y Mefistófeles a la vez. Los marcos no ajustan bien en los cristales y cuando sopla el viento en invierno dejan pasar corrientes de aire glacial, mientras que a principios de verano la estancia resulta sofocante y solo empieza a ser soportable en estas últimas semanas de junio en los momentos en que el sol se encuentra en su cenit y sus rayos no golpean directamente en el revestimiento acristalado. El pollo se está haciendo, y de cuando en cuando a Benny le viene el olor; el aroma a carne asada hace que sus glándulas segreguen saliva a chorros. Ha hecho un largo viaje, está hambriento.

En la cocina Ursula permanece inmóvil con su informe chaqueta de punto. Ha de inclinarse hacia delante y entornar los ojos por un ángulo de la ventana del fregadero

para ver el sitio donde Benny está sentado en el escalón. Sabe quién debe de ser. Recuerda la primera vez que Adam le habló de él. Pleno invierno en Haggard Head y los dos juntos, de pie, en su estudio. No estaban discutiendo, exactamente. Muy por debajo de la ventana el mar era un cuenco de virutas de acero y el cielo también tenía un matiz acerado y no se veía el horizonte. Él le tenía la muñeca sujeta con el índice y el pulgar formando un anillo, y apretaba con tal fuerza que le crujían los huesos y se le saltaban las lágrimas: qué fuertes eran sus manos; siempre le recordaban las pinzas metálicas de esas máquinas de las ferias en que los niños metían una moneda para sacar juguetes de plástico o bolas de chicle. Era su manera de cogerla, distraídamente, al niño también, al pequeño Adam, para darle un pellizco, un tirón, un empujón. Se ve a sí misma, un cuarto de siglo atrás, allí de pie, y a él agarrándola, mientras ella se muerde el labio para no gritar. No pretendía hacerle daño, ella no creía que quisiera hacérselo. Fuera, la lluvia había empezado a helarse y a convertirse en copos de húmeda y caprichosa nieve que salpicaba las ventanas y chorreaba como babas por los cristales. No, no quería hacerle daño. Antes de que le hablara de él, de él y de la mujer, ¿cuánto tiempo hacía que conocía a Benny Grace? Ah, le contestó, años; años.

Un fuerte y airado chisporroteo viene de la voluminosa cocina negra donde se está asando el pollo: debe de haberse salido la grasa. Ha pensado muchas veces en hacerse vegetariana. Demasiado tarde, ya. Demasiado tarde para todo. Tiene la impresión de que su vida está llegando al final, es un sentimiento que la embarga. No es que imagine que está a punto de morir, sino que cuando Adam muera, todo lo que ella era cuando él vivía desaparecerá con él, y lo que quede de ella será otra persona, alguien a quien no conocerá ni por quien sentirá interés alguno, ni querrá sentirlo. Ha conocido casos semejantes, gente que ha seguido viviendo tras la muerte de una persona querida y ha quedado distanciada de sí misma. Pero ha de pensar en sus hijos; tendrá que ocuparse de ellos, de Adam no menos que de Petra. Piensa que la mujer de Adam lo va a abandonar; tiene esa sensación, y no puede librarse de ella. Se imagina aquí con ellos, su hijo y su pobre y angustiada hija, perdidos e indefensos, viviendo en casa. Petra se volverá cada vez más loca pero quizá de una forma más pacífica, más oculta, mientras que Adam pasará los días entreteniéndose con trabajos caseros, arreglando cosas que no necesiten arreglo. Y así pasarán los años y los tres entrarán despacio en el futuro, tristes supervivientes en su balsa salvavidas. Eso es lo que ve venir.

Suspira, sin quitar ojo a Benny Grace. Solo ha creído a medias en su existencia real. Hasta hoy mismo sospechaba que era una invención de Adam, la coartada de sus aventuras amorosas. Por eso le ha molestado tanto que se presentara así. Aunque desde luego debería alegrarse de descubrir que existe y que no es otra de las complejas invenciones de su marido. Su nombre, la clase de nombre absurdo que Adam inventaría, siempre le ha sonado a mofa, a un burlón recordatorio de las mañas de su marido, de su cruel picardía, de sus engaños. ¿Acaso debía creer que Adam iba a tener trato con un individuo de la calaña de Benny Grace, a quien calificaba de

enredador y golfante? Pero Adam tenía esa faceta, esa tendencia a descomponer las cosas. Benny Grace, le había dicho, era la parte de sí mismo que había suprimido para convertirse en lo que ahora era. ¿Quién era ella para negarlo?

Ursula es consciente de una presencia a su espalda. ¿Es ese fantasmal antagonista que ha notado en la habitación del enfermo, que ha vuelto para acosarla e intimidarla de nuevo? No, es su hijo, que está en los escalones de madera de la puerta que da al vestíbulo. ¿Cómo se mueve tan silenciosamente, siendo tan grande? Es como si no estuviera hecho de carne y hueso sino de otra materia, pesada pero blanda también.

—¿Alcanzas a verlo, desde ahí? —pregunta él.

Ella no contesta, y él baja los dos últimos peldaños y cruza la estancia para quedarse a su espalda y ponerle suavemente las manos en los hombros. El sol debe de pegar más fuerte ahora porque Benny Grace se ha hecho un gorro atando las cuatro esquinas de un pañuelo, y se lo está ajustando para cubrirse la calva.

—Tu padre hacía lo mismo —dice Ursula—, se hacía un gorro con el pañuelo así. Siempre tenía frío, según decía, pero no le gustaba ponerse al sol.

Observan en silencio al individuo rechoncho con su cómico gorro.

—Parece sacado de una postal de la costa —dice él. ¿Si el hombre gordo volviera la cabeza, los vería? Adam piensa en el niño del tren. Benny se rasca el sobaco, como explorándolo—. ¿Sabes quién es? —pregunta Adam a su madre, que tampoco responde esta vez—. Se llama Grace. Ha venido a ver a Pa. Pete lo ha llevado arriba.

Ella alza el rostro y lo mira con aire ausente.

—¿Qué? ¿Cómo?

—A ver a Pa. Arriba, a la Habitación Astral.

—Ah.

Vuelve a mirar por la ventana al soleado jardín. Una parte de ella no está aquí. Adam, aún con las manos en los hombros de su madre, le da una leve y desalentada sacudida. Hace mucho, cuando era pequeño, vio un día algo reluciente en el seto de laureles frente al inutilizado retrete de detrás de la casa, donde las ratas solían hacer sus madrigueras subterráneas —cómo le fascinaban, aquellas ratas, gordas, furtivas y rápidas y siempre con cierto aire de guasa reprimida—, e introduciendo la mano entre las hojas sacó un botellín de whisky vacío, tamaño miniatura, y luego otros más, docenas, montones de ellos, apurados hasta la última gota y remetidos por el cuello entre el denso y erizado follaje.

—Grace —dice su madre, como en sueños—. Sí, Benny Grace, así se llama.

—Lo conoces, entonces.

—Bueno, sé quién es.

Adam imagina que cuando está así, su madre ha de tener un continuo y rezongante zumbido en la cabeza, el confuso ruido de sí misma, que amortigua las cosas que le dicen.

—Creo —dice, alzando la voz— que va a quedarse a comer. He dicho a Ivy que ponga otro cubierto. Y también está Roddy Wagstaff, ya lo sabes..., ¿te acuerdas de

que ha venido, hace un rato?

Ella sigue mirando por la ventana.

—¡La casa a rebotar! —murmura. Hay un temblor en su voz, como si estuviera al borde de la risa—. A tu padre no va a gustarle nada.

Y, hablando de padres, el mío se está despertando, al fin.

Se vuelven los dos a la vez cuando aparece Ivy Blount, llevando algo. No entra por la puerta de los escalones sino por un pasillo oscuro con un sempiterno olor a humedad que arranca a la derecha de la cocina y conduce directamente al invernadero: la casa es un panal de pasajes recónditos y pasadizos de conexión. Ivy se ha quitado las botas de goma recortadas y se ha puesto unas zapatillas viejas color de gato que le están absurdamente grandes. Ursula cree que son de su marido. ¿Por qué, se pregunta con un fognazo de desagrado, le ha dado a todo el mundo por ponerse sus cosas, primero Petra con su pijama desechado y ahora Ivy Blount con sus zapatillas? Desearía que Ivy levantara los pies al andar, seguro que sabe lo mucho que le crispera que alguien arrastre los pies de esa manera lenta y desidiosa. ¡Y pensar lo bien educada que está esa mujer, una hija de la aristocracia! Lo que lleva resulta ser un cojín descolorido de satén rojo con numerosos agujeros y desgarrones a través de los cuales sobresalen trozos del relleno de algodón. Ivy ve que Ursula lo mira con los ojos entornados.

—Rex lo estaba mordisqueando —explica. Piensa que parecen un tótem, ahí de pie los dos, el hijo detrás de la madre, sacándole la cabeza—. Creo que lo ha echado a perder.

Ursula chasquea la lengua.

—Ah, ese perro —dice—. Se ha vuelto imposible desde que Adam cayó enfermo.

Al joven Adam no le gusta el aspecto del cojín: hay algo macabro en él, una insinuación de sangre y violencia. Le recuerda el pollo que Ivy ha traído esta mañana. Le viene a la cabeza otro fragmento del sueño de anoche. Estaba a mucha altura, en la cumbre de un monte, no, en un avión, o en una nube, sí, en una nube, flotando sobre un bosque, el dosel de árboles a sus pies tan denso y apretado como un racimo de brécol y un río enorme que serpenteaba por él como un reguero de estaño fundido, una fortaleza de gruesos muros en una colina, también, y una torre ardiendo. Da un paso por detrás de su madre, se sienta a la mesa donde está la radio y coge el destornillador para quitar de nuevo el panel trasero.

—Dudo que haya suficiente comida para todos —observa Ivy, mirando con vaga impotencia el destrozado cojín que sigue teniendo en las manos, como si su destrucción se añadiera a la escasez de alimentos que hay para almorzar—. Otros dos, por si fueran pocos, el señor Wagstaff y ese individuo que está ahí fuera, en el jardín.

—¡Pon más patatas, entonces! —le replica Ursula con brusquedad, casi nerviosamente, soltando una especie de risita tonta.

Ivy se la queda mirando.

La cuestión es, piensa Adam, que en esta casa a nadie le importa lo que hagan los

demás. Tampoco es que se hagan muchas cosas, de todos modos; nunca se lleva nada a buen término. Lamenta haber venido, siente haber traído a Helen en medio de todo ese desorden y nerviosismo. ¡Deberíamos haber esperado, se dice ferozmente, a que hubiera muerto! Las polvorientas válvulas y manojos de cables en la parte de atrás de la radio se funden ante sus ojos en un desenfocado borrón. Pensaba arreglar ese aparato para su padre, pero ¿de qué va a servir? Aunque consiga arreglarlo, su padre no llegará a oírlo. Se está muriendo. Pronto morirá. Nunca volverán a hablar, los dos, su padre nunca tendrá ocasión de no volverle a llamar por su nombre. A lo mejor, piensa de pronto, debería alistarse en el ejército, hacerse soldado, ir a combatir en alguna guerra extraña, puede que sea eso lo que le dice su sueño. Intenta imaginarse a sí mismo, con coraza y yelmo de bronce, blandiendo una enorme espada, el sudor chorreándole en los ojos y una neblina de sangre por todas partes, los caballos relinchando y los gritos de los moribundos a su alrededor. Tira el destornillador y se levanta con esfuerzo, casi tambaleante, y la silla se echa hacia atrás, sus patas chirriando en el suelo enlosado, y las dos mujeres se vuelven, sobresaltadas.

—Venga —dice a su madre, yendo hacia ella y cogiéndola de la muñeca—, vamos a charlar un poco con ese individuo.

La hace salir apresuradamente por la puerta trasera, que se atasca en el umbral de piedra y emite un chirriante repeluzno, como siempre; qué inalterables son en vuestro mundo las cosas más modestas, y sin embargo cuán poco reparáis en ellas para vergüenza vuestra. Ivy sigue con la mirada a madre e hijo, apretando contra el pecho el cojín escarlata como un corazón hinchado y andrajoso. ¡Oh, humanos!

Fuera, Ursula alza rápidamente una mano para protegerse de la luz.

—¡Qué resplandor! —murmura débilmente.

Trata de liberar la otra muñeca de la mano con que la aferra su hijo —¡los dedos de su padre, aplastándole los huesos!—, pero él la sujeta aún con más fuerza y no la suelta. Casi la lleva a rastras, tambaleante, por el patio empedrado hacia el portillo de madera que da al jardín.

—Ivy está cada vez peor, ¿te has fijado? —le dice ella, farfullando, ganando tiempo, intentando quedarse atrás sin que se note—. ¿Qué crees tú que le pasa? Yo no tengo ni idea.

Él no contesta. La siente temblar, como un caballo a punto de salir disparado. Quiere zarandearla de nuevo, solo que más fuerte esta vez. Abre de un tirón el portillo, que también se estremece sobre sus goznes, igual que la puerta trasera de la casa. Hablan, las cosas presuntamente inanimadas, tienen voz y hablan, haciéndose eco y contestándose unas a otras.

Mi padre, con andares pesados tras su larga siesta —sí, hasta los inmortales somos a veces toscos y vulgares—, se ha reunido conmigo para enterarse de lo que pasa ahora. Conoce a Benny Grace tal como es, igual que yo. Tenemos grandes esperanzas depositadas en él. Somos una estirpe celosa y pendenciera, la casta de los dioses, pero vaya, cómo disfrutamos de nuestras respectivas aventuras entre los

hombres.

Benny se ha quedado dormido, la papada hundida en el pecho. Cuando oye acercarse a la pareja a su espalda se despierta con un respingo y mira soñoliento en la otra dirección, hacia la arboleda de detrás del jardín. Adam suelta la muñeca de su madre y le da un empujón para que vaya delante de él. Benny, localizándolos al fin, se pone en pie con dificultad, volviéndose; sigue descalzo. Se le ha quedado dormida una rodilla, se agacha y se la sujeta con fuerza, riendo y haciendo muecas.

—¡Ah! ¡Huy! —exclama blandamente, compungido, sin dejar de reír. Se endereza, hasta donde puede, y avanza cojeando con las gordezuelas manos extendidas. Aún lleva el pañuelo en la cabeza. Ursula no dice nada, pero deja que le tome una mano; Benny la retiene sobre la suya y le da unas palmaditas, como un panadero comprimiendo una hogaza. Ella baja la vista hacia sus pies descalzos. Él le está diciendo lo deseoso que estaba de conocerla todos estos años, y que no entiende cómo nunca se han visto. Ursula lo mira con ojos vidriosos, observándole los labios y moviendo los suyos en titubeante imitación, sonriendo de un modo tenso y asintiendo con la cabeza; es como si le hablara en un idioma del que ella solo tiene nociones elementales y debiera traducir laboriosamente las palabras a medida que va escuchándolas. Mi papá, aburrido ya de todo esto, me murmura quejas al oído. Otra vez siente esa comezón y quiere saber dónde se ha metido su chica. Intento no hacerle caso. Cómo me alegro de que solo pueda verlo yo, en el absurdo atuendo que insiste en adoptar cuando el padre de los dioses baja a la tierra, las sandalias de oro, la túnica blanca como una nube que lleva sujeta al hombro y le llega a los tobillos, el pelo bronceado, la barba rizada y los labios tan rosados como los pezones de una nereida. ¡Por favor! Benny se está llevando la mano de Ursula a los fruncidos labios, de un rojo muy pálido— ¡ah, qué desvergonzado!, —pero ella la retira consternada, y él no tiene más remedio que soltarla. Da un paso atrás, esbozando una leve e irónica reverencia, se da la vuelta y se sienta de nuevo en el escalón para ponerse los calcetines, inclinándose hacia delante entre gruñidos y jadeos. Ursula lo observa, ocultando la mano recién liberada bajo la otra, sobre la cintura. Qué inofensivo parece, un *putto* obeso. Entretanto, Adam...

¡Está bien de acuerdo vale ya! ¡Para de una vez, no se te vayan a caer los rizos, iré a buscarla!

No sé por qué no va a buscarla él mismo, el viejo verde. O sí lo sé. Es una demostración de señorío, simplemente, lo hace sin darse cuenta, y a todos sin distinción, a vosotros también, aunque no lo sepáis, o hayáis olvidado las consecuencias. Cómo repruebo su conducta. Casi oigo, a mi resentimiento, zumbando como un mosquito, descarnado y furioso. Es la expresión más alta del egoísmo — ¿cómo no iba a serlo, teniendo en cuenta quién es?—, enteramente centrado en sí mismo al tiempo que plenamente inconsciente de su propia identidad. ¿Por qué atiende inmediatamente a sus deseos? Porque debo hacerlo. Porque le tengo miedo. Porque podría hacerme lo que le hizo a su padre, Crono, arrojarme del Olimpo a las

más hondas profundidades del universo y dejarme allí encadenado durante toda la eternidad, perdido en las tinieblas que reinan por debajo del mundo. Sí, sí. Zeus no es lo que suele llamarse un padre amantísimo.

Estoy en la casa. Habría preferido con mucho quedarme fuera con Benny, Ursula y su hijo, tan nervioso de pronto. Ahora no sabré lo que hacen y tendré que basarme en los rumores. Solo a veces soy omnisciente.

Ahí está, fijaos, la señora Helen, deambulando con presteza por la casa, silbando. Lleva un vestido de seda suelto, sin mangas, una especie de túnica, o toga, ceñida a la cintura, color azul claro, muy familiar y característica, conocemos bien el modelo original. Fijaos en cómo se mueve, un remolino de oro y azul del Ática. Tiene dos formas de andar, completamente distintas, una la suya propia y otra que debe de haber aprendido cuando le enseñaban a ser actriz. Con la aprendida se mueve con majestuosa languidez, un pie cuidadosamente colocado justo delante del otro a cada paso y las caderas contoneándose relajadamente. Una mirada más atenta, sin embargo, descubre que no hay en ella nada relajado ni lánguido, sino que, al contrario, está tan en tensión como una funámbula a la pulverulenta luz de los focos entrecruzados, avanzando despacio por el alambre con una sonrisa fija y encantadora, sin atreverse a mirar abajo. Sus otros andares, los suyos propios, son enteramente distintos, una especie de impulso laborioso aunque exultante, la cabeza hacia delante, los muslos en posición de tijera y los codos marcadamente doblados, de modo que no parece caminar por la cuerda floja sino desplazarse con un par de esquíes, o incluso con unos patines, de esos antiguos, incómodos, con gruesas correas de cuero y rechinantes ruedas metálicas: ¿os acordáis de ellos? Creo que mi padre prefiere a las patinadoras —no encuentra ninguna de esas entre las altivas damas del Olimpo, allí solo hay volatineras del alambre— porque le parecen impetuosas y descontroladas, cualidades que aprecia enormemente en una muchacha mortal.

Tuerce a la izquierda y pasa por una puerta a una habitación en donde se encuentra con Roddy Wagstaff, y deja de silbar. Roddy está sentado en una silla de respaldo recto junto a unas cristalerías, solo, con una rodilla cruzada sobre la otra, un codo apoyado en la palma de la mano y un cigarrillo encendido puesto en curioso ángulo entre los dedos levantados; parece que estuviera posando para un retrato.

—Lo siento —dice ella, en tono de no sentirlo—, ¿estabas meditando?

Roddy no se levanta, se limita a esbozar una gélida sonrisa e inclina la cabeza unos centímetros, primero a un lado y luego hacia abajo; ella casi espera oír un clic.

—En absoluto —contesta—. No estaba haciendo nada.

No se conocen. Solo se han visto en una ocasión, aquel fin de semana del año pasado, cuando Roddy vino por primera vez a Arden, y entonces apenas intercambiaron unas palabras neutras. Roddy es para ella un personaje de otra época, anticuado pero interesante. Es guapo, además, del tipo tenso y consumido. Tiene la

apariencia de un cuadro que han limpiado en exceso, reluciente y apagado al mismo tiempo. No puede estar realmente interesado en Petra, seguro que no.

—Eso es lo que suele hacer aquí la gente, nada —declara ella. Las palabras le salen más mordaces, más irritadas, de lo que pretendía. La expresión de Roddy se contrae, revelando un vivo interés.

Estamos en lo que denominan sala de música, aunque no hay señales de instrumentos de ningún tipo, ni siquiera un piano, y hace mucho tiempo que alguien tocó aquí por última vez. Se trata de otra habitación de esquina —pese a su construcción en forma de simple cuadrado, la casa parece tener más esquinas de las que le corresponderían, ¿no lo habéis notado?—, esta vez con dos pares de ventanas en dos muros adyacentes. Las cristaleras se abren al jardín, a una parte distinta de la de hace un momento, con otros árboles y sin personajes a la vista. Las paredes están pintadas en un pálido tono azul. Hay un feo y voluminoso aparador y, entre dos de las ventanas, arrimada a la pared, una *chaise longue* en la cual se deja caer Helen ahora adoptando una pose fácil, encogiendo las piernas, poniéndose una mano bajo la cabeza y la otra sobre el vientre y alzando la barbilla como si fueran a colocarle algo en equilibrio sobre ella. El color de su vestido se parece mucho al azul de la pared que tiene a la vista. Lanza a Roddy una mirada a lo largo de su preciosa nariz. ¿He mencionado la nariz de Helen, la manera en que le desciende en una línea vertical desde la frente, como la de tantas parientes mías? ¿Y he dicho que es corta de vista y no quiere ponerse gafas porque es actriz y las actrices no las llevan? Mi enamorado padre suspira, apoyándose pesadamente en mi hombro. Adora esa leve caída de su ojo derecho —no, el izquierdo, ¿verdad?—, considerándolo señal tanto de languidez como de encanto.

El joven y ella charlan de esto y lo otro, con desgana, con silencios intermedios en que parecen arrastrar los dedos, como si fueran a la deriva en un esquife por las grisáceas y relucientes aguas de un río tranquilo. Son conscientes del día de verano que hace fuera, del aire suave y la vaporosa luz. Ella menciona la obra en la que trabaja, y le habla del director, que es una persona poco razonable. Él asiente con la cabeza; conoce a ese individuo, le dice, y sabe que es un cretino. Ella le mira las uñas, en carne viva de tanto mordérselas. El temblor de su mano hace que el rastro vertical del humo que desprende la punta del cigarrillo desfallezca en su ascenso.

—Ah, sí —prosigue él—, un cretino y, además, un farsante, todo el mundo lo sabe.

Helen no dice nada, se limita a agitar las pestañas, y sonrío. Entra brisa del jardín y los visillos de gasa blanca ante la mitad abierta de las cristaleras se hinchan hacia dentro de la habitación como una muda exclamación para alisarse luego desganadamente. El aroma del pollo que está asándose también llega hasta aquí. Un ruido cavernoso y retumbante sale de las entrañas de Roddy —él también ha viajado, también tiene hambre— y el muchacho carraspea y, cambiando rápidamente de postura en la silla, vuelve a cruzar las piernas.

—Y qué concepto de sí mismo —añade, poniendo los ojos en blanco.

Helen, según observo, calza sandalias doradas, no muy diferentes de las de papá, con tiras cruzadas por encima de los tobillos. Sus piernas son pálidas, y sus rodillas huesudas y salpicadas de algunas motitas rojas: ¿es un defecto? Mi padre no lo consentiría. Conoce bien esas rodillas.

No llega a comprender, dice ella, por qué la obra lleva el nombre de Anfitrión, porque Alcmena, su esposa, el papel que ella interpreta, constituye sin duda el núcleo de la trama.

—Podrías hacer la crítica, cuando se estrene —sugiere. Sonríe—. Solo esperaría una reseña elogiosa, desde luego.

—Ah, por supuesto —responde él, desviando la mirada con cierta presteza.

Se levanta y se acerca a la chimenea para aplastar la colilla en un cenicero que hay en la repisa. Ella observa la furtiva mirada que lanza a su propia imagen en el espejo de marco dorado que hay en la pared de enfrente.

—La acción podría haber transcurrido aquí —dice ella, con un amplio y dramático gesto del brazo: un cisne flexionando una de sus blancas alas—, aquí, en esta casa, cuando la construyeron.

—¿Ah? Pero ¿no está ambientada en Grecia, en Tebas, o en un sitio así? Creo recordar...

—La versión que hacemos nosotros sucede en torno a Vinegar Hill, en la época de la Rebelión.

—Oh. —Roddy frunce el ceño. No le parece bien que se alteren los clásicos, le dice—. Al fin y al cabo, los griegos sabían lo que se hacían.

—Ah, pero no es griega —puntualiza Helen antes de que pueda detenerse, y entonces, para empeorar las cosas, añade—: La escribieron hace poco más de un siglo, o dos, me parece, en Alemania.

Él vuelve a arrugar el ceño, más sombríamente esta vez.

—Ah, sí —dice entre dientes—, se me había olvidado.

Avanza hacia las cristaleras y se detiene frente a la mitad abierta, apartando los visillos para contemplar el jardín. Ella observa su espalda, tan rígida y estirada.

—Lo siento —se excusa, poniendo una voz menuda, con una mueca que él no puede ver. Roddy hace como si no la hubiera oído.

Helen suspira, y, poniendo los pies en el suelo —lleva las uñas pintadas con un esmalte rosa brillante, muy llamativo—, dice que seguramente ya debe de estar preparado el almuerzo.

Sale de la habitación, sintiendo que la cuerda se destensa y vacila bajo sus pies, y lo que toma por los ojos de Roddy fijos en ella son en realidad los de mi padre, que arrastrando los pies sigue ansiosamente su cálida estela.

A mi padre no le hace ninguna gracia la perspectiva de este almuerzo tardío, tan retrasado, en realidad, que más bien debería ser un té, porque es la hora: el tiempo está hoy totalmente desfasado, gracias a ya sabéis quién. Se queja de que lo tendrá alejado de su chica, y así es. No lo puedo evitar. Hay un límite en mi capacidad de interferir en los resortes diurnos del mundo humano. Retener el alba durante una hora ha sido un juego de niños, de niños mortales, comparado con las probables consecuencias de cancelar la hora de comer. La cantidad y frecuencia con que se alimentan nos fascina y más bien nos horroriza a nosotros, a quienes nos basta un trago de ambrosía y una pizca de moli tomados como medida profiláctica cada eón o así para calmar el apetito y mantener el espíritu en alto. Ellos, en cambio, utilizan cualquier pretexto para comer, ya sea alegría, dolor, éxito, humillante fracaso, incluso el fallecimiento de seres queridos. En las semanas posteriores a la muerte de Dorothy, el viejo Adam, que entonces no era viejo, parecía encontrarse seis o siete veces al día contemplando indefenso un plato lleno de comida. En cuanto se levantaba y alejaba tambaleante de la mesa, algún alma caritativa lo cogía de la muñeca y volvía a conducirlo con sonriente solicitud a la agobiada mesa para ponerle en la mano el cuchillo y el tenedor y anudarle de nuevo el babero y llenarle la jarra de cerveza hasta el borde espumeante. Venga, lo urgían de continuo, vamos, tienes que comer algo, ¡te servirá de consuelo y te dará fuerzas! ¿Qué remedio le quedaba sino dar las gracias entre sollozos y lidiar con otra ración de cordero estofado, otra tarta de manzana hecha en casa, otra porción de cadavérico camembert? Y cómo sonreían de placer, entonces, de pie a su alrededor, con las manos cruzadas, dándole ánimos con sus aprobatorios movimientos de cabeza, tan satisfechos de sí mismos. La compasión, según descubrió, tiene un repertorio limitado. Pero tales amabilidades lo hacían llorar, como si le faltaran motivos para las lágrimas.

... Pero un momento, ¿qué es eso? Algo ha pasado, en el jardín, seguro, sabía que ocurriría, sin yo allí para vigilar. Cuando entro en el invernadero con pies de plomo, o ligeros, más bien, necesariamente, pisando los talones a Helen, a mi padre y a Roddy Wagstaff —¡menuda comitiva formamos!—, detecto enseguida una atmósfera febril. No hay ruido ni agitación, al contrario, el ambiente está muy apagado, pero es evidente que se ha producido alguna situación difícil. Ahí está Benny Grace, de pie junto a la mesa con los puños metidos en los bolsillos de la chaqueta, examinando los cubiertos con aire de concentración, como si estuviera contando las cucharas. En un rincón del cenador de cristal el joven Adam habla en voz baja con su hermana, que tiene la vista alzada hacia él y lo escucha atentamente, asintiendo todo el rato, y ambos lanzan de vez en cuando una mirada en la dirección de Benny. ¿Qué le está diciendo? Su expresión es reveladora, grave y al mismo tiempo casi sonriente, como si ocultara una hilaridad reprimida que pudiera estallar en cualquier momento. ¿Dónde está Ursula? Dijo algo a Benny cuando yo me marché, estoy seguro, algo fuera de lugar, quizá ofensivo. Tiene el inveterado punto débil de los bebedores de soltar con toda franqueza cosas que a la vez causan pasmo y son lúgubramente

cómicas. Su marido solía disfrutar grandemente de esos estallidos de advertencia franqueza y ofensa involuntaria, aunque a ella la abochornan, es decir, cuando logra recordar esos momentos y las palabras que ha dicho. No me sorprendería que ahora esté encogida de vergüenza en el lavabo en desuso que hay detrás de la habitación auxiliar de la cocina, administrándose un traguito para calmarse los nervios con su provisión de diminutas botellas, de las llenas, de las que tiene ahí escondidas, pobrecita mía, tan triste e insegura.

Ivy Blount aparece por el húmedo pasaje de la cocina, llevando el pollo asado en una enorme bandeja de estaño. Tiene que entrar sujetando la puerta con el codo echado hacia delante, y al pasar lo retira, con lo que la puerta se cierra y le atrapa una de las viejas chanclas grises, que allí deja porque no puede hacer otra cosa, y sigue avanzando a trompicones, con los pies, el descalzo y el calzado, dando alternativamente un palmetazo y un resbalón en el suelo embaldosado. Benny se apresura a ayudarla de un salto pero ella lo esquiva hábilmente, realizando una especie de caracoleo —se niega a mirarlo de frente—, y con un golpe seco deja la pesada bandeja en medio de la mesa. Los otros avanzan y se quedan mirando el pollo con expresión de duda y recelo. Está considerablemente reseco, su piel posee un matiz entre castaño y amarillento y parece hervir por todas partes a medida que se va solidificando la brillante capa de grasa que lo recubre. Rex, el perro —¿de dónde ha salido?—, recoge la zapatilla de Ivy de debajo de la puerta y se la lleva en el hocico depositándola delicadamente a sus pies con una mirada de suave y triste reproche.

Los humanos se distribuyen en las sillas de cualquier manera, mientras Ivy vuelve a la cocina para traer las verduras. Desde ese recinto umbrío, todo lo que queda fuera de la alta marquesina de cristal, los árboles, la luz del sol, la ancha franja de cerúleo cielo, parece un estridente carnaval.

Petra se encuentra junto a la silla de Helen y de pronto, sin mediar palabra, se pone en pie de un salto y cambia de sitio, poniéndose al lado derecho de Benny Grace; Benny vuelve la cabeza y le dedica una sonrisa con aire de conspirador, enarcando una ceja. Roddy Wagstaff ha observado su maniobra con torvo desdén; apenas le ha dirigido la palabra desde que ha llegado. Helen alarga el brazo para coger su servilleta y roza con los dedos el dorso de la mano de Roddy; no lo mira.

Vuelve Ivy con una enorme bandeja de madera en la que hay platos de patatas, zanahorias, guisantes, y un cuenco de porcelana que, de manera inquietante, recuerda un orinal, con asas a cada lado, en el que naufraga un humeante revoltijo de repollo hervido. Deja los platos en la mesa y va a su sitio, a la derecha de Helen, donde antes estaba Petra, y empieza a servir. La silla que hay delante de ella está vacía. Mientras, Adam afila el cuchillo de trinchar, entrelazando hoja y afilador a velocidad vertiginosa, como si estuviera haciendo una demostración de esgrima.

Ursula reaparece de forma tan silenciosa, tan difusa, que los demás apenas notan su presencia antes de que llegue a sentarse. Sonríe a su alrededor con vaga benevolencia, los ojos bajos, sin mirar a nadie, especialmente a Benny Grace, a

menos que sean imaginaciones mías. Ah, sí, debe de haberse producido una controversia en el jardín: me pregunto qué le habrá dicho.

Cuando Adam trincha el pollo se escapa un suspiro de vapor por la húmeda incisión entre la piel chamuscada y la carne cremosa y húmeda.

—¡Oh, esa col, Ivy! —exclama Ursula con voz queda, en débil protesta—. ¡Con el pollo!

Ivy no le hace caso y, aún de pie, con la mirada perdida en un punto por encima de sus cabezas, se aparta un mechón de pelo de la mejilla.

—He invitado al señor Duffy —anuncia casi a voz en grito, y debe detenerse y tragar saliva—. He invitado a almorzar al señor Duffy.

Sigue un prolongado silencio, hasta que Helen se echa de pronto a reír, con un ruido atragantado, y rápidamente se tapa la boca con la mano.

Rex, el perro, es un perspicaz observador de las actitudes de los humanos. Ha estado vinculado a esta familia toda la vida, o durante tanto tiempo como tiene conciencia de estar vivo, porque el pasado es para él un lugar dudoso y sin forma, habitado por sombras que susurran presentimientos inciertos, espectros indistintos. Esas personas están a su cuidado. No son difíciles de manejar. Obsequiosamente come los alimentos que le ponen delante, el pienso, el grano molido y el raro hueso de jamón cuando Ivy Blount se acuerda de guardárselo; está habituado a ese régimen, aunque en sus sueños caza veloces criaturas de sangre caliente y se agasaja con su carne humeante. Tiene sus obligaciones, guardar la puerta, expulsar a itinerantes y mendigos, vigilar por si merodean zorros, y pese a sus muchos años las atiende escrupulosamente. Antes de que llevaran dormido al viejo Adam a la Habitación Astral —fue Duffy quien lo subió en brazos, a propósito— para que luego se negara a despertarse y bajar de nuevo, era misión de Rex llevarlo todos los días de paseo, en ocasiones dos veces, si el tiempo era especialmente bueno, y para complacerlo hasta fingía que nada le gustaba más que correr detrás de una pelota de tenis o un palo cuando se los lanzaba. Aunque es imprevisible, el viejo Adam; grita, y más de una vez le ha intentado dar una patada. También hay que ser precavido con Petra, la muchacha; huele a sangre. Pero todos requieren una atenta vigilancia. No son exactamente peligrosos sino limitados, y por eso, supone, tienen tal necesidad de su apoyo, cariño y alabanza. Les agrada ver cómo menea el rabo cuando entran en una habitación, sobre todo si están solos: cuando hay más de uno tienden a no hacerle caso. No le importa. Siempre puede hacer que se fijen en él, sobre todo las mujeres, metiéndoles bruscamente el hocico en la entrepierna, cosa que le divierte bastante.

Hay algo que les pasa, sin embargo, a todos ellos. Es un gran enigma para él, esa misteriosa certeza, inquietud, premonición o lo que sea esa desgracia que los aflige, y por mucho que lo ha intentado jamás ha conseguido resolverlo. Tienen miedo de algo, algo que está siempre ahí aunque hacen como si no estuviera. A todos les pasa lo mismo, esa cosa tremenda y pavorosa, salvo a los muy jóvenes, aunque en sus ojos también le parece detectar a veces una momentánea dilatación, un súbito y horrendo

despertar. Percibe ese secreto y su aterradora conciencia en todo lo que hacen. Incluso cuando están contentos algo falla en su felicidad. Su risa cobra una nota estridente, de modo que parecen no solo reír sino también gritar, y cuando lloran, sus lamentaciones y sollozos resultan desproporcionados, como si lo que presuntamente los alterase solo fuera un pretexto y su angustia surgiera en realidad de esa otra cosa terrible que conocen y tratan de ignorar. Siempre parece que van a volverse a mirar; no, que no se atreven a mirar, por miedo a ver lo que está ahí, la ineluctable presencia que les pisa los talones. En los últimos tiempos, desde que el viejo Adam se quedó dormido, los otros parecen más agudamente conscientes de su perseguidor fantasma; es como si los hubiera adelantado dando media vuelta para encararse con ellos, al estilo de lo que ha hecho ese gordo desconocido, entrando tranquilamente en la casa y sentándose a la mesa y mirándolos de frente a todos como si tuviera todo el derecho del mundo a estar ahí. Sí, el escandaloso secreto ha salido a la luz: pero ¿qué puede ser?

¿Percibe Rex la diferencia entre Benny y yo? Tengo mis dudas. O, más bien, debería preguntar: ¿nota nuestra semejanza? Porque en apariencia no podríamos ser más distintos, siendo yo todo espíritu y Benny, en su actual manifestación, todo carne, lamentablemente. La diferencia importante reside en algo más profundo que las formas en que decidimos mostrarnos. Puede que ambos seamos duendes, pero comparado con Benny yo soy la encarnación del deber, la estabilidad y el orden. Él es quien coge el reloj de oro de bolsillo de su padre y lo desmonta para ver cómo funciona. En esa arcana ciencia en la que el viejo Adam es experto hay dos tipos distintos de mago. El primero ve el mundo como un bullente caos y se esfuerza por imponerle un sistema, de su propia concepción, que organice los fragmentos desordenados para convertirlos en un todo, mientras el segundo encuentra un mundo ordenado y se dedica a manipularlo para descubrir el principio que mantiene sus ruedecillas y engranajes en armonioso equilibrio. Este último es las más de las veces un tipo gordinflón y satisfecho, y el primero tiene una apariencia tan refinada como la del más distinguido prelado. Ahí tenéis a Benny, ahí me tenéis a mí.

Pero sin duda Rex debe de saber quién es Benny en realidad. Se dice que los animales siempre reconocen a su señor pánico y se inclinan ante él. Pero ¿qué significa reconocer, en el caso de Rex, qué es, por decir así, lo que lo hace mover el rabo? Los nombres y categorías no tienen más peso en su mundo que en el nuestro: los humanos sois implacables taxonomistas. Se echa ahora como una esfinge sobre las baldosas nada más pasar la puerta del invernadero, las patas delanteras extendidas y la ancha cabeza cuadrada en alto, alerta y vigilante. Desde ahí se le ofrece el panorama más amplio posible de la mesa del almuerzo, aunque la profusión de luz que entra por los cristales cae a espaldas de los comensales de manera que desde esa posición se encuentran sumidos en cierta penumbra, algunos de ellos con el rostro en sombra mientras que otros, vistos de perfil, parecen siluetas. Al ser cuadrúpedo, le resultan más familiares las extremidades inferiores de los bípedos. Las piernas siempre están más en movimiento, ahí abajo, a media luz, de lo que sus dueños creen.

Benny, por ejemplo, no deja de cruzar y descruzar las suyas, como un niño pequeño agitando los dedos. Está sentado muy a gusto, en una postura poco elegante, aferrando expectante el cuchillo y el tenedor con los puños llenos de hoyuelos, sus muslos metidos en carnes rebosando de la indefensa silla en la que se agazapa con una servilleta ya maltratada cubriéndole la panza. Se está dirigiendo a la mesa en general, contando una vez más la historia de cuando su gran amigo y colega Adam Godley triunfó aquel día, que parece que fue ayer, en que le vino como un rayo la idea de que en aquellos oscuros infinitos que llevaban perturbando sus cálculos durante tanto tiempo residían, precisamente, las radiantes soluciones al problema. Nadie lo escucha, ni siquiera Petra. Antes bien, toda la atención está centrada intensamente en el sitio vacío de la mesa al que nadie se atreve a mirar directamente, esperando la trascendental aparición de Duffy, el vaquero. Confieso que yo también estoy anhelante. ¿Qué felices consecuencias he desencadenado con mi festivo subterfugio de esta mañana? Experimento una punzada de aprensión, sin embargo, cuando de pronto recuerdo esos brillantes postigos verdes en las ventanas de la casita de Ivy. ¿Presagian algo, siniestro e insistente, como ellos mismos?

—... que debe ser posible plantear ecuaciones entre la multiplicidad de mundos, incorporando sus infinitos, ya entienden, y en consecuencia todas esas dimensiones... ¿Cómo?

Benny se detiene como si alguien hubiera dicho algo para interrumpirlo, aunque nadie ha dicho nada. Helen se vuelve a mirarlo y con los carrillos hinchados adopta la solemne expresión de quien se aguanta la risa. Ursula, sentada junto al joven Adam, atisba a tientas entre el repentino silencio, preguntándose alarmada si ha dicho algo que no debería. Últimamente se sorprende muchas veces murmurando en voz alta cosas que solo creía estar pensando, mientras que en ocasiones, cuando habla realmente, o piensa que habla, la persona a quien se dirige parece no haberla oído. Por ejemplo, está convencida de que hace un momento ha pedido a ese muchacho, Wagstaff, que está sentado a su lado, que abra el vino, pero si así ha sido o no la ha oído o no le ha hecho caso, porque sigue sentado con los codos delicadamente apoyados en la mesa y las manos juntas bajo la barbilla como si estuviera a punto de bendecir la mesa, y ni siquiera le dirige la mirada. Desvía la atención hacia su hijo y ve cómo trincha el pollo a su manera metódica e irritantemente lenta, poniendo las tajadas de pechuga sobre los muslos para que no se enfríen mientras espera a Duffy. ¡El vaquero, dentro de casa, almorzando con ellos! ¿O solo se ha figurado que Ivy decía que lo había invitado? No, no se lo ha imaginado, porque ahí está.

Pobre Duffy. Resulta una gran decepción, después de todo. Se ha puesto la ropa de los domingos, que consiste en un traje a rayas azul pizarra muy lavado y descolorido como no he visto otro igual fuera de las Cícladas, donde parece que a todo niño le regalan al nacer una muestra de esa indumentaria intemporal, para que se la ponga ceremoniosamente al alcanzar la mayoría de edad y no vuelva a quitársela jamás antes de que lo lleven a la tumba y en muchos casos ni siquiera entonces.

Duffy lleva una camisa muy blanca con el cuello abierto, y unas botas de color marrón. Se ha abrigado el pelo, con grasa para el hacha, al parecer, y se lo ha peinado hacia atrás con fiereza, lo que le da un aire ligeramente bravío y embobado. Se detiene en el umbral y traga saliva, su bocado de Adán dando saltitos. Nadie parece saber qué decir y Ivy no se atreve a mirarlo. Entonces Petra, precisamente ella, se levanta del asiento y dirigiéndose rápidamente hacia él lo coge de la mano, sí, de la mano, lo que a los demás, incluso a Ivy, y para sorpresa de todos, les parece la cosa más natural del mundo, y lo conduce en silencio hacia su sitio en la mesa. Él se lo agradece con un movimiento de cabeza, disponiendo los amplios estratos de su rostro en una insólita y rudimentaria sonrisa. Ivy, aún sin mirarlo, le acerca un poco la servilleta al plato, tocándola solo con la punta del dedo corazón, y se aclara la garganta. Duffy tiene una curiosa manera de sentarse, por etapas, como si dijéramos, poniendo la mano izquierda en la mesa e inclinándose hacia un lado, apoyando la otra en la parte frontal del muslo derecho, y dejándose caer con cuidado en la silla, que emite un chirrido asustado. Quizá padece reumatismo, lo que su pobre y anciana madre solía llamar la dichosa reuma. Benny Grace lo observa con manifiesto y sonriente interés. Helen coge el sacacorchos y se lo da a Roddy Wagstaff. Entretanto Petra vuelve a su sitio y se sienta, con los ojos bajos, como una comulgante volviendo del altar.

—Eres bienvenido, Adrian —dice Ursula desde el otro lado de la mesa, con la boca un tanto pastosa, pronunciando cuidadosamente las palabras como si estuvieran pegadas y tuviera que separarlas a la fuerza, una por una. Adam está de pie a su lado, con el cuchillo de trinchar alzado; ella le toca ligeramente en el codo y le dice con voz queda—: Al señor Duffy le apetecerá un muslo, estoy segura.

Parece que se disipa la tensión en el ambiente. La llegada de Duffy, como todo el mundo ve, no colma las grandes expectativas que se habían puesto en ella. Rex, el perro, perdiendo bruscamente interés en todo, incluso en Duffy, se deja caer de costado y cierra los ojos con un suspiro.

El joven Adam se encuentra en un estado de extraña euforia. Es como si estuviera suspendido en lo alto, columpiándose sobre la habitación. Se ve las manos como desde muy lejos, repartiendo las tajadas de pollo en los platos que Ivy Blount le va pasando, y cuando habla, su propia voz le retumba en la cabeza con un sonido metálico. No sabe lo que le ocurre: ¿es otra vez esa felicidad, la misma que sintió conduciendo hacia la estación? No exactamente, solo una especie de vértigo. Sí, es como si se marease al bajar la vista a la mesa desde las alturas. Su madre, a su lado, inclina la cabeza sobre su copa de vino y él se fija en la pálida raya que divide su cabello gris y por un instante experimenta una punzada de lo que parece la tristeza más pura. ¿Qué es lo que le pasa, que cambia de una emoción a otra así, de tan insensata manera?

Helen está hablando con Roddy y sonrío, mientras Petra la observa desde el otro lado de la mesa con los ojos entornados.

Adam termina de trinchar y se sienta frente al plato, pero la sensación de vértigo persiste. Su madre, a su derecha, le está hablando, apurada por si no hay bastante pollo para todos. Él le dice que deje de preocuparse, que a nadie le importa.

—Mira, Duffy tiene su muslo —observa con voz queda, esforzándose por sonreír, pero ella se limita a mirarlo fijamente de esa manera suya, los ojos como platos, la cabeza gacha y la barbilla metida. Y añade, ahora con más irritación, en tono más áspero—: No te preocupes, todo va bien, te lo aseguro.

¿Bien? Siente agudamente la ausencia de su padre agonizante de esa mesa que tantas veces y tan ruidosamente ha presidido. Pero ¿cuándo ha estado su padre plenamente presente, en esa mesa o en cualquier otro sitio en la vida de la casa? Soy yo quien formula la pregunta, no el joven Adam, que es más clemente de lo que yo soy, de lo que yo sería, de ser él. Ah, padres e hijos, padres e hijos. No es que yo sepa mucho de ese tema. Hablo de mi padre como si fuera mi padre y de mí como si fuera su hijo, pero lo cierto es que esos términos solo pueden ser figurativos para nosotros, que no hemos nacido ni moriremos, porque el nacimiento y la muerte constituyen la fuente, al parecer, de la que los mortales obtienen sus sensaciones de amor y duelo. Las historias antiguas nos describen copulando y procreando, padeciendo y muriendo, pero solo son cuentos. Como el viejo Adam en el seno de su familia, no estamos aquí de manera suficiente para que alguna vez hayamos desaparecido del todo. Pensad, si podéis, en un mar de eterno potencial y en nosotros como las formas que producen las aguas, henchidas y oscilantes; pensad en el aire moldeado por el tiempo en transparentes configuraciones; pensad en el hielo; pensad en la llama: eso es lo que somos, a la vez eternos y evanescentes.

¿Dónde estábamos? En la mesa del almuerzo, entre esta gente. Lo único que hago aquí es pasar el tiempo, lanzando estos relucientes naipes en ese sombrero de copa puesto del revés.

Adam mira en torno a la mesa con una especie de asombro, con aire de estar sumergido bajo el agua y mirando hacia arriba, donde todo fluctúa y brilla tenuemente. Siente como si lo pasaran bajo la quilla de un navío, encontrándose tan pronto en la superficie, dando boqueadas, como inmerso en un verde espacio sin aire. Qué insulso y apagado parece todo allá arriba, visto desde ahí abajo, incluso el contorno de las cosas, y de las personas en especial, su madre y su hermana, su mujer y el absurdo Benny Grace, también. Recuerda a Roddy Wagstaff pasando bajo la sombra del árbol frente a la estación del tren y desvaneciéndose un instante en la brusquedad de la penumbra. ¿Cómo concebir una realidad lo bastante minuciosa, lo bastante inarticulada, para acomodar todas las cosas que existen en el mundo? Él vive en esa realidad pero es incapaz de concebirla plenamente. Se horroriza ante la abundancia de cosas, todas desunidas, todas únicas. Una sola hoja de hierba está hecha de una inimaginable masa de pequeñas y diminutas partículas: ¿y cuántas hojas de hierba hay en este mundo increíble? Esa es la jugada que su padre acabó haciendo, la jugarreta que llevó a cabo, logrando que todos los pedacitos parecieran aglutinarse

en una grandiosa amalgama creada por la superchería de unos cuantos cálculos. O eso piensa su hijo.

Emerge de su ensoñación con una sacudida. La mesa se ha animado, y hay una confusión de conversaciones. Helen está charlando con Roddy Wagstaff —de esa obra en la que trabaja, supone él, últimamente no habla de otra cosa—, su rubia cabeza echada hacia delante sobre la encantadora columna de su cuello. Su garganta, observa Adam, está delicadamente colorada, con un sonrosado fulgor de porcelana que recuerda la cara interna de una concha marina. Roddy ha echado la silla hacia atrás para mirarla de frente, y se sienta de costado a la mesa con una huesuda rodilla montada sobre la otra, el brazo flexionado y el dedo índice apretado contra un lado de la barbilla. La mira sin pestañear y de cuando en cuando asiente con la cabeza, aunque muestra una expresión escéptica, con una sombra de afectada sonrisa. Adam siente hacia su mujer la misma oleada de compasión que hace un momento sintió por su madre; ¿por qué presta Helen tanta atención a ese individuo, que seguramente la desprecia, igual que desprecia, o así lo cree Adam, a todos los que están sentados a la mesa? Petra también observa a la pareja, pasando la mirada de uno a otro, como un espectador absorto en un partido de tenis; a intervalos se inclina bruscamente hacia delante para decir algo pero se ve rechazada por la indiferencia de los demás, que no le hacen caso, y se endereza de nuevo, silenciosa y dolida. Ivy Blount y Duffy, el vaquero, están sentados uno al lado del otro envueltos en una atmósfera particular, Ivy inclinada sobre su plato y utilizando el cuchillo y el tenedor con intensa concentración, como si fueran agujas de hacer punto, mientras Duffy, desatendiendo la comida, tiene la mirada perdida en el salero. Parece que mantienen una discusión, y hablan sin mirarse, en voz baja, en rápidas frases intercaladas entre breves intervalos de nervioso silencio. Pero no están discutiendo, en absoluto. O no me llamo Hermes, o están enfrascados en negociaciones conducentes a un compromiso matrimonial.

De pronto se oye la voz de Benny Grace por encima de todas las demás.

—Ah, no, no se va a morir —sostiene, con voz fuerte y enfática—, no, no.

Y Rex, el perro, aún tumbado sobre el costado, alza prestamente del suelo la ancha cabeza y se queda mirándolo.

Ursula, a la derecha de su hijo, emite un sonido grave y como atragantado que casi podría ser, piensa Adam, una carcajada. La mesa se ha quedado en silencio: es lo que suele llamarse el horror pánico. Benny sonrío a nadie en particular y bebe un trago de vino, sus ojillos negros centelleando alegremente sobre el borde de la copa. Su aseveración ha turbado a todos los comensales. No está claro a quién se dirigía ese convencimiento. Ivy Blount ha levantado la cabeza y está mirando al hombrecillo, los labios entreabiertos y suspendidas las puntadas del tenedor en la comida. Duffy, frunciendo el ceño en el repentino silencio, presta atención a su plato, en donde el muslo del ave de corral, la única tajada que le han servido, ha empezado a curvarse por los bordes, mientras que el repollo se ha enfriado, adquiriendo un desagradable tinte blancuzco. ¿Es ese Duffy quien observa esos precisos detalles o soy yo? ¿O es

que hay alguna diferencia?

No cabe duda de a quién se refería Benny Grace, qué óbito estaba negando, o su inminencia. La certidumbre misma de la negativa, brusca y al parecer sin venir al caso, es lo que ha inquietado al resto de la mesa. Mi pariente Tánatos, hijo de la Noche, con sus negras vestiduras, la espada sin desenvainar, ha surgido entre ellos de las sombras en donde habita eternamente. Su repentina aparición es lo que ha despertado a Rex, que ahora se levanta con cautela y se queda en posición de muestra, husmeando la tensión en el aire. Estos son los momentos que más lo afectan, cuando el estado de ánimo de los humanos cambia bruscamente y sin motivo aparente. Todos estaban hablando, incluso dormido lo sabía, y ahora se han quedado callados y muy quietos, como si algo nuevo los hubiera asustado, esa cosa misteriosa de que siempre tienen miedo, todos menos el gordo desconocido, a quien nada parece afectar. Entretanto, fuera, al otro lado del muro de cristal, los árboles que hay al otro extremo del soleado jardín parecen una fila de gente puesta de espaldas, mirando indiferente a otra parte.

Que no se va a morir, ¿eh? Así que ese es su juegucito, eso es lo que ha venido a hacer aquí. ¿Desde cuándo se ha convertido en el señor de la vida y la muerte, el tal Benny, que lleva el nombre de la Gracia?

Pero ¿por qué me enfado? ¿Qué me importa a mí que uno de ellos viva o muera? Todos desaparecerán, en la plenitud, en el vacío del tiempo. Mi única tarea consiste en tomar el relevo del sepulturero y acompañarlos a la otra vida, cualquiera que sea, diferente para cada uno de ellos. A la muerte siempre la consideran caduca; el nonagenario, calvo y sin dientes como un recién nacido, no toma en cuenta el sedimento en sus arterias, los amiloideos en su cerebro, y se imagina no más allá de la flor de la vida y listo para al menos otros noventa retozones años. Deberíamos dejarles probar la inmortalidad, a ver si les gusta. No tardarían mucho en venir a nosotros aullando y vomitando de congoja, implorando que acabáramos con ellos para siempre. Mi padre pensó una vez en concederles el don —ja ja— de la vida eterna. Fue hace muchos años, oh, muchos, en los tiempos de Electrión, rey de Micenas. Esto es lo que pasó. El sobrino del viejo rey, Anfitríon —sí, el mismo—, y nieto de mi hermano Perseo, matador de la Gorgona, se enamoró de su prima Alcmena, hija de Electrión: sí, sí, lo sé, lo del linaje se va enredando, como de costumbre. Anfitríon había huido a Tebas, tras habérselas arreglado para matar accidentalmente a su suegro en una chapuza ocurrida en el campo de batalla —al menos, él aseguraba que no había pretendido atravesar al viejo— y Alcmena, chica animosa, lo siguió y se casó con él, tras vicisitudes demasiado fastidiosas para perder tiempo examinándolas aquí. Alcmena era una criatura exquisita, una mujer muy deseada, y huelga decir que mi papá se prendó de ella, y utilizó lo que sabemos que es una de sus astucias preferidas para llevársela a la cama, a saber, se presentó ante ella a la caída de la tarde adoptando la misma forma y aspecto de su marido. Pasaron juntos una noche divina, el pseudo-Anfitríon y su querida niña, y al amanecer mi

padre se retiraba —debo seguir adelante, ignorando resueltamente los dobles sentidos — cuando quién aparece sino Anfitrión en persona, que vuelve inesperadamente a casa de la guerra. Fijaos en cómo me voy animando con mi historia. La señora Alcmena se quedó desconcertada, como es natural, al ver que su marido reaparecía de pronto en su alcoba un minuto después de haberse marchado y comportándose como si su noche de pasión no hubiera ocurrido; sin embargo se sometió animosamente a otra extenuante sesión en su ya revuelto lecho: el General Anfitrión llevaba de manera frustrante mucho tiempo en Tesalia, dando tajos a sus viejos adversarios, y en cuanto pasó por la puerta empezó a hacer valer sus derechos conyugales. El resultado de ese doble rato de fructíferos retozos fue, a su debido tiempo, un par de gemelos, Íficles, del que como hijo de Anfitrión no volvió a saberse mucho, y Heracles, a quien mi padre le complació llamarlo suyo.

Una pausa.

Heracles, ese robusto muchacho, se hizo un hombre muy fuerte, el más grande de los héroes de antaño, bla bla bla. Ahora bien, nada de lo que hace mi padre resulta nunca fácil ni sencillo, pero las maquinaciones que preparó para Heracles, que era animoso pero no de lo más inteligente, con el fin de llevar a cabo el plan de hacer inmortales a los mortales eran más tortuosas de las que tenía por costumbre. En primer lugar, tras haber vuelto temporalmente loco al pobrecillo se las compuso para que el oráculo de Delfos le diera instrucciones de jurar lealtad a Euristeo, rey de Tirinto, quien a su vez fue inspirado para imponer al héroe, sin motivo aparente ni propósito discernible, una serie de tareas tremendas y prácticamente imposibles. Ya conocéis los célebres Doce Trabajos de Heracles, matar a la Hidra de muchas cabezas, capturar al jabalí de Erimanto, robar el cinturón de Hipólita, reina de las amazonas, y todos los demás; de esas doce hazañas, sin embargo, once no fueron más que subterfugios para disimular la duodécima, el supuesto secuestro de Cerbero, trabajo que se realizó con la ayuda de vuestro seguro servidor y mi hermana Atenea, ese quebradero de cabeza, y que, por sí solo, era otro recurso para la proyectada aniquilación del mismísimo Plutón, nada menos. Esas eran las verdaderas intenciones de mi padre, el auténtico núcleo de su plan, que mi hermana y yo acompañáramos a Heracles a las puertas del inframundo, adonde Plutón acudiría ante los ladridos del perro guardián para saber quién era el recién llegado, momento en el cual Heracles tensaría su arco y lanzaría una flecha al negro corazón del dios, matándolo en el acto. ¡La muerte de la muerte: fijaos! No iba a poder ser, sin embargo. Todo el Olimpo se alzó en rebelión, o amenazó con rebelarse. Era el momento de la solidaridad, dijimos, la hora de demostrar al viejo Zeus los límites de sus poderes. Ya había mangoneado lo suficiente, poniendo los cuernos a dioses y hombres por igual y engullendo a su entera parentela. Si era libre para destruir a la muerte también lo sería para destruirnos a todos. No lo toleraríamos, era así de sencillo. Y por eso sobrevivió Plutón, el exterminador de los hombres.

¿Por qué pensó Zeus en dar muerte a la muerte? No le he preguntado acerca de

eso y nunca lo haré; hay ciertas cuestiones que no se plantean al padre de los dioses. Sin embargo, eso no significa que no pueda hacer conjeturas sobre el asunto. ¿Es que no puede soportar la idea de que sus amadas niñas —adornadas con toros y cisnes, espolvoreadas con lluvia de oro, tal como dice el azogado poeta— se retuerzan desesperadas en su lecho de muerte, después de haberse estremecido de júbilo entre sus brazos? En ese caso, ¿por qué no exterminar simplemente a todos los varones y dejar que su otra y mejor mitad viva para siempre? No, eso le haría demasiado benévolo, demasiado afectuoso. Él deseaba que todos, chicas y chicos por igual, adultos en la flor de la vida, ancianos y viejas brujas, conocieran lo que conocemos nosotros, el tormento de la vida eterna. ¿Por qué iba a tener un motivo? Puede llamarse crueldad, capricho, la venganza del señor de los cielos sobre los seres que ha creado. O tal vez pensara en formar una nueva raza de semidioses que, hay que considerar, no solo viviría para siempre, qué horror, sino que procrearía eternamente también, hasta que no cupieran más en el mundo y se vieran obligados a invadir el cielo en busca de otro sitio que poblar. Brr.

En cualquier caso, ahí lo tenéis, fracasó su vil plan y, gracias a nosotros, su clan familiar, los hombres podrán seguir muriendo de la conveniente manera de siempre.

Rex, el perro, se va quedando dormido otra vez: se le cae la pesada cabeza. La oscuridad que han traído las palabras de Benny Grace va desapareciendo poco a poco, y los demás comensales reanudan titubeantes la comida, como espigadores que después de la siesta vuelven al trabajo entre los surcos. Y yo permanezco inmóvil sobre sus cabezas, la clámide completamente extendida, en la actitud de la Madonna della Misericordia de Piero, protegiendo a mi pequeña cuadrilla de mortales pecadores. No soy todo sarcasmos y observaciones mordaces, ya veis, tengo mi lado bueno.

Petra aprovecha la ocasión y rompe el silencio de la mesa preguntando, en voz muy alta, por qué siempre se comparan los tumores con los cítricos.

—Tan grande como un limón, dicen —observa ella—, una naranja, un pomelo. ¿Por qué?

Mira en torno a la mesa, insistente en su demanda, pero nadie tiene respuesta alguna que ofrecerle.

Nunca dos cosas son lo mismo, el signo igual es un escándalo; ese es el quid de la cuestión, la cruz a la que me clavaron desde el principio. Diferencia: el término mismo es redundante, una palabra expresamente acuñada para consolar y embaucar. Ah, me decía, me digo, decir igual a no es decir idéntico a, pero ¿tiene sentido, satisface? Mis ecuaciones abarcaban una multitud de universos pero postulaban un solo mundo de unidad y orden último. Quizá exista tal mundo, pero si lo hay no vivimos en él, y no podemos saber cómo habrían sido las cosas allí. Incluso la identidad del objeto no es sino cuestión de insistir en que es igual a sí mismo. ¿Dónde puede uno entonces poner el pie y decir: «Esto es terreno firme»? De niño me aterrorizaba ver cómo retrasaban las manecillas de un reloj en marcha, creyendo que el tiempo mismo se retrasaría y todo se sumiría en el desorden, y sin embargo yo iba a ser quien rompería la flecha del tiempo y tiraría el arco destensado. Benny Grace solía mofarse de mis dudas y vacilaciones. ¿Acaso es de nuestra incumbencia, preguntaba burlonamente, haciéndose eco de los antiguos escolásticos, nos corresponde a nosotros salvar los fenómenos? Esa era la diferencia —¡la diferencia!— entre nosotros dos. Yo ansiaba la certidumbre, él era el elemento de confusión. Al pensar en él ahora oigo de nuevo la música del pasado, estridente y discordante pero dulce, también, la triste y dulce música de ser joven.

Por mucho que él diga para negarlo, pusimos fin a algo, nosotros los partidarios de lo temporal. A partir de entonces, ciertas posibilidades de gran alcance quedaron agotadas. En nuestro nuevo comienzo había un final antiguo. Recuerdo el ambiente de las academias en aquellos tiempos, incluso en los primeros días de la revolución que tan sin miedo habíamos puesto en marcha. Euforia primero, luego los albores de la duda, después una creciente lasitud, un cansancio cada vez mayor. Seguidamente se desataron controversias, disputas más bien, demasiado acaloradas para que pudieran dar fruto, y que siempre acababan en impotencia y rabiosa frustración. Los participantes tenían un aspecto peculiar cuando se daban la vuelta y se escabullían de esas confrontaciones, abochornados, amordazados, la boca fruncida en una mueca de disgusto. A las cosas se les había ido el sabor, el aire se había vuelto más apagado, la luz más tenue. No podíamos comprender, al principio, ese oscurecimiento del mundo, que era obra nuestra: después de todo, era lo contrario de lo que nos habíamos propuesto. En cierto modo la expansión no trajo consigo un acrecentamiento sino la dispersión. Mi serie final de ecuaciones, un puñado de exquisitas e irrefutables paradojas, fue la combinación que abrió la cámara acorazada del tiempo. El suspiro de aire muerto y húmedo que nos dio en la cara por el abismo abierto de lo que había sido nuestro único mundo no era el aliento de la vida, sino una última boqueada. Sigo sin entenderlo. El reino hasta ahora inimaginado que revelé más allá de los infinitos era un nuevo mundo hacia el cual no zarparían arboladas carabelas. Nos contuvimos, extenuados de antemano por el mero hecho de tenerlo de pronto allí delante. Era, en una palabra, demasiado para nosotros. Eso es lo que descubrimos, para nuestra vergüenza y pesadumbre: que ya teníamos bastante, más que suficiente, con las

desconcertantes diversidades de nuestro viejo y sobreabundante mundo. Que los dioses vivan en paz en ese lugar nuevo y lejano.

Qué pareja debíamos de hacer, sin embargo, Benny y yo, el superhombre con capa y leotardos de superhéroe surcando el éter como un rayo y su rollizo adlátere desesperadamente aferrado a su cuello. ¿O era al revés, él volando y yo agarrándome con todas mis fuerzas, para no perder mi preciosa vida? Y eso que nunca he cogido del todo el tranquilo a la vida. Otros parecen arreglárselas bastante bien: simplemente la viven, o la dejan pasar; quizá sea ese el secreto, no tanto vivir como ser vivido, limitarse a que la vida misma haga el trabajo. Desde luego así es como Benny parecía llevarlo. Al acabar sin aliento, con los bolsillos vacíos y las rodillas desolladas, tras alguna de nuestras escapadas conjuntas, me lo encontraba sacudiéndose el polvo de la manga y tarareando para sí con indiferencia, como si la incursión no hubiera sido más arriesgada que salir de paseo un domingo por la tarde. ¿Me gustaban los bajos fondos antes de que Benny apareciese y me arrastrara alegremente a las cloacas para que me tomara un respiro? Sé que me gustó, una vez que estuve allí, chapoteando entre orines y escupitajos. Esto, me dije, es la verdad, el meollo del asunto, la esencia, en bruto y al natural, esto es estar vivo. Nada de amables Inges ni Ursulas ahí abajo, solo meretrices y cortabolsas y alguna pobre Gretchen buscando a su Fausto desamparadamente.

No debo exagerar. En el fondo soy un alma tímida y los aprietos en que Benny me metía no eran más que eso, líos y bromas y travesuras de colegial. Solía aparecer en momentos raros y lugares inesperados, pero si yo me llevaba una sorpresa, él ni se inmutaba. Eso era lo asombroso, la manera en que volvía a presentarse bulliciosamente en mi vida, a media frase, por así decir, y enlazando su brazo en el mío me apartaba de lo que estuviera haciendo y me llevaba a un rincón para proponerme en voz baja e impetuosa algún nuevo y descabellado plan. Siempre hacía como si acabara de volver después de solo unos momentos de ausencia, abrochándose la bragueta o subiéndose las mangas de la camisa, dispuesto a armar follón de nuevo. Y mujeres, claro, siempre había chicas, me maravillaba lo bien que se le daban. ¿Qué veían en él, cuál era el secreto de su encanto gordinflón? Entraba en un bar atestado, en el vestíbulo de un hotel, en una sala de conferencias, y salía cinco minutos después con una probable libertina a cada brazo, la bajita para él y la alta para mí. Las más de las veces esos encuentros acababan siendo un desastre, o una farsa, o ambas cosas —lágrimas teñidas de ginebra, rímel corrido, un tirante de seda negra definitivamente subido—, pero Benny no se desanimaba, no se amilanaba ante los rechazos, no admitía fracasos.

Deploraba mi gusto por Inge y sus iguales, las sufridas, las delicadas, pero una vez que conocí a Madame Mac no me sentí obligado a defenderme de sus pullas. Aquí debo hacer una pausa para confesar una leve inhibición, un ligero bochorno. Que primero la tomara por su madre es una cosa, pero que aún no esté seguro —de que no era su madre, quiero decir— es, desde luego, otra muy distinta. Jamás dijo

quién era, exactamente, ni especificó la naturaleza del vínculo que los unía, y como suele pasar con estas cosas, al cabo de cierto tiempo resultó imposible preguntar. Benny se refería a ella únicamente como Madame Mac o, en ocasiones, como, «mi vieja dama», de manera que eso no servía de ayuda. Al principio parecía existir una clara diferencia de edad entre los dos, y él bien podía haber sido su hijo, pero a medida que pasaban los años y la edad volvía más ordinarios sus rasgos que, debe reconocerse, nunca fueron muy juveniles, la brecha se estrechaba y con ello se incrementaba mi incertidumbre.

Benny no era el mismo —no el mismo a quien yo estaba acostumbrado— cuando se encontraba en su presencia. Su comportamiento oscilaba entre la preocupada y servil deferencia del amante y una brusca irritabilidad que a mis oídos sugería lo filial. Me presentó a Madame Mac, si presentar es la palabra, en Roma, creo que fue. Yo había ido allí a recibir el Premio Borgia, instituido en memoria del noble Cesare, hombre conciliador y patrocinador de las artes y las ciencias naturales. Recuerdo bien el hotel, uno de esos sombríos palacios intemporales que se encuentran en todas las capitales, los corredores con el zumbido de un vasto silencio, un olor preocupantemente fecal en todas las habitaciones, y las sonoras bromas del invisible personal escaleras abajo. En el difuminado salón, donde siempre reinaba el crepúsculo, borrosos cuerpos se movían inquietos en torno a tazas de café y pequeñas tartas, y las altas ventanas resplandecían con un cielo de octubre asombrosamente azul. ¿Habíamos quedado en vernos o se trataba de otro de nuestros encuentros casuales? Casual por mi parte, no por la suya. Bajo una ventana se sentaba una mujer en una butaca frente a una mesa auxiliar; con la luz a su espalda resultaba imposible distinguir sus rasgos, aunque daba la impresión de que me miraba atentamente. Estaba muy inclinada hacia delante, la falda tirante sobre las rodillas separadas, mientras que el sillón en que se sentaba parecía extender sus abultadas orejas en torno a ella como esforzándose por atraerla de nuevo a su abrazo de brocado. El vestido que llevaba parecía hecho de sucesivas capas de tela estampada con un amplio dibujo, rosas, peonías o algo así, y podría haber pasado por una prolongación del tapizado de la butaca, de manera que ella estaba como camuflada y daba la sensación de un conjunto de partes dislocadas, cabeza, brazos y manos, gruesas y cortas piernas. Todos esos detalles percibidos de manera retrospectiva, naturalmente. A su espalda, en un rincón de la ventana, las adelfas se estremecían a la templada brisa del otoño romano.

Cuando apareció, frotándose las manos, Benny estaba muy animado. Llevaba su inveterado traje negro y la mugrienta camisa blanca. Se quejó del helador aire acondicionado —nunca hace bastante calor para Benny, eso tenemos en común— y se friccionó las manos aún con más fuerza. No parecía tener deseos de sentarse, y debido a la posición de la butaca en que yo me había instalado tenía que girar incómodamente la cabeza hacia un lado y mantener la vista en alto para mirarlo. Ahora que lo pienso, siempre era incómoda la postura que me veía obligado a adoptar

en su presencia, tenía tortícolis cuando estaba con él. Noté cierto aire furtivo en su actitud en aquella ocasión, una velada excitación. Dijo que tomaría una copa de vino pero parecía pensar en otra cosa. Recorría la habitación con la mirada, como al azar, y sus ojos se detuvieron ahora en la mujer de la ventana. ¿Intercambiaron una señal? Benny carraspeó, murmuró algo y luego se dirigió a ella, quedándose junto a su butaca en la actitud —cabeza hacia atrás y hombro alzado— de un caballero con levita posando para un daguerrotipo, y mirándome con el ceño fruncido me indicó que fuera para allá. Me levanté con vacilación y me acerqué a él. «Esta», dijo con brusquedad, casi con displicencia, «es Madame Mac».

Ella me dedicó desde el sillón una serena mirada de apreciación, y alzó una mano como para que se la besara, el dorso graciosamente arqueado y los dedos colgando desmayadamente; se la estreché. Aquello tenía la cartilaginosa suavidad y el tenue calor de la pata de un pájaro. Llevaba algo en la cabeza, un sombrero ajustado o un pañuelo bien anudado, lo que me hizo pensar en Lily Brik gritando la buena noticia en ese póster famoso, o en una de esas campesinas con casquete de Millet. Tuve la impresión de que en torno a ella aleteaban y ondulaban trémulamente brillantes guirnaldas, retazos de cintas, banderines de seda. Su rostro parecía más ancho que largo, con un sólido mentón esculpido y una boca apenas sin labios que parecía alargarse de oreja a oreja y conseguía ser de batracio y casi noble a la vez. Tenía la piel pálida y cenicienta, de aspecto más seco que la harina. En el interior de su voluminoso vestido se adivinaban ocultos pliegues de carne incontenible. Malpensado como soy, enseguida empecé a imaginarme a Benny y a ella en pleno acto sexual, como una pareja de morsas retorciéndose y barritando en un mar agitado; tal vez por eso, al momento siguiente, me pasó por la cabeza la posibilidad de que existieran lazos de sangre entre ellos, para que nunca me viera obligado a evocar de nuevo esa imagen. Lo que con más fuerza me impresionó de Madame Mac fueron sus ojos. Eran relucientes, un tanto sobresaltados, no grandes pero alarmantemente penetrantes, y tan intensos que hacían que el resto de sus rasgos, incluso aquella boca extraordinaria, se difuminara bajo su luz. Mi recuerdo de aquel primer encuentro insiste en que sus ojos eran negros, pero después, cuando me tomé la molestia de observarlos, parecían poseer un matiz violeta oscuro: ¿pueden los ojos cambiar de color, según las circunstancias, el juego de la luz, el humor del momento? Debí de sentarme. No sé qué le dije, ni qué me dijo ella a mí. ¿Tenía acento extranjero? No me chocó, en caso de que así fuera. Otro misterio. Sobre su hombro, en la ventana, las adelfas de suaves hojas temblaban y se estremecían, como azotadas por sucesivos surtidores de agua. Quizá fuera el contraste entre la quietud de su ancho y apagado rostro ceniciento y los agitados movimientos del arbusto detrás y los retazos de seda que ondulaban en torno a su persona, pero el caso es que lo que más me sugería era un ventilador eléctrico con cintas atadas a la rejilla protectora, girando despacio la anodina e inclinada cabeza de un lado a otro, mientras las aspas, como un borrrón inmóvil tras la rejilla, daban vueltas y vueltas y más vueltas.

Benny se lanzó a una divagante narración de cómo nos habíamos conocido él y yo, aquel helador verano en el lejano septentrión. Había un deje desdeñoso en su tono, de jadeante impaciencia, como si fuera un colegial obligado a recitar un aburrido pasaje insuficientemente memorizado. Madame Mac no parecía escuchar, y era, en efecto, como si no se diera cuenta de su presencia. Me seguía estudiando, dejando que su mirada, a la vez vaga y penetrante, deambulara por mi persona con felina impavidez mientras las aspas, detrás, continuaban girando en silencio. Atrapado allí, escuchando a Benny recitar su lección mal aprendida y sufriendo el escrutinio de Madame Mac, tuve la incómoda sensación de que me llevaban en volandas entre los dos, como un sátrapa conducido con engaños por un desfiladero cada vez más estrecho hacia la guarida del asesino. El camarero llegó con el vino y Benny cogió la copa y bebió un trago ansiosamente y se quedó en silencio, con la mirada perdida. Parecía requerir algo de mí, pedirme algo sin palabras, una señal de entendimiento o tácita aceptación.

Aquella misma tarde Madame Mac me contó la historia de su vida, o partes de la misma, partes de su historia, partes de su vida. Estábamos fuera, en la terraza del hotel, contemplando a nuestros pies un solar de históricos escombros iluminados con focos. Revoloteaban murciélagos aquí y allá en el crepúsculo malva. Yo estaba helado, y no enteramente sobrio, y no podía concentrarme muy bien en el complejo entramado del relato que ella iba tejiendo con todo lujo de detalles. En algún momento del impreciso pasado había establecido una efímera unión, sin descendencia, tal como recalcó, con el Excelentísimo Señor MacAlguien, un acaudalado invertido de pulmones delicados, embajador plenipotenciario de la República de Alguna Parte ante el Mar Sagrado, propietario de una serie de grandes mansiones, en Capri, París, Manhattan y Sidi bel Abbès, quien antes de su muerte prematura y, según declaró en un murmullo, altamente pintoresca, le había rogado encarecidamente que empleara la vasta herencia de que dispondría en la mejora de la humanidad en general, impulsando en particular las ciencias físicas, hacia las cuales siempre había sentido el Embajador un vivo interés en calidad de aficionado. Yo escuchaba ese batiburrillo en fascinado desconcierto, dando sorbos a mi sexta o séptima copa de *prosecco* e inhalando el tufo a alcantarilla que Roma nos enviaba como la fumarola de una ofrenda votiva. Mientras hablaba, Madame Mac me penetraba hipnóticamente con aquellos protuberantes y relucientes ojillos suyos, oscilando levemente frente a mí como una cobra suspendida sobre el crótalo. Puede que todo fuera cierto, el señor Mac y sus pulmones averiados, la mansión con alminares en el Magreb, su requerimiento en el lecho de muerte, todo ello. El mundo se compone de muchos mundos, quién mejor que yo para saberlo, cada uno más extraño que el otro, más diverso y por lo que a mí respecta más grotesco que el anterior. Todo es posible. Cuando concluyó, ambos guardamos silencio durante unos momentos, mirando nuestras copas, y entonces, de pronto, con una especie de tambaleante sacudida, inclinó hacia mí el ancho torso y me buscó a tientas la mano,

que encontró y apretó con fuerza. El resultado fue que perdí el equilibrio, y me habría caído, arrastrándola conmigo, de no haber sido por el pretil de piedra caliza lleno de agujeros que nos sujetó. ¿Y si me hubiera precipitado por el balcón e ido a parar a las ruinas que había a mis pies? ¿Qué habría pensado Benny, cuando nos hubieran encontrado, desmadejados y llenos de sangre, brazos y piernas extendidos, en una tribuna derrumbada junto a una de las primeras construcciones de Vespasiano?

Se me ocurrió que quizá estaba ofreciéndome dinero. ¿A qué, si no, toda esa charla acerca del amor del Excmo. Sr. Mac a la ciencia, sus inclinaciones filantrópicas y la herencia que había recibido de él; a qué, si no, la súbita y apasionada familiaridad, la desesperada captura de mi mano? Me solté con delicadeza, sintiéndome como una joven bien educada a quien una madama gorda y vieja acaba de invitar a que haga una prueba en el burdel. Nos volvimos y nos encaminamos de vuelta al hotel, yo azorado y ella muy pensativa. Y la siguiente vez que la vi se estaba muriendo.

¿Cuándo fue la siguiente vez? ¿Solo la vi en dos ocasiones? No lo recuerdo. Fue Benny, naturalmente, quien me llevó a verla a aquel hospital de las montañas. Era pleno verano, el sonido de los cencerros de las vacas increíblemente cercanos en la atmósfera limpia y suave; al principio pensé que era una grabación que la clínica ponía en las habitaciones, en vez de la acostumbrada música ambiental. Madame Mac llevaba meses vagando por el continente, como un animal herido en busca de un lugar para morir. Calva e hinchada, yacía destapada como una verdura que hubieran arrojado en la estrecha cama blanca, girando los ojos agitadamente y tirando de la sábana con los dedos. Pese a las circunstancias iba emperifollada como de costumbre con sus multicolores cintas y lazos. Traté de no mirarle las anchas y moteadas rodillas desnudas. El sol alpino brillaba en la ventana con alegre indiferencia. Al principio pensé que no me conocía pero luego me aferró la mano con pasión —¡otra vez!— y empezó a contarme en un susurro atropellado algo que había ocurrido mucho tiempo atrás, cuyo sentido ni siquiera logré captar. Fingí entenderlo, sin embargo, e intenté parecer interesado —¡ah, esa malsana sonrisa que nos embadurna el rostro en tales circunstancias!—, pero Benny, haciéndome una pequeña mueca de disuasión, me tiró del brazo y di un paso atrás, y entonces Madame Mac me liberó la mano y soltó nada menos que una carcajada, breve como un suspiro de impaciencia, como una tía suspirando tristemente por su sobrino mimado pero descortés, y, sintiéndome patoso y grosero, aparté el brazo de Benny y salí de la habitación. Si la vi o no en más ocasiones de las que recuerdo, no lo sé, pero si sé que aquella fue la última.

Aquella vez nos encontramos un poco más tarde Benny y yo, de pie en una terraza amplia y acristalada donde solía haber pacientes en tumbonas dispuestas en fila, cada uno con su manta de algodón roja y una almohada de gomaespuma, mientras delante de nosotros se extendía una fastuosa vista de angulosas cumbres cubiertas de nieve que parecían empujarse alborotadamente en su empeño por impresionar y seducir. Era mediodía y personal y enfermos por igual debían de haber

ido a almorzar porque allí no había nadie salvo nosotros dos. Benny aprovechó el momento para fumar un cigarrillo clandestino, sujetándolo canallescamente en el interior de la mano ahuecada y echándose la ceniza en el bolsillo de la chaqueta. Siempre he envidiado a los fumadores el pequeño ritual a que se entregan veinte o treinta veces al día, el encendido, la larga calada, el ojo entornado, la lenta exhalación. Intenté decirle alguna palabra de consuelo pero no se me ocurrió nada. Ni tampoco me entraba en la cabeza por qué debía yo estar allí: ¿qué era Madame Mac para mí, o yo para ella? De todos modos me embargaba la sensación de que me habían arrastrado a mi pesar a una especie de fastidiosa intimidad. No solo tenía ahora Benny un aspecto filial, ambos podríamos haber sido dos hermanos mayores reunidos nerviosamente en el lecho de muerte de un progenitor moribundo. Benny soltaba bocanadas y suspiraba, una y otra vez, escudriñando la estancia como buscando algo que debiera estar ahí pero que faltaba inexplicablemente. Entonces dijo una cosa muy extraña, cuya importancia no percibí, y sigo sin entender. «No tienes que preocuparte de nada», me aseguró, frunciendo el ceño en dirección a mis rodillas. «Todo va a ir bien». Qué portentosas sonaron esas palabras en sus labios. Asentí con la cabeza, aún sin decir nada. ¿Por qué me tranquilizaba a mí, cuando era él quien pronto lloraría la pérdida de un ser querido? Podría habérselo preguntado, pero no lo hice. Mi renuencia tenía algo que ver con aquel lugar, creo, la altura, y aquella hilera alarmantemente pulcra de tumbonas extendidas, y los ventanales ladeados sobre nuestras cabezas, y las montañas ridículamente pintorescas chispeando a la irreal luz del mediodía.

Nunca permití que Ursula conociera a Benny ni a Madame Mac; quisiera saber por qué. La asustaba la sola idea de ellos, su simple mención. Creo que sospechaba algo libidinoso en mis relaciones con ambos, como si me hubieran embaucado para iniciarme en algún conciliábulo cuyas normas y ritos se basaban en el comercio carnal. No digo que imaginara orgías, conmigo inscribiendo con sangre runas y fórmulas mágicas en el enorme trasero desnudo de Madame Mac mientras Benny Grace permanecía en pie con látigo y grilletes instándome a seguir, no, nada tan burdo. Solo que como Ursula es una especie de sacerdotisa de lo puro, en esos dos, o al menos en la idea de ellos, veía personificadas, creo yo, todas las tentaciones del bajo mundo y sus tórridos placeres. Pero, en el fondo, ¿estaba enteramente equivocada? Ella iba a salvarme de mí mismo; esa era su misión desde el principio. Estaba resuelta a conseguirlo. Por joven que fuese cuando nos conocimos ya había en ella algo inalterable, algo esmeradamente acabado, un espléndido brillo: consistente, completo y sin embargo prodigiosamente vulnerable, también. Padecía un delicado temblor en la zona de las rodillas que yo encontraba irresistible, una cuestión de desequilibrio debido no a la torpeza sino al cuidado y vigilancia con que ponía el pie en el traicionero terreno del mundo. Así es como la veo en mi imaginación, a mi querida y tierna esposa, viniendo hacia mí con gráciles pasos, el ceño fruncido de concentración, los ojos bajos, los codos alzados y las manos a los costados como

apoyándose en repisas de aire, las rodillas rozándose, los talones algo separados y la cabeza gacha para que le vea la raya en el centro del pelo, un surco perfecto de nieve cenicienta. Pero me pregunto si no le habré pedido demasiado, o peor aún, quizá, demasiado poco. Hay una tribu primitiva que vive en lo más profundo de las selvas de Borneo, o de Nueva Guinea, tal vez, no importa, un pueblo fornido de corta estatura, vientre prominente y dentadura ennegrecida que se come a sus antepasados y adoba la cabeza de sus enemigos, o al revés, se me ha olvidado. Las hembras de la tribu llevan un hueso atravesado en la nariz y se dilatan enormemente los lóbulos de las orejas insertándose aros en ellos, mientras los varones —¿no me lo estaré inventando?— se alargan mediante prótesis el miembro viril encajando en él una larga y estrecha caña de bambú, llevándolo erecto frente a ellos en ángulo agudo con un cordón trenzado en la punta, en la punta de la caña, esto es, y luego vuelto y atado a su vez en torno al cráneo. En la pubertad esos hombres se someten a una ceremonia iniciática en la que no solo les ofrecen su caña de bambú y su metro de cordón sino que toman posesión de una estatuilla labrada en madera, semiabstracta aunque evocadora de una mujer gorda y sin rasgos, no muy diferente, supongo, de sus pequeñas y regordetas madres. Muy impresionantes, a su estilo vernáculo, esos tótems, los he visto en museos. Cuando los muchachos las reciben, las efigies ya son inmensamente antiguas, transmitidas por sucesivas generaciones, alisadas y pulidas por el uso y el tiempo. Su propósito es servir de consuelo y compañía durante toda la vida, y también, cosa más importante, hacer las veces de depositarias de todas las dudas, miedos, impulsos violentos, deseos de venganza: ser un objeto de alivio y veneración, pero también de cabeza de turco, o de turca, cabría decir. No sé si Ursula ha sido algo así para mí. Es un pensamiento sombrío que no me gusta considerar.

Los hijos fueron una sorpresa para mí, el segundo no menos que el primero. Es absurdo decirlo, lo sé, pero cierto. En ambas ocasiones el abultamiento del vientre de mi mujer, creciendo de una forma imposible de ignorar, debería haberme preparado para la conmoción del inevitable resultado. Pero nada de eso, me dejó completamente aturdido, en las nubes, no una vez sino dos. Lo más desconcertante de aquellas dos criaturas que de pronto aparecieron como por arte de magia, por un truco de prestidigitación biológica, fue su incontrovertible otredad. Lo sé, lo sé, cada uno es otro, necesariamente. Sin embargo, con Ursula, por ejemplo, e incluso hasta cierto punto con Dorothy, las dos personas que más he querido en la vida, si excluyo a mi madre —cosa que de momento hago—, con mis mujeres, digo, dispuse de un apasionado asidero que me procuró al menos la ilusión de superar esa brecha, el vacío de la otredad, ilusión que era más difícil de hacerse cuando el objeto de mi perpleja mirada eran aquellos seres diminutos y flamantes que parecían increíblemente en calma y a la menor ocasión se ponían morados de rabia. Al chico lo encontré especialmente alarmante, y no solo porque fue el primero. Era como uno de esos personajes de los dibujos animados, cara regordeta con un chupete acoplado y una cabeza enteramente calva menos por un pelo en forma de signo de interrogación, que

de pronto saca de la cuna un brazo fornido y asesta al pobre gato Silvestre un puñetazo que le hace girar los ojos como un trompo y lo corona con un sinuoso halo de estrellas en erupción. Así estaba yo, con todo dándome vueltas, los mismos ojos saltones, bizqueantes, perplejos. La chica era completamente distinta, allí tumbada en perfecta quietud, vigilante, como si el haber nacido fuera una broma pesada cuyas consecuencias serían seguramente aún más violentas y bochornosas que el acontecimiento mismo.

Pero era mi preferida. Cuando ella llegó, el chico ya había crecido, cauto, reservado, solitario. Le daba miedo de mí, igual que a mí de él. Vi desde el principio que a la chica le pasaba algo, algo le faltaba, un eslabón con el mundo en donde el resto de nosotros llevamos con diversos grados de éxito la pretensión de encontrarnos en casa. Eso, debería avergonzarme decirlo, me resultaba más gratificante que alarmante. Por fin había un alma con la que podía compartir algo, un alma lacerada, tanto como creía que lo estaba la mía.

¿Los quise, los quiero? Es una pregunta sencilla pero sumamente delicada. Los he protegido de tantos peligros como he podido, no les he privado de nada ni mimado, les he enseñado las virtudes que conocía y que podían servirles de provecho. Me he preocupado por si sufrían caídas, se cortaban, se resfriaban, contraían la lepra. Creo que no es exagerado decir que si así lo hubieran exigido ciertas circunstancias extremas habría dado mi vida por salvar la suya. Pero todo eso, al parecer, no ha sido suficiente: se necesitaba un esfuerzo adicional, no, más que un esfuerzo un efecto, un afecto, como quiera decirse: un estado de ser, llamémoslo así, una actitud hacia el mundo, que es a lo que la gente se refiere con el término amor. Cuando hablan de ello, de ese amor suyo, parecen referirse a una especie de *grand mal* catastróficamente causado por un bacilo desconocido para la ciencia pero presente por doquier en el aire que nos rodea, como la espora de la tuberculosis, y al cual todos somos susceptibles menos las constituciones más frías. En lo que a mí respecta, sin embargo, si es que entiendo bien el concepto, amar en serio y adecuadamente solo podría hacerse de manera anónima, o al menos de una forma no declarada, para no parecer que se pide algo a cambio, porque pedir y recibir son la antítesis del amor: si, como acabo de decir, comprendo el concepto, cosa que, por todo lo que he dicho y oído hasta ahora, parece que no. Es muy confuso. El amor, la clase de amor a que me refiero, requeriría una sobrehumana capacidad de sacrificio y abnegación, como la que posee un santo, o un dios, y los santos son monstruos, como bien sabemos, y en cuanto a los dioses..., bueno. Quizá sea ese mi problema, puede que mis exigencias sean demasiado elevadas. Tal vez el amor humano sea simple, y por tanto esté fuera de mi alcance, debido a mi incorregible tendencia a complicarlo todo. Quizá sea eso, ahí podría estar la respuesta. Pero no lo creo.

Aunque a lo mejor amo, sin saberlo; ¿sería posible tal cosa, un amor instintivo, inconsciente? A veces, cuando pienso en esa persona, mi mujer, digamos, mi hijo o mi hija —dejemos a mi nuera al margen de esto—, se me llena el corazón, lo que

llamamos corazón, de una especie de involuntaria oleada de algo, viscoso y caliente, como la pena, pero una pena gozosa y tan intensa que me tambaleo interiormente y se me hace un nudo en la garganta y las lágrimas, sí, lágrimas de verdad, se me agolpan en los ojos. Eso no es propio de mí, en circunstancias normales no soy dado a soponcios ni veleidades. De modo que quizá exista un vasto y oculto depósito de amor en mi interior y esos desbordamientos sean lo que rebosa, lo que se derrama por el borde de esa cisterna cuando arrojan algún objeto pesado.

Siempre he pensado que morir sería una grandiosa confusión, como la ensoñación que salva al borracho, pero fíjense en mí, ya estoy acabado o más bien en las últimas, pero con la cabeza en perfectas condiciones, aunque desde luego, se lo garantizo, no la siento. Me estoy debilitando; quiero decir que mi perseverancia está flaqueando. Si las cosas siguen así de serias acabaré mandando por el cura, para que me confiese.

Pero Ursula, volvamos al tema de Ursula. Estoy preocupado por ella. No he tenido suerte con mis mujeres; vaya, pero ¿qué estoy diciendo? Quiero decir que mis mujeres no han tenido suerte conmigo. A una la impulsé a ahogarse, a la otra la he empujado a beber. No es un buen historial para un marido. No he sido leal con Ursula, no le he guardado la consideración y el respeto que le debía, soy consciente de eso. He tratado a mis hijos como a adultos y a mi mujer como a una niña. ¿Es que temía perderla, como perdí a Dottie, y por tanto he querido preservarla en un estado de infancia permanente? Como si solo murieran los adultos. No sé cuándo empezó a beber en serio. Después de que nació Petra, supongo. Los mareos de entonces, los arranques de genio, la indolencia matinal y los sollozos vespertinos, que yo tomaba por consecuencias del trauma posparto, creo ahora que obedecían a una causa más simple. Es discreta, más que eso: una artista de la discreción. En eso como en tantas otras cosas me evita dolor, turbación, molestias. ¿Y qué le doy a cambio?

Estoy cansado de pensar, no puedo más, de momento. Cuando me pasaba esto en los viejos tiempos me levantaba de un salto y deambulaba por la habitación, dando vueltas y vueltas como una pantera, encerrado en mí mismo y en mi tormento hasta que se restablecía el equilibrio. Cómo me encantaba ordenar los pensamientos, el férreo método del cálculo, la colocación de un término tras otro en la eslabonada cadena del razonamiento. No hay júbilo igual en ningún otro sitio, ni del tiempo ni del espacio, el tranquilo alborozo de un hombre solo, utilizando el cerebro. ¿Envidiaba Ursula mi solitaria ocupación, se la tomaba a mal? ¿Y los chicos? Cuando era pequeña Petra entraba sigilosamente en la habitación donde yo trabajaba y se sentaba hecha un ovillo en el suelo, abrazándose las rodillas, observándome como un gato, pestañeando alguna que otra vez, despacio. Era reconfortante, tenerla allí, como no lo habría sido la presencia del muchacho. Qué injusto he sido con él, más aún que con Ursula, incluso, y ya es demasiado tarde para reparar los daños. Leche derramada, de nada sirve: el suelo de la lechería está inundado y el lechero y su parienta lloran a cántaros. De nada sirve lamentarse. ¿Y acaso iba a andarme con desagravios, de todos modos, aun cuando dispusiera de medios y tiempo? Había un

ritmo, en cierto modo, en la chica, a pesar de su silencio, que parecía latir al unísono con algo en mi interior. Era como si estuviera conectada a mí, como si la hubiera alumbrado yo y no su madre y un cordón umbilical vestigial siguiera sin cortar. Pero Adam será quien se ocupe de Ursula cuando yo no esté, de eso puedo estar seguro. Es amable con ella, siempre paciente. No la reprende, ni trata de convencerla de que deje de beber; todo lo contrario, porque se muestra cortésmente tolerante con su lamentable vicio. Yo también me mostraba indulgente, pero no era lo mismo: mi indulgencia, sospecho, era una especie de indiferencia. Sí, se portará bien con ella, por ella. Hay que fijarse en él ahora, siguiéndola a la cocina con un montón de platos en las manos, servicial y solícito. Cómo da el sol en esa enorme habitación de piedra en días así, tímidamente, podría decirse, en ángulo agudo sobre la gran ventana del fregadero. Un leve olor putrescente a gas del fogón como siempre, y tres moscas veraniegas desplazándose perezosamente en formación circular bajo la bombilla de encima de la mesa. Tiene una deliciosa manera de moverse apresuradamente, Ursula, digo, cuando está nerviosa, o enfadada, vacilando un poco sobre esas rodillas tan juntas. Prefiere vestidos informes de suave algodón en tonos grises, espliego o malva. En los primeros tiempos de nuestra vida en común la llamaba pichón, y la perseguía por la casa, mis plumas de cola todas erizadas. Cómo huía de mí, gorjeando frenéticamente y riendo —«¡No no no no *no!*— hasta que la alcanzaba y la encerraba en mi abrazo, mi pájaro jadeante. Ah, sí. Imagínenme, como yo me imagino, golpeándome la frente con el puño cerrado, una y otra vez, bam, bam, sin piedad, lamentándome de los años perdidos, del tiempo perdido. Las oportunidades desaprovechadas.

—... presentarse así, sin avisar —está diciendo. Empuja algo con mal humor en la pila, entornando los ojos. Es corta de vista, como su nuera, y, como ella, no lleva gafas, por vanidad—. Y hablando de la agonía de tu padre.

Adam deja los platos en el escurridor, al sol. Ha puesto los restos de comida en el de arriba, como hace mucho le enseñó su abuela. Desea un mundo ordenado, igual que yo. Siento de pronto una oleada de ternura hacia él. ¿Qué es lo que me ha afectado de ese modo? Algo en la forma de depositar esos platos, la disparidad entre ese hombre voluminoso, de movimientos lentos —¡mi hijo!— y la exquisita manera de llevar a cabo esa tarea común y corriente. Cuando la chica y él eran pequeños yo solía rogar por que viviera para verlos crecer; ahora doy gracias por no verlos cuando sean viejos.

—Lo que ha dicho es que no se va a morir —recuerda Adam a su madre, sin mirarla.

Tiene la costumbre, lo he observado muchas veces, de quedarse quieto de repente, inmovilizándose en la postura en que se encuentre, como en aquel juego a que jugábamos de pequeños, ¿las Estatuas, se llamaba? Ursula también lo hace; debe de haberlo heredado de ella. Todos esos tics y peculiaridades que pasan los genes: ¿por qué se molestan?

Ella alza la cabeza y mira por la ventana llena de sol; conozco esa mirada tanteante.

—¿Qué? —dice.

Adam parpadea y sale de su quietismo levantando los hombros, de nuevo animado, sacudiéndose un poco a estilo perro. Antes de que pueda hablar, Ivy Blount aparece rápidamente por el pasillo que da al fogón, llevando más platos. Se ha atado el rebelde pelo en la nuca con algo, pero se le han soltado unas guedejas como sacacorchos que oscilan por su pálido y sombrío rostro. Madre e hijo se quedan mirándola, a esa benigna Medusa, como si no la conocieran. Se detiene, la vajilla en las manos. En su expresión hay un matiz desesperado.

—Tengo... —dice a Ursula en tono apremiante, o jadeante, más bien—, tengo que hablar con usted.

Adam da un paso y le coge los platos, con firmeza, como si la despojara de un arma, y los deja en el escurridor junto al montón de sus congéneres que él acaba de depositar allí. Platos, fregadero, el sol en la ventana: qué preciosas parecen de pronto, esas cosas enteramente corrientes.

Deseaba tanto a Ursula que incluso cuando la tenía entre los brazos no era suficiente, y la apretaba contra mí cada vez con más fuerza, con brazos como pulpos, en un éxtasis de necesidad, como si fuera posible engullirla por entero, incrustarla en mis poros. La habría hecho parte de mí. De haber podido me habría practicado una incisión en mi ya añejo costado para insertarme un esqueje de ella, mi joven rosa, y amarrarlo a mi cuerpo con un cordel. Díganme, díganme, ¿no era eso suficiente amor?

Me pregunto si mi hijo siente un deseo tan innoble por su encantadora esposa. ¿Quién se lo reprocharía, si así es?

Cuando él sale ahora de la cocina, plantando silenciosamente en el suelo esos enormes pies suyos, Ursula quisiera poder marcharse también. No desea quedarse hablando con Ivy a solas, porque Ivy se encuentra claramente en un estado de nervios. Parece temblar de pies a cabeza, como un diapasón recién golpeado. ¿Qué puede haber pasado? Se le ocurre la horrorosa idea de que Ivy, insoportable mujer, vaya a dejar su puesto en la casa. Es el desastre que Ursula está temiendo desde que puso los pies en Arden y la contrató para que la ayudara con los niños y sirviese de barrera frente a la temible madre de su marido. El corazón o un órgano similar se le ha hinchado de pronto, de forma agobiante, dentro del pecho, y se le ha quedado la boca seca. ¿Cómo se las va a arreglar sin Ivy? Quedarse ahí sola, con un marido moribundo y una hija trastornada..., ¡ah! Se vuelve y se dirige rápidamente al enorme aparador de roble —horrendo mueble que la abuela Godley se trajo cuando vino a vivir con ellos, con Adam y ella, aquí, a Arden, y que ella siempre ha odiado— y coge del gancho una taza blanca. Ivy la observa, aún con esa trémula expresión de perro labrador, moviendo solo los ojos. Ursula vuelve al fregadero y llena la taza del grifo y bebe, abriendo la garganta y vertiéndose el agua directamente en ella, casi sin

tragarla; tiene un sabor metálico. Por la ventana ve la luz del sol, el jardín, la masa de árboles detrás del césped; todo está en calma, indiferente, y parece burlarse de ella. Llena otra taza de agua y se la bebe de un trago, la brusca frialdad del líquido haciéndole daño en la garganta y cayéndole en el estómago con la pesadez del plomo. Siente una remota compasión por su cuerpo, como si fuera algo separado de ella, alguna pobre y dolida criatura presa del espanto y el dolor. ¿Son las ballenas quienes aspiran toneladas de agua de mar por los dientes para atrapar el plancton del que se alimentan? Yo soy como una ballena, entonces, piensa ella, sonriendo tristemente en su fuero interno, solo que en esto, para mí, no hay sustento.

—El señor Duffy —Ivy dice a su espalda— ha hablado conmigo. —Las palabras le salen como burbujas, temblorosas y oclusivas—. Es decir, Adrian.

Ursula frunce el ceño, pero sigue mirando al jardín, dándose tiempo para pensar. Así que es eso, Ivy y el espantoso Duffy se han peleado. Siente un nervioso impulso de reír a carcajadas. Parece cosa de uno de esos antiguos melodramas, el paterfamilias en su lecho de muerte, la familia reunida, y bajo las escaleras los sirvientes riñendo. Piensa en ese renegrido cuadro del vestíbulo del hombre con botas, levita negra y cuello alto, supuesto antepasado de Ivy. ¿Cuál era la historia que Ivy le contó sobre él, algo que ver con los Ribbon Boys, una amenaza de linchamiento? No lo recuerda; no se acuerda de nada, últimamente.

—¿Que ha hablado contigo? —dice débilmente, volviéndose al fin—. ¿De qué?

Ivy está un poco cambiada, se ha estirado, o han tirado de ella hacia arriba, o algo así, como a una marioneta del cordel, con el cuello extendido y los ojos saltones y los brazos colgando rígidamente a los costados. Además tiene el rostro teñido de un rosa muy pálido, como leche con una gota de vino; podría ser de ira, o que se ha ruborizado, difícil saberlo.

—Pues —contesta ella, tragando saliva— no es que haya hablado, exactamente. Es decir...

Se interrumpe, incapaz de seguir, y sus rasgos se desmoronan, parecen chafarse por la mitad, como el lomo de un libro que se abre demasiado..., ¿y son lágrimas eso que le asoma a los ojos, y tiene los puños apretados, y le tiemblan los labios? ¡Qué angustia! Oh, Hécate, la diosa triple, ¿es todo culpa mía por adoptar la forma de Duffy y hacer que la pobre Ivy creyera que le decían en aquel momento algo significativo sobre la jarra de leche? Si es así, tendré que hablar con él, también, e infundirle cierto temple. Creía que estaba todo convenido: ¿qué hacían en la mesa, sino arreglarlo? No debo de llamarme Hermes, después de todo. Huy, huy, qué difíciles son estos asuntos del corazón, del corazón de ellos, quiero decir, yo soy un aficionado en esa palestra. De momento, tengo que arreglármelas para sacar a Ivy de aquí antes de que surjan más problemas. Emite un ruido, entre gemido y gruñido, y frotándose con la base de la mano primero un ojo húmedo y luego otro da media vuelta y sale bruscamente de la cocina.

Ursula permanece inmóvil, con la mirada perdida. No está segura de que haya

ocurrido realmente lo que ha pasado, ni de que no se lo haya imaginado. Últimamente está teniendo lo que parecen alucinaciones —prefiere considerarlas ensoñaciones diurnas—, breves episodios de realidad ampliada, como si el flujo de acontecimientos corrientes se comprimiera en un momento dado acelerándose y recalentándose. De ahí es de donde vienen los fantasmas, esas apariciones incorpóreas que pasan haciéndola a un lado, estorbándola, obsesionándola. Se pregunta, con un extraño desapego, si no se le está yendo la cabeza, y si esos horripilantes sobresaltos y ajetreos no serán los primeros síntomas de su decadencia. Ivy Blount quizá no ha estado allí en realidad; tal vez durante los últimos cinco minutos no ha habido nadie allí salvo ella misma, de pie en ese rectángulo de luz sesgada imaginando que la gente le habla, primero su hijo, luego Ivy. Moviéndose al fin, se dirige al pasillo por el que se sale de la cocina junto al fogón y lo recorre —penumbra de color castaño oscuro, olor a humedad, el linóleo ligeramente ahuecado en algunos sitios bajo los pies— y llega al invernadero, donde la luz es tan amplia y resplandeciente que da un traspíe. Esto es, piensa, a lo que se reduce ahora mi vida, una insulsa y ensombrecida transición de una a otra zona de claridad apenas soportable. Contempla la gran mesa rectangular de la que aún no se han retirado los últimos restos del almuerzo —¿adónde se ha ido Ivy con tanta prisa?—, servilletas arrugadas, platos de postre sucios, cuatro botellas de vino vacías, tres verdes y una transparente, cohibida esta última y un tanto avergonzada de su desnudez. Al principio cree que no hay nadie pero luego distingue la forma de su nuera, sentada, tumbada casi, en un sillón de mimbre frente a la pared de cristal, fumando un cigarrillo y mirando al jardín con el ceño fruncido. La seda azul de su vestido refleja marcadamente la luz en angulosas líneas; tiene las piernas cruzadas y una sandalia dorada le cuelga del pie. Aún no ha notado la presencia de Ursula, y su rostro, inobservado, según cree, resulta casi anodino. Ursula se inclina hacia delante para ver lo que la joven está mirando ahí fuera con tal atención. Benny Grace está en el jardín, sentado como antes en el escalón del desnivel, de espaldas a la casa. Roddy Wagstaff, de pie junto a él, se apoya con descuido en uno de los pilares de piedra con la mirada fija en los árboles del otro lado del césped. Es imposible saber si están juntos o si la casualidad los ha puesto simplemente en compañía. Hay un mirlo en la hierba, correteando en un sentido y luego en otro como movido por un mecanismo de relojería, el mismo, puedo atestiguarlo, que el joven Adam percibió desde la ventana esta mañana cruzando como una centella a la luz del amanecer. Cómo cuadran las cosas, cuando se dispone de la perspectiva adecuada para verlas.

—Me gustaría que no fumaras dentro de casa —dice Ursula en tono amable, complacida al ver el sobresalto de Helen, el mimbre sobre el que se sienta protestando con un crujido—. Se carga mucho el ambiente.

Helen modifica su postura con pequeños movimientos, echando la cabeza atrás y estirando las piernas en una muestra de indiferencia. No le gusta que la vean por casualidad sin que ella se dé cuenta, sobre todo su suegra. La sandalia que le cuelga

del dedo gordo se le cae y hace un ruido inesperadamente fuerte en el suelo de baldosas.

—No te molesta cuando fuma ese —dice, haciendo un gesto con el cigarrillo hacia la pareja del jardín—, Roddy como se llame.

—Bueno —replica Ursula, mirándose las manos juntas y midiendo sus palabras—, él es un invitado.

Helen ríe entre dientes.

—Qué delicada eres. Es un milagro que puedas soportarnos. —Como si hubiera oído que pronunciaban su nombre Roddy Wagstaff se vuelve y mira vagamente por encima del hombro, tratando de vislumbrar algo en la habitación entre los reflejos opacos de los cristales. Helen vuelve a cambiar de postura, y el sillón cruje de nuevo, con un lamento más amortiguado esta vez—. ¿Quién es ese, el otro individuo?

—¿Quién?

—Grace, ¿no se llama así? —Bajando la cabeza, se mira los dedos del pie sin sandalia y los mueve; se le ha saltado el esmalte de una de las uñas, aunque acaba de pintárselas esta mañana—. ¿Qué es lo que quiere?

—Quiere a Adam —sentencia Ursula, bruscamente, y frunce el ceño. Helen ha vuelto la cabeza a un lado y la mira con interés desde la butaca. Nerviosa, Ursula suelta una breve carcajada y añade—: Me refiero a mi Adam, es decir, al padre de Adam.

—¿Quiere a Adam?

—Oh, no sé lo que digo. Es un conocido de Adam, simplemente.

Helen acaba el cigarrillo y se agacha para apagarlo en el gran cenicero de cristal que ha colocado en el suelo junto al sillón. La conmoción del mimbre cada vez que ella se mueve, como el sonido de una llama brotando de una mata de espino, pone a Ursula los nervios de punta. Da unos pasos y se agacha para recoger el cenicero —tres colillas, dos de ellas manchadas de carmín, de pie en ebrios ángulos entre un árido charco de cenizas—, pero Helen lo aparta bruscamente a un lado lanzándole una mirada furibunda. ¡Qué odio! Lleva una voluminosa y fea sortija en el dedo medio de la mano derecha: una especie de metal blanco con una piedra lisa y pulida en forma de rombo en la que hay grabada la inicial A con una floritura. Ursula, aún incómodamente inclinada y procurando guardar las apariencias, la mira con exagerado interés; el sobresaliente engaste suscita en su mente una confusa y desagradable sugerencia de heridas.

—Es nueva —dice, incorporándose—. Qué bonita.

Helen se sienta derecha y hace oscilar las piernas sobre el suelo —buscando con el pie la elusiva sandalia—, y lanza una desdeñosa mirada a la sortija.

—Me la ha regalado Adam.

Ursula aventura una sonrisa.

—Ya lo veo.

—¿Cómo? —inquire, fulminándola de nuevo con la mirada.

—La A de Adam.

—No —replica con un movimiento de cabeza rápido, desdeñoso—. De *Anfitrión*. El título de la obra que estoy haciendo. O podría ser la A de Alcmena, mi papel. Me dijo que era para darme suerte aunque en el teatro nunca se desea suerte a nadie.

Sentada al borde del sillón Helen se estira, alzando los brazos en un arco e inclinando a un lado su cabeza rubia encantadoramente estructurada hasta apretarse la mejilla, como un gato, en el hueco del hombro. Ursula percibe el olor de su sudor, cálido y penetrante; casi lo huelo yo mismo, un aroma a gato de algalia y noche de verano. Helen suspira.

—Es tan inocentón, tu hijo —dice con satisfacción, reprimiendo un bostezo. Se pone en pie, se acerca a la mesa y empieza a recoger los platos del postre, amontonándolos con apresurado descuido y haciéndolos resonar. Con otro suspiro, más profundo, añade—: ¡Por Dios!, ¿hay algo más aburrido que una tarde de verano?

—¿Aquí, quieres decir? —inquire Ursula, en tono amable.

—En cualquier sitio.

Ursula se aproxima a la mesa y se pone a recoger las servilletas, pensando en la nieve. Mira al jardín, donde Benny Grace sigue sentado en el peldaño en postura de zapatero remendón, y al verlo una nube le cruza el pensamiento.

—Se conocían muy bien —informa a su nuera—, el padre de Adam y... el señor Grace.

Pronuncia el nombre de Benny con una especie de mueca en la voz.

Helen ha acabado de recoger los platos y ahora está con las cucharillas. Tiene los párpados entornados, parece como ausente. Coge las servilletas que Ursula ha amontonado y las pone sobre la pila de platos. Una siguiendo a la otra, con Ursula en cabeza, llevan las cosas a la cocina y yo me deslizo invisiblemente tras ellas por el pasillo, oliendo aún el felino aroma de Helen. ¿Quién soy ahora? ¿Dónde está mi papá? Basta, basta, soy uno, y todos: Proteo no es el único proteico entre nosotros.

—Eran colegas, en cierto modo —va diciendo Ursula con la cabeza vuelta—. Solo que me parece que tu padre lo consideraba un farsante; el padre de Adam, quiero decir, Adam. Pero luego —se encoge de hombros— supongo que Adam pensó..., piensa que todo el mundo es un farsante, más o menos. Incluso él mismo.

Helen deja los platos en el fregadero y Ursula se queda mirándolos, un revoltijo de recipientes esféricos poco profundos de color blanco resaltando con el tono más gris de la porcelana. Tienen algo levemente simpático, cómico. Le recuerdan —¿qué? — el circo, un payaso en algún sitio, mucho tiempo atrás, haciendo girar media docena de platos en la punta de una docena de palos, todo dando vueltas, los platos, los largos y delgados palos, los brazos extendidos del payaso. El recuerdo parpadea, se desvanece. Helen se quita la fea sortija, la pone en la repisa de la ventana y se enjuaga las manos bajo el grifo. Ursula la observa de soslayo. Las manos son el rasgo menos bonito de Helen, de aspecto huesudo y ligeramente moteadas, los dedos gordezuelos por encima de los nudillos y agudamente afilados en la punta como si se

los hubieran amarrado ahí con hilos invisibles. El sol apenas se ha movido en la ventana. ¿Suena música en alguna parte? Una vez, cuando era niña, no recuerda dónde exactamente, en un espléndido parque o en los terrenos de una gran mansión, Ursula se puso de puntillas frente a una pequeña valla cubierta de musgo y vio el recinto de un jardín, con macizos de adorno y árboles en floración, arbustos exóticos, plantas trepadoras, todo apretujado allí al sol, pródigo y alegre. Ahora, con una optimista mirada al pasado, ese le parece uno de los momentos más agradables de su vida, repleto de promesas de futuro, y lo lleva celosamente guardado en lo más profundo de su memoria, como un joyero en un cajón secreto. Si hoy tuviera que volver está segura de que no alcanzaría a ver por encima de la valla, la habrían hecho más alta, seguramente, o ella habría encogido, aunque sabría que el jardín estaba allí, exuberante y espléndido como siempre, esperando a que otros acudieran a verlo y fueran felices durante un momento.

—Espero —dijo apresuradamente, con la horrible sensación de derrumbarse— que tu obra sea un éxito..., confío..., espero que tengas un gran éxito con ella.

Helen se está secando las manos con un paño de cocina. Ursula la mira con ansiedad, pesarosa y expectante: ¿por qué, se pregunta a sí misma, por qué suelto cosas así, como una idiota?

—¿En serio? —responde Helen en tono apagado, dejando caer el paño sobre el escurridor; está pensando en otra cosa completamente distinta.

Ursula observa nuevamente lo deslumbrante que está, con ese vestido azul cielo y las sandalias doradas, con ese cabello reluciente como un casco bien ceñido a la cabeza.

Mi papá me tira de la manga.

—Sí, sí, en serio —insiste Ursula, sintiendo que sigue cayéndose, como en un sueño—. Te deseo..., te deseo lo mejor.

Helen da media vuelta y sale abstraídamente de la cocina.

Siento la comezón creciente de mi padre mientras nos apresuramos tras ella hacia la sala de música en cuyas cristaleras casi tropieza con su marido, que entra del jardín. Nunca ha logrado acostumbrarse a que se le venga de pronto encima de esa manera. Es como —piensa con irritación— un enorme perro tierno y fervoroso.

—¡Aquí estás! —exclama él, jadeante, cogiéndola por los brazos y sonriendo abiertamente—. Quería decirte..., quería que supieras...

—¿Qué?

Ella se retuerce para desprenderse de sus manos y da un paso atrás.

—Pues, que acabo de decidir...

... *que voy a dejarte*, termina ella por él en su cabeza.

Él no sabe lo que va a decir, lo que quiere decirle. Aún sigue en el mar, bajo la quilla, sentado al extremo de un trémulo tablón. Tiene la sensación de que va a desbordarse, como si él mismo fuera un recipiente que le hubieran encomendado llevar, lleno de un líquido maravilloso del que ni una sola gota debe verterse.

—¿Qué? —pregunta ella de nuevo, con mayor brusquedad—. ¿Qué has decidido? Adam frunce el ceño. Qué extraña su expresión cuando se aparta así de él, hundiendo la barbilla en el pecho y desafiándolo con una mirada glacial, nada sorprendida, como un niño a punto de escuchar una declaración del gran mundo que los adultos consideran trascendental pero que en realidad no es sino aburrida.

—Iba a decir —contesta él, eludiendo la duda y apresurándose—, he pensado que podríamos..., no sé..., he pensado que podríamos mudarnos aquí, después. —Se le sonroja la frente—. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? ¿Que nos mudemos aquí, a Arden? —Suelta una agria carcajada, una especie de bufido, y mira rápidamente por detrás de Adam. Piensa lo mucho que se parece a un escenario iluminado el jardín lleno de sol, deslumbrante, inocente y ligeramente disparatado, y concluye—: Me voy a dar un paseo.

—¿Un paseo? —repite Adam, parpadeando. Esa escenita entre los dos ya le está doliendo en la memoria, como si hubiera concluido y la estuviera recordando.

—Sí, un paseo, ¿te parece bien?

—Pues claro, desde luego —ríe Adam, la frente ardiendo ya—. ¿Puedo acompañarte?

Aunque Adam no se ha movido, ella tiene la sensación de que oscila de un lado para otro en el umbral para no dejarla pasar.

—Tu madre está borracha otra vez —le informa—. Será mejor que te ocupes de ella.

Por un momento parece que va a ponerle de nuevo las manos en los brazos, con más brusquedad esta vez. Pese a su azorada sonrisa y ansia perruna a ella le da un poco de miedo, tan grande y alarmantemente rubio, tan perspicaz a veces, como ahora. Las puntas de su barba incipiente le brillan en el mentón y las mejillas como si le hubieran arrojado un pellizco de arena roja que se le hubiera quedado pegada a la cara. Se imagina que la golpea, ese puño percutiendo en hueso.

... ¡ah, qué sueño!

Estábamos en la dorada cumbre de un monte,
nosotros dos, solos tú y yo, y alrededor
el aire era azul, inabarcable, ¡y tan suave!...

¿Veis cómo hace mi papá, metiéndoles en la cabeza toda clase de figuraciones para distraerlos y confundirlos? Ella empieza a recordar algo del sueño de amor que ha tenido al amanecer y luego se le olvida. Pero siempre recordará este día, es decir durante todo el tiempo que un mortal pueda recordar cualquier cosa.

Cejijunto ahora y súbitamente desvalido, su marido se quita de en medio para dejarla pasar. Cuando cruza el umbral, intenta ansiosamente cogerla de la mano pero ella lo aparta y se marcha.

Para llegar al jardín desde la sala de música debe cruzar un patio cerrado y

adoquinado y salir por una verja. Después hay otro patio, donde está el corral, y con frecuencia las gallinas se escapan y pasan entre la verja hasta aquí porque les gusta picotear entre los adoquines, en donde debe de haber lombrices, o gusanos, o algo así. A Helen la ponen nerviosa esas aves barrocas y excitables, con sus trémulas carúnculas, la forma en que la miran con malévola presunción, y ese lento y pensativo gargarismo que hacen ruidosamente con el gáznate. Sus excrementos son multicolores, negros y blancos como el yeso —¿qué comen?—, verde oliva y otro verde brillante, sedoso, y un horrible y refulgente castaño oscuro. Avanza cautelosamente, teniendo cuidado con las sandalias. La verja se resiste al abrirla, arrastrándose y chirriando sobre sus herrumbrosos goznes.

Los dos que ha estado observando desde el invernadero siguen donde estaban, en el peldaño que baja al jardín, en extraño consorcio, uno alto y elegante y el otro gordo, calvo y jorobado. Benny Grace la está mirando de soslayo, y ella ve que sonrío para sí. Se ha vuelto a quitar zapatos y calcetines: ¿le pasa algo en los pies? Roddy Wagstaff finge deliberadamente que no la ve mientras ella se acerca. Con las sandalias siente la hierba, es fresca y húmeda, y le cosquillea deliciosamente los pies. Debido a que esta parte del jardín está a un nivel más bajo, el sol que baña los árboles parece brillar en ángulo agudo, como si iluminara agua en vez de aire. Un viento errabundo, suave y descentrado, susurra entre los árboles y hace campanillar sus hojas: son oscuras y brillantes en la copa y entre verdes y grises por abajo. El verano parece una imponente altura, una eminencia azul que campea sobre el día. Fijaos en cómo todo se detiene un momento, aquí, en esta veteada arboleda, donde ahora hasta la brisa se ha calmado. Este respiro es un regalo del dios, vuestro menos que humilde servidor.

Helen está pidiendo un cigarrillo a Roddy Wagstaff. Él inclina sobre ella su melindrosa sonrisa y acciona con un ruidito seco la estrecha pitillera de plata y se la ofrece abierta en la palma de la mano. En el aire quieto y destellante palidece la llama de su mechero. Ninguno de los dos presta atención a Benny Grace, sentado en el peldaño con la cabeza a la altura de las rodillas de ellos, mirándolos con ojos entornados, cordial y burlón. Fuman en silencio durante un rato, sin tenerlo en cuenta —bien podría ser un adorno del jardín, por todo el caso que le hacen—, y entonces, juntos, sin decir nada, bajan el escalón y se alejan por el césped.

—Ese individuo —murmura Helen—, ¿quién es, lo sabes?

—Hmm —Roddy se encoge de hombros—. Cuando has venido me estaba contando una historia, sobre Grecia, creo, de que estaba allí en lo alto de una montaña, haciendo no sé qué. No he logrado entender nada. ¡Y esa empalagosa sonrisita que tiene! —Se interrumpe, alza un pie y examinándose el zapato frunce el ceño—. ¿Cómo puede estar húmeda la hierba? Hace semanas que no llueve.

—Parece que nadie sabe quién es —insiste Helen.

Llegan a un terraplén vertical cubierto de hierba —antiguamente debía de ser como una tapia que limitaba el jardín— y se detienen a terminar los cigarrillos.

Cuando giran la cabeza y miran a lo largo del césped, Benny Grace sigue sentado donde lo han dejado, entre los dos pilares de piedra, un homúnculo desdibujado, los pies descalzos cabrilleando blancamente al final de las perneras de sus pantalones negros, y ella piensa en ratas y canalones.

—Me da grima —dice ella, con un escalofrío voluntario.

Se vuelven y caminan hacia la esquina del jardín, donde el terraplén se convierte en una rampa por la que tienen que subir gateando —ella espera que Roddy le ofrezca la mano, pero no lo hace— y se encuentran en un sendero de grava salpicado de hierbajos que discurre serpenteante junto a otro grupo de árboles. Son hayas, le explicó alguien, a ella le gusta saber el nombre de las cosas, incluso de las que no le llaman la atención. Tienen lo que a ella le parece un aspecto resentido, irguiéndose al sol sobre su cabeza y moviendo las altas cabezas despacio y arrogantemente de un lado a otro en la escasa brisa que corre. A su sombra hace un fresco agradable, sin embargo, y también reina una súbita calma, el aire amortiguado por los voluminosos y oscuros haces de follaje. La blanca estela de un avión a reacción abre una cremallera en lo más alto del cielo, velozmente, sin ruido. Ella no tenía intención de dar un paseo, eso ha sido algo que ha dicho para alejarse de su marido, pero ahí está, caminando por esa senda bajo los árboles en una tarde de verano, como una de esas mujeres de Chéjov, y en compañía de Roddy Wagstaff, incluso, que más le parece un personaje teatral que una persona viva, de carne y hueso.

¿Qué quería decir Adam sobre lo de mudarse aquí...?, no hablaría en serio, ¿verdad? ¡Las cosas que sueña, las ideas que se le ocurren!

Ella siempre ha querido ser actriz, desde que era pequeña y se vestía con la ropa de su madre y hacía pantomimas delante del espejo del guardarropa, acicalándose y adoptando posturas y dando zapatazos. Más adelante concibió el escenario como un sitio de superación, de realización personal, y sigue considerándolo así. Está convencida de que mediante una acumulación de influencias, los papeles que interpreta, incluso los personajes mezquinos o malvados, la irán moldeando y transformando poco a poco en otra persona, seria, profunda y distinguida. Es como maquillarse, pero con un maquillaje mágico y permanente, que no se quitará, sino que seguirá aplicándose, capa tras capa, cuidadosamente, hasta que haya conseguido su aspecto verdadero, su auténtico rostro. Sabe lo que la gente opina de ella, que es dura de corazón, despiadada, ambiciosa, y no se equivocan, ha de reconocerlo, pero lo que desconocen —porque desde luego no se lo dirá a nadie, ni siquiera a Adam, sobre todo a él— es esa idea que ha acariciado desde el principio, la idea de que está destinada a ser algo más de lo que es. Ese, debemos suponer, es el origen de su interés hacia Roddy Wagstaff. Es como ella, sin realizar del todo aún, sin ser plenamente la persona que será algún día. No tiene olor, eso es algo que ha notado. Hay olores en torno a él, sí, el aroma a humo de tabaco, por ejemplo, y a jabón o colonia o algo, a otras cosas también, pero del propio Roddy, del hombre de carne y hueso, no ha percibido ni rastro, lo que contribuye a la sensación que tiene de él

como algo hueco, como algo potencial más que como una presencia real. De modo que hay una especie de afinidad, al fin y al cabo, porque eso precisamente es lo que ella es: potencial puro, en estado de perpetua transformación, avanzando con paso seguro hacia su propia identidad, a convertirse en su auténtico yo.

El sendero bordeado de árboles los ha llevado sin que Helen se dé cuenta al otro lado de una amplia curva, y el jardín ya ha desaparecido de la vista, aunque tiene una punzante sensación entre los omoplatos, como si la mirada de Benny Grace siguiera fija en ella, en cierto modo. La casa ofrece desde ahí una vista desconocida. Desde ese ángulo la mansión tiene un aspecto más demencial que nunca, toda vertientes y rinconadas y ventanas de formas extrañas; parece más, a sus ojos, una iglesia que una casa, pero una iglesia de algún lugar atávico, primitivo, donde la religión se ha convertido en una secta y los sacerdotes han debido permitir que los fieles veneren a los viejos dioses junto al nuevo.

Roddy está preocupado otra vez por sus zapatos, y se detiene continuamente para observarlos, chasqueando la lengua con disgusto. Son estrechos y puntiagudos, de un horrible marrón amarillento, como un tofe chupado. Se queja de que el cuero va a abombarse allí donde ha calado la humedad del césped, entre las costuras.

—No ha visto la hierba desde que aún formaba parte de la vaca —dice con el entrecejo fruncido. Helen suelta una breve carcajada y rápidamente se tapa la boca con la mano. Es consciente de su escandalosa risa: siempre se le escapa antes de que pueda evitarlo y le produce un sobresalto embarazoso. Roddy vuelve la cabeza y la mira, inseguro, ligeramente alarmado. No ha pretendido ser gracioso. No le atraen los chistes, ni los entiende ni sabe para qué sirven.

Frente a ellos el sendero tuerce bruscamente y conduce a un oscuro bosquecillo. Debe de ser, piensa Helen, el bosque que ha visto esta mañana por la ventana del baño, el que nunca había logrado descubrir, aunque jamás se había puesto a buscarlo. No titubea sino que sigue adelante sin comentarios, y aunque Roddy se ha quedado algo atrás pronto acelera de nuevo el paso y la alcanza, y ahora pasan juntos bajo una especie de arco formado por hiedra y zarzas que parece el portal de una iglesia. En el interior del bosque el día es de pronto diferente: más oscuro, desde luego, debido a la sombra, pero da una sensación distinta, también, parece atento, casi vigilante. Hay un olor como a hongos, y el aire que naturalmente debía ser verde, habida cuenta de toda esa vegetación, tiene en cambio un matiz azulado, como si hubieran dejado apagar una hoguera y el humo se dispersara tenuemente alrededor. Cuando Helen se fija más, sin embargo, ve que en realidad no hay tanto verde, salvo muy arriba, donde crece el follaje, porque por abajo lo que impera es el pardo: de la madera, del abrojo, de la arcilla. Un pájaro surge de un arbusto y se aleja volando rápidamente, con un silbido agudo. El sendero desaparece y el terreno se hace esponjoso bajo los pies, como un trampolín que se ha aflojado. Ella piensa en Hansel y Gretel: ¿eran esos los niños del bosque, o son de otro cuento? Dejan un rastro de migas de pan para encontrar el camino de vuelta pero se las comen los pájaros y acaban perdiéndose. ¿Y qué pasó

luego? Trata de acordarse pero no lo consigue. Había una bruja, probablemente, siempre la hay, acechando en el bosque.

La naturaleza hay que ver lo impasible que es, lo indiferente. Los árboles, ese aire liliáceo, las zarzas caídas y las pegajosas enredaderas, nada los percibe a ella y a Roddy moviéndose en su entorno; ni siquiera al musgo que pisa le afecta al pie con que lo aplasta. Los gritos de los niños perdidos se disiparían en este lugar; ni siquiera su sangre mancharía el suelo, o tardaría mucho en mancharlo, porque quedaría absorbida como todo lo demás, como el rocío, como la lluvia. Sí, se maravilla de cómo sigue todo a lo suyo, sin necesidad de reparar en nada ni de responder a nada. Pero entonces se le ocurre que no hay continuación que valga, en realidad, y lo que pasa es que esas cosas no son indiferentes, porque eso significaría que pueden ser algo distinto, que los árboles podrían volverse a mirarlos, que las plantas trepadoras podrían alargarse como manos y agarrarlos de los tobillos, que las zarzas podrían moverse rápidamente y azotarlos en la espalda como flagelos, y jamás ocurrirá nada parecido. Porque la naturaleza, querida mía, no tiene objeto, salvo quizá el de no ser nosotros, es decir, tú.

Ya han llegado al corazón del bosque y hay un pequeño —¿cómo lo llamaría?—, un pequeño cenador, bajo un toldo abovedado de zarzas y enredaderas y olorosas madreselvas y otras cosas todas revueltas.

—Ah, debe ser el famoso pozo sagrado —dice Roddy Wagstaff, y por algún motivo suelta lo que parece una carcajada nerviosa.

¿Un pozo? Al principio Helen no ve ninguno pero luego lo descubre. No hay construcción alguna, ni ladrillos ni piedras apiladas, solo la superficie del agua, rebosante y quieta, como un oscuro círculo de metal bruñido inserto en el suelo, con musgo intensamente verde alrededor. Ahora también ve los rosarios, a docenas, colgando entre las enredaderas y las flores de madreselva, y hay trozos de estampas sagradas sujetas de las pequeñas ramas y colgando de las espinas, de la Virgen María y el Sagrado Corazón, y fotografías de gente también, sucias y arrugadas: una niña con trenzas vestida de primera comunión, una mujer desdentada entornando los ojos frente al sol, un jovencito arrogante con uniforme del ejército, la gorra en la mano. Qué dominios tan callados aquí, a la vez tensos y etéreos, como si algún sonido esperado hace mucho, un grito o una llamada, no hubiera llegado, y nunca lo haría ya. Todo tiene una sensación líquida bajo el dosel densamente enmarañado. El aire es húmedo y fresco, y entre el musgo hay piedras negras salpicadas de mica que reluce húmedamente, y en algún sitio hay algo que gotea con un eco continuado. Frente al pozo se ha previsto un sitio para sentarse, un estrecho y pequeño banco con patas metálicas desigualmente embutidas en cemento. Tarda un momento en ver que el asiento es un pupitre de los que antiguamente había en los colegios. Roddy le está contando que la gente de las granjas y pueblos de alrededor sigue viniendo al pozo para rezar.

—Incluso celebran una procesión en mayo, me parece —añade maliciosamente,

con una sonrisa burlona, y que su suegro ha intentado vanamente suprimir el derecho de paso por el bosque. Ella apenas lo escucha, viendo cómo el polvo desciende perezosamente por un estrecho rayo de sol que atraviesa las hojas.

Se sientan en el estrecho banco. Ella ve que pese a la aparente quietud de la superficie un poco de agua rebosa continuamente por los lados; corre entre el musgo a sus pies, en un caudal sigiloso y abundante. ¿Adónde va? El rayo de sol se va desvaneciendo, como la hoja de una espada replegándose sobre sí misma, y sin embargo deja el aire levemente luminoso en su estela. Roddy le ofrece la llama de su mechero. Ella no recuerda haberle cogido un cigarrillo pero ahí lo tiene, entre los dedos, un objeto blanco y delgado, sin filtro, y el aroma del tabaco evoca algún lugar exótico. Se imagina un despeñadero, un árbol retorcido y lejanías polvorientas, doradas, voces cantando débilmente, manos unidas en círculo, un corro bailando en un día de verano en el verdor de un claro. La grávida inconsistencia del humo cuando lo traga le raspa en el fondo de la garganta. La sensación de que la observan es más intensa ahora.

—No le caigo bien a tu marido —declara Roddy con extraña voz, diferente de la suya, y como hablando de muy lejos.

Ella observa el agua que desborda el pozo y pregunta:

—¿Por qué piensas eso?

—Porque está celoso.

—¿Adam? —Se echa a reír, luego vacila, se estremece, y su voz se convierte en un murmullo—. ¿De quién tiene celos?

No lo está mirando. Aunque él no se mueve da la sensación de que la atrae hacia él, tenso y como angustiado.

—Qué paz hay en este sitio —observa él—. ¿Sientes la presencia del dios?

—¿De qué dios? ¿A qué te refieres?

Atisba, entornando los ojos, entre el follaje de detrás del pozo, creyendo ver una cara, que entonces desaparece. Se ha acabado el cigarrillo, aunque persiste su regusto acre y perfumado. Cuando vuelve a hablar, la voz de Roddy es grave, pero con un eco suave y trémulo.

—Te acordarás de esto cuando todo lo demás se desvanezca, de este momento, aquí, juntos, frente al pozo. Habrá ciertos días, y algunas noches, en que sentirás mi presencia cerca de ti, oirás mi voz. Pensarás que lo has imaginado y sin embargo, en tu interior, percibirás un grito de respuesta. En los atardeceres de abril, cuando cese la lluvia, se te estremecerá el corazón, llorarás por nada, desfallecerás por lo que no está. Para ti, esta vida nunca será suficiente, siempre habrá un vacío, donde una vez el dios estuvo completamente en ti.

Ella se remueve, con un sobresalto: ¿se ha quedado dormida? Siente como si fuera a desmayarse y pone la mano en el brazo de Roddy, riendo un poco, llena de confusión e impreciso desaliento.

—Disculpa —le dice—, creía..., estaba pensando... en algo del diálogo... de

la...

Él dice su nombre, la boca junto a su mejilla; ella vuelve la cabeza para seguir hablando pero él la besa en los labios abiertos, la lengua quemándole en la suya. La sorpresa la invade, una especie de grito, como una risa. Ella tiene los ojos abiertos y el también. ¡Qué mirada la suya, directa al alma! Y sus brazos, dos arcos etéreos que la ciñen estrechamente. Intenta apartarse, diciéndole algo en la boca, su boca dorada. Algo rebulle en lo más hondo de su ser, un brote de algo que se remueve. Al fin la suelta y ella da una gran boqueada —«¡Oh!»— como un ahogado salvado de pronto.

qué otro yo es...

Helen se recuesta en el asiento, sin saber qué hacer, jadeando, los brazos abiertos, los labios aún diciendo un ¡Oh! silencioso. Él parece tan sorprendido como ella, parpadea, frunce el entrecejo, se lleva los dedos a los labios como buscando un rastro de ella. Helen se pasa la mano por el pelo, la mejilla, la boca.

—¿Quién te has creído que eres..., dime?

—No sé... —Roddy se estremece y saca un pañuelo y se limpia los labios. ¿Qué es ese popurrí que suena en el aire, de caramillo y tamboril, clarín y flauta, qué voces cantan mientras se retira la rutilante cabalgata?—. Lo siento.

Ella se levanta del banco y con un movimiento fluido, de bailarina, le cruza con fuerza la cara de un bofetón. Él se echa atrás, la mira fijamente y entorna los ojos. Ahora solo es él, el dios ya lo ha abandonado. El aire se oscurece. Quiere hablar. Un trueno como el restallido de un latigazo resuena justo encima de sus cabezas, aparentemente sobre la copa misma de los árboles.

¿Un trueno? ¡Sí!

Ay, papá.

Benny Grace oye el trueno y sonríe. Suena cuando él cruza furtivamente la sala de música desde la entrada del jardín a la puerta interior. Para ser una criatura tan mal hecha, se mueve primorosamente cuando quiere. Ahora se detiene, aguzando el oído. Fuera todo se ha quedado ansiosamente en silencio, por la conmoción del gran grito airado del dios. Dentro de un momento nuestro fiel mirlo intentar  salpicar con sus líquidas notas el aire ensombrecido y de pronto opresivo, y entonces vendrá el primer susurro de lluvia, el más tenue, como el roce de los dedos de un ciego leyendo en braille.  De dónde salen las nubes, cómo se han presentado de forma tan inadvertida? Benny sabe que una deidad celosa se lo ha ordenado. Sigue adelante, aún sonriendo para sí. Va descalzo y lleva los cuarteados zapatos en la mano, cada uno con un calcetín fl ccido de sudor remetido bajo la lengüeta. Un faldón de la camisa se le ha salido de la cintura de los pantalones y no lleva todos los botones de la bragueta abrochados.  Ad nde va? A dondequiera que su capricho lo lleve, mientras sea en mi dirección. El aire acallado es su elemento.

Qué curioso lo indecisos que nos mostramos cuando nos adentramos en su mundo, tímidos entre los seres que hemos creado.  Es que nos preocupa dejar calamitosamente alterado el orden de las cosas? Todo queda exactamente igual que estaba antes de nosotros, ni piedra removida ni ángulo desplazado, todos los tepes repuestos. Esa es la norma que los dioses deben cumplir.  He dicho dioses, he dicho cumplir? Menudos dioses estamos hechos, cuando debemos plegarnos a una necesidad humana. Pero incluso nuestro avatar, el uno y trino de una epifanía posterior, pierde la omnipotencia que le atribuis por el simple hecho de que lo único que no puede hacer es dejar de existir por la fuerza de su voluntad, como uno de los padres del desierto, en este momento no recuerdo cuál, puso inoportunamente de relieve para morir enseguida lapidado — o fue crucificado?— por su imprudencia. Todo es cuestión de demarcación, de división del trabajo, un don, un dios. Nosotros también tenemos nuestras jerarquías, nuestros coros, tronos, todo eso. Serafines. Querubines. Pero  qu  digo? Estoy mezclando las huestes celestiales.

Mi mente da vueltas y vueltas.

Benny Grace cruza de puntillas la sala de música y arranca con las plantas húmedas pequeños y desagradables chasquidos al parqu . Su elemento, s , ese silencio posterior al trueno y anterior a la lluvia y la líquida y súbita canción del pájaro. A todos nos ocurre lo mismo; en eso es en lo que nos reconocemos como más ciertamente reales, en esos pequeños fallos, esas pequeñas arrugas en el tejido de nuestra creación. Porque no estamos entre vosotros, no en el sentido literal de estar aquí, por mucho que yo afirme lo contrario. Para nosotros, vuestro mundo es lo que un mundo espejeante sería para vosotros. Un lugar pulido, cristalino, claro y centelleante, con todo tal cual es a este lado, solo que invertido, e infinitamente inalcanzable. El mundo como espejo, en efecto, y solo eso. De ahí nuestra melancolía, nuestra malicia, también:  oh, dar un puñetazo a esa lámina indiferente y pasar bruscamente al otro lado! Pero lo único que encontraríamos sería mercurio.

¡Mercurio! Mi otro nombre, uno de mis otros nombres.

Hablando de tepes, una vez tuve la misión de reemplazarlos. Bueno, no era una misión, aunque montaba grandemente en cólera con quienes los dejaban donde estaban, húmedos y rugosos, como zurullos recién salidos de un apretón. Eso era cuando vivía en la ladera de aquella colina de Haggard Head, sobre el mar, y mi jardín, por llamarlo así, lindaba con el séptimo hoyo —o se dice *green*, ¿el séptimo *green*?— de un campo de golf público, donde todo el mundo podía alquilar un juego de palos a tanto la hora y no había que pagar por jugar. El sitio estaba generalmente desierto, salvo por algún que otro jubilado solitario, practicando su *swing* en la húmeda hora del amanecer o el crepúsculo, pero los fines de semana y días festivos jóvenes asilvestrados venían de los barrios bajos de la ciudad en tren y autocar y agitaban violentamente los brazos por el campo como otros tantos molinos de viento ambulantes y defectuosos. Yo nunca he sido golfista, hay que decirlo, pero me acostumbré a pasear por el *link* —otro bonito término técnico, como tepe— sobre todo en los días, cada vez más numerosos, en que se me agarrotaba la mente y no podía trabajar. Me dolía ver las calles troceadas y excavadas. Los tepes, recuperados y vueltos a colocar boca arriba, se parecían ahora a cabelleras verdes, o a peluquines, quizá. Producían un chapoteo de satisfacción cuando volvía a meterlos en el suelo. ¿Qué creía que estaba haciendo, al arreglar ese trozo de epidermis de la pobre tierra? Pero aprecio el mundo, es cierto, ¿acaso no lo he dejado ya bastante claro? Debería haber sido poeta, tal vez, para cantar alabanzas a los narcisos y adorar a las alondras. Habréis observado cómo se me dan las palabras, algo supuestamente raro en un hombre de mi ocupación. Las palabras son muy agradables, complacientes, y capaces de adaptarse sin dobleces, a diferencia de los números, con su fastidiosa insistencia en querer decir únicamente lo que dicen y nada más. Pero lo que los números tienen y les falta a las palabras es rigor, y el rigor es lo que me sedujo desde el principio, la promesa de algo firme en un mundo impreciso. Todo parecía muy sencillo al principio. Me encantaba el procedimiento, la lenta acumulación de muchas partes diminutas en una vasta y espléndida fruslería cuya delicia radicaba en su absoluta inutilidad. ¿Qué importaba si algún otro, un simple técnico, extraía de mi engranaje un erizado filamento que encajaba perfectamente en un hueco de sus máquinas infernales? ¡Aplicad mis ideas, aplicadlas!, eso pregonaba yo. Y a ello se dedicaban todos, adaptando mis etéreos caprichos para concebir toda clase de asombrosas y útiles invenciones, desde la conversión de agua salada en una inagotable fuente de energía hasta cohetes que surcarán el tejido del tiempo. No me sentaba muy bien, desde luego; siempre es así entre los de mi clase. Benny me lo advertía, pero yo nunca lo escuchaba. Benny simula ser un hombre del pueblo, aunque es igual que yo en su ser más profundo. Todos somos iguales, todos somos del Olimpo. Debemos celebrar todo lo que signifique alegría y vitalismo y ligereza, y eso hacemos aunque, oh, qué fríos somos.

He dejado a Benny atascado en medio de esa habitación, con la luz de la tarde

eclipsándose y la lluvia a punto de caer. Viene a verme, sin prisa. Que se entretenga un rato por ahí, hay tiempo de sobra, yo no voy a ninguna parte, todavía no. De pronto siento un compungido afecto hacia él, pobre criatura nada encantadora, como antes lo sentí por mi hijo: debo de estar ablandándome, precisamente al final. Benny es un solitario, también eso tenemos en común.

Llega al enorme vestíbulo central. La acuosa luz de ahí es gris ostra y centellea débilmente en las pulidas baldosas y en los cristales de los cuadros. Un espejo inclinado se ha quedado boquiabierto en mudo asombro ante todo lo que ve. La lluvia ya es un tamborileo continuo, monótono, como si el día de verano hubiera recibido otra tarea, grave y sombría, y el techo de cristal de allá arriba chorrea y reluce trémulamente, los paneles de vidrio con un oscurecido matiz verde mar, y todo lo de abajo está anubarrado. Percibe la cercanía de otra criatura, y mira a su alrededor, alerta. Rex, el perro, está agazapado bajo un viejo sofá a rayas que está junto a la pared al lado de una maceta con una palmera. Jadea y tiembla, y le caen grandes gotas de la punta de la lengua, porque le aterrorizan los truenos. Benny se agacha y le habla, pero el perro solo gruñe enseñando los dientes. «De acuerdo, muy bien», dice Benny en tono indulgente, poniéndose en pie. «Vale». Se dirige al arranque de las escaleras, y se pone a escuchar, estirando el cuello para oír lo que pasa en la planta de arriba; ¿es el ruido de la lluvia o está hablando alguien, en un runruneo levemente irritado que sube y baja de tono? Ascende tres peldaños, se detiene, vuelve a escuchar. Es sin duda una voz, un murmurmur, que suspira, grita quedamente, vuelve a murmurar. Eso es lo que le encanta a Benny, lo que gusta a todos los dioses, escuchar a escondidas la vida secreta de los demás. Mirad cómo sube sigilosamente la escalera, la cara ansiosamente levantada con una gota de lluvia destellando en su breve nariz, el carnosos puño ascendiendo a saltitos por la barandilla, como un pálido y encorvado sapo. Podría hacerle dar un traspié, bajarle los pantalones hasta las rodillas y mandarlo rodando de culo hasta que dé con su rechoncha cabeza en esas baldosas blancas y negras. Pero no lo haré.

Tiene que recorrer tres lados de la galería antes de averiguar de dónde viene la voz. Una puerta está convenientemente entreabierta. La penumbra reina en la habitación, que tiene las cortinas echadas. Ella está tumbada en un sofá arrimado a la pared con una manta marrón que la cubre hasta la garganta. Tiene los brazos fuera de la manta y aferra algo contra el pecho, algo sin forma, suave y de color rojo. Su hijo, sentado a su lado en una silla pequeña, le pasa una de sus manazas por la frente, con mucha suavidad, acariciándola una y otra vez. Ursula tiene los ojos cerrados. Murmura un galimatías de palabras, entre abundantes suspiros, frecuentes lamentos. La lluvia resuena furiosamente contra la ventana invisible, retumba sobre el techo acristalado. Benny se aprieta contra la pared, todo ojos y oídos. ¿No es una escena pintoresca? Un momento de Watteau, podría ser, esos personajes en su ambiguo asunto, bajo una luz incierta, cuando languidece el día. Dejémoslos ahí, a los tres, por ahora, la desmadejada señora y el hombre que la atiende, y el que escucha en el

umbral, un bufón entrometido.

¡Cielo santo, vaya chaparrón! Helen está empapada, hasta los huesos, el vestido con grandes manchas azul oscuro y pegado a las rodillas, los muslos, los pechos. Llega aturullada, parpadeando para quitarse la lluvia de las pestañas y riendo, y la puerta de la cocina se cierra de golpe a su espalda. Hasta la húmeda cinturilla de las bragas le da escalofríos en el vientre.

—¡Fíjate cómo estoy! —grita con alegre consternación, levantando las manos y agitando los dedos, salpicando las baldosas con gotas de agua del tamaño de monedas. Ivy Blount, sentada a la mesa pelando guisantes, la observa un momento sin moverse y su rostro refleja la luminosidad sin merma de la desaliñada joven, porque la lluvia solo la ha hecho más radiante, tiñéndole de rosa toda la piel y poniéndole en el pelo el lustre del trigo. Agitando los pies se quita las embarradas sandalias y con las manos en la espalda se desabrocha con esfuerzo los primeros tres botones del vestido: válgame el cielo, ¿es que se lo va a quitar? Mi padre se va a desmayar, si lo hace. Pero, un momento, Ivy no está sola. ¿Quién anda haraganeando junto al aparador de roble? ¿Eres tú, Duffy? Ajá, mi atrevido holgazán. Tiene un aire avergonzado y parece aturdido. El aspecto de alguien a quien le han aceptado una proposición de matrimonio que no recuerda haber hecho. Ivy tampoco parece la misma: hay un rubor febril en sus mejillas y su mirada es rápida y brillante. ¿Lo han dicho ya, han apalabrado el compromiso? Eso parece, creo adivinar pétalos de rosa en el aire y cántico de epitalamios. Qué astuto casamentero estoy hecho, después de todo.

—Voy por una toalla —dice Ivy.

Se levanta de la silla de cocina con respaldo en forma de lira, pero titubea un momento, mirando detenidamente al cuenco medio lleno de guisantes siniestramente relucientes, que es una forma de no mirar a Duffy, da luego media vuelta y sale con paso rápido de la habitación. Duffy tampoco sabe adónde mirar: me parece que cree que Helen podría estar efectivamente a punto de quitarse el vestido húmedo, lo que sin duda habría requerido otra aplicación de sales. Ella se acerca al fregadero, se inclina y se alisa bien el pelo con la palma de las manos, dejando escurrir algunas gotas sobre los platos. La lluvia luminosa serpentea en la ventana, avivándose, emitiendo fosforescencias. Duffy desvía la mirada de su trasero incitantemente empinado; es un poco caballero, después de todo, a su áspero modo. Me he burlado de él, y he usurpado su cuerpo, enardeciéndole falazmente, pero no le deseo ningún mal. Confío en que se case con Ivy. Espero que sean dichosos, en el tiempo que les queda; aunque más joven que su presunta novia, tampoco es un pimpollo, como diría amargamente su mamá. Sí, les deseo felicidad, en la medida en que los mortales son capaces de alcanzarla. Duffy, como Ivy, ha llevado una vida difícil, una prolongada y triste soltería en esa horrible casa al otro lado de la colina, removiéndose con inquieta

agenesia bajo la férula de su celosa madre, que había sido objeto de golpes por parte de su madre y abusos de su padre, quien, a su vez, había recibido un trato similar de sus progenitores, y así sucesivamente hasta Adán y Eva, que sin duda maltrataban a su espuria prole, obligándola a participar en una orgía incestuosa para que la raza humana floreciese y poblara la tierra entera. Pero las expectativas de Duffy son modestas, como lo son las de Ivy; tienen esa ventaja al iniciar su aventura en común, porque las inevitables decepciones de la vida matrimonial no los afectará tanto como si fueran jóvenes y soñadores. ¿He mencionado que Duffy es analfabeto? Su madre —a propósito, pensaba que no volveríamos a mencionar a esa bruja— no apreciaba mucho lo de ir al colegio, ya que ella había ido muy poco. Oculta su falta de letras mediante diversas estratagemas, cuya invención le ha costado más esfuerzo del que habría empleado en aprender a leer, pero que poseen tal sutileza y poder de convicción que hasta Ivy desconoce su vergonzante secreto. Ya está preocupado por cómo va a firmar el acta de matrimonio. Pero todo saldrá bien. Intercederé ante Hera, mi madrastra, cuyo ámbito abarca todas las cuestiones conyugales, y haré que se las arregle para que Duffy confíe su secreto a Ivy la noche anterior a la boda, y juntos pasen una hora feliz sentados uno al lado del otro a la mesa de la cocina de Ivy, cubierta con un hule, con la cabeza inclinada y casi tocándose con la frente a la luz de la lámpara, mientras la tierna mano de Ivy guía la de Duffy al tiempo que él garabatea laboriosamente, con lapicero, una y otra vez hasta hacerlas perfectas, las mágicas letras de su nombre. Más que la boda en sí, esa pequeña ceremonia bajo la lámpara, enteramente silenciosa salvo por el suave rasgueo del grafito sobre el papel, señalará el verdadero comienzo de su vida en común. Sí, sí, lo tengo todo planeado.

Helen se vuelve del fregadero y le pide un cigarrillo a Duffy.

—Yo no fumo —le explica—, por eso nunca compro tabaco.

Duffy adopta una expresión leporina y se pasa la punta de la lengua por el labio inferior: ¿le está tomando el pelo?

—Solo tengo de liar —contesta él—, mostrándole la lata de tabaco que lleva en el bolsillo y volviéndosela a guardar enseguida.

—Líame uno, entonces —le pide ella, encogiéndose de hombros.

Aún más alarmado por eso, da un cuarto de vuelta y permanece inmóvil, con la mirada perdida.

—Oh, es igual —dice Helen—. Ya me dará alguien uno de verdad.

Él asiente con la cabeza, aliviado. Ella da un paso y, apoyando la cadera en la mesa, pasa los dedos de una mano por el tablero como si los pronunciados surcos de su gastada superficie fueran las cuerdas de un arpa.

—¿Por qué tarda Ivy? —murmura—. Estoy verdaderamente empapada. —No parece darse cuenta de que los botones de la espalda del vestido siguen desabrochados, lo que permite a Duffy la visión de un tenso tirante elástico de color blanco. La lluvia amaina y en el jardín el mirlo está gorjeando su despreocupada y lancinante canción—. ¡Maldita sea! —exclama sin énfasis, lanzando una mirada

ausente por la habitación. Nunca ha dado una bofetada a un hombre y en su interior aún resuena una nota discordante por la excitación del momento. Se siente como si el bofetón se lo hubieran dado a ella. ¡Pobre Roddy! Le hace gracia recordar cómo retrocedió en el banco con un temblor casi pudoroso, mirándola con ojos como platos, apretándose la mejilla con la palma de la mano. Se sorprendió al fijarse en sus manos, pálidas, de dedos largos y afilados, como las de su suegro, su belleza únicamente desfigurada por las uñas mordidas. Se sorprendió asimismo por la marca tan lívida que le quedó en la mejilla, por lo rápidamente que se le extendía. No pretendía darle tan fuerte; en realidad, no había querido golpearlo en absoluto, simplemente pasó, por las buenas. Pero ¿en qué estaría pensando para besarla así? Se pregunta si se lo debe contar a Adam. ¿Qué haría él? ¿Amenazar a Roddy con una fusta, desafiarlo en duelo? Ahora lamenta haber hablado a Roddy de la obra, y sobre todo haberle dicho que escribiera una crítica. No es que se tratara enteramente de una broma, porque la producción necesitaría toda la publicidad posible. Y ahora, desde luego, si escribe algo seguro que se vengará de ella; está convencida de que es de esa clase, mezquino y resentido. Pero, bueno, dice para sí, al fin y al cabo le he dado un bofetón, y entonces le hace aún más gracia.

Con el rabillo del ojo ve que Duffy empieza a marcharse cautelosamente pegado al aparador en dirección a la puerta trasera. Se pregunta dónde estará Roddy ahora. Salió a toda prisa del bosque antes que ella, con zancadas furiosas y aún limpiándose la boca con el pañuelo, como si tuviera un sabor amargo del que no pudiera desprenderse. Se pregunta si se habrá mojado tanto como ella; en ese caso, se le habrán echado a perder los zapatos.

Ivy vuelve al fin, con una enorme toalla blanca doblada en los brazos. Se detiene un momento, captando algo en el ambiente, y pasa la mirada de Helen a Duffy y al revés, y entorna los ojos.

—Ah, eres un ángel —le dice Helen, cogiéndole la toalla y empezando a frotarse vigorosamente el pelo.

—Venga, deme eso —dice Ivy, no sin ternura, recuperando la toalla y haciendo que se siente a la mesa.

Duffy, avanzando furtivamente, casi ha llegado a la puerta, pero se detiene a observar a las dos mujeres, Helen voluptuosamente desplomada con las manos caídas sobre las piernas y la espalda del vestido desplegada como dos pequeñas alas azules, mientras Ivy, inclinada sobre ella, toda huesos y con el pelo hecho una maraña, la blanca toalla desbordando por sus manos como la estola que lleva el cura en la comunión durante la misa, le masajea despacio el casco de húmedos cabellos dorados. Ivy dice que cuando terminen le preparará una buena taza de té, pero Helen, con la voz amortiguada, contesta que preferiría una buena copa de algo frío con un poco de ginebra. Ivy no responde, sino que se limita a emplear la toalla con mayor vigor. Helen ríe entre dientes en el cálido tumulto en que se apoya.

Ha cesado la lluvia y un tenue sol brilla húmedamente en la ventana. Duffy llega

a la puerta. Ni siquiera cuando alza el pestillo vuelve Ivy la cabeza para mirarlo. Sale, y la puerta rechina en el umbral de pizarra. Lo invade el olor a hierba mojada. ¿Cuál de las dos alcanzaría mayor precio en una subasta, se pregunta, la casa de Ivy o la suya?

Petra también se ha mojado pero no tanto como Helen y Roddy Wagstaff. Le dan miedo los truenos y volvió corriendo del bosque, con el corazón retumbándole, sin parar hasta que llegó a la puerta, y ya había cruzado el césped cuando empezó a llover con fuerza. Qué silenciosa está la casa, parece contener el aliento, como si también estuviera asustada. Se queda escuchando en el vestíbulo y por detrás de la lluvia oye las tenues divagaciones de su madre en su habitación; es un rumor al que está acostumbrada. Entonces, a lo lejos, rechina la verja del jardín, y un momento después chirría la puerta trasera, y sabe que Helen o Roddy o los dos han vuelto. Espera que se hayan empapado bien, y que Helen pille un resfriado rápidamente, seguido de una neumonía, típica o atípica, neumocócica, intersticial o lobular, no le importa de qué clase, con tal de que el ataque sea severo y acompañado de complicaciones numerosas y alarmantes y, a ser posible, fatales. Por la misma región y saltando a la letra P, la pleuresía también serviría, en su forma efusiva —*es corriente el dolor en el pecho, de naturaleza cortante o punzante, por lo común en la zona del pezón*—, y en cuanto a Roddy, cuando menos una pleurodinia crónica de los nervios intercostales. Eso les enseñaría a los dos.

En el descansillo ve a Benny Grace agachado y escuchando frente a la puerta del dormitorio de su madre, y por la puerta entreabierta la ve, acostada, y a Adam sentado a su lado. Ninguno de ellos se percata de su presencia.

Ya en su habitación, cierra la puerta y agitando los pies se quita los zapatos húmedos y se sienta en la cama, abrazándose las rodillas, escuchando la lluvia en el tejado. La luz es gris, plateada y triste, y le dan ganas de llorar pero no puede; nunca se le ha dado bien llorar. La lluvia en la ventana hace que detrás del cristal todo flote y brille confusamente, como si en efecto lo viese a través de las lágrimas, todos esos grises y verdes acuosos y pardos ondulantes. Se sorprende de estar tan tranquila. Todo ha cambiado, su vida ya es otra. O no, nada puede alterarse, porque lo que cree que debería ser su vida aún no ha empezado verdaderamente. Roddy tenía que habérsela cambiado; Roddy era quien debía cogerla de la mano y llevarla a las tierras altas del futuro, donde brilla el sol. Se asombra al comprender, al reconocer al fin, las grandes esperanzas que había depositado en él. Todo el mundo intentaba advertirla pero ella no quería escuchar. Ahora siente..., siente... No sabe lo que siente.

Se levanta de la cama, va a la puerta, la abre con cuidado y mira al pasillo. Benny Grace se ha ido, y está cerrada la puerta de la habitación de su madre, que ha dejado de gemir. Cruza rápidamente el corredor de puntillas —¿quién cree que puede verla, de quién tiene miedo?—, abre la puerta y sube los siete escalones hacia la Habitación

Astral. Alguien ha vuelto a echar las cortinas y apenas se distingue nada. Avanza a tientas en la oscuridad hasta encontrar la cama. Ha de escuchar con atención para oír la respiración de su padre. Se está habituando a la penumbra y ahora lo ve, a él o su contorno, al menos. Cómo se parece a una figura de cera, a una imagen de sí mismo a tamaño natural. Con cuidado para no mover ninguno de los tubos ni frascos que cuelgan del pie metálico, se sube a la cama y se tumba a su lado con la cara muy cerca de la suya. Su perfil es como una línea de montañas, vista desde lejos, a la caída de la noche. Hay un olor desagradablemente acre, a amoníaco; supone que viene de los orinales que sabe que hay debajo de la cama y de los otros tubos, invisibles, que bajan hasta ellos, pero aparte de eso está su propio olor, cálido, oscuro, algo mohoso. Le pasa el brazo por el pecho. Está tan delgado, apenas se lo siente, solo un endeble conjunto de huesos bajo la manta.

Se pregunta desde cuándo son amantes Roddy y Helen.

Qué extraño el modo en que las sombras de alrededor, cuando atisba entre ellas, parecen moverse, hinchándose despacio, como humo, como lejanas nubes de tormenta. Hay como un goteo en su cabeza, un goteo o un tictac; muchas veces lo siente, o a lo mejor siempre está ahí y solo lo nota algunas veces. Oye los gritos de las gaviotas, en la distancia, y de pronto muy cerca, luego lejos otra vez.

Bésame. *Bésame.*

Oh. Un brusco sobresalto. Abre los ojos: ¿es que los tenía cerrados? ¿Se ha quedado un momento dormida? Debe de haberse dormido, porque siempre al despertarse tiene la sensación de que han ocurrido subrepticamente cosas que ella ignora. No es que haya pasado nada: sigue tumbada junto a su padre como antes, ahí, en la penumbra de la habitación del enfermo. Pero algo ha cambiado, la lluvia ha cesado, eso es. Qué inmenso silencio, como si ambos yacieran en el fondo de una enorme bóveda de piedra, o de metal, quizá, un gigantesco y oxidado depósito vacío de todo, incluso de aire. Levanta el brazo del pecho de su padre y se pone de espaldas mirando al incierto techo. Piensa en su padre que mira sin ver a otro mundo, respirando otro aire, aún más oscuro. ¿Por qué ya no gritan las gaviotas? ¿Adónde han ido?

Bésame.

Al cabo del rato vuelve a su cuarto. Sí, ha dejado de llover y se ha aclarado el cielo, adquiriendo un delicado y frágil tono azul. Se queda frente a la ventana mirando a un mundo lavado y destellante. Ve más que siente el frío que ha traído la lluvia, porque el aire de fuera parece bruñido y reluce débilmente, y todo tiene un contorno agudo, afilado como un cristal. Rex, el perro, está cruzando el césped; se detiene, olfatea, levanta una pata, y al cabo de un momento en que pasea inmóvil la mirada sigue andando sin prisa. El Salsol está aparcado en la grava frente a la casa, un poco en ángulo. Duffy camina despacio a lo largo del seto de boj, examinándolo como si hubiera sufrido desperfectos; tiene un semblante furtivo y vigilante. Los tilos del camino de entrada están más oscuros que todo lo demás, como si la noche,

habiendo caído ya entre su follaje, esperara el momento de dispersarse en el aire. Esas cosas le parecen dispuestas precisamente así, las innumerables piezas de un diseño vasto y misteriosamente significativo. Mira hacia dentro, hacia abajo; observa cómo la luz del atardecer le empalidece las manos. En el dorso de una tiene un araño punteado, como una cadena de diminutos rubíes, de haberse rozado con unas zarzas. No pretendía realmente espiar a Helen y Roddy Wagstaff, ¿cómo iba a saber que irían al bosque? Ella había ido allí, como tantas otras veces, a estar sola y sentarse frente al pozo sagrado y dejar que su mente aflojara el paso y se apaciguara. Cuando los oyó acercarse se ocultó entre la hiedra y la madreSelva —¿por qué, puesto que ni siquiera sabía quiénes eran— como un niño, piensa, sorprendido en alguna travesura. Y en efecto, como una criatura, sintió un secreto escalofrío de maliciosa satisfacción, encogida en su húmeda y odorante madriguera, recorrida por invisibles ácaros, las uñas clavándosele en las palmas de las manos y las mejillas ardiendo. Cuando la pareja se sentó en el banco del pozo ella se encontraba justo enfrente de Helen, que seguramente podía verla, pensó entonces. En cuanto empezaron a besarse se escurrió hacia atrás entre los arbustos, sin preocuparse de si la oían, aunque por supuesto no la oyeron: estaban muy ocupados, absortos el uno en el otro. Cuando el trueno retumbó justo encima de su cabeza casi cayó al suelo de bruces, tan fuerte fue, tan cerca. Y luego echó a correr, dando traspiés.

Se aparta de la ventana. Una sacudida de acuciante expectación empieza a acumularse en su interior, familiar, culpable, ardiente. ¿Ha cerrado la puerta? Se asegura. De la puerta va al guardarropa, lo abre, se arrodilla. Hay un cajón abajo del todo, al fondo, difícil de localizar, un escondite ideal, casi perfecto. Lo abre con cuidado, sin hacer ruido, introduce la palma de las manos en lo que hay dentro, lo coge, se lo lleva y lo pone encima de la cama. Dentro del envoltorio de tenue papel de seda el suave tejido verde brilla débilmente, como un trozo de jade bajo una fina capa de nieve en polvo. Al abrir el papel se estremece como siempre ante el tremendo crujido que hace, como el ruido de algún objeto precioso y frágil que se rompe en pedazos. Desdobla el quimono y lo alza por las anchas y cuadradas mangas. Las costuras desprenden ese vago perfume que le encanta, suave y seco, como aroma de azahar o pétalos secos de rosa; le gusta pensar que es el persistente vestigio de la gran señora para la que fue confeccionado, porque es una antigüedad traída de Japón por su padre hace mucho tiempo. Se desviste y se pone la pesada prenda sobre la piel desnuda; el forro de seda está frío; siempre es así. Se ata el ancho cinturón de seda negra y se detiene un momento, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Ha comenzado el ritual. Con pasos minúsculos, contenidos, se apresura hacia la puerta para asegurarse de nuevo de que está bien cerrada. De vuelta en la cama toca con la punta de los dedos, en estricto orden, estas tres cosas: la primera franja del papel pintado a la derecha del interruptor de la luz, una fotografía enmarcada de su padre en la repisa de la chimenea condenada, el dorso de un cepillo del pelo hecho con un caparazón de tortuga que hay sobre el tocador.

Del bolsillo saca una sortija de un pesado metal blanco —platino, ¿no?— engarzada en una piedra negra y lisa en donde hay grabada una inicial en mayúscula. Se la pone en el dedo anular y la admira con el brazo extendido.

¿Dónde se ven, dónde se encuentran? ¿Tienen una habitación en alguna parte, un nidito de amor? Se la imagina, al fondo de una calle miserable, adoquinada, en lo alto de una sucia escalera al final de un pasillo que huele a gatos. Linóleo en el suelo, y la hundida cama arrimada a un rincón, dos sillas de respaldo recto y una mesa salpicada de manchas con una botella de vino vacía y dos copas en cuyo fondo los posos morados del vino de la semana pasada se han pegado al secarse en el cristal. Una exigua ventana con visillos amarillentos y una vista de patios y cubos de basura deformados. Dos cigarrillos consumiéndose en un cenicero de hojalata, uno con rastros de carmín. Gotea una cisterna, grita una voz en la calle. En el rincón, entre las sombras, los pálidos flancos de Roddy moviéndose, los sofocados gritos de ella.

Hay ruido de pasos debajo de la ventana, rechinando sobre la grava. Se oculta tras la cortina, se arriesga luego a echar una rápida mirada. Su hermano y Roddy Wagstaff caminan hacia la ranchera. Roddy lleva la chaqueta de lino sobre los hombros. Su pelo, húmedo todavía, está peinado hacia un lado de la estrecha y alta frente, y desde su ángulo de visión ella observa que le escasea por la coronilla: se quedará calvo antes de cumplir los cuarenta. Lleva la maleta. Así que no va a quedarse, después de todo. ¿Por qué ha cambiado de idea: ha ocurrido algo? A lo mejor la han visto, Helen y él, cuando ella se escurría entre las zarzas, y temen que cuente lo que ha presenciado. Supone que ahora la odiará, porque Roddy odia a cualquiera que tenga motivos para temer. ¿Se sentirá al menos avergonzado, abochornado? Es cierto, nunca le ha hecho promesa alguna. ¿Hablarán de ella cuando estén juntos..., tumbados en la cama, fumando y riéndose de ella por ser infantil, estúpida? Adam coge a Roddy la maleta y la pone en el asiento trasero del Salsol, suben al coche y se van. Tras la ventanilla del pasajero Roddy se inclina para encender un cigarrillo; no se vuelve a mirar a la casa.

Podría revelar su secreto, el de Helen y él. Podría contarle a su hermano lo que ha visto en el pozo sagrado, antes de que retumbara el trueno. ¿Qué haría? ¿Le rompería la crisma a Roddy, estrangularía a Helen? No. Se comportaría de una forma decente y estoica, como siempre; soportaría su dolor y perdonaría a su mujer, probablemente incluso perdonaría a Roddy, también. Piensa en él tal como acaba de verlo hace un momento, pisando fuerte sobre la grava como un marinero patizambo con esos pantalones tan estrechos y ridículos que lleva hoy, como si fuera una penitencia, su torpe e inepto hermano, tan grandote, y sabe que no le dirá nada, que nunca le contará cómo lo han engañado.

Va a sacar el estuche violeta de la navaja de afeitar de su escondite detrás de la cómoda, en una grieta entre los paneles de madera de la pared, y llevándola a la ventana la deja sobre la repisa. El rozado terciopelo negro parece atraer la luz de todas partes y absorberla. Levanta el pequeño cierre de metal amarillo. Le gusta cómo

encaja tan perfectamente el instrumento en su lecho de satén escarlata. El mango de marfil es suave y fresco, como nata que se ha solidificado al enfriarse, y la hoja de punta redonda es del color del agua. Coge el precioso objeto y lo sopesa levemente en la palma de la mano. Hay sombras como rastrillos en el césped, y los pájaros, inquietos al caer el día, pían lastimeramente entre los árboles. Se sube la manga del quimono, ancha y holgada. Tiene la parte interna del brazo llena de cicatrices a todo lo largo, las medias lunas de piel curada frágiles y lustrosas, como cera escurrida por una vela. Se apoya contra la repisa de la ventana en una especie de afanoso trance, todo su cuerpo ansiando el beso de la fría hoja de acero. Respira hondo, con un leve silbido. Cuando se corta, el mundo tiene de pronto un centro, todo en el mismo instante vuelve a alinearse y apunta a ese borde donde la piel abre sus finos labios blancos y las primeras gotas de sangre hacen su tímido debut. Se desata el quimono y deja que caiga al suelo y se lleva la mano al pecho, sintiendo resbalar la sangre por la piel; es cálida, y suya, y la consuela. Espera un momento, antes de descubrirse el otro brazo.

Ursula se despierta poco a poco, emergiendo de un plano a otro, de mayor a menor oscuridad, como a través de sucesivas capas marinas. Se siente pesada pero con capacidad de flotar, como un cadáver volviendo de algún modo a la vida. Siempre le sienta muy bien, esa pequeña siesta por la tarde, dispersa muchas brumas y vapores de su cabeza. Durante unos momentos no abre los ojos, disfrutando del calor de la manta, la suavidad de la almohada. En cuanto los abra, lo sabe, la habitual jaqueca le empezará a batir su insufrible tambor sobre la nuca, pero ahora mismo su mente divaga satisfecha, ingravida como una burbuja, tocando cosas al azar y alejándolas con suaves carambolas. Tiene tantas cosas de que preocuparse últimamente, acaba de darse cuenta, que al despertar su conciencia solo le permite un intervalo de gracia en blanco antes de pasar a los penosos asuntos del momento.

Había alguien con ella —su hijo—, ¿sigue aquí todavía? Sí, lo siente a su lado.

Le gusta esta habitación, donde Adam y ella han compartido tantas cosas de su vida. Aquí siempre estaba de lo más tratable, de lo más alegre y comprensivo, consigo mismo y con ella. Siente su ausencia, desde luego, le echa dolorosamente de menos, pero ha de confesarse que esa nueva soledad del dormitorio a la que la ha abocado su enfermedad es un lujo asombroso y bienvenido. No es que la habitación tenga nada especial ni esté particularmente bien amueblada. Es grande, demasiado, en realidad, imposible de calentar en invierno y tremendamente sombría en verano, pero de todas formas tiene durante el día un aspecto tranquilizadoramente impasible; es como una estancia recordada de mucho atrás, de la incommovible antigüedad de la infancia, mientras que de noche, o durante el día con las cortinas echadas, como ahora, bien podría ser una gran carpa marrón en las estepas de Moscovia o en las arenas de Arabia, rodeada por todas partes de protectora vastedad. Se burla de sí misma por sus fantasiosas ideas, pero se aferra a ellas como un niño a su juguete favorito. No lamenta haber trasladado la gran cama de matrimonio a la Habitación Astral para que yazga Adam —de cuerpo presente, casi llega a pensar—, aunque su ausencia contribuye a la desolación del dormitorio. Cree que le gustaría estar solo, como siempre que estaba enfermo, odiando que lo molestaran. Aunque la cama estuviera aquí ella no la utilizaría, porque está segura de que la ausencia de su marido la afectaría aún con mayor severidad. Ese viejo sofá, o *chaise longue*, más bien, es suficiente para ella sola, por duro y lleno de bultos que esté, y cuando se tumba en él rezuma un olor a moho que según sospecha es un vestigio de todos los traseros que se han sentado en él durante los muchos años transcurridos desde que lo llevaron y lo instalaron allí, a requerimiento de quién sabe qué ancestro de los Blount.

Oye pasar el tren de la tarde por la vía norte.

Sus momentos de amodorrada calma están tocando a su fin, y la aguja del miedo y la duda está dispuesta para un nuevo pinchazo. Se acuerda de haber hablado con el joven Adam antes de quedarse dormida, recuerda haber dicho cosas, pero no cuáles. No debe decir nada en absoluto cuando se encuentra en ese estado, aunque es precisamente en esos momentos cuando se le suelta la lengua y puede hablar de todo

lo que la preocupa, asusta y enfurece. Debe dejar de beber, tiene que dejarlo radicalmente, por el bien de todos, incluido el suyo propio. Piensa en el espectáculo que podría dar en el entierro, por ejemplo, la viuda borracha entonando un lamento fúnebre, dando alaridos y tratando de arrojar a la tumba... Se domina. El funeral. La tumba. La viuda. Qué lisa y llanamente lo ha aceptado todo, la inminencia, la inevitabilidad del acontecimiento. Abre los ojos al fin y vuelve la cabeza sobre la almohada para mirar a su hijo, no para implorarle algo, algún amplio gesto de exoneración, absolucón, o quizá solo una palabra de consuelo. Pero con un sobresalto ve que no es su hijo quien está allí. Sino Benny Grace. Ha cogido el taburete tapizado de cretona de su tocador y lo ha llevado junto al sofá, y está sentado frente a ella en la postura de un sabio chino, con el vientre por encima del cinturón y los dedos entrelazados en el regazo. Tiene los zapatos delante del taburete y sus pies descalzos oscilan a cada lado de ellos, vueltos hacia dentro con los tobillos casi rozando el suelo, y ella advierte las durezas de las plantas. Le sonrío de forma amistosa, y mueve los dedos de los pies. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—No quería despertarla —le dice, como si ella hubiera formulado la pregunta en voz alta—. Estaba usted durmiendo tan a gusto...

Se incorpora a duras penas y la manta se enreda, resistiéndose hoscamente. Tiene algo entre las manos: ¿qué es..., un cojín? Sí, es el viejo cojín de satén escarlata que Rex estaba mordisqueando y que Ivy ha rescatado. ¿Cómo ha llegado a sus manos, y por qué se aferra a él con tanta fuerza, como si fuera un escudo protector?

—Mi hijo —dice ella—, ¿dónde ha...?

—Ha tenido que irse. Su amigo necesitaba que lo llevara a la estación.

—¿Su amigo?

—Ese alto y delgado. ¿Wagstaff?

—¿Se ha marchado? Vaya por Dios. Iba a quedarse. —¿Qué ha pasado ahora, qué agravio se ha infligido, qué ofensa se ha recibido? Pero se alegra de que Roddy se haya ido. Ni siquiera se ha dignado ver a Adam. Supone que no volverá a saber de él —. Pensará que soy una grosera, por no haberme despedido. Quiere escribir la biografía de Adam —ríe quedamente—, ¡figúrese! —Él no responde. Ella suspira, recorriendo la habitación con la mirada, inquieta de pronto. Ahí tumbada de esa manera, con ese hombre observando todos sus movimientos, es como verse en uno de esos bochornosos compromisos sociales que surgen en los sueños. Está en camisón, observa; no recuerda habérselo puesto. Tantas cosas que últimamente se pierden en la creciente confusión de su mente. Mira otra vez a Benny Grace, allí sentado, tan gordo. ¿Qué debe hacer con él, qué puede decirle? Su solidez es ineludible, pero al mismo tiempo hay algo quimérico en su aspecto. Sí, es como encontrarse dentro de una pesadilla, tan real que no lo parece, y él es uno de sus personajes principales. No ha explicado el motivo de su visita, eso es lo que pasa. Simplemente se ha presentado allí, como si los conociera a todos y ellos debieran conocerlo a él. Pero nadie sabe quién es, salvo ella, y apenas sabe nada de él, en realidad. Tira el cojín de satén al

suelo y trata de incorporarse del todo. Se pone una mano en el muslo y coloca la otra encima, como solía hacer su madre cuando se preparaba para tratar alguna cuestión difícil.

—Siento haberle hablado así antes, en el jardín —le dice—. Estuve... dura.

—No ha sido nada. —Se encoge de hombros—. Estoy acostumbrado a la dureza.

—Sobre todo cuando —Ursula respira hondo—, sobre todo cuando tengo... cuando tenemos tanto que agradecerle.

—A mí no, Ursula —responde él con voz queda, sacudiendo la cabeza, humilde y sonriente—, ya lo sabe.

—Bueno, a usted y a ella. —Ursula, la ha llamado; ¿cómo se atreve?—. A propósito, ¿dónde está? —Él no contesta, solo sigue sonriendo—. Adam dijo que murió, pero no sabía si creerle. —Él sigue sin responder. Tenía intención de decírselo bruscamente, para impresionarla, pero desde luego es imperturbable. Vuelve a suspirar, con irritación esta vez. Es igual que Adam cuando guarda silencio y fuerza a su interlocutor a tartamudear, y a soltar toda clase de cosas necias y autoinculpatorias—. Debe de pensar que no estamos agradecidos por su amabilidad. Por la de usted y la de ella, quiero decir. De los dos.

Esa tremenda cantidad de dinero, durante años y años, que simplemente aparecía todos los trimestres en el banco sin explicación alguna, Adam sin decir palabra y ella obligada a guardar silencio también, prohibidos los comentarios, ni mencionarlo, aunque era de eso de lo que vivían, porque pese a toda su fama y gran reputación Adam no ganaba nada, puesto que ya no trabajaba. ¿Qué creía su marido que pensaba ella? Pues que había una mujer, naturalmente.

La habitación parece crecer a su alrededor, como si en efecto fuera una carpa, elevándose y aumentando rápidamente de volumen mientras se llena cada vez más de un aire denso, irrespirable. Las sombras parecen adensarse, también, con un gris parduzco más intenso.

—Solía repetirme que no hay grandes hombres —prosigue en un rápido murmullo—, solo hombres que alguna que otra vez hacen grandes cosas. —No sabe por qué ha dicho eso. ¿Contestaba a algo, a una pregunta, algún comentario? No recuerda lo último que ha dicho él. Siente aún mayor irritación. Lo que pretendía era preguntarle por la mujer: ¿es, era, guapa, inteligente, refinada, todo lo que ella no es? En cambio, con una risita leve, indecisa, añade—: No sé por qué estamos a oscuras. ¿Le importaría abrir las cortinas, señor Grace?

Ella lo sigue con la mirada mientras él cruza sin ruido la habitación, con los gruesos brazos enarcados, bamboleando la pesada cabeza. Cuando corre las cortinas se asombra de lo claro que es el atardecer. Esta noche apenas será oscura, unas horas todo lo más. Por alguna razón, esa idea hace que se sienta cansada de nuevo.

Él vuelve y se sienta en el taburete. La luz de la ventana dibuja una brillante aureola en torno a él y le arranca un destello en la calva. Ella se ciñe aún más el camisón.

—No sé a qué ha venido usted exactamente —dice con vacilación, encogiéndose por dentro—. ¿Es que quiere algo de nosotros?

De pronto se siente menuda, seca y arrugada, como sabe que será de vieja. ¿Le han hecho algo a Adam, ese individuo y la mujer, le han hecho daño entre los dos, como siempre ha sospechado? Pero no, concluye: cualquier daño que pudiera haber recibido se lo habría causado él mismo. Solo los jóvenes pueden trabajar, decía siempre, únicamente los que poseen la dureza, la crueldad necesaria para hacerlo.

—Siempre decía —prosigue, pasando los dedos por la manta— que a los treinta años ya había concluido todo lo que tenía que hacer, que lo había dado todo. —Lo mira con aire suplicante—. ¿Es cierto?

Él niega con la cabeza, con impaciencia, parece, no respondiendo a su pregunta sino desechándola. Tiene cuestiones mucho más importantes que tratar. Se inclina hacia delante, en actitud confidencial, y pone una mano sobre las de ella. Ursula contempla la escena desde arriba, el sofá en su posición, la manta tapándola, el cojín tirado en el suelo, rojo e hinchado como un corazón roto, y la cabeza del hombre gordo inclinada, con su reluciente tonsura frailuna. A lo lejos, en el campo, oye mugir a las vacas de Duffy; debe de ser hora de ordeñarlas. El espejo oval de la puerta del armario parece una ancha boca abierta, preparándose para gritar. Algo le pasa rozando, no un fantasma sino, por así decir, el mundo mismo, que la empuja suavemente.

—He hablado con él —anuncia Benny Grace—. ¡Y él ha hablado conmigo!

Gran consternación y conmoción ahora, como era de esperar, voces que van gritando de habitación en habitación, pies que corren por el vestíbulo, el teléfono bailando visiblemente sobre el pañito de la mesa junto a la maceta de la palmera, y el camisón de Ursula hinchándose en torno a ella mientras baja volando las escaleras como Hera descendiendo del cielo resuelta a quemar la daidala y reclamar a su aberrante esposo. ¿Qué puedo decir? Sí, es cierto, siento cosas. Primero fue Petra, luego el perro. La chica estaba intranquila, desde luego, eso lo percibí claramente: no hay error en cuanto a los más sombríos estados de ánimo de mi hija. Cómo me habría gustado ser capaz de mover una mano para tocarla, darle consuelo, mientras se acurrucaba en la cama a mi lado, temblando de esa manera. Ese golfante de Wagstaff debe de haberle dicho algo hiriente, o nada en absoluto, que imagino habrá sido aún más ofensivo. Por eso le daremos calambres, punzadas en el costado, lo pellizcaremos hasta dejarle el cuerpo lleno de marcas. ¿O no? Quizá no. No hemos sido amables con él, no hemos sido justos. No es un chico tan malo, al fin y al cabo, solo desilusionado, inseguro, sin experiencia. Puede que Ursula le permita escribir ese libro sobre mí; sería una compensación. Lo mismo da él que cualquier otro escritorzuelo. Sí, pintará mi vida con palabras, en delicados tonos de azul y oro, y lo convertirá en un gran éxito: ese es mi deseo.

Cuando Petra se fue el perro abrió la puerta con las patas y empezó a buscarme olisqueando entre las sombras. Menudo barullo arma con las zarpas en el entarimado cuando se prepara para saltar. Con frecuencia falla en el primer intento y hasta en el segundo, y culebrea hacia atrás alejándose de la cama, rascando y gruñendo, derrumbándose en el suelo en un montón de piel y huesos. Los perros son criaturas de pocas luces, que no me hablen de su sentido común: ¿han oído hablar de una trailla de gatos tirando de un trineo por las heladas inmensidades? Pero cuando logró elevarse al fin lo suficiente y aterrizó a mi lado con un gruñido y un suspiro, pude sentir su afecto bruto. Al principio no reconocí la sensación, me refiero a la impresión de sentir, y pensé que solo estaba imaginando cosas con mayor intensidad que hasta el momento. No habría sido la primera interpretación equívoca que he padecido últimamente. En mi forma de paretosis, si utilizo correctamente el término —Petra lo sabría—, resulta angustiosamente fácil confundir una sensación imaginada con una real. Eso suscita una serie de cuestiones interesantes en la esfera del idealismo, del idealismo filosófico, quiero decir, y las abordaría si dispusiera del tiempo y los medios necesarios.

¿Qué estaba diciendo? El pánico general en la casa, sí, y mis experiencias, si es que son tales en el sentido generalmente admitido.

Bueno. El perro en la cama, su cadera contra la mía, desprende calor. Eso era algo más que sentir los temblores de Petra; era una sensación en la carne misma, la difusión en mi cuerpo del calor de la sangre de otra criatura. Nada me ha afectado así en todo el tiempo que llevo aquí tumbado, aparentemente muerto tras haber sido tan bruscamente derribado de mi pedestal. Pero mi primer impulso fue de pánico, una especie de pánico, o turbación, al menos. ¿Cómo puedo explicar esa respuesta curiosa y, como sin duda parece, ingrata, por no decir grosera, al resurgir de las sensaciones, por débil que fuera? Cuando uno está a las puertas de la muerte, esperando a que se abran sumariamente, no quiere que lo distraiga con un golpecito en el hombro cualquiera que pase despreocupadamente por la calle. No es nada fácil encontrarse adecuadamente alineado ahí, mirando en la dirección debida, con un visado de salida, o de entrada, debería decir, bien sujeto en una mano que ya se está quedando rígida. No digo que no me alegrara de que en apariencia me llamaran de nuevo a la vida — estar preparado para irse no es lo mismo que estar ansioso por marcharse—, por tenue que fuera la invocación y modesto que fuese el invocador. Sino que cuando todo parecía ya preparado y dispuesto, tenía ahora que detenerme, aún en plena efervescencia por la excitación del viaje, y volver penosamente sobre mis pasos durante al menos algún trecho de ese fatigoso camino ya tan hollado.

¿He hablado con Benny, tal como asegura él? Vino a mi habitación, él solo esta vez, volvió a abrir las cortinas —yo atendía extasiado a la lluvia que cesaba, es un sonido que siempre me ha fascinado, el susurro del final de un chaparrón de verano —, se inclinó de nuevo sobre mí, envolviéndonos a los dos en una velada burbuja de intimidad, y pronunció mi nombre. Pero ¿llegué a contestarle? Yo quería decir algo,

no a él en particular, sino a alguien, a cualquiera que quisiera escucharme. Estaba contrariado, más que disgustado. Debía de ser el sonido de la lluvia, que me había inducido a pensar amargamente en todo lo que pronto iba a perder, en todo de lo que voy a separarme, este mundo espantoso y exquisito con todo lo que contiene, luz, días, ciertos rostros, el límpido aire de verano, y la lluvia misma, algo a lo que jamás me he acostumbrado, ese milagro del agua cayendo del cielo, un bien indiscriminado, gratuito y absurdamente abundante. *Un último momento entre los vivos*: esas fueron las palabras que se formaron en mi cerebro, y así puede que también en mis labios. Un último y precioso instante entre los vivos. No es que pensara mucho en pedirlo, o no creo que lo hiciera, si llegué a pedirlo: pero ¿lo hice?

Oí ruido de neumáticos sobre la grava. Era Adam, que volvía de la estación. Qué veladamente cae la tarde, incluso en pleno verano; es como el velo de la memoria, descorriéndose en la lejanía. Pasó bajo las glicinias y entró en el vestíbulo, se detuvo, escuchando inmóvil. Ni un ruido en sitio alguno. Aún seguía perplejo por la apresurada marcha de Roddy, sobre la cual no había recibido explicación. En el coche había habido un ambiente tenso, y Roddy no dejó de fumar en todo el trayecto, utilizando cada colilla para encender el siguiente cigarrillo. Llegó al tren cuando solo faltaban unos segundos, lo que fue un alivio para los dos. Al subir al vagón no se volvió a mirar, sino que tiró la maleta delante de él y saltó al escalón extendiendo el brazo a su espalda en un brusco y curioso gesto, del que Adam no supo si era de despedida o de furibundo rechazo. Ni siquiera cuando arrancó el tren y pasó frente a él miró por la ventanilla desde el asiento en que se había instalado, sino que siguió doblando la chaqueta con aire de enfado, el ceño fruncido y un mohín en el labio inferior. Bueno, ya se ha ido, y todo eso se ha acabado. Mi biógrafo. Debería cambiarse de nombre y llamarse Shakespeare.

En la cocina, Adam se encuentra con su mujer a gatas casi debajo del fregadero. Sus pasos la sobresaltan y al incorporarse bruscamente se da un golpe en la nuca con la tubería de desagüe, y lanza una maldición.

—Se me ha perdido el anillo —anuncia, sentándose sobre los talones y apoyando las manos en los muslos—. Lo había dejado ahí, en la repisa de la ventana. El que tú me regalaste. —Alza la mirada hacia él. Se ha cambiado de ropa, lleva una blusa y una falda azul, y está descalza. Con una sonrisa felina, añade—: ¿Me vas a pegar, si no lo encuentro?

Adam prepara una copa para cada uno, ginebra en una jarra con zumo de lima y una gran dosis de agua de soda. Es lo que llaman su *gimlet*. Ella sigue en el suelo, frotándose pensativamente la nuca en el sitio en donde se ha golpeado con la tubería. Él lleva al fregadero la bandeja del hielo, se pone junto a su mujer y empieza a sacar los cubitos con la punta de un cuchillo de cocina; se le pegan los dedos al metal de la bandeja.

—Cómo cruje, me da escalofríos —dice.

—¿El qué?

—El hielo..., ¡maldita sea!

Apoyándose con las manos en el borde del fregadero Helen se pone en pie. Él le enseña el pulgar con sangre.

—Te está bien empleado —lo reprende, cogiéndole la mano y observando la herida con los ojos entrecerrados.

—No siento nada. Lo tengo entumecido, el hielo me lo ha insensibilizado.

—Normal —murmura ella, aunque ninguno de los dos sabe exactamente lo que quiere decir. Él sostiene la mano herida sobre la pila para dejar que gotee la sangre y con el otro brazo le rodea la cintura y la atrae hacia sí y la besa. Ella aparta la cara y dice—: Mmm, hueles a tabaco.

—Es por Roddy, no ha parado de fumar camino de la estación.

—No tiene olor —dice ella, toqueteándole un botón de la camisa—. ¿Te has fijado?

—¿Roddy? Huele como un cura.

—¿A qué huelen los curas?

—A ceniza. A cera y ceniza.

El reloj de pared emite en el vestíbulo un laborioso runruneo y tras una grave pausa deja escapar una lenta y pesada campanada.

—¿Por qué se ha ido tan corriendo? —pregunta Helen.

Adam se encoge de hombros. Aún la tiene abrazada por la cintura, como quien espera que suene un vals para empezar a bailar.

—Me dijo que no se encontraba bien. Algo sobre que tenía punzadas en el costado. No le creí.

Arqueando la espalda sobre su brazo, ella se echa hacia atrás y le aprieta con la cavidad de sus caderas.

—Ha intentado besarme —anuncia, sonriendo—. En realidad, me ha besado.

—¿Dónde? —Él también sonrío.

—¿Dónde me ha besado, quieres decir, o dónde estábamos cuando me besó? —Él no contesta. Ella, haciendo un gesto hacia la puerta y la ventana, añade—: En el bosque..., frente al pozo. ¿Te ha dicho algo?

—Me soltó una especie de discurso. Puro cuento. Fue muy raro. Pensé que...

—¿Qué?

Sonriente, ella sacude la cabeza.

—Nada.

—Así que por eso se ha marchado a toda prisa —concluye su marido—. ¿Le diste una bofetada?

—Sí —contesta ella, riendo quedamente—, en realidad le di un bofetón. Y entonces empezó a llover. Estaba muy preocupado por sus zapatos.

—Pobre Roddy.

Ahora ríen los dos, no con ánimo del todo cruel, y él la suelta, se vuelve hacia la pila y echa en la jarra los cubitos de hielo que ha logrado sacar antes de cortarse —

están salpicados de sangre—, se dirige al aparador y vuelve con dos vasos largos, sirve las copas y beben.

Así que ya ves, papaíto, no te va a querer. Somos demasiado para ellas; prefieren arreglárselas con los de su especie.

Petra está sentada junto a la ventana, vendándose las heridas. Aunque le escuecen hasta el punto de morderse el labio no las considera heridas sino marcas de la pasión, cicatrices de amor, besos. Está tranquila; una magnífica paz reina en su corazón. En el jardín el mirlo salta a una rama y derrama su canción, y el atardecer entero parece detenerse a escuchar soñadoramente. Qué pálido está el cielo por los rincones, apenas azul, y más arriba una nube en forma de cisne de un blanco inmaculado y contorno terroso navega reposadamente hacia el Oeste. Se imagina lo que debe de ser el aire ahí arriba, su ingrátida enormidad, tenue y clara, arqueada sobre el mundo. Está orgullosa de la destreza que ha adquirido para vendarse ella sola. Primero se aplica en el corte pomada antiséptica para detener la hemorragia, luego se pone una gasa y se enrolla una y otra vez la venda de hilo. Hace un nudo con una mano y lo aprieta con los dientes. Enseguida aparece tímidamente el primer punto escarlata y la sangre empieza a calar el tejido, pero pronto dejará de extenderse y al secarse cobrará un tinte ocre oscuro, como el óleo de un cuadro antiguo. Se ve a sí misma en el lienzo, en el centro, el núcleo de la pintura, una muchacha asomada a una ventana con todo girando a su alrededor, el pájaro, la nube, los árboles quietos, callados. El escozor se ha convertido en un dolor continuo punzante. Extiende un brazo a lo largo de la repisa de la ventana y apoya el otro sobre el regazo. Nunca ha dejado caer ni una pizca de sangre en el quimono en todos esos años; esa es otra cosa por la que sentir orgullo.

Oye a su madre en las escaleras, llamando a su hijo, a Ivy Blount. Cierra los ojos y apoya la cabeza en el brazo. Ocurre algo, ha pasado algo en la casa. La gruesa seda de la manga da una sensación fresca y un tanto áspera, casi metálica, sobre su frente. Abajo, Rex empieza a ladrar, fuerte, imperiosamente, con mesuradas pausas. Suena el teléfono, y se para tras dos timbrazos cuando alguien coge rápidamente el aparato. Dos puertas se abren, otra se cierra de golpe. Más pasos en las escaleras, pesados esta vez. Su mente divaga, tranquila como las nubes.

Mi padre está irritado porque ha de irse. Aquí ya hemos terminado, afirma, pero yo creo que no, no del todo, aunque es cierto que para que haya final feliz hay que detenerse justo antes del final.

Petra levanta la pesada cabeza; los párpados también se le caen; podía dormirse, ahora mismo, pero no se lo vamos a permitir. Se pone en pie, se quita el quimono, se viste, lo dobla, lo envuelve en su papel de seda y lo guarda de nuevo en el cajón del armario. La navaja de afeitar ya está en su sitio detrás de la cómoda. Se detiene un momento, echando una cuidadosa mirada por la habitación. Todo está guardado, todo

en orden. Se quiere a sí misma un poco.

Desde el corredor mira hacia abajo, al hueco del vestíbulo. Se oyen voces, pero no se ve a los que hablan. Siente un momentáneo desfallecimiento y parece que se tambalea. Cómo le pesan los brazos marcados, y parece que no son suyos, que no son brazos sino otra cosa, gruesos trozos de lianas, o ramas de un árbol. Las punzadas de dolor de los cortes de la navaja han disminuido pero volverán por la noche y la mantendrán despierta, y sentirá que hay alguien con ella en la cama, ese otro ser doliente.

Empieza a bajar las escaleras. Antes de que llegue al final aparece Helen. Se detienen, la muchacha en las escaleras, la mujer en el vestíbulo. No es justo, piensa Petra, no es justo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —pregunta Helen. Petra baja los últimos escalones y alza la mano. Helen la mira fijamente, con el ceño fruncido—. Ah..., ¿dónde la has encontrado?

—En la cocina. Toma, cógela.

Helen coge la sortija y le da vueltas entre los dedos, mirando a su cuñada, medio sonriente, con aire perplejo.

—¿Quién es Z? —pregunta Petra.

—¿Quién?

—Z..., la inicial grabada en la sortija.

—No, no —dice Helen—, es una A, A de... de Adam.

—No, es una Z. Sujétala así, mira.

Juntan las cabezas sobre el anillo y Helen lo mueve hacia un lado y luego hacia el otro.

—A mí me parece una A —dice sin convicción—, pero supongo que...

¡Ah, el pícaro papá!

Ahora aparece un pequeño grupo de gente que viene por el vestíbulo, hablando. Adam y su madre a la cabeza, con Benny Grace, Ivy Blount y Duffy, el vaquero, pegados a sus talones. Tienen el excitado aspecto de una cuadrilla de discípulos apresurándose hacia Emaús. En particular, Adam tiene un color arrebatado —está achispado de amor y media jarra de gimlet de ginebra— y parece a la vez anhelante y medroso. Helen hace un gesto para hablarle pero es a Petra a quien él se dirige.

—Ven conmigo —le dice, sumamente serio—. Los demás quedaos aquí.

Petra no hace preguntas, sino que lo sigue dócilmente escaleras arriba.

—¿Adónde vais? —pregunta Helen, malhumorada; ¿por qué nadie le dice lo que pasa? Siente un cosquilleo en las aletas de la nariz.

—Es tu padre —dice Ursula con aire distraído, sin mirarla, con los ojos fijos en sus hijos, como si se los llevaran en una nube—. Adam, quiero decir..., el padre de Adam. Adam.

—¿Cómo? ¿Es que ha...?

—Chss. —Ese es Benny Grace. Ella se vuelve y lo mira, pero él se limita a

sonreír, llevándose un dedo, como juguetonamente, a sus gordezuelos labios color rubí. Ivy Blount también se ha quedado mirando a la pareja que desaparece— son hombros y cabezas allá arriba, luego solo cabezas, después nada —y junta las manos sobre el pecho. Duffy mueve torpemente los pies.

—Desearía que alguien me dijera... —empieza a decir Helen, pero ha de interrumpirse y permanece inmóvil un momento, la boca ligeramente abierta y los párpados aleteando rápidamente—. Ah, ahh —exclama, estornuda luego, un crepitante estallido, y guiña los ojos de sorpresa.

¡Pero fijaos! ¿Qué bestia de carga, cargada bestia, es esa? Adam y su hermana han vuelto a aparecer en lo alto de la escalera —como un elefante y su guía—, Petra conduciéndolo por lo que parecen unas riendas y él llevando a su padre en brazos. El viejo Adam va envuelto en una manta de los pies a la barba; tiene los ojos cerrados; no está muerto. Inician un cuidadoso descenso, como desde una tremenda altura —la densa arboleda, el río centelleante, el polvo y la sangre de una batalla antigua—, Petra aún delante pero vuelta de lado, atenta, y Adam detrás con paso rígido y majestuoso, paquidérmico. Petra lleva el frasco de suero de su padre y el recipiente de desechos, conectados a su cuerpo mediante tubos de caucho. Rex, el perro, va tras ellos, bajando con pasos cortos y bamboleantes, la lengua fuera y moviendo el rabo de un lado a otro como un timón abandonado. Duffy avanza un paso pero se detiene indeciso, y Benny Grace con sorprendente agilidad lo adelanta y se precipita escaleras arriba al encuentro de la pareja que baja.

—¡Cuidado! —grita Ursula, dirigiéndose a la vez a sus hijos y a la espalda de Benny. Se lleva una mano a la boca—. Oh, por favor, id con cuidado.

Y Helen estornuda de nuevo.

Cuando llega, el doctor Fortune se encuentra la puerta de entrada abierta de par en par y teme lo peor. Está cansado y no se siente bien tras una larga jornada en la consulta —dos de sus pacientes ancianos vienen siendo especialmente problemáticos últimamente— y no le gusta nada la perspectiva de tener que vérselas ahora con los Godley. Era imposible comprender lo que Ursula decía por teléfono, tartamudeando algo sobre la Gracia: ¿es que se ha vuelto religiosa? Parecía insistir en que su marido había vuelto en sí, algo que él considera sumamente improbable, aunque desde luego nunca se sabe con esos casos, todos muy peliagudos de por sí. Pero ¿y si Godley ha recobrado el conocimiento? Según todos los indicios tendría que haber fallecido días atrás: en realidad, no debería haber sobrevivido al ataque, que fue bastante severo. ¿No podría ser que el tipo de cerebro de Godley, continuamente ejercitado a lo largo de toda una vida, sea más resistente y duradero que los normales y corrientes? Esa podría ser una interesante línea de investigación, y en la época de su juventud la habría seguido, porque él no es un simple matasanos rural y antes se consideraba un verdadero hombre de ciencia. ¿Cómo ha acabado atascándose de esa manera, y ahí,

en ese sitio perdido? Suspirando, entra en el vestíbulo. Su viejo maletín negro nunca le parece tan pesado como en estas situaciones.

Si a alguien se le ocurre emitir algún comentario crítico les recordará la insistencia con que les aconsejó no sacar al anciano del hospital para traerlo aquí.

Conoce bien la casa y avanza con seguridad, aunque todavía con el corazón un tanto encogido. Las familias se ponen imposibles cuando se presenta la enfermedad. Como si pensarán que el abuelo Cascajo y la abuela Momia fueran a vivir eternamente. Hay una leve música que viene de alguna parte. Cruza el vestíbulo central, donde por algún motivo el suelo de baldosas en forma de tablero de damas siempre le pone los nervios de punta, se detiene a dar un golpecito en el cristal del voluminoso barómetro enmarcado en roble —hace años que no funciona ese aparato— y llama con los nudillos a la puerta de la sala de música, de donde viene el rumor de voces, y, al no recibir respuesta, abre de un empujón y entra.

Tan rara y extrañamente pintoresca es la escena con que se encuentra en ese primer momento que cree ser víctima de una broma pesada de elaborada puesta en escena. Ivy Blount y Duffy, el vaquero, están cada uno junto a una de las dos altas ventanas, mirando a la habitación como personajes de una pantomima, una agostada Colombina y su rústico Arlequín, ambos con una aureola dorada en la espalda por el rojizo sol de la tarde que entra sesgadamente por las ventanas. Ahí está el perro, interpretando a la esfinge de nuevo; cuando ve al médico apenas se estremece, salvo por el rabo, que da un par de lánguidos meneos. Las cristaleras están abiertas, los visillos de gasa corridos, y han llevado un sofá justo al lado de la puerta, en donde Adam Godley descansa a todo lo largo, tapado con una manta roja hasta la barbilla, aunque tiene los brazos al aire, bajo las mangas del pijama, y doblados sobre el pecho. Con el gotero de pie, a su lado, sigue con los tubos en la nariz, y la bacinilla, bajo el sofá, lanza destellos. Mira al jardín con los ojos bien abiertos, ansiosamente. Su mujer está sentada desmañadamente a su lado, acariciándole una mano, que retiene entre las suyas. Se le ve un pie, también, largo, pálido y espigado, como un artefacto prehistórico, que a su vez acaricia su hijo, arrodillado incómodamente a los pies del sofá, en una postura que parece concebida para ilustrar la subordinación del hijo, el amor filial. Mano y pie, mano y pie, como siempre. Petra es el personaje más impresionante de ese cuadro viviente, erguida en un rincón con los brazos cruzados sobre el cuerpo, cada mano aferrada al costado contrario, contemplando a su padre con aire de... ¿de qué? Pesar, ira, dolor, todo eso, ¿y más? Aunque lleva las mangas abotonadas en las muñecas, el médico ve enseguida, por su palidez y las plomizas sombras que cercan sus ojos, que se ha vuelto a cortar. Pobre criatura, pobre chica. Observa el apósito en el dedo pulgar del joven Adam; seguro que él no ha llegado a eso..., ¿seguro?

—Oh, Ferdy —dice Ursula al verlo. Sonríe y se ruboriza—. Yo... nosotros...

El médico no dice nada; ¿qué puede decir? Hace un gesto, inerme y resignado. Mira al personaje del sofá, atendido a cuerpo de rey, tal como él quisiera. Lo mismo

terminar aquí, piensa, que en cualquier otro sitio.

Sobre la repisa de la chimenea hay un anticuado aparato de radio, con su ojo azul parpadeando. De ahí sale una antigua música de gaitas y cuerdas punteadas, lejana y menuda, como de otro mundo.

Esas brillantes contraventanas verdes, ya las veo otra vez.

¿Y dónde se ha metido Benny Grace? La última vez que alguien lo ha visto se llevaba un dedo a los labios, diciendo *Chiss*. Benny se ha marchado, ha vuelto a subir a esa vieja y estrepitosa máquina para que lo icen entre bambalinas. Dentro de poco ese armatoste volverá por mi padre, que también se irá, ahora que ha renunciado a su chica. ¿Veis qué zancadas da, tan enérgico como siempre? Siempre se pone así cuando las deja escapar. Extenuante asunto, lo de estar enamorado; le echa mil años encima, al tierno y estúpido viejo. Bueno, padre, y ahora ¿qué?

Serán felices, todos ellos. Ursula dejará de beber, su hijo y ella bajarán al jardín y con gran ceremonia liberarán el seto de laurel de su carga de botellines y saldrán las ratas y retozarán como corderos. Adam y Helen se mudarán aquí y vivirán en Arden, Adam cavará y cultivará como hizo su tocayo original, mientras Helen llevará un bonete y cargará con un cubo, como María Antonieta en el Petit Hameau. Petra guardará para siempre la navaja y nunca más se cortará. ¿Volverá Roddy y hará las paces con ella? Quizá sea eso disponer demasiado: le encontraremos otro a quien querer y que la quiera en el breve tiempo que aún le queda. De Ivy Blount y Duffy ya hemos rendido cuenta. ¿Qué más? Adam, por supuesto. ¿Qué regalo vamos a hacerle? Aparecerá una carta desconocida hasta el momento, una nota de despedida escrita por Dorothy, su esposa muerta, exonerándole de toda culpa por su triste final. ¿Servirá eso?

Mira el crepúsculo en el jardín. Gruesos y rojizos rayos de sol corren por el césped, arrastrando sombras puntiagudas a su paso. Los árboles tiemblan, hablando de la noche. Los pájaros, las nubes, el cielo, pálido y lejano. Ese es el mundo mortal. Un mundo donde nada se pierde, donde todo se explica al tiempo que se preserva el misterio de las cosas; un mundo en donde podrán vivir, por breve o tenuemente que sea, en el desfalleciente atardecer del yo, solitarios y a la vez juntos en cierto modo, aquí, en este lugar, agonizantes, quizá, pero inmóviles para siempre en un instante interminable y luminoso.

Un momento, ¿quién es esa? Helen, por supuesto. Se levanta de la butaca junto a la chimenea en donde ha pasado inadvertida, y avanza ahora, sonriente. La luz inunda las ventanas, la última refulgencia de la tarde. El médico cree que va a decirle algo pero Helen parece pasar a través de él, en cierto modo, como un hálito dorado. Se detiene a su espalda, se sobresalta, como si la hubieran tocado: es mi padre despidiéndose de ella con la mano en su mejilla. Me hace una seña. Vuelo junto al marido de Helen, arrodillado, y le susurro una palabra al oído. ¿Qué tengo que decirle? Bueno, pues que su mujer, como curiosamente decimos a nuestro antiguo modo, está encinta. Se pone apresuradamente en pie y se vuelve. Helen tuerce la

cabeza y comprende su expresión. Se lleva una mano al vientre.

—¡Oh!



JOHN BANVILLE nació en Wexford, Irlanda, en 1945. Ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (1989) fue finalista del Premio Booker, que obtuvo finalmente en 2005 con la novela *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre sus novelas destacan también *El intocable*, *Eclipse*, *Imposturas*, *Los infinitos* y *Antigua luz*, uno de los mejores libros del año según la crítica. Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke, adaptada a la televisión por la BBC británica, con guion de Andrew Davies y Gabriel Byrne en el papel de Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012) y *Venganza* (2013) —, y *La rubia de ojos negros* (2014), en la que, por invitación de los herederos de Raymond Chandler, resucita al mítico detective Philip Marlowe.

En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel; en 2012 Javier Marías lo nombró duque del Reino de Redonda, un reconocimiento personal a sus escritores admirados; en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea, y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por «su inteligente, honda y original creación novelesca» y por «su otro yo, Benjamin Black, autor de turbadoras y críticas novelas policiacas».